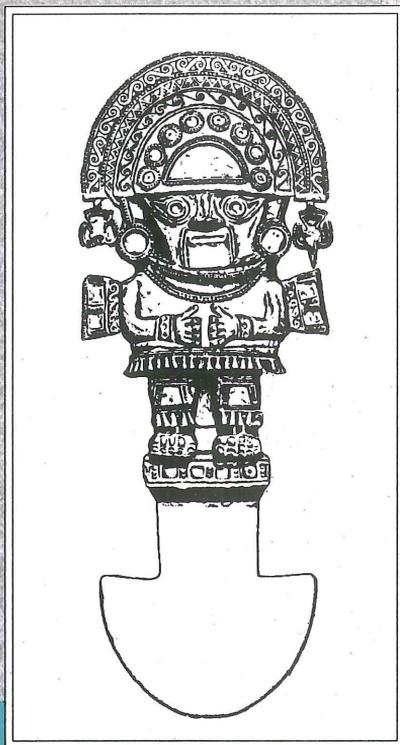


RODOLFO CERRON-PALOMINO

LA LENGUA DE NAJTLAP

(reconstrucción y obsolescencia del mochica)



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995

De las lenguas andinas del Perú, el mochica es, luego del quechua y del aimara, la que ha sido objeto de registro y estudio ininterrumpido desde los primeros tiempos de la colonia hasta su extinción, ocurrida a mediados del presente siglo. Como en toda lengua extinguida, aunque accesible a través de su registro escrito, su estudio y análisis suponen el examen filológico y lingüístico rigurosos de los materiales disponibles, de modo de postular el sistema gramatical subyacente a la misma.

El presente libro constituye un primer esfuerzo, sistemático y exhaustivo, por reconstruir la lengua (en sus componentes fonológico y morfofonémico), tal como se la hablaba a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, para luego, a partir de ello, trazar su evolución hasta su ocaso definitivo. Contrariamente a lo que podría pensarse, sin embargo, el estudio ofrecido dista de ser uno de corte exclusivamente lingüístico, pues los fenómenos tratados han sido debidamente contextualizados en términos histórico-sociales y culturales. De esta manera, el mochica es postulado como la lengua del mítico Naimlap, fundador de la dinastía lambayecana, cuyas hazañas y grandezas nunca dejarán de asombrar al mundo contemporáneo.

RODOLFO CERRÓN-PALOMINO es Magister y Ph. D. en Lingüística por las Universidades de Cornell (Nueva York) e Illinois (Urbana-Champaign), respectivamente. Profesor Emérito de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, es docente principal de la PUC, donde tiene a su cargo el dictado de los cursos de Lingüística Andina. Es autor de varios libros y de numerosos artículos sobre su especialidad, aparecidos tanto en el país como en el extranjero. A lo largo de su carrera profesional, el autor ha sido Profesor Visitante en varias universidades latinoamericanas, así como en los Estados Unidos y en Europa.

LA LENGUA DE NAIMLAP

Rodolfo Cerrón-Palomino

LA LENGUA
DE
NAIMLAP

(RECONSTRUCCION Y OBSOLESCENCIA DEL MOCHICA)



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995

Primera edición, marzo de 1995

Cubierta: TANTUM Diseño
Diagramación: Yoryina León Mejía

La Lengua de Naimlap

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18.
San Miguel. Apartado 1761. Lima 100, Perú. Tlfs. 462-6390;
462-2540, Anexo 220.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados
ISBN 84-8390-986-3

Impreso en el Perú - Printed in Peru

In memoriam

Jaime, hermano mayor:
al hacerte callar,
me dejaron sin interlocutor.

“Después te ocultas tú, y ya no doy contigo.
.....

Oye, hermano, no tardes
en salir. Bueno? Puede inquietarse mamá”.

César Vallejo

“Habrá sin duda quien se pregunte si todo esto sirve para algo.  Qu  nos importa “lo que cantaban las sirenas”? O, como sintetizó una vez el doctor Johnson: “No siento ninguna curiosidad por saber cuán extraños y desma ados fueron los hombres en los albores de las artes o en su declive”. Pero muchos de nosotros opinamos de distinto modo. Nos damos perfecta cuenta de que nuestra identidad, o al menos nuestro sentido de ella, radica en nuestro propio pasado. Somos lo que el devenir ha hecho de nosotros. Para comprender esto, y sus procesos, necesitamos saber también, o al menos empezar a comprender, lo que *fui*mos y de dónde venimos”.

Renfrew (1990: Cap. 11, 229)

PROLOGO

Nuestra preocupación por la lengua mochica forma parte de otra mucha más ambiciosa: la de ofrecer un estudio panorámico sobre las lenguas andinas, de las cuales aquélla es apenas una muestra, aunque de las ya extinguidas, pero no por ello menos importantes en el escenario de la historia cultural del pueblo peruano. Concebido inicialmente el presente estudio como apenas un capítulo de nuestro proyecto inicial, pronto fue ensanchándose, a medida que fuimos ahondando una serie de aspectos que, dentro del plan inicial del trabajo, apenas iban a ser mencionados. El factor decisivo para este cambio de perspectiva fue nuestra participación en el Primer Congreso Regional de Arqueología y Etnohistoria del Norte Peruano que, bajo la advocación de Josefina Ramos de Cox, recordada estudiosa de las lenguas de la costa norte, se realizó en la ciudad de Piura entre el 14 y el 19 de junio de 1993. Asistimos a dicho evento, invitados en calidad de ponentes, portando, con el título de "Los fonemas del mochica", los rudimentos de lo que vendría a ser el presente libro. Pronto el interés despertado por el tema no sólo entre los lingüistas (como siempre, una minoría) sino, sobre todo, entre los arqueólogos y etnohistoriadores, nos obligó a situar los fenómenos estudiados dentro del contexto histórico y socio-cultural que los enmarcaron, además de ocuparnos con más detalle los temas originariamente tratados, proyectándolos, más allá de su caracterización sincrónica, dentro de una perspectiva histórico-evolutiva.

Con tales características, el libro que presentamos cubre dos aspectos fundamentales: los contextuales y los lingüísticos propiamente dichos, además de ofrecer también un Apéndice de carácter léxico. Los primeros literalmente circunscriben la obra: el capítulo inicial busca situar a la lengua dentro de su contexto geográfico e histórico-cultural, así como también lingüístico; y el último constituye un esfuerzo por rastrear la historia "externa" de la lengua desde la etapa preincaica hasta su virtual extinción a mediados del presente siglo. Los tópicos estrictamente lingüísticos son tratados, tras breve introducción (Cap. II) y evaluación de los materiales de estudio (Cap. III), primeramente desde el punto de vista sincrónico (Caps. IV-VIII); y luego, desde una dimensión diacrónica (Cap. VIII). Como podrá observarse fácilmente, del índice de los contenidos de los capítulos centrales del libro salta a la vista que el presente es un estudio de corte estrictamente fonológico, y a lo sumo morfofonológico, de la lengua. Se postulan en él, previo análisis grafémico, como corresponde a una lengua a la cual se tiene acceso únicamente a través de la fuente documental, los fonemas del mochica, tal como los registraba éste entre fines del siglo XVI y la primera mitad del XVII, integrando un sistema fonológico de compleja realización fonotáctica; luego, a partir de dicha postulación, se efectúa un estudio evolutivo del mismo, procurando distinguir los fenómenos de causación interna de aquellos generados externamente, los que conjuntamente modificaron de manera sustancial la fisonomía fónica de la lengua hasta llevarla a su total absorción por parte del castellano. No han sido tocados, pues, los aspectos morfosintácticos ni los léxico-semánticos, los que aguardan todavía un tratamiento cuidadoso por parte de los especialistas, retomando los trabajos interpretativos de Middendorf y Villarreal.

Pues bien, con las características mencionadas y cualquiera que fuese la opinión que este libro merezca de parte de los especialistas, justo será reconocer aquí el apoyo institucional e individual que hicieron posible la preparación, redacción y edición del mismo. Así, pues, entre las instituciones gracias a cuyo concurso pudimos llevar a término la presente obra debemos mencionar,

en primer lugar, a la NWO (Nederlandse Organisatie voor Wetenschappelijk Onderzoek), que nos concedió una beca de investigación por un período de siete meses (marzo-setiembre de 1992), y al Departamento de Lingüística Comparada (Vakgroep Vergelijkende Taalwetenschappen) de la Universidad de Leiden (Holanda), que nos acogió en calidad de investigador asociado en uso de la mencionada concesión. Durante nuestra estancia en Leiden no sólo pudimos incrementar considerablemente el número de materiales necesarios para emprender el proyecto de trabajo inicial, que sigue en pie, sino que conseguimos esbozar algunos capítulos del mismo, particularmente el relacionado con la lengua mochica. Es más, estando en los Países Bajos, no fue difícil visitar la sede del Museum für Völkerkunde de Hamburgo (Alemania), donde pudimos revisar, por segunda vez, los cuadernos léxicos inéditos del inquieto explorador Enrique Brüning. Un año antes (enero-febrero de 1991), merced a una beca concedida por la DAAD (Deutscher Akademischer Austauschdienst), ya habíamos tenido la oportunidad de realizar dicha consulta, así como también la de los materiales mochicas de Walter Lehmann en el Instituto Iberoamericano de Berlín. Fuera de tales instituciones, el presente libro está en deuda también, entre las entidades nacionales, con nuestra vieja Universidad de San Marcos, que al habernos concedido el grado de profesor emérito, nos ha permitido seguir sirviéndola en calidad de investigador; y con la Pontificia Universidad Católica, que desde hace muchos años nos ha acogido como profesor a tiempo parcial, permitiéndonos ejercer libremente la cátedra de Lingüística Andina y otros cursos afines, y brindándonos en esta ocasión la oportunidad de beneficiarnos de su prestigioso Fondo Editorial.

En el terreno individual, son muchas las personas a quienes debemos expresar nuestra más profunda gratitud, y, ciertamente, nunca será suficiente el reconocimiento público que hagamos de ello en estas líneas prologales. En la imposibilidad de nombrar a todas ellas, permítasenos destacar entre los extranjeros, en primer lugar, a Willem Adelaar, colega desde los tiempos iniciales de nuestros escauceos profesionales, brillante americanista y

desinteresado anfitrión durante nuestra permanencia en Leiden: sus desvelos por hacer de ésta una estancia más llevadera y menos angustiosa, sus orientaciones y aliento constantes, hacen de él la persona gracias a quien pudimos finalmente materializar, aunque de manera parcial, la obra prometida. Nuestro sincero agradecimiento va también para Utta y Albrecht von Gleich, este último Director del Institut für Iberoamerika Kunde de Hamburgo, gracias a cuyo generoso apoyo y mediación tuvimos el privilegio de acceder, en el Museo de Etnografía, a los materiales inéditos de Brüning, hasta en dos ocasiones (enero de 1991 y junio de 1992). En el mencionado museo estamos en deuda con su Directora, la Dra. Corinna Raddatz, quien puso a nuestra disposición todo el archivo del fondo Brüning, e inclusive, en ejemplar demostración de paciencia y amabilidad, tuvo la gentileza de auxiliarnos en la reproducción fotográfica de parte del vocabulario inédito del citado estudioso germano (material que, lamentablemente, tuvimos la desgracia de perder en nuestro viaje de regreso). Agradecemos también a Peter Masson, del Instituto Iberoamericano de Berlín, por su reiterada manifestación de amistad, apoyo y estímulo durante nuestras visitas a dicho centro, que guarda con verdadero celo un ingente material inédito relativo a nuestras lenguas indígenas, particularmente la mochica. Entre los colegas peruanos a quienes debemos manifestarles nuestra profunda gratitud figuran principalmente Gertrud Schumacher de Peña, Enrique Carrión Ordóñez y José Luis Rivarola. Gracias a Gertrud, antigua colega sanmarquina, pudimos seguir mejor el texto alemán de la gramática mochica de Middendorf, pues ella puso generosamente a nuestra disposición hace ya algunos años la versión castellana que tiene preparada del libro en mención, y cuya publicación permanece injustamente postergada. Enrique Carrión, a su turno, además de su constante aliento y muestra de asombrosa erudición, nos prodigó con materiales bibliográficos mochicas pertenecientes a su biblioteca personal, tornando accesible aquello que resultaba difícil de consultar. José Luis Rivarola, condiscípulo en las aulas sanmarquinas y más tarde colega en la PUC, no sólo aguardó con verdadera impaciencia la aparición de este libro, animándonos en todo momento, sino también –viva

muestra de su interés por el tema— se dio el trabajo de leer íntegramente el manuscrito, alcanzándonos oportunas sugerencias y valiosas atenciones que esperamos haber asimilado con propiedad y reconocimiento. Mención aparte merecen también Teresa Valiente, por su siempre pronta asistencia en la localización y el envío de materiales bibliográficos; Gustavo Solís Fonseca, por haber acogido entusiastamente en el Centro de Investigación de Lingüística Aplicada (CILA) de San Marcos nuestro proyecto general de estudios sobre lenguas andinas, del cual formaba parte el presente trabajo en su fase final de revisión y ampliación; y Oswaldo Fernández, por haber insistido en nuestra participación en el congreso piurano mencionado, obligándonos prácticamente a iniciar la redacción del libro que ahora ofrecemos. Finalmente, quedamos también sumamente agradecidos a Nicanor Domínguez, antiguo alumno nuestro y al presente estudiante de postgrado en la Universidad de Illinois, no sólo por el entusiasmo y dedicación con que elaboró los mapas que ilustran la presente obra sino también por habernos alcanzado algunas ideas, tras la lectura de los capítulos que versan sobre los aspectos “externos” de la lengua, aparte de suministrarnos materiales bibliográficos propios de su especialidad.

Para terminar, quisiéramos recordar en estas líneas cuán importante ha sido y es para nosotros ocupar en los últimos diez años la cátedra de Lingüística Andina, primeramente en San Marcos, luego en la PUC, y finalmente en el Programa de Maestría en Lingüística Andina y Educación de la Universidad del Altiplano (Puno) así como en su homólogo de la Universidad de Cuenca (Ecuador). Es en el dictado de dicha asignatura que ha surgido la necesidad de recopilar, evaluar, organizar y comentar los materiales bibliográficos disponibles para cada familia lingüística, y, en este caso especial, los correspondientes al mochica. Al fin y al cabo, como todo estudioso lo sabe, la docencia y la investigación constituyen dos facetas indisolubles del trabajo científico, y a ellas nos debemos quienes hemos hecho de la reflexión sobre nuestro pasado una razón existencial.

Lima, Navidad de 1994

EQUIVALENCIA DE LOS SIGNOS EMPLEADOS

- [] Los corchetes indican que lo que aparece representado entre ellos constituye una representación fonética.
- // Las barras oblicuas indican que lo que va encerrado en ellas es una representación fonológica.
- < > Los paréntesis angulados se emplean para las reproducciones gráficas u ortográficas del original.
- () Los paréntesis se usan para encerrar en ellos las formas que se consideran opcionales.
- > Significa que lo que precede da lugar a lo que sigue; por ejemplo, el lat. *delicatu(m)* > cast. *delgado*.
- < Significa lo inverso de lo anterior; es decir, por ejemplo, el cast. *cabildo* < lat. *capitulu(m)*.
- Significa que la forma que precede alterna en uso con la que sigue; por ejemplo, *jalar* - *halar* son variantes del castellano americano.
- Indica que lo que precede se actualiza como lo que le sigue; por ejemplo, la palabra quechua *Qusqu* → [qosqo], es decir se pronuncia con [o].
- * El asterisco indica que la forma que lo porta es originaria o reconstruida; por ejemplo, para la palabra del quechua cuzqueño *hurquy* 'remover' se postula una forma originaria **su-rqu-y*.
- El punto indica frontera silábica, como en *al.ter.no*.
- El guión es usado para marcar las lindes morfológicas, como en *des-agradec-i-do*.

- : Los dos puntos indican alargamiento vocálico; así en el quechua huanca *ta:kuy* ‘sentar(se)’ se opone a *takuy* ‘mezclar’.
- [ö] Simboliza a la vocal anterior media redondeada, parecida a la secuencia <eu> del francés, como en *peu* ‘poco’.
- [č] Simboliza a la africada palatal, como la <ch> castellana.
- [ɸ] Simboliza a la fricativa bilabial, como la del castellano andino en [ɸósɸoro] ‘fósforo’.
- [ʃ] Simboliza a la sibilante palatal fricativa sorda, como la <sh> del topónimo *Ancash*.
- [ʂ] Simboliza a la sibilante apical cuasi retroflexa, como la del quechua huanca en una palabra como [waylaʂ] ‘huailas (danza típica)’, o cercana a la *ese* apical del castellano peninsular.
- [ç] Simboliza a la fricativa prepalatal sorda, parecida a la jota chilena en una palabra como *mujer* [muçér].
- [l̥] Simboliza a la lateral palatal sorda, como la *elle* del castellano andino.
- [r̄] Simboliza a la *erre* doblada del castellano estándar, como la de la palabra *carro*.
- [ŋ] Simboliza a la nasal velar, como la pronunciada en la palabra castellana *engaño* [eŋgáño].
- V Representa a toda vocal, indistintamente de su timbre.
- C Representa a toda consonante o segmento no silábico.

INDICE GENERAL

<i>Prólogo del autor</i>	11
Equivalencia de los signos	17

CAPITULO I

La lengua mochica

1.1. Zonificación	23
1.2. El nombre	33
1.3. Correlaciones históricas	42
1.4. Filiación	47

CAPITULO II

Introducción

2.1. Propósito	51
2.2. Antecedentes	54

CAPITULO III

Fuentes de estudio

3.1. Fuentes iniciales	59
3.2. Gramáticas	62
3.3. Vocabularios	65

CAPITULO IV

Fonemas segmentales

4.1. Vocalismo	74
4.11. Vocales breves	74
4.12. Vocales largas	80
4.13. Inventario vocálico	84
4.2. Consonantismo	84

4.21. Oclusivas	85
4.22. Africadas	88
4.22.1. Africada palatal	88
4.22.2. Africada dentoalveolar	88
4.22.3. Africada prepalatal	92
4.23. Fricativas	97
4.23.1. Bilabial	97
4.23.2. Sibilante palatal	98
4.23.3. Sibilantes dorsal y retrofleja.....	99
4.23.4. Palatal lateralizada.....	107
4.23.5. ¿Fricativa velar?	110
4.24. Nasales	111
4.25. Laterales.....	114
4.26. Vibrantes	116
4.27. Semiconsonante	119
4.28. Inventario consonántico	123

CAPITULO V

Estructura silábica

.....	125
-------	-----

CAPITULO VI

Régimen acentual

.....	133
-------	-----

CAPITULO VII

Morfofonémica

7.1. Procesos vocálicos	141
7.11. Síncopa.....	141
7.12. Contracción.....	143
7.13. Inflexión	144
7.14. Armonía	145
7.15. Apócope	148
7.2. Alternancia consonántica	149

CAPITULO VIII

Evolución y obsolescencia

8.1. Evolución	153
8.11. Delateralización	153
8.12. Velarización	155
8.13. Fusión de sibilantes	159
8.14. Espirantización	162
8.2. Obsolescencia	163
8.21. Acortamiento vocálico	164
8.22. Desbemolización de /ø/	165
8.23. Pérdida de /ʔ/	167
8.24. Reajustes adicionales	169

CAPITULO IX

Esplendor y ocaso

9.1. La supremacía serrana	174
9.2. Suplantación de la "lengua general"	175
9.3. Lengua regional	178
9.4. Vehículo de evangelización	179
9.5. Castellанизación	181
9.6. La gran retracción	185
9.7. El refugio de Eten	187
9.8. Los últimos estertores	192

APENDICE

Léxico mochica

.....	195
-------	-----

BIBLIOGRAFIA	204
---------------------------	-----

Capítulo I

LA LENGUA MOCHICA

1.0. En el presente capítulo nos ocuparemos brevemente, a manera de introducción, de algunos aspectos “externos” de la lengua, en este caso los referentes a su localización geográfica, su designación, su correlación histórico-cultural, y, finalmente, su filiación lingüística.

1.1. **Zonificación.** Una de las informaciones más tempranas sobre la situación lingüística de la costa norte peruana es la que nos proporciona el cronista contador Agustín de Zárate. Dice, en efecto, el mencionado historiador: “Dividense en tres géneros todos los indios destos llanos, porque a unos llaman yungas, y a otros tallanes y a otros mochicas; *en cada provincia hay diferente lenguaje*, caso que los caciques y principales y gente noble, además de la lengua propia de su tierra, saben y hablan entre sí todos una misma lengua, que es la del Cuzco [...]” (cf. Zárate [1555] 1968: 125; énfasis agregado). Así, pues, se nos dice que en la costa norte había por lo menos tres “naciones” o “provincias” que se diferenciaban por el manejo de distintas lenguas: tales pueblos eran, de norte a sur, el de los *tallanes*, de los *mochicas*, y de los *yungas*.

Adviértase, asimismo, que por aquella época, según lo señala el documento, la elite regional todavía hacía uso, además de su lengua “natural”, de la “del Cuzco”¹, es decir la quechua, adquirida como segunda lengua, rol que gradualmente será suplantado por el castellano. Es más, documentaciones posteriores nos ayudarán a precisar mejor aún el panorama lingüístico de la zona mencionada, enriqueciendo la información previa, sin contradecirla en sus distinciones fundamentales.

Uno de tales documentos es aquel dado a conocer por Josefina Ramos de Cox (1950), perteneciente a la colección de manuscritos del P. Rubén Vargas Ugarte, y que dataría de 1638: se trata de la “Memoria de las doctrinas que ay en los valles del Obispado de Trujillo desde el río de Sancta asta Colán, lo último de los llanos”. Conforme lo anunciado por el título, se nos ofrece allí la lista de las doctrinas correspondientes a los cuatro corregimientos que pertenecían entonces al Obispado de Trujillo, especificando la asignación de las mismas a las distintas órdenes religiosas que operaban en la zona o a los seglares que las regían, así como también la lengua o lenguas que se hablaban en tales corregimientos y los nombres de las personas que tenían conocimiento de ella(s). Según dicha relación, bajando de norte a sur, entre Paita y Olmos, pertenecientes al corregimiento de Piura, se hablaba una “lengua particular y muy obscura que no se habla en otra parte ninguna del Perú”; entre Motupe y Chócope (comprendiendo los corregimientos de Saña, Chiclayo y parte de Trujillo) se usaba la mochica; y, en el resto del corregimiento de Trujillo, desde Magdalena de Cao hasta Guañape y Virú, la lengua correspondiente era la pescadora. Tales habrían sido, pues, las lenguas y sus límites territoriales respectivos mencionados de manera muy general en la documentación temprana. Como se sabe, sin embargo, con excepción de la segunda de las lenguas —la mochica—, la designación de las otras resulta problemática. En lo que sigue nos ocuparemos de las tres zonas delimitadas

1 Por lengua “del Cuzco”, como lo hemos señalado en otros lugares (cf., por ejemplo, Cerrón-Palomino 1987a, 1994b), no debe entenderse el dialecto cuzqueño de la época sino la “lengua general” de base chinchaisuya que los españoles encontraron difundida a lo largo y ancho del antiguo Tahuantinsuyo.

en el documento de Ramos, siguiendo el orden establecido previamente.

1.11. Pues bien, en lo que se refiere al antiguo corregimiento de Piura, conviene preguntarse hasta qué punto es exacta la información proporcionada respecto de la situación lingüística descrita. Como se recordará, de la documentación citada parecería desprenderse que los pueblos correspondientes a dicha jurisdicción sólo manejaban una lengua "natural". Nada más inexacto, sin embargo, conforme lo señalarán no sólo informaciones posteriores sino también la documentación lingüística propiamente dicha. Así, en una carta del obispo de Trujillo, fechada el 12 de abril de 1651, y dada a conocer por María Rostworowski (1978: Cap. VI; cf. también 1989: Cap. 9), se hace referencia a la existencia de tres lenguas diferentes para la misma área. En efecto, se dice allí que "por la diversidad de lenguas", debía proveerse de un catedrático especial "para el pueblo de Olmos [,] que tiene lengua particular, y otro para Sechura, que tiene otra lengua; y otro para Catacaos y Paita [,] que hablan diferente lengua". ¿Qué hay de cierto en ello?

Dejando de lado por ahora la lengua de Olmos, para la cual no tenemos datos lingüísticos, el documento distingue, tal como se puede apreciar, dos lenguas claramente diferentes entre sí: la de Sechura y la de Catacaos-Paita. Pues bien, afortunadamente, en este caso contamos con listas de palabras para tales entidades: nos referimos a las mandadas recoger por el obispo de Trujillo, Jaime Baltazar Martínez Compañón, alrededor de 1785 (cf. ahora Martínez Compañón [1790] 1985: II, iv) en la "provincia" de Piura. Tales listas, juntamente con otras, forman parte del "Plan" de 43 voces castellanas con sus equivalentes en ocho lenguas habladas dentro de la jurisdicción de aquel Obispado; y, por lo que respecta a Piura, aparecen consignadas allí las "lenguas" de Sechura, Colán y Catacaos. Ahora bien, cotejadas entre sí éstas, no es difícil advertir que las de Colán y Catacaos guardan una mayor similitud entre sí que cualquiera de ellas en relación con la de Sechura, pudiendo postularse, por consiguiente, que mientras ésta constituía una lengua aparte, las otras dos no pasaban de ser dialectos de una misma lengua (cf. Stark 1968, Torero 1986), confirmando así

la existencia de dos entidades lingüísticas, tal como lo observara el documento de 1651, si asumimos que la variedad de Colán no es sino la misma de Paita o de alguna habla cercana a ella.

Por lo que toca a la lengua de Olmos, su naturaleza independiente aparece también atestiguada en la crónica del agustino de la Calancha ([1638] 1977: IV, Cap. II, 1235), quien observa que la lengua se caracterizaba porque sus hablantes “muda[ba]n letras y finales”. Ahora bien, esta referencia consistente en la mudanza de sonidos y de terminaciones (= sufijos) lleva implícita una comparación en relación con una lengua modelo, de la cual la de Olmos se estaría apartando. ¿Cuál sería dicho arquetipo? Al respecto, ya Brüning ([1922] 1989b: Cap. VII, 72), en su monografía sobre Olmos, sugería que la lengua de esta localidad habría sido “una clase de fusión” entre el mochica, en su variante vecina de Copis (confín norteño de aquella lengua), y el idioma local de Olmos, ambos pueblos refundidos en 1573. Los olmanos, por su parte, de acuerdo con una tradición oral recogida por el estudioso alemán, habrían estado relacionados estrechamente con los sechuranos, pueblos ambos dedicados al arrieraje durante la colonia². Como prueba de tales contactos, Brüning llega a proporcionarnos incluso una lista escueta de tres palabras pertenecientes a la textilería olmana, de las cuales dos son concordantes con las consignadas para el sechurano³.

-
- 2 Vásquez de Espinoza, que en las primeras décadas del siglo XVII anduvo por la costa norte, observa que “el pueblo [de Olmos] es rico porque todos los indios son arrieros y tienen mulas y cuando llegan las naos de Tierra Firme a Paita llegan ellos con sus mulas y fletan a 30 y 40 pesos y a como pueden hasta Lima que son 180 leguas y tienen tan grande cuidado y son tan diestros y diligentes en el oficio, que los que van fletados no tienen cuidado de cosa [...]” (cf. Vásquez de Espinoza [1620] 1990: Cap. XVII, 550). Los sechuranos, así como los de Catacaos (cf. Vásquez de Espinoza, *Op. Cit.*: Cap. XVIII, 551), también tenían fama de arrieros. Jorge Juan y Antonio Ulloa ([1748] 1990: Libro I, Cap. I, 22) nos dicen de Sechura que “su vecindario es todo de familias de *indios*, que llegarán hasta el número de quatrocientos y se ocupan en el ejercicio de harrieros ó pescadores”.
 - 3 Tales palabras son *silluque* ‘(conjunto de) lacitos para cambiar la urdimbre’ y *llagal* ‘golpeador con que se aprieta la trama’, obviamente correlacionables con las formas sechuranas respectivas *sillique* y *llacala*, frente a las mochicas *uño* y *quida*, respectivamente, que nada tienen que ver con ellas. La tercera palabra

Por nuestra parte, creemos que, efectivamente, la lengua de Olmos bien pudo haber estado relacionada con la de Sechura, y para ello nos basamos en el testimonio de Jorge Juan y Antonio Ulloa ([1748] 1990: Libro I, Cap. I, 22), quienes, al describir el idioma sechurano, ofrecen una caracterización del mismo que, aunque impresionista, parece coincidir en parte con la que proporciona de la Calancha respecto del olmano. Dicen los mencionados viajeros: “Los indios moradores [de Sechura] usan distinta lengua que la común de los demás pueblos, tanto de *Quito* como de lo restante del Perú [...]; no solo se distinguen en lo formal de la lengua pero en el acento porque, además de prorrumpir las voces en un tono, como de canto triste, comen la mitad de las palabras finales, como si les faltase la respiración para concluiras”. Dadas la correlaciones mencionadas, tanto etnográficas como sociolingüísticas, no parece aventurado sostener que la lengua-base de Olmos podría haber sido un dialecto cercano al de Sechura, pero fuertemente influido por el mochica, sobre todo luego de la fusión histórica de dicho pueblo con el de Copis para formar el de Santo Domingo de Olmos. Con las peculiaridades surgidas de la situación de contacto, no es de extrañar entonces que el obispo de Trujillo, en la citada carta de 1651, considere a la de Olmos como lengua “particular”, diferente de la de Sechura.

Ahora bien, es precisamente esta realidad lingüística a la que se refería Salinas de Loyola, casi una centuria antes, al referirnos que “[...] en los términos de la dicha ciudad [de San Miguel de Piura] hay *tres naciones de naturales diferentes en la habla y en los nombres*. [...]”. Y cada

—*terlán* ‘telar en que se fija la urdimbre’—, parece estar más cerca de su equivalente mochica *tésgam* y no de su correspondiente sechurana *tasila*; aun así, bien puede tratarse de una forma metatizada de la misma voz castellana *telar*. Incidentalmente, Middendorf (1892: Cap. II, 62) recoge *terskam* en lugar de *tésgam*, lo cual parece anómalo, ya que el mochica, como se verá (cf. Cap. V), no admitía raíces con grupos consonánticos de más de dos segmentos en posición intervocálica. Siendo así, la secuencia <rs> no parece ser sino una notación para reproducir la naturaleza especial de la sibilante en dicho contexto. Lehmann (cf. Schumacher 1991) también echará mano ocasionalmente de dicha secuencia, como en *fers* ‘lucma’, que alterna con *fæs* (cf. de la Carrera: *fæss*).

una de las dichas naciones tenían sus provincias por sí y territorios y límites conocidos y señalados. [...]. *Y cada una de las dichas provincias de naturales tenía su lengua diferente de las otras y que no se podían entender sin intérpretes*, que como contrataban unos con otros, había muchos que se entendían” (cf. Salinas [1571] 1965: II, 33-45; énfasis suministrado)⁴.

Concluiremos esta sección señalando que en el antiguo corregimiento de Piura se hablaban por lo menos tres lenguas, a saber la de Sechura, la de Colán-Catacaos, y la de Olmos, lenguas que, como nos informa la relación de Salinas de Loyola, eran ininteligibles entre sí⁵.

1.12. A diferencia del panorama complejo que presentaba lingüísticamente la citada jurisdicción de Piura, la situación de los corregimientos de Saña, Chiclayo y parte de Trujillo era prácticamente homogénea. En efecto, a lo largo de todos los valles comprendidos desde Motupe (Lambayeque) hasta Chicama (Trujillo) se hablaba, según la relación ofrecida en la “Memoria de las doctrinas”, una sola lengua: la mochica. De hecho, las últimas doctrinas que se enumeran en el sur son las de Paiján y Chócope, en el valle de Jequetepeque⁶. El límite austral in-

4 Señalemos, de paso, que Espinoza Soriano (1975) cree ver en dicho pasaje una corroboración del dato ofrecido por Zárate, quien, como vimos, también hace mención a tres “provincias” con lenguas propias. Sin embargo, el documento de Salinas es preciso en cuanto a su referencia exclusiva a “los términos” de la ciudad de San Miguel de Piura, por entonces perteneciente al obispado de Quito, y no al resto de “los llanos”, como sí se desprende del pasaje citado del cronista contador. Como puede advertirse, aparte de su desorientación respecto del significado de “término”, la referencia hecha a tres lenguas y tres provincias en ambos documentos acabó por confundir al mencionado etnohistoriador.

5 De ellas, como se sabe, al menos la de Sechura sobrevivió hasta fines del siglo pasado: el viajero Richard Spruce recogió, en 1863, una lista de 38 palabras, muchas de las cuales resultan afines con las de la lista de Martínez Compañón (cf. Rivet 1949).

6 En el documento se dice que en tales doctrinas se hablaba “la lengua de los valles que es la que llaman quichua o mochica”, donde el empleo de la primera designación resulta completamente extraño, siendo achacable, con toda probabilidad, a un desliz del copista. Lo propio puede decirse del registro del mismo nombre en uno de los primeros documentos de la lengua de que se tiene

dicado no coincide exactamente, sin embargo, con el que se desprende de otras fuentes. Una de éstas es nada menos que la de don Fernando de la Carrera, el cura de Reque y gramático de la lengua mochica. Como se sabe, este autor (cf. de la Carrera [1644] 1939: “Al lector”), en su prefacio, ofrece la nómina de “todos los beneficios” o doctrinas “adonde se habla esta lengua”, la cual coincide (aparte de la mención a algunos lugares de Cajamarca, incluso Balsas y Condebamba, a orillas del Marañón) con la proporcionada en la “Memoria”, excepto que señala también las doctrinas de Santiago y de Magdalena de Cao (en el valle de Chicama) como zonas de habla mochica, mientras que en el documento anterior ellas aparecen como formando parte del territorio de la lengua pescadora. De otro lado, el cronista de la Calancha ([1638] 1977: IV, Cap. II, 1235), al hablar de la lengua de los chimúes (ver más abajo), refiere que ella se había impuesto, por el norte, hasta el valle de Jequetepeque: “los vasallos de Pacasmayo –nos dice– dieron en hablar su lengua”, es decir la habían aprendido. Tenemos así toda una zona comprendida entre los valles de Jequetepeque y Chicama en la que coexistían ambas lenguas: la mochica y la pescadora. De esta manera se resuelve la aparente contradicción respecto de la frontera sur del territorio mochica, pues si bien se prolongaba hasta el valle de Chicama, lo hacía compitiendo con la otra lengua, que es la que trataremos en seguida (Ver Mapa I).

1.13. Conforme se vio, en el antiguo corregimiento de Trujillo se hablaban dos lenguas: la mochica y la llamada pescadora, teniendo esta superposición idiomática como límite el valle de Jequetepeque, pues de allí hacia el norte ya se entraba en territorio exclusivo del mochica. El agustino de la Calancha (*Op. Cit.*: IV, Cap. XIV, 1368) señala expresamente que “la[s] lengua[s] que ablan” los de “San Pedro de Yoco y Xequetepeque, entonces de gran gentío, i en tributarios de numerosa

noticia: el *Catecismo de la lengua yunga o quichua y española* (1596), de Roque de Cejuela, cura de Lambayeque (cf. Altieri 1939; Viñaza [1892] 1977: 267; cf. también Cap. III, sección 3.1). A menos que, como quiere Torero (1986), el término *quichua* esté siendo empleado en dicho pasaje como sinónimo de “valle”: uso, después de todo, completamente inusitado y demasiado tardío para ser empleado etimológicamente.



MAPA I

multitud” eran “la Muchic i la Quingnam, oscura i de escabrosa pronunciación”. Previamente había observado (*Op. Cit.*: IV, Cap. II, 1235) que el quingnam se había impuesto no sólo entre los vasallos de Pacasmayo sino también entre los demás pueblos hacia el sur, “asta Lima, aunque corrompidos algunos vocablos”. Nótese cómo la designación de “pescadora” empleada en la “Memoria” parece referirse, por su distribución geográfica, a la que de la Calancha llama *quingnam*⁷. De hecho, el historiador agustino, hablándonos de ésta, nos dice que “la pescadora es en lo general la misma, pero usa más de lo gutural” (*Op. Cit.*: IV, Cap. XIV, 1368). De esta manera, las designaciones de quingnam y pescadora estarían refiriéndose, respectivamente, a dos dialectos de una misma lengua, de los cuales el segundo aparecía estigmatizado socialmente (cf. Torero 1968)⁸. Por lo demás, de la

7 La nota discrepante en este punto nos la da la “Visita Pastoral” del entonces arzobispo Toribio de Mogrovejo, pues al referirse al pueblo de la Magdalena de Eten se nos dice que “Fray Rodrigo, de la orden de Sant Francisco, sabe bien la lengua yunga pescadora, pues es la que hablan los indios”, no obstante que, conforme se vio, Eten está en pleno territorio de habla mochica. Previamente, sin embargo, hablando de los indios reducidos de San Miguel y Eten, menciona al mismo fray Rodrigo de Buenaventura y a otros como conocedores de la lengua “yunga destes valles”, sin alusión a la pescadora (cf. Mogrovejo [1593] 1920). Por lo que, si no es un error, la existencia de hablantes de pescadora en dicho lugar podría estar indicándonos el establecimiento de un grupo de gente llevada del sur. En tal sentido, no compartimos con la generalización que hace María Rostworowski (1981: Cap. 5, 98-99), para quien dicha presencia sería un indicador de que la pescadora se hablaba “en todo el litoral de los actuales departamentos de La Libertad y Lambayeque”.

8 Dice de la Calancha (*Op. Cit.*: IV, Cap. II, 1235) al referirse a él que “la que entre ellos [los indios de Trujillo] se llama la Pescadora, más parece lenguaje para el estómago, que para el entendimiento; es corta, oscura, gutural i desabrida”. Tanto Rabinowitz (1983) como Rostworowski (1981: Cap. 5) sostienen que la pescadora vendría a ser una lengua o jerga especial de base incierta empleada por los pescadores de la costa central peruana. No lo creemos así. Aparte de los razonamientos puramente especulativos del primero, y de su interpretación antojadiza de términos como el del adjetivo “corta” que le atribuye de la Calancha, más bien con el significado de ‘pobre en términos léxicos’ (“que no llega a tener cantidad proporcionada y justa”), y no, como quiere Rabinowitz, apocopante (recuérdese, en cambio, la caracterización del olmano), de las documentaciones comparadas se desprende que, lejos de ser una lengua especializada, la pescadora era, al decir de de la Calancha, la misma que la quingnam, aunque registraba

Calancha es la única fuente que nos proporciona el nombre de *quingnam*⁹, pues las demás fuentes nos hablan de “la lengua”, o “las lenguas pescadoras”, haciendo quizás referencia en este último caso a las variedades dialectales mencionadas (cf. Mogrovejo [1593] 1920, Huerta [1616] 1993: “Introdvction”)¹⁰. La designación de esta lengua como *yunga*, tal como se puede ver en la cita previa del cronista Zárate, resulta a todas luces ambigua, pues, como se verá, con el mismo nombre se hace referencia al mochica.

Ahora bien, en lo que respecta a la frontera sur de esta lengua, las referencias documentales no son coincidentes. De hecho, el único documento que podría habernos proporcionado datos exactos sobre la extensa franja costera comprendida entre el valle de Moche y el de Huaura, si no el de Chillón, es el “Diario” de la segunda visita pastoral del arzobispo Mogrovejo ([1593] 1920); y, sin embargo, su consulta resulta frustrante por la vaguedad, los silencios, y la imprecisión de sus informaciones en lo que respecta a la o las lenguas habladas en tan vasto territorio. Con todo, resulta ilustrativo advertir que desde Carabaillo (cuenca del río Chillón), pasando por Huarmey, Casma y Nepeña se haga mención simplemente a “la lengua de los indios” o la “lengua

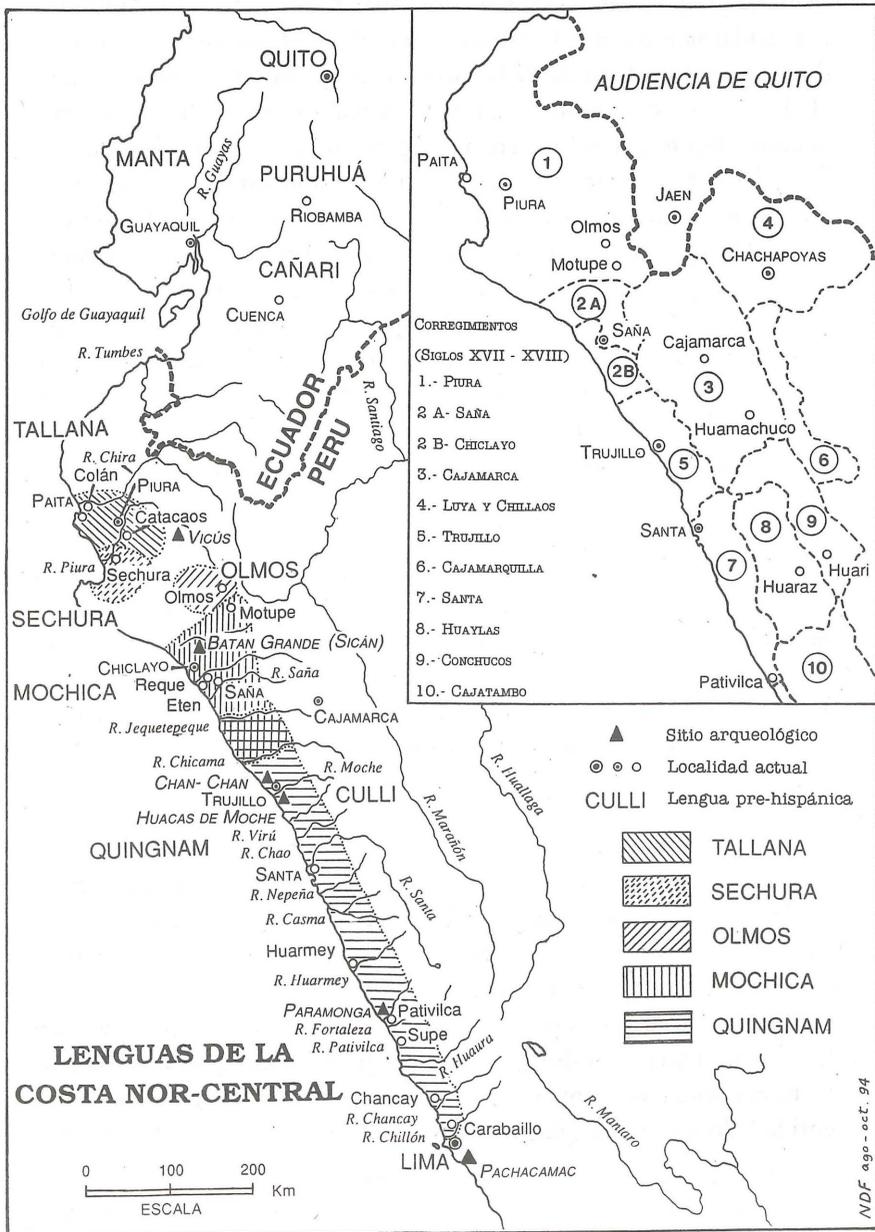
particularidades dialectales que la diferenciaban claramente, llegando algunas de ellas a tener cierta connotación sociolingüística muy marcada: de allí los adjetivos altamente peyorativos que le prodiga el agustino (cf. Torero 1986). Sobra decir que la comparación que establece el mencionado autor entre la pescadora y el callahuaya de los herbolarios de Charazani (cf. Stark 1972b, Guirault 1989), al que equivocadamente le confiere el carácter de “idioma nativo”, habiendo sido más bien una lengua ocupacional, es enteramente gratuita.

- 9 Según Rabinowitz (1983: nota 3), la etimología más apropiada de este nombre, tal como se lo habría sugerido Schaedel, sería la de *kingnäm* ‘a o para hilar’ (proveniente de *king* ‘hilar’ y la marca del segundo supino *-näm*), registrada por Middendorf (1892: VI, 87), y que aludiría al “hablar como hilando” de los chimúes. Si bien la coincidencia formal es asombrosa, la asociación respectiva en el plano significativo no pasa de ser pura etimología popular.
- 10 Tal como lo sugiere Torero (1989), la designación de *pescadora* parece ser traducción del nombre *guachimi*, de posible origen quingnam, que con el significado de ‘pescador’ aparece en el *Lexicon* de fray Domingo de Santo Tomás ([1551] 1951: *guaxme*). Guaman Poma trae también el término, en su variante epentetizada (*uachimi*) como nombre étnico de origen yunga, es decir costeño (cf. Guaman Poma [1616] 1936: 901, 1073).

materna yunga”, diferente de la quechua. Y como de allí en adelante (particularmente desde Guañape), zona de habla quingnam o pescadora, según la “Memoria de las parroquias”, se nos dice que es la suya “la lengua materna yunga”, no es desatinado sostener que en verdad se estaría frente a la misma lengua. Según esto, y superando las reservas formuladas por Torero (1968), para quien el límite sureño del quingnam sería el río Santa, creemos que no es aventurado sostener que la frontera austral del quingnam haya sido la cuenca del río Chillón: recordemos que de la Calancha señalaba que la lengua del reino de Chimor se había extendido desde Pacasmayo hasta Lima, aunque nombrara a Paramonga como su límite meridional. Unos quince años después, el cronista Cobo ([1653] 1956: Cap. VII, 301), corroborando y aun precisando la información del agustino identificaba Carabaillo como la zona limítrofe entre “dos naciones” de lenguas distintas. Dice, en efecto, el jesuita historiador que “eran dos las naciones que [...] habitaban [el valle de Lima], con lenguas distintas, *las cuales aún conservan los pocos que quedan de ambas. Los naturales de Caraguayllo y sus términos eran de la una nación, cuya lengua corre desde allí adelante para el corregimiento de Chancay y banda del septentrión*; y desde el mismo pueblo de Caraguayllo hasta el de Pachacamac habitaba la otra nación (énfasis agregado)”. Así, pues, de Carabaillo al sur comenzaba otra lengua: el quechua, en su variante costeña o “marítima”, como diría Cobo (Ver Mapa II).

1.2. **El nombre.** Como ocurre con las demás lenguas andinas, el idioma del cual nos ocuparemos tampoco se libra de un problema inicial: el de su designación¹¹. En efecto, en el presente caso no solamente se emplean varias designaciones para referirse a él sino que, conforme se vio, no todas ellas remiten a una misma entidad. La confusión inicial proviene, como se sabe, del hecho de que nuestras lenguas no tenían nombre propio: cada grupo étnico posea su idioma y éste era *la* lengua (humana), por excelencia. El afán designativo, como entidad étnica y/o lingüística, parte del extraño, generalmente del

11 En una nota reciente, Gertrud Schumacher (1992) también se ocupa del tema, apoyándose básicamente en Torero (1986), y, por consiguiente, estableciendo deslindes glotonímicos similares a los que postularemos en seguida.



MAPA II

grupo advenedizo preocupado por establecer las fronteras del *otro*, y los membretes demarcativos aluden a cierta especificidad de éste (de orden cultural o ecológico) y, por extensión, a su lengua.

Por lo que toca a la presente lengua, como se recordará, tres han sido las designaciones empleadas para aludirla: *yunga*, *mochica*, y *quingnam*. La primera, proveniente del quechua general, para nombrar al poblador costeño¹², fue tomada por los españoles con el mismo referente, pero además, esta vez, para referirse también, por extensión, a la lengua del mismo. Sin embargo, como existían otras lenguas costeñas, el nombre resultaba de suyo ambiguo, pues podía aludir a más de una entidad idiomática. Las demás designaciones, de origen local, remitían a realidades lingüísticas más específicas; pero, en la medida en que la primera también cubría a éstas, pronto se vieron envueltas dentro de la misma confusión.

Ahora bien, conforme se vio, el examen de las fuentes documentales más tempranas (crónicas, diarios de visitas, relaciones de doctrinas y cartas) permite hacer un deslinde glotonímico inicial, desde el momento en que las informaciones que proporcionan describen la situación lingüística inmediata, teniendo al frente entidades que son sentidas y percibidas como diferentes por sus mismos hablantes o por quienes las describen. Con el correr del tiempo, sin embargo, algunas de estas entidades idiomáticas fueron extinguiéndose, varias de ellas sin haber

12 Nótese que *yunga* (proveniente de la forma más conservada **yunka*) podía designar también al habitante de los valles trasandinos orientales de clima relativamente cálido. Oigamos lo que al respecto dice, de manera inmejorable, el "Príncipe" de los cronistas: "[...] y a los que habitan en los llanos llaman *Yungas*. Y en muchos lugares de la sierra por donde van los ríos: como las sierras siendo muy altas, las llanuras estén abrigadas y templadas, tanto que en muchas partes haze calor como en estos llanos, los moradores que biuen en ellos, aunque estén en la sierra se llaman *Yungas*. Y en todo el Perú quando hablan destas partes abrigadas y cálidas que están entre las sierras, luego dizen es *Yunga*. Y los moradores no tienen otro nombre, aunque lo tengan en los pueblos y comarcas. De manera que los que biuen en las partes ya dichas, y los que moran en todos estos llanos y costa del Perú se llaman *Yungas*, por biuir en tierra cálida" (Cieza de León [1553] 1984: Cap. lx, 190-191; énfasis agregado).

sido objeto del más mínimo registro escrito en la forma, no ya de gramáticas y lexicones, sino de al menos meras listas de palabras. Esta situación de glotofagia que se inicia a fines del siglo XVII y culmina en el presente (ver Cap. IX), así como la ausencia de documentación escrita para algunas de ellas, dio lugar a que los estudiosos contemporáneos, perdidos ya de manera irreversible los referentes lingüísticos, aumentaran aún más la confusión, reduciendo el número de entidades y, por consiguiente, duplicando o triplicando las designaciones para referirse a ellas.

Pues bien, tras el deslinde lingüístico-geográfico ofrecido en la sección anterior, y para ocuparnos únicamente de las lenguas habladas en los valles de los departamentos de Lambayeque y La Libertad, no parece haber duda de que en ellos se hablaban dos lenguas diferentes, las mismas que se superponían en la zona comprendida entre los valles de Jequetepeque y Chicama. Según se desprende de la “Memoria”, la lengua más norteña recibía el nombre de *mochica*, a la par que la sureña era designada como *pescadora*. En otros documentos, como en el “Diario” del arzobispo Mogrovejo, ésta recibe también el nombre de *yunga*. El agustino de la Calancha, por su parte, se refiere a ella con el nombre de *quingnam*, a la cual le reconoce asimismo una variedad emparentada que, coincidiendo con el documento de la “Memoria”, llama *pescadora*. Pues bien, los problemas glotonímicos surgen cuando la lengua mochica es designada también como *yunga*. Ello ocurre no sólo en la única gramática colonial accesible de la lengua, que lleva por título *Arte de la lengua yunga* (cf. de la Carrera [1644] 1939) sino incluso en el “Plan” de Martínez Compañón, donde aparece consignada la “lengua yunga de las Provincias de Trugillo y Saña”. No es de extrañar entonces que la designación del mochica como yunga haya confundido a los estudiosos contemporáneos, quienes, a falta de registro escrito para la quingnam o pescadora, consideran, implícita o explícitamente, que mochica, quingnam y pescadora son diferentes designaciones de una misma lengua (Middendorf [1890] 1956, Villarreal 1921, Larco Hoyle 1939, Zevallos Quiñones 1946 y Stark 1968) o, en todo caso, dialectos de un mismo idioma (Rowe 1948, Rivet 1949, Ravines 1980). De la misma opinión son Rostworowski (1981: Cap. 5) y Rabinowitz 1983), con la única diferencia de que estos autores, conforme se vio, consi-

deran que la pescadora habría sido una lengua especial, opinión que fue descartada¹³.

Ahora bien, que el empleo de yunga para designar al mochica no reflejaba sino el uso de dicho término en su acepción genérica de “lengua de la costa” nos lo demuestra el mismo *Arte* del cura de Reque, en cuya aprobación por parte del Lic. Juan Niño de Velasco se dice que su autor, don Fernando de la Carrera, es “muy gran lenguaraz de la lengua ‘Mochica’, del Obispado de Trujillo”. Por consiguiente, mochica y no yunga = quingnam (menos pescadora) es lo que nos describe el gramático trujillano, sobre todo si tomamos en cuenta que aquél, según la lista de doctrinas que nos proporciona, sólo se hablaba hasta el valle de Chicama, y aquí incluso, conforme se vio, compartiendo un mismo territorio con el quingnam. Si estas lenguas hubieran constituido una misma entidad, entonces ¿cómo explicar que el cura de Reque haya omitido, en su relación de doctrinas, los pueblos al sur de Chicama? De hecho, la lista de “beneficios” ofrecida parece exhaustiva, pues llega a incluir en ella algunas doctrinas del corregimiento de Cajamarca, en plena sierra norteña¹⁴, por lo que la exclusión de los

13 En realidad, uno de los pocos estudiosos que reconoce al quingnam como lengua diferente del mochica es el etnohistoriador Espinoza Soriano (1975). Sin embargo, conforme se vio (cf. nota 4), este autor, además de malinterpretar a Salinas de Loyola (o el corregidor Céspedes, a quien le da la autoría de la relación), se contenta con el reconocimiento de *una* sola lengua para el valle de Piura y territorios aledaños. Últimamente, Zevallos Quiñones (1992: 141-142; cf. también Herrera 1988) parece haberse rectificado en relación con la “festinación de nombres” –tal su propia expresión– de la que él mismo no se libró, pues admite que “la lengua mochica lambayecana” y la “lengua Quingnam, o del Chimú” (para la cual “no se ha recopilado nada”) habrían sido diferentes. Incidentalmente, Schumacher (1992) comenta que, a diferencia de Middendorf, Prince (1905) distinguiría tres lenguas: chimú, mochica y yunga, aunque “sin aducir pruebas”. En realidad el bibliógrafo citado menciona una cuarta: la “quingnana” (p. 49). Sobre decir que este autor no sólo no aporta pruebas para diferenciar a las supuestas cuatro entidades sino que todo su trabajo se reduce a un listado confuso de nombres de lenguas y/o de grupos étnicos, sin distinguirlos y mucho menos preocuparse por averiguar si aluden a una misma entidad o no, por lo que su trabajo es de escaso o nulo valor.

14 No sólo menciona los lugares donde se localizaban tales beneficios, cuya grey descendía de antiguos *mitmas* transplantados allí por orden de Túpac Inca Yupanqui,

valles al sur de Chicama sólo puede responder al hecho de que allí se hablaba la lengua quingnam o pescadora, ajena al mochica. Por lo demás, la primera documentación accesible de la lengua (1607), constituida por un conjunto de breves textos de corte catequético, lleva por encabezamiento “Lengua Mochica de los Yungas” (cf. Cap. III, sección 3.1).

El deslinde glotogeográfico hecho hasta aquí reposa exclusivamente, conforme vimos, en la información documental. Lamentablemente no disponemos de materiales lingüísticos para el quingnam ni sabemos a ciencia cierta si alguna vez fue objeto de una descripción gramatical o léxica, o al menos si se redactaron cartillas o catecismos en él¹⁵. El hecho de que no haya sido registrada la lengua no implica que ella no haya existido o que, de haber existido, haya sido idéntica o parecida

sino que nos llega a decir que los residentes eran bilingües de mochica y quechua, pues “aunque saben la serrana [i.e. la quechua], hablan la suya más de ordinario que la otra, y es forzoso que el Cura que los doctrine la sepa” (*Op. Cit.*: “Al lector”, 9). Precisamente uno de esos grupos de mitmas, de Collique, había sido trasladado a Shultín (Cajamarca), habiendo mantenido su identidad “yunga” hasta fines del siglo XVII (cf. Espinoza Soriano 1970).

- 15 Hablando de los indios del valle de Chicama, el cronista Lizárraga ([1605] 1968: Cap. XVI, 13) dice que “tienen dos lenguas, que hablan: los *pescadores* una, y dificultosísima, y otra no tanto”. Añade que fray Benito de Jarandilla, de su propia orden dominicana, “sabía ambas, y la más dificultosa, mejor”. Del pasaje se puede inferir que la otra lengua, la menos dificultosa, era la mochica, y entonces la que mejor conocía el religioso era la quingnam, llamada pescadora. Un compañero de orden de fray Benito fue fray Pedro de Aparicio, igualmente radicado en Chicama, quien, según Meléndez, el historiador de la orden dominicana, habría compuesto “un *arte y vocabulario*, y muchos sermones, pláticas y oraciones” (cf. Zevallos Quiñones 1948a). Es muy probable que la lengua descrita haya sido la mochica y no la quingnam: sintomáticamente, el historiador Meléndez agrega que de las obras de fray Pedro “otros se han valido después”, amén de que el P. Lizárraga no lo haya mencionado en consonancia con la “difícil” lengua pescadora. Añadamos, de paso, que el mismo fray Juan Meléndez (1681: I, Libro IV, Cap. II, 325-326) refiere que el primer gramático del quechua—fray Domingo de Santo Tomás—, que anduvo predicando a los indios y fundando conventos entre los valles de Chicama y Chancay, habría aprendido también la lengua “de los llanos de Truxillo, que es difícilísima, y que aun oy ay muy pocos” que la saben. La lengua en cuestión sería, pues, la quingnam (cf. Cerrón-Palomino 1994b: sección 1, nota 2).

a la mochica¹⁶. A falta de materiales estrictamente lingüísticos, creemos que es posible todavía arrancarle tanto a la información archivística como a la toponimia algún material que haga posible su caracterización, aunque fuera parcial, en oposición a la mochica. De hecho, una simple ojeada a la toponimia (Cao, Cauchan, Chao, Guañape, Huarmey, Mayao, Huaura, etc.) así como a la antroponimia (comenzando por el nombre del dios de la tempestad, llamado *Vatan* o *Guatan*) perteneciente a la descendencia de los gobernantes del Chimor (Guacri Caur, Chanquir Guangan, Chumun Caur)¹⁷ nos proporciona el

16 En su libro de viajes, el explorador Squier ([1877] 1974: Cap. X, 91) nos dice que los “habitantes de la aldea india de Moche todavía hablan, en conversaciones confidenciales, la antigua lengua de los chimús que, por todo lo que he podido saber, es idéntica a la que se habla en Eten o Eteng, situado unos 160 kilómetros más al norte, sobre la costa. *Tengo un breve vocabulario de esta lengua*” (énfasis agregado). Como se ve, estaríamos al frente no sólo de la referencia al único vocabulario quingnam, no dado a conocer por el autor lamentablemente, sino también del testimonio de un investigador que sostiene que dicha lengua y el mochica eran un solo idioma. A tales conclusiones parece llegar precisamente Rowe (1948), tras la lectura del pasaje mencionado. Sin embargo, nuestra interpretación del mismo no da para tanto. En efecto, la anáfora establecida por el pronombre *esta* en el texto resaltado alude, según creemos, a “la [lengua] que se habla en Eten”, y no a “la antigua lengua de los chimús”. Ello quiere decir, al margen de la identidad o no de las lenguas, que el vocabulario que poseía Squier pudo haber sido tomado de otra fuente, pero en todo caso de la zona lambayecana y no necesariamente del valle de Moche. El, que habitualmente cuenta los pormenores de sus actividades en el trabajo de campo, no dice nada en relación con la procedencia de dicho léxico. Por último, de aceptarse la identidad de las dos hablas, la de Moche podría haber sido un desprendimiento de la lengua lambayecana (no necesariamente de Eten) en boca de mitmas “nortefíos”. Por lo demás, la afirmación de la preservación de la “antigua lengua” por parte de los mocheros no deja de ser difusa (¿basada en un simple rumor?), como vaga es también la mención a su supuesta identidad con la lengua etenana. Sobre la vigencia de las lenguas indígenas costeñas en el siglo XIX, ver Cap. IX. Nos complace señalar ahora que nuestra suposición de que la lista de Squier podía corresponder al mochica se vea confirmada por el propio viajero, quien afirma en una de sus cartas inéditas que dicho vocabulario, perteneciente al habla de Eten, se lo había proporcionado nada menos que el viajero italiano Antonio Raimondi (dato proporcionado por Mariana Mould de Pease: agosto de 1994).

17 Según la historia anónima escrita en 1604, de la cual se conoce apenas un breve resumen del primer capítulo, donde se hace mención a la dinastía de Taycanamo

dato del registro del fonema labiovelar /w/, con notable frecuencia, el mismo que, como se verá (cf. Cap. IV, sección 4.27), era totalmente ajeno al mochica¹⁸. Es más, palabras como *munao*, equivalente de la voz quechua *mallki* (citada por Arriaga [1621] 1968: Cap. I, 200), o la propia *guaxmi* (consignada en el *Lexicon* de fray Domingo de Santo Tomás), que se sabe correspondían a la lengua hablada en territorio quingnam, conllevan igualmente la mencionada consonante¹⁹. Datos

y sus descendientes, y que fue dada a conocer por el P. Vargas Ugarte (1936). Ver Rowe (1948) para ésta y otras referencias.

- 18 Sirva la ocasión para llamar la atención de los especialistas del área andina sobre la necesidad urgente de acometer, de una buena vez, el estudio sistemático de la toponimia (en especial la menor) y la antroponimia de la zona. En los últimos años la toponomástica andina, y particularmente la referida a la sierra norteña y a las cabeceras de los valles costeros aledaños (cf. Krzanowski y Szemiński 1978, Torero 1989 y Adelaar 1990), se ha dignificado notoriamente, inaugurando una nueva etapa en el desarrollo de tan compleja disciplina y constituyéndose en un modelo a seguir. No puede decirse lo mismo en relación con los estudios antroponímicos que, con la excepción de los trabajos de Salomon y Grosboll (1986) y Taylor (1990), aún no han sido emprendidos con la debida rigurosidad. Para la zona mochica son de enorme importancia, por ejemplo, los estudios archivísticos (ya iniciados por Brüning 1922c) sobre la genealogía de los curacazgos de Lambayeque realizados por Zevallos Quiñones (1989), los mismos que aventajan a las simples listas de nombres que diera a conocer Romero (1909), en forma descontextualizada, y, por consiguiente, de muy poco valor. Para la región propiamente quingnam, ver asimismo Zevallos Quiñones (1992). Sobre estos mismos puntos, y particularmente en relación con la toponimia lambayecana, el infatigable estudioso trujillano acaba de ofrecernos (cf. Zevallos Quiñones 1994) una copiosa lista de nombres que, una vez más, corrobora la zonificación lingüística ofrecida. Incidentalmente, en dicha lista aparecen algunos topónimos que conllevan el fonema /w/, pero ello de ninguna manera contradice lo sostenido previamente, pues tales nombres o parecen aludir a poblaciones mitmas (Huachaco, Huachano, Huamantanga, Hualanga) o se circunscriben a la región de Olmos (Huaname, Huarhuar, Saulaca, etc.), lengua cuya base, como dijimos, fue seguramente diferente de la mochica. Resta decir que, para un estudio serio, lo ideal sería contar con versiones *fidedignas* de tales datos; sin embargo, el rigor filológico es algo que todavía espanta a muchos de nuestros etnohistoriadores.
- 19 Zevallos Quiñones (1975) ofrece una lista de palabras indígenas recogidas en la región de Trujillo, las mismas que, según el autor, no corresponden al mochica. Dicha lista, sin embargo, como ya lo advertía M. Rostworowski (1981: Cap. 5, nota 14), contiene términos claramente atribuibles al mochica (v.gr. *col* 'llama', y por extensión 'caballo'), al quechua (por ejemplo, *rucóma*, forma epentetizada

como éstos (cf. también Torero 1986), por muy fragmentarios que sean, contribuyen ciertamente a darle un mayor asidero al deslinde lingüístico postulado entre el quingnam y el mochica²⁰.

-
- de *rucma*) e incluso al náhuatl (*milpa* 'chacra de maíz'). Con todo, pueden rescatarse de ella, a los efectos de nuestra discusión, algunos vocablos que conllevan el mencionado fonema labiovelar: *cabuan* 'red para pescar en río y laguna', *carrahuay* 'pequeño crustáceo', *huacalá* 'variedad de pez', *huabina* 'pez de agua dulce'. Estos términos, y otros más que aparecen en la lista, pueden tentativamente adjudicarse a la lengua quingnam o, quizás más exactamente, a su variante pescadora.
- 20 La etimología de *mochica* sigue siendo enigmática, y su asociación con el topónimo *Moche* (cf. Middendorf [1894] 1973: I, 271), resulta completamente gratuita, tanto en términos geográficos como históricos, y estuvo motivada por la falsa atribución de la lengua mochica a los chimúes (cf., a este respecto, la discusión de Domínguez Faura 1993). Las otras hipótesis que se formulan acerca del glotónimo giran en torno a <mæcha> 'adorar' y <maçtæc> 'ídolo' como posibles étimos. Ambas voces destacarían, a su modo, cierta vocación profundamente religiosa atribuída a los pueblos del litoral norteño, materializada por lo demás en numerosos santuarios cuyos restos aún persisten. Así lo sugieren von Buchwald (1915), Zevallos Quiñones (1946; cf. también 1992: 142) y María Rostworowski (1987), aunque discrepan en el étimo propuesto. Así, el primero de los mencionados postula <mæcha>, hipótesis que es rechazada por la conocida etnohistoriadora, si bien atribuyéndosela gratuitamente a Villarreal. La otra alternativa, es decir <maçtæc>, fue sugerida por Zevallos Quiñones, y posteriormente sustentada por Rostworowski. A decir verdad, el estudioso trujillano también postula otro origen: nada menos que el de la expresión *much eic* [sic] 'nosotros somos'. Esta forma, sin embargo, está distorsionada, desde que su versión correcta es <mæich eix>, es decir [möiç eiš] (ver Cap. IV), por lo que resulta fácilmente descartable (cf. Herrera 1988 sobre la insistencia del estudioso trujillano en la misma etimología). En cuanto a <mæcha>, no hay mucho que comentar, excepto que se trata del quechuismo *mucha-* 'besar, adorar', introducido en la lengua por los evangelizadores. Para estos puntos, ver Cerrón-Palomino (1989). Descartadas las etimologías propuestas, aún queda una, sugerida entre otros por Espinoza Soriano (1975): se trataría de *Xam Muchec*, el nombre de uno de los acompañantes de la comitiva de Naimlap (cf. sección 1.3). Según Cabello Valboa ([1586] 1951: III Parte, Cap. 17, 327), dicho personaje "tenía cuidado de las unciones, y color con que el Señor adornava su rostro". Ahora bien, la raíz *xam*, como sustantivo, significaba 'señal, emblema', y como verbo 'pensar, reflexionar' (el mismo término entraría al quechua costeño, en calidad de préstamo, bajo la forma de su derivado *xamic* 'señal'; cf. Cap. IV, sección 4.23.2, nota 59), de modo que hay, al parecer, una relación estrecha entre ambos significados. Quedaría la forma *muchec*, de la que derivarían tanto el etnónimo como, posteriormente, el nombre de la lengua. Su asociación con <maçtæc> 'ídolo' tropieza con el cambio de la primera

1.3. **Correlaciones históricas.** Como se sabe, el espacio de la costa norte peruana fue escenario del desarrollo de florecientes civilizaciones prehispánicas, caracterizadas por haber alcanzado un alto grado de desarrollo tecnológico y artístico. De acuerdo con los estudios arqueológicos (Shimada 1985, Bonavía 1991, Ravines 1993: 57-102), hay un relativo acuerdo en señalar que la tradición moche (llamada también *mochica*, *proto-chimú*) tuvo dos etapas de desarrollo claramente marcadas: una prehistórica o clásica, que se habría desenvuelto entre los siglos II-VI d.C., extendiéndose por el norte desde el valle de Jequetepeque hasta el de Nepeña por el sur²¹, caracterizándose por la producción de una cerámica bícroma, y cuyos monumentos arqueológicos importantes serían la Huaca del Sol y de la Luna así como el de Pañamarca; la otra etapa, protohistórica (conocida también como *Lambayeque* o, últimamente, *Sicán*), con desarrollo entre los siglos VI y XIV, abarcando su mayor extensión territorial, para cubrir todos los valles desde Lambayeque hasta Casma, esta vez caracterizada por una cerámica polícroma, y con sus centros monumentales importantes de Pampa Grande, primeramente, y Batán Grande después. La segunda etapa, impropriamente llamada también “moche” (pues tuvo su centro en Lambayeque) estuvo marcada, según se sabe, por la aparición del fenómeno huari, en su expresión de Pachacámac (cf. Shimada 1985).

Por lo que toca al reino de Chimor, de corta duración, se habría desarrollado hacia finales del siglo XIV y mediados del XV, teniendo su capital en el valle de Moche, y habiéndose extendido, según las informaciones documentales, desde Tumbes, por el norte, hasta las cercanías de Lima, por el sur: testigo de su enorme grandeza y poderío

vocal, completamente inmotivado (aunque no el reajuste de los segmentos <ç̣> y <æ>; cf. Cap. IV, sección 4.22.3 y 4.11, respectivamente).

21 En realidad, la frontera norte parece haber alcanzado incluso la cuenca alta del Piura (Bonavía 1991: Cap. VIII, Kaulike 1993), sólo que la interpretación de la presencia moche en esa zona está en debate, pues hay quienes piensan que ella podría deberse al establecimiento de colonias a partir de su foco central, localizado entre Pacasmayo y Moche. El límite sur, asimismo, no está claramente definido, pues Bonavía, entre otros, sostiene que habría sido Huarmey y no Nepeña, como generalmente se cree; aquí también se piensa en la presencia de colonias como factor que explicaría dicha prolongación sureña (cf. Bonavía, *Op. Cit.*).

vendría a ser la monumental ciudadela de Chanchán. Gobernado por una dinastía fundada por el mítico Taycanamo, sus sucesores (en número de seis) consolidaron el reino hasta que éste fuera conquistado por los incas, durante la soberanía de Minchan Çaman (cf. Vargas Ugarte 1936, Rowe 1948). Pues bien, desde el punto de vista lingüístico, interesa que nos preguntemos qué lengua (o lenguas) hablaban los forjadores de tales civilizaciones.

Al respecto, debe señalarse que, por lo menos en relación con los forjadores de la civilización de la etapa protohistórica (fase Lambayeque o Sicán), encontramos una asombrosa coincidencia entre el espacio ocupado por ésta, que se extendió desde Motupe hasta el valle de Jequetepeque, y la extensión cubierta por la lengua mochica. Aparte de los datos proporcionados por las informaciones tanto documentales como estrictamente lingüísticas, dicho territorio, que sepamos, se caracteriza conspicuamente, por el registro de una toponimia asignable a dicha lengua y no a otra, y claramente distinguible de la encontrada al norte de Motupe y al sur de Chicama. En cambio, por lo que toca a la lengua de los mochicas prehistóricos o clásicos, la situación es completamente nebulosa, puesto que no disponemos de ninguna evidencia directa de ella, habiendo sido en todo caso “cubierta” o asimilada por la lengua lambayecana. Sin embargo, como ya lo sugería Larco Hoyle (1939: II, 48), la lengua en cuestión bien pudo haber sido la misma mochica: tampoco hay evidencia en contra de esta hipótesis. Si esto hubiera sido así, ¿cómo armonizar la presencia arqueológica de Moche clásico con el área cubierta por la lengua, rebasada por aquélla tanto al norte (Vicús) como al sur (Nepeña y Casma)? Se nos ocurre que podría explicarse como resultado de distintas formas de control e imposición cultural, mas no necesariamente lingüística, a partir de su metrópoli. Por lo demás, volviendo a los mochicas proto-históricos, la famosa leyenda de Naimlap²², recogida por el cronista Cabello Valboa

22 De las dos variantes ortográficas encontradas en el texto de Cabello Valboa –Naimlap - Naymlap–, elegimos la primera por representar mejor la estructura silábica del mochica: según lo adelantamos (cf. nota 3), la lengua no admitía más de dos consonantes en posición intervocálica (sobre todo en las raíces nominales). Por lo mismo, la variante apócrifa Naymlap, al registrar doble consonante en final

([1586] 1951: III Parte, Cap. 17, 327-330), supone la ocupación de Lambayeque y valles aledaños por una comitiva regia procedente del sur²³, y según parece ella tiene un contenido histórico real, como lo

de sílaba, queda descartada. Rubiños y Andrade ([1782] 1936: 361-363), que también recoge la misma leyenda, registra la variante Ñamla, con supresión obvia de la consonante final (cf. las formas actuales de los topónimos Reque y Saña, provenientes de sus antiguas formas Requep y Zañap, respectivamente), y con la nasal palatal. De otro lado, Cabello Valboa refiere que la comitiva de Naimlap portaba un ídolo “contra hecho en el rostro de su mismo caudillo, [...] labrado en una piedra verde, a quien llamaron Yampallec (que quiere decir figura y estatua de Naymlap)” (cf. *Op. Cit.* Cap. 17, 327-328). Ahora bien, obviamente el topónimo actual de Lambayeque tiene su origen en el nombre del ídolo, sobre todo habida cuenta que la forma originaria de aquél fue, según de la Carrera, Ñampaxllæc. Como observa correctamente Rowe (1948), resulta entonces lógico pensar que, dada la significación de Yampallec como “figura y estatua de Naimlap”, entre dicho nombre y éste haya “algún morfema en común”. Ya que el mismo Cabello menciona a Cuntipallec (cf. mochica cunti ‘serrano’) como uno de los descendientes del mítico personaje, no es difícil aislar ñam (después de todo la alternancia y - ñ - ll no es infrecuente en las lenguas andinas; cf. quechua yapa - ñapa ‘añadido’, ñañu - llañu ‘delgado’), cuyo significado podría ser ‘ave’ (cf. mochica ñaiñ). Quedarían las formas lap, por un lado, y paxllæc, por el otro, de significado difícil de averiguar. Ahora bien, Rubiños y Andrade (*Op. Cit.*) nos dice que Ñamla “significa ave (o gallina) de la agua en la lengua Indica, manifestando con el, que de aquel elemento había salido su progenitor”. Como puede verse, estamos aquí frente a lo que parece una típica etimología popular, pues si se “reconstruye” que el segundo elemento del compuesto del nombre fue *lap y no *la (cf. mochica lâ ‘agua’), entonces el significado de ‘agua’ nada tiene que ver aquí. Por lo demás, como puede constatarlo el lector, estas digresiones no van muy lejos de las hechas sobre el mismo punto por Brüning (1922a) y Rowe (1948).

- 23 Como se sabe, en la leyenda mencionada se dice que Naimlap y su comitiva real desembarcaron en el río Faquisllanga (que no sería sino el de Lambayeque; cf. Brüning 1922a), procedente “de la parte suprema de este Pirú”. Lo de “parte suprema” ha sido interpretado por algunos autores, erróneamente, como “parte norte” (y de allí la hipótesis de la probable procedencia mesoamericana de los mochicas, y con ellos de su lengua); sin embargo, como ya fuera aclarado en repetidas ocasiones (por ejemplo, Rowe 1948), por “parte suprema” hay que entender, de acuerdo con el sistema de orientación vigente en la época, el sur; en el presente caso, el lugar de procedencia bien podría haber sido el valle de Moche. Cf. también Rostworowski (1992: Cap. 1, 23). Para abundar sobre lo mismo, el anónimo de la relación de Tayanamo dice de Ñançenpinco, su sucesor, que “corrió la costa acia arriba hasta un pueblo llamado mayao donde al presente yace la villa de santa, diez y ocho leguas desta ciudad [de Trujillo] y por la parte

han sugerido Shimada (1985: 129) y Donnan (1990), éste último tras haber realizado excavaciones en las huacas Chotuna y ChornanCap, la primera de las cuales vendría a ser el antiguo palacio de Chot, mencionado en la leyenda. Y, lingüísticamente, por lo demás, la dinastía de los once soberanos que sucede al mítico Naimlap acusa una procedencia eminentemente mochica (cf. Brüning 1922a)²⁴. Según el mismo relato, a la trágica muerte del último de los soberanos, de nombre Fempellec, quedó desamparado el señorío, y es por aquella época que se produce la conquista del mismo por parte del soberano de Chimor.

Por lo que respecta a la lengua del reino de Chimor, de acuerdo con la delimitación ofrecida en la sección anterior, ella fue seguramente la quingnam. Como se recordará, de la Calancha refiere que ella se habría impuesto entre los pobladores de Pacasmayo y su uso se extendía, por el sur, “asta Lima”. Y aun cuando la dominación chimú se hubiera extendido por el norte hasta Tumbes, es probable que, dada su corta duración (a lo sumo de un siglo), no haya conllevado una imposición lingüística más allá del valle de Pacasmayo; pero incluso en la vecindad de su territorio originario no habría logrado desplazar

de abajo el valle de chicama hasta Pacasmayo junto a la villa de Saña, veinte y quatro leguas desta ciudad” (cf. Vargas Ugarte 1936). En fin, agreguemos que, según lo advirtió Brüning, el pueblo mochicahablante preservaba dicho sistema de orientación (¿de origen nativo tal vez?), pues, según reza en sus apuntes, “*Al sur se dice siempre por arriba. Nunca se dice en Lima sino por arriba. Al norte = por abajo; aunque en verdad hay que hacer lo contrario, quiere decir bajar, cuando dice por arriba, i viceversa*” (cf. Brüning 1917-1918).

- 24 En relación con la probable procedencia de Naimlap, Shimada (1985) se muestra bastante cauto, pues observa que “quizás nunca llegaremos a saber[la] con seguridad”; pero a continuación lanza una hipótesis: “yo sugiero –nos dice– que un posible origen provenga [sic] del afamado centro de oráculos de Pachacamac”. Si asumimos que los pachacamaqueños hablaban el quechua “marítimo” (y todo conduce a pensar que así fuera), entonces Naimlap y su comitiva habrían hablado el mismo idioma, lo que se contradice abiertamente con el hecho de que sus nombres no tienen nada de aquella lengua y en cambio armonizan plenamente con el mochica. Notemos, en cambio, que dos de los sucesores del mítico personaje –Cuntipallec y Allascunti–, al portar el elemento *cunti* podrían estar delatando alguna procedencia de origen serrano, pues dicha palabra significaba en mochica ‘habitante de la sierra’.

al mochica, que, como sabemos, coexistía con el quingnam en toda la franja comprendida entre los valles de Jequetepeque y Chicama. Es posible además que, al igual que los incas más tarde con respecto al quechua, los chimúes se hayan valido del mochica para someter a los pueblos norteños. Sólo así cobra sentido el que los estudiosos, especialmente arqueólogos (Rowe, Bonavía, Ravines), al tratar sobre los chimúes y sus instituciones, les hagan “hablar” en mochica, a falta de datos lingüísticos concretos para el quingnam. De no aceptarse la hipótesis sugerida, no hay ninguna razón para atribuirles a los soberanos del Chimor la lengua de sus vecinos mochicas²⁵, así como, en el terreno arqueológico, no hay motivo alguno para confundir el desarrollo autónomo del reino de Lambayeque con el de Chimor (cf. Isla 1992, Domínguez Faura 1993). Naturalmente que quienes niegan la existencia del quingnam como entidad lingüística diferente del mochica simplemente asumen que dicho nombre, así como el de yunga, no tiene otro referente que aquel idioma descrito por don Fernando de la Carrera. Sin embargo, ya vimos que esta postura, dadas las razones expuestas en la sección anterior, no tiene sustento. De hecho, como se mencionó, la nomenclatura de la dinastía iniciada por el fundador de Chanchán, el mítico Taycanamo (cf. nota 17), muestra una fisonomía fónica marcadamente distinta a la que encontramos en la dinastía de Naimlap, comenzando con la presencia del fonema labiovelar, ajeno a la lengua norteña.

25 Es más, el propio de la Calancha (*Op. Cit.*: Vols. III, IV), que es el único que atribuye a los chimúes su propia lengua —la quingnam—, se contradiría a sí mismo, desde el momento en que, cuando se refiere a ellos y a la gente de los valles de Trujillo, menciona, en conexión con los mismos, una serie de palabras de origen claramente mochica: *fur* ‘las Pléyades’, *ni* ‘mar’, *sian* (es decir, *si-an*) ‘templo de la luna’, *alec* ‘divinidad’ (cf. <alæc> en de la Carrera), *nec* ‘río’, *tumi* ‘lobo marino’, etc. Sirva la ocasión para dejar en claro la falsa etimología que se le está atribuyendo a la palabra Sicán como ‘casa de la luna’, con la aparente complacencia de algunos arqueólogos (cf. especialmente Shimada 1985). No extrañaría que a alguien se le ocurra darle la misma interpretación a Sipán, ya que, después de todo, igual le da al lego que una consonante varíe (o se la agregue o suprima caprichosamente). Quienes aceptan fácilmente dicha etimología deben tener en cuenta que, como en la cita previa de de la Calancha, ‘templo de la luna’ era *sian*, y no **sican*, pues ‘luna’ era *si* y *casa an* (ver Apéndice).

1.4. **Filiación.** Los estudios sobre clasificación de las lenguas indígenas sudamericanas consideran al mochica, comúnmente bajo la designación de *yunga*, como formando parte de una familia lingüística más extendida: la *yunga-puruhá*, y comprendiendo dentro de ella a las lenguas de toda la costa norte, incluyendo a las del Golfo de Guayaquil y parte del callejón interandino ecuatoriano (específicamente la cañari y la puruhá). Dicha clasificación fue propuesta inicialmente, entre otros, por el investigador ecuatoriano Jijón y Caamaño (1943: 88-140), siendo luego prácticamente consagrada por Mason (1950: 193-194). Desde entonces ha sido seguida, con ligeros reajustes, por Loukotka (1968: 261-263) y por Tovar y Larrucea de Tovar (1984: 168-170). Entre las clasificaciones más recientes, las de Greenberg (1987: Cap. 3, 106) y Kaufman (1990) coinciden en postular, para mayor confusión terminológica, una familia *chimú*, la misma que, según el primero de los autores, formaría parte del segundo miembro de la rama *chibchapaezana*, a la par que, de acuerdo con el segundo investigador, formaría un grupo independiente, integrando al *yunga-puruhá* y al cañari.

Dejando de lado la clasificación de Greenberg, cuya "familia chimú" está representada únicamente por el mochica colonial (que él denomina *chimu*) y el dialecto de Eten, la de Kaufman, si bien excluye a las lenguas de las cuencas de los ríos Chira y Piura (que para él constituirían familias diferentes, aunque agrupables en un mismo stock: la sechurana y la catacaoña), todavía incluye, siguiendo la clasificación tradicional, al conjunto puruhá-cañari. Pues bien, ¿qué sustento tiene la relación pretendida del mochica no sólo con estas lenguas sino con las demás del litoral norteño?

En primer lugar, con excepción de los idiomas piuranos, para los cuales contamos con alguna información de tipo léxico, el resto de las lenguas del litoral (la manta, por ejemplo), así como las interandinas cañari y puruhá, no cuentan con ningún tipo de documentación lingüística, excepto las referencias de su existencia y de su localización geográfica aproximada²⁶. En segundo lugar, conforme se vio en la

26 Así, por ejemplo, Martín de Gaviria ([1582] 1965: II, 285-287), hablando de los indios de Cuenca y Riobamba dice que "hablan la lengua general *quichua* del

sección 2.1, la comparación léxica de las lenguas de las cuencas del Chira y del Piura establece que allí había por lo menos dos lenguas: la sechura y la colán-catacaoeña (designable ésta como *tallana*, atendiendo al grupo étnico que la hablaba), ambas sin embargo totalmente ajenas al mochica. Si, pese a esta constatación (fácilmente verificable con sólo darle una ojeada al “Plan” de Martínez Compañón), se persiste en los agrupamientos mencionados (exceptuando a Greenberg y Kaufman), ¿qué diremos de los demás entronques, desprovistos para ello de la más mínima documentación lingüística? Sobra decir que tales filiaciones resultan completamente gratuitas y se apoyan únicamente, cuando no en la vecindad territorial, en aislados materiales toponímicos y antroponímicos, arbitrariamente correlacionados, sin tomar en cuenta la coincidencia azarosa y la recurrencia fortuita de ciertas formas léxicas, analizadas igualmente de manera asistemática, como era la práctica usual seguida por Jijón y Caamaño (para una crítica a su método de análisis, ver Salomon y Grosboll 1986). Razón tiene entonces Louisa Stark (1968: Cap. 2) cuando, luego de ofrecer un examen crítico de las postulaciones hechas hasta entonces (incluyendo alguna que pretendía emparentar al mochica nada menos que con el quechua!), concluye que, en realidad, el mochica (*yunga* en su terminología) es una lengua *aislada*, sin relación genética alguna con sus “vecinas”, lo que no descarta que pueda relacionársela con alguna otra lengua “distante”.

Una hipótesis en tal sentido es la desarrollada precisamente por la mencionada investigadora norteamericana (cf. también Stark 1972a). En efecto, en su disertación intenta postular, recogiendo una vieja

Inga; los más la lengua particular dellos, que la *cañar* de la provincia de Cuenca, y en partes revuelta con la de los *puruguay*s de la provincia de Riobamba. Hay otras diferentes lenguas en estos mismos indios, mas por estas dos lenguas se entienden todos”. Es sabido, sin embargo, que en 1583, como un eco inmediato a las disposiciones del Tercer Concilio Limense (1582-1583; cf. Cerrón-Palomino 1987a y las citas hechas allí), fray Luis López, obispo de Quito, encomendó al clérigo Gabriel Minaya para que tradujera el catecismo y el confesionario del mencionado concilio tanto al puruhá como al cañar (cf. Jijón y Caamaño 1919: 33, 36; Vargas Ugarte 1953: I, Cap. IV, 50). Desafortunadamente, no sabemos si tal encargo fue llevado a cabo o no, y, si se ejecutó, se ignora el paradero de tales obras.

tradición (inspirada en el mito de Naimlap), la relación genética entre el mochica y el maya (cf. *Op. Cit.*: Cap. 3); del mismo modo, apoyándose en la hipótesis del parentesco entre el uru-chipaya del altiplano con el maya, propuesta por Olson (1964,1965), busca relacionar la lengua costeña con la altiplánica, agrupándolas conjuntamente como una rama “hermana” del proto-maya (cf. Stark 1968: Cap.4). Sin entrar a discutir tales proposiciones, sólo quisiéramos señalar aquí que, como en la mayoría de los casos de “relaciones distantes” postuladas entre las lenguas indígenas de América, lejos de constituir “demostraciones” consumadas (cf. Stark 1973), aquéllas no pasan de ser hipótesis bastante controvertidas. De hecho, en lo que concierne a la relación mochica-maya, aparte de los problemas metodológicos involucrados (la autora elige, para su comparación, un dialecto del maya: el ch’ol), los prototipos mochicas que postula (cf. *Op. Cit.*: Apéndice 1) para correlacionarlos con los del maya, han sido establecidos, en muchos casos, a partir de una interpretación fonológica cuestionable (como se verá en su lugar), y sobre la base de una selección (en forma y significado) francamente arbitraria. De manera que, dejando de lado tales “relaciones a distancia”, preferimos quedarnos con la demostración inicial de la autora, en el sentido de que el mochica es, en tanto no se demuestre lo contrario, una lengua *aislada*²⁷.

27 Lo que no quita, por cierto, el que se persista en el rastreo de tales y otras posibles relaciones. Fabre (1994; y en com. personal), por ejemplo, es uno de los que insisten en la idea de que valdría la pena indagar más en la búsqueda de cognadas entre el uru-chipaya y el mochica. A la lista de doce pares de aparentes cognados que propone Stark (1968: Cap. 4, 102-103), le agrega otra de quince más. Sin entrar a examinar tales correlaciones, debemos observar que ambas listas incluyen formas mochicas evolucionadas (con el cambio *l > x, por ejemplo; cf. Cap. VIII, sección 8.12), y, como tales, más “próximas” a sus correspondientes uru-chipayas; obviamente, comparadas aquéllas con sus formas más antiguas ya no resultan tan correlacionables.

Capítulo II

INTRODUCCIÓN

“[...] no consiste el saber esta lengua en sola la gramática de ella y copia de verbos y vocablos, sino en la pronunciación, que es tan dificultosa que faltan en nuestro abecedario letras con que pronunciarla, y con que escribirla y no es posible escribir la pronunciación, los sonsonetes y modismos con que se habla, todo tan importante, que en faltando algo de esto, ó se dice ó entiende diferente del intento, ó no se dice cosa”.

Fernando de la Carrera
([1644] 1939: “Al lector”)

2.1. **Propósito.** En el presente estudio buscamos formular el sistema fonológico del mochica subyacente a la gramática de don Fernando de la Carrera y Daza ([1644] 1939). Como en todos los tratados gramaticales de la época, no obstante la preocupación del autor por

ofrecernos unas “reglas para saber pronunciar la lengua” en las páginas introductorias de su obra, son muchos los problemas que se presentan en la interpretación de sus sonidos por la naturaleza vaga e imprecisa, cuando no simplemente tautológica, de la descripción ofrecida sobre los mismos. La imprecisión en la caracterización de los sonidos no es una novedad entre nuestros gramáticos de la colonia: después de todo, la fonética articulatoria y la ciencia lingüística en general sólo son producto del presente siglo.

Ahora bien, tanto el cura de Reque, como nuestros quechuistas y aimaristas, partían, para la descripción de los sonidos de la lengua a ser “sujetada en arte”, del contraste implícito de éstos con los del castellano (mejor, con el de sus “letras”, que entonces, como ahora entre los profanos, se confundían con los sonidos), y allí donde no hubiera prototipo, como en el caso específico del mochica, se confiaba en que el lector o aprendiz de la lengua se valiera, para la captación de los sonidos extraños, de la asistencia directa del maestro o de la mediación del hablante nativo (“de quienes, los que gustaren, lo[s] podrán aprender, en faltando yo”)²⁸. En el caso nuestro, tal es precisamente la recomendación explícita que nos hace, una y otra vez (y no sólo para los aspectos de la fonología), don Fernando de la Carrera. El hecho es, sin embargo, que una vez consumada la suplantación idiomática en detrimento del pueblo mochica, hecho que acontece en la primera mitad del presente siglo, ya no hay más hablantes ni maestros donde quienes acudir, irremediablemente. Otra es la situación allí donde, como en el caso del quechua y del aimara, aún podemos recurrir donde sus hablantes en procura de auxilio en la interpretación de ciertas grafías que buscaban representar sonidos “exquisitos” para la experien-

28 Oigamos lo que Bertonio ([1612] 1984) nos dice en sus “Anotaciones para saberse aprovechar deste vocabulario, y hablar con mas propiedad esta lengua Aymara”, respecto de la pronunciación de algunos fonemas ajenos al castellano: “El modo como cada vno sabra pronunciar estas sylabas, y los vocablos en que se hallan al principio, medio, y fin dellos sera esto que pregunte al indio ladino, o al criollo que mamaron esta lengua con la leche, y que tambien saben bastanteméte la Española, [...]. Y aduertiendo como pronuncia el indio, procurar de pronunciar de aquella propia manera, haziendo habito en las tales pronunciaciones”.

cia lingüística de los gramáticos. Semejante “consulta”, sobra decirlo, ya no es posible con el mochica. El asunto se agrava en el presente caso, por cuanto, a diferencia de las lenguas serranas, el idioma costeño tenía bien ganada su fama de ser lengua de “escabrosa pronunciación”.

En tales condiciones, uno de los retos del estudioso de las lenguas andinas, y en particular del mochica, consiste en tratar de desentrañar los enigmas de la fonética y fonología de dicho idioma. Concretamente, la tarea comprende el intento por extraerle los posibles “contenidos” fónicos no sólo a la descripción incierta que nos proporciona el cura de Reque respecto de los sonidos de la lengua sino también a su notación ortográfica puesta en práctica a partir de aquélla, a lo largo de su obra. Una vez allanada dicha tarea deberá procederse, en una segunda instancia, con la interpretación y caracterización de tales sonidos, lo que a su vez permitirá postular su sistema fonológico subyacente.

Dicho cometido supone partir de un examen filológico de naturaleza “interna” sobre la base de la gramática carreriana, con todos los problemas y riesgos que ello encierra. Afortunadamente, como se sabe, no es ésta la única fuente de estudio con la que contamos. En efecto, no sólo tenemos a disposición el texto de lo que podría ser *la* primera documentación *accesible* de la lengua (nos referimos a los materiales registrados por Oré 1607: 403-408; ver Cap. III) sino que, luego de doscientos cincuenta años de publicado el *Arte* de de la Carrera, el sabio alemán Ernst Middendorf todavía tendrá la extraordinaria oportunidad (en 1887) de poder comparar, con un ejemplar de la mencionada gramática en manos, la notación ortográfica del cura de Reque con la pronunciación viva voce de los últimos hablantes de la lengua acantonados en la villa de Eten, para ofrecernos su propia interpretación (cf. Middendorf 1892). Como se verá en su lugar, los detalles proporcionados por este ilustre viajero y fundador de la lingüística andina son en muchos casos decisivos para el cometido que nos ocupa.

Aparte del autor mencionado, el mochica fue también objeto de múltiples recopilaciones de carácter léxico y frasal, no sólo cuando la

lengua ya se encontraba algo replegada sino aun en sus últimos estertores, y en pleno siglo veinte, hasta mediados del mismo, para ser más exactos. Todos estos materiales, como veremos, serán de suma importancia a los efectos de la postulación del sistema fonológico de la lengua. Los datos que ellos nos proporcionan, tan heterogéneos como son en cuanto a extensión, cobertura y aproximación en la transcripción de los mismos, constituyen claves invalorable para afianzar o, en el mejor de los casos, confirmar las hipótesis interpretativas que puedan formularse en base a los materiales previos. Desde otra perspectiva, no menos importante, las fuentes posteriores a de la Carrera también son de inmejorable valor para ensayar un cuadro evolutivo de la lengua, desde el punto de vista de su manifestación sonora, a partir de su consignación originaria hasta su virtual absorción por el castellano. Esto último es lo que trataremos de hacer, precisamente, en la parte final del trabajo (ver Cap. VIII).

2.2. **Antecedentes.** A principios de la década del veinte, cuando aún quedaban algunos hablantes de la lengua, don Federico Villarreal todavía podía disculparse por no abordar, en su estudio interpretativo de la gramática de de la Carrera, el espinoso tema de la pronunciación, que “sólo se puede aprender [...] oyendo las palabras que los contienen [los sonidos] a un habitante de Eten, pues la explicación sobre [la] disposición de la boca es insuficiente” (cf. Villarreal 1921: 67; cf. también 120). Un cuarto de siglo después, quienquiera que acometiera la tarea de interpretar el sistema fónico de la lengua ya no podía abrigar la esperanza de la consulta *viva voce*: si quedaba por entonces uno que otro anciano que aún recordaba la lengua, su performance en ella acusaba ya una fuerte distorsión no solamente por influjo del castellano sino también por la ruptura en su ejercicio cotidiano, tal como se puede constatar a través de las últimas recopilaciones hechas por la época. En adelante no habría más alternativa que la de atenerse a los datos registrados por escrito²⁹.

29 El 3 de mayo de 1910, el sabio alemán Enrique Brüning hizo grabaciones de unos diálogos en la lengua, teniendo como interlocutores a doña Isidora Isique (que más tarde asistirá también a Lehmann) y a don Ventura Nuntón, en unos cilindros de cera (cf. Schaedel 1988: 124-125, quien por error da como fecha

En efecto, precisamente un primer esfuerzo por ofrecernos una interpretación del sistema fónico de la lengua es el de Harrington (1945), quien, con dicho objeto, basa su análisis en los datos proporcionados por el cura de Reque y por Middendorf (1892: Cap. I). Sin hacerse mayores problemas por la distancia temporal (pues la geográfica podría pasarse por alto) que separa a ambas descripciones —dos siglos y medio—, el autor mencionado propone, por un lado, un inventario vocálico que reproduce el ofrecido por el viajero alemán; y, por el otro, ofrece una lista de consonantes que incorpora las que, según él, se desprenden de la descripción carreriana y aquellas que Middendorf comprende en la suya, como resultado de los cambios y reajustes sufridos por la lengua en el período mencionado. Aparte de dicho anacronismo, y de la interpretación caprichosa de algunos segmentos, lo más chocante en el análisis de Harrington es el empleo de una notación consonántica verdaderamente exótica y no menos errática³⁰. Nuestra crítica al análisis interpretativo de este autor la ofreceremos en el Cap. IV, cuando discutamos el nuestro.

La segunda propuesta de interpretación del sistema fonológico mochica es la ofrecida por Stark (1968: 10-25), tesis doctoral inédita, extracto de la cual apareció publicado en Stark (1972a). El análisis de la autora responde a objetivos que escapan al puro análisis sincrónico de la lengua, puesto que la finalidad última que ella persigue es la

de la grabación el 3 de marzo). Tales rodillos habrían sido descubiertos por los soviéticos en Berlín, tras su ocupación, y llevados a Stalingrado para su regrabación. Lamentablemente, no se ha sabido nada en concreto acerca de ello, y, lo que es peor, se ignora el paradero de tales cilindros, que según se dice fueron devueltos a Berlín (cf. Mejía Baca 1989). Sin embargo, no debe perderse la esperanza de que dicho material sea ubicado y no sólo eso sino incluso, con ayuda de la tecnología electrónica, “leído” y regrabado.

- 30 Hecho desconcertante, ciertamente, toda vez que, no obstante su empleo bastante generalizado ya por la época, no se sirve en absoluto del alfabeto fonético internacional (IPA). Señalemos, como muestra, que para la palatal africana /ɛ/ emplea <tc> (v.gr. en <tcí> ‘ser’), para la fricativa /ʃ/ <c> (como en <clYonkik> ‘comida’), y para la /ñ/ <nY> (así en <penYo> ‘bueno’); esta última es representada, sin embargo, como <N> en final de palabra (por ej., en <piN> ‘partícula de pasado’), sin importar que dicho símbolo ha sido elegido previamente para simbolizar a la /ŋ/ velar, como en <poN> ‘piedra’ (!).

postulación del parentesco entre el mochica y el maya. Para dicho efecto, obviamente, era menester “reconstruir” el sistema fonológico de la lengua, y eso es precisamente lo que hace la investigadora norteamericana. La propuesta suya, según propia confesión, está basada en los datos proporcionados por de la Carrera y por Middendorf, y difiere “radicalmente” del ofrecido por Harrington. En efecto, se advierten diferencias fundamentales entre una y otra postulación, pero Stark tampoco se libra de confusiones de orden cronológico, no obstante declarar que su “norma” de reconstrucción será la subyacente a la gramática del cura de Reque, lo cual ya resulta mucho más comprometedor, toda vez que ella establece su sistema fonológico con fines comparatísticos³¹. Al mismo tiempo, parece ignorar por completo realidades fónicas claramente discernibles a la luz del examen de los materiales y las descripciones aportadas tanto por de la Carrera como por Middendorf. En el Cap. IV volveremos sobre estos puntos, que serán discutidos a propósito de nuestra propia formulación.

La tercera y más reciente propuesta³² es la que ofrece Torero (1968), la misma que fue formulada en el contexto de una discusión más amplia sobre las lenguas de la costa norte peruana. A diferencia de los otros autores, el estudioso peruano basa su postulación no sólo en las gramáticas mencionadas sino también en los materiales léxicos recopilados tanto a fines del s. XVIII como algunos de los recogidos en la primera mitad

31 Así, por ejemplo, propone un fonema /x/, a partir de los datos ofrecidos por Middendorf (ver Cap. IV, sección 4.25). Como se verá, una de las fuentes de dicho fonema corresponde a la lateral /l/ en de la Carrera: así, <là> ‘agua’, que en el viajero alemán aparece registrada como <ja>. En su trabajo comparatístico, Stark propone como cognadas esta voz mochica con ha? de la lengua mayense ch’ol; sin embargo, se sabe que la forma originaria encontrada en la lengua peruana, según de la Carrera, es lâ, es decir con lateral inicial(!).

32 No nos referiremos aquí, específicamente, a la sinopsis fonológica ofrecida por Tovar y Larrucea de Tovar (1984: Sección 20, 168-169) sobre la base de los datos del *Arte*. Ella, además de ser sumamente escueta (como todas las que ofrecen en su libro), contiene tal cantidad de imprecisiones, dudas y vacilaciones (hecho éste que se puede comprobar, por ejemplo, al compararla con la propuesta inicial de Tovar 1961: 20.1, 163), amén de que los autores no ofrecen ejemplos ni menos fundamentan sus postulaciones, dada la naturaleza básicamente informativa de su caracterización.

del presente siglo (ver Cap. III). La suya es una interpretación *sui generis* del sistema fonológico mochica, muy diferente de las anteriores, expresada en un lenguaje por momentos apodíctico³³. Como veremos en su momento, la propuesta de Torero, lejos de aclarar el panorama, lo complica innecesariamente, violando aquel principio elemental (tan caro a Guillermo de Occam) según el cual no conviene hacer distinciones más allá de lo que la naturaleza de los hechos lo permite. Volveremos sobre estos y otros puntos del análisis del mencionado autor al momento de ofrecer nuestra propia interpretación del sistema fonológico de la lengua.

33 Se nos dice, por ejemplo, que la lengua registraba “una indudable” oposición entre palatalidad/no-palatalidad, o que “puede darse por seguro” que su patrón silábico máximo era del tipo CVC. Como veremos en su momento, son precisamente aspectos como los mencionados los que resultan más debatibles y controversiales en la formulación toreriana.

Capítulo III

FUENTES DE ESTUDIO

3.0. Como se sabe, de todas las lenguas indígenas de la costa norte peruana, hoy extintas, la mochica es la única que cuenta con un abundante material de estudio, justificándose el estatuto, si no de “lengua general”, al menos de lengua de carácter regional de que disfrutaba, como lo insinúan de la Calancha (*Op. Cit.*) y Cobo (*Op. Cit.*, Libro XIV, Cap. I, 235). Dicho corpus, heterogéneo en cuanto a extensión, naturaleza, cobertura temática y calidad, y cuyo primer registro accesible a la fecha se remonta a principios del siglo XVII, corresponde a distintas etapas de la lengua y a diferentes dialectos de la misma, aunque muy cercanos entre sí, para, finalmente, en las postrimerías del siglo pasado y comienzos del presente, circunscribirse al habla de Eten, rescatada a duras penas de boca de sus últimos hablantes.

3.1. **Fuentes iniciales.** La situación del mochica resultaba ciertamente privilegiada, en cierta medida parangonable a la del quechua, toda vez que la lengua, a estar por las informaciones pacientemente

En la Lengua Mochica de los Yungas

MOxa mic tim , A can fancta Cruçer oc . Muxh. xllangmufe, much quich , Efcón ñof moll puc , Dios much çiec, Efe, Eis , fpiritu fancto oqueníc . Amen Iefus .

E L P A T E R N O S T E R .

MVchef , acazloc , cuçiangnic, çúq, oc licum apmucha, Piycan ñof, çúgcuçias, eyipmâg, çung, poleng munmo vziçapuc, cuçiangnic mun, Ayoyng. ynengo, much xllon, Piycam ñof allò molun, ef quecan ñof. yxllis, acan mux efcò. xllang mufeyo. much çìdmun, Amus tocum ñof.xllangmufe yz puçèrenic, namnum , les nan, efco, ñof piffin quich. Amen Iefus.

E L A V E M A R I A .

Dios lenas loc, Maria, anglech, peño chiz quernico. Dios. ale. canglocap çanglen, canpeñas çang. y çec mech cher. querlè quich, Ayecen. campeño , çung , polenquich. tuxllumudo , çung ez, Jefu Chrifto, fancta Maria , Diosieng , locan mucha , yxllis capo much tim , A me xlléc , Ayèçen, much lu muçerenic. Amen. Iefus.

E L C R E D O .

LLiquein, en Dios Ef, yçèc èchèch, ayàpuc , cuçia vz, caxcòpuc, Ayeçenlliqueiñ, oneco. çìornayo çunges, muchciecen Iefu Chrifto, Canang, pucodo, Spiritu fanctong fapmuno, enge, polènic , na top, fancta María, enge, polenquich, Pilatong, fapmum, Rondmcec, ñoptop, Cruçer càpuc, que fec top, çìung càpuclumtop, xllàumtop, Altop ynfiernongnic, çoc luner nico, choc top, lumapquer, luch quich, puytop cuçianignie, feltop, ech ech, caxcòpuco, ong xllum Efe muchuc, çìnche, tacho mux, çìamo, lumudo, chipquer. chiçer temud, llique in, en el Spiritu fancto, Ayeçen chopunayo, sàcta Madre

E e e 2 Ygle-

recopiladas por Zevallos Quiñones (1948a), fue objeto no sólo de “reducciones en arte” y recopilaciones de su léxico sino también de su consignación escrita en la forma de sermones, pláticas, catecismos y doctrinas, de manera ininterrumpida desde la segunda mitad del s. XVI hasta mediados del XVII, en consonancia con los fines proselitistas y evangelizadores de la corona para con tan importante segmento de la población indígena de la costa peruana. Para dicha etapa, que Zevallos designa como “misionera”, se tiene noticia de la composición de por lo menos cuatro artes y dos vocabularios. Entre los primeros se mencionan los de Pedro de Aparicio (1553), Alonso Núñez de San Pedro (1585), Luis de Teruel (1618?), Pedro Prado y Escobar (1630?) y Fernando de la Carrera (1644); entre los segundos, los de Pedro de Aparicio y Luis de Teruel. Se sabe, asimismo, que Aparicio y Núñez de San Pedro habrían escrito sermones y pláticas, el primero; y un catecismo el segundo. Sin embargo, la obra más importante dentro de este género parece haber sido la de Roque de Cejuela, quien, según declaración propia, tradujo al mochica los textos catequísticos del Tercer Concilio Limense (1582-1583). A toda esta producción catequística enumerada por Zevallos hay que agregar, por cierto, los breves textos mochicas reproducidos por el eximio criollo huamanguino Jerónimo de Oré en su *Ritvale sev Manvale Pervanvm* (1607: 403-408). Lamentablemente, de toda la lista ofrecida, sólo se conocen el *Arte* de Fernando de la Carrera y los textos de Oré, constituyéndose éstos en la más antigua documentación accesible de la lengua. Del resto de todas aquellas obras, algunas de las cuales posiblemente circularon en forma manuscrita, no se tiene más noticias, aunque no se debe perder la esperanza de que sean encontradas en algún archivo particular, ya sea en el país o en el extranjero.

Ahora bien, aparte de la gramática mencionada, como dijimos, la única documentación más antigua que ha llegado a nosotros, gracias a su vocación no sólo evangelizadora sino también plurilingüe, se la debemos a uno de los más preclaros lingüistas criollos de la colonia: fray Jerónimo de Oré. Se trata de un breve texto de doctrina cristiana, de autoría desconocida (se nos dice que “fue traduzid[o] por Sacerdotes seculares, y regulares”), preparado en atención a las disposiciones del

Tercer Concilio (1582-1583), y que fue incluido en la obra de carácter poliglósico del criollo huamanguino (cf. Oré 1607: 403-408). Tras una reedición incompleta y defectuosa ofrecida por de la Grasserie (1896), el texto de Oré fue reproducido cuidadosamente por Rivet (1949). Con ser importante, dada su antigüedad, dicho material no ha sido tomado en cuenta debidamente por los estudiosos del mochica, en vista de la existencia de abundante información de naturaleza estrictamente lingüística. Como se verá, el análisis grafémico del mismo, cotejado con el practicado en la obra del cura de Reque, proporciona no poca ayuda en la interpretación del sistema fonológico de la lengua.

3.2. **Gramáticas.** El hecho de que los artes y vocabularios mencionados en la sección precedente no parecen haber sido publicados puede corroborarse con la insistencia, nada modesta, con que el Lic. de la Carrera afirma haber sido el primero en dar a luz su obra. Dice así, en efecto, en su dedicatoria al Chantre Matías de Caravantes, que “nadie [le] quitará la gloria de haber sido el primero” en dicho cometido, e incluso, en su alocución al lector, dirá con sorna que “otro, mucho antes que yo empezó a hacer uno [arte], y se cansó”. Al margen de la jactancia manifiesta, como habrá podido advertirse, la lista de los que lo habían precedido en tales afanes incluía a más de uno.

Pues bien, en tanto no se encuentren las otras gramáticas, la del Lic. de la Carrera seguirá siendo la primera “reducción en arte” de la lengua. Infelizmente no podemos decir lo mismo respecto de su registro léxico, pues, que sepamos, el cura de Reque no parece haber satisfecho su anhelo de proporcionarnos dicho material. Confiado en su propósito, no se dio el tiempo de ofrecernos de manera completa las glosas de los ejemplos manejados en su gramática ni la traducción de los textos de índole catequética con que concluye su estudio³⁴. El arte mismo dista

34 Decía el autor en su proemio: “espero en Dios si me da vida, que he de hacer un vocabulario muy copioso de toda la lengua, con muchas frases y modos de hablar, que para lo que es saber la gramática basta lo que pongo al fin del Arte” (*Op. Cit.*, 17). Sobra decir que quienquiera que consulte la obra muy pronto se convencerá de que, contrariamente a lo indicado por el autor, la ayuda final a la que hace alusión no era suficiente.

A R T E
DE LA LENGVA
YVNGA DE LOS VALLES
del Obispado de Truxillo del Peru,
con vn Confeffionario, y todas las
Oraciones Chriftianas, trad-
cidas en la lengua, y
otras cofas.

A V T O R
EL BENEFICIADO DON
FERNANDO DE LA CARRERA, NA-
*tural de la dicha ciudad de Truxillo, Cura y Vi-
cario de S.Martin de Reque, en el Corregi-
miento de Chiclayo.*

DIRIGIDO
AL REY N. SEÑOR EN SV
Real Confejo de las Indias.

Con licencia, impreffo en Lima, por Ioseph
de Contreras, Año de 1644.

lejos de ser una obra sistemática y exhaustiva, pues está llena de repeticiones, vacíos e inseguridades tanto en la presentación formal de los temas como en la interpretación de los mismos³⁵. Tildada de “gramática mediocre” por Schaedel (1987), de la Carrera no estuvo ciertamente a la altura de la lengua que describía, y comprendemos en tal sentido los desmayos y las penurias del autor durante la elaboración de su obra, pero en descargo suyo podemos decir que el idioma en cuestión distaba lejos de ofrecer patrones enteramente regulares de organización gramatical, presentando, por el contrario, muchas irregularidades, agravadas por complicados procesos morfofonémicos, que tal vez nunca podrán ser entendidos a cabalidad. En contraste con dicho carácter, baste recordar el quechua y el aimara, lenguas asombrosamente regulares en todos sus niveles de ensamblamiento gramatical y fonológico.

Afortunadamente, parte de las oscuridades y de las insuficiencias encontradas en la obra del cura de Reque serán superadas por Middendorf (1892), quien podrá todavía “descifrar” algunos de tales enigmas trabajando con los pocos hablantes de la lengua que aún quedaban en Eten. El suyo es un intento, logrado en buena parte, por ofrecernos una versión sistemática y ordenada, a la vez que “actualizada”, de la obra del gramático trujillano³⁶. Quedarán en dicha obra muchos puntos oscuros, pero ello se deberá, fundamentalmente, al hecho de que la competencia lingüística de los informadores con quienes trabajó el autor se hallaba seriamente mellada a falta de los mecanismos impulsores de la práctica idiomática en lengua nativa (cf. Middendorf [1892]

35 Como se sabe, existen dos ediciones príncipes del *Arte*: la una, dedicada al Rey, y la otra al Chantre Matías de Caravantes, registrándose entre ellas ligeras variantes. En el presente trabajo manejaremos la edición moderna de Radamés Altieri (1939), basada en la reedición de Paz Soldán (1880), quien a su vez se guió de la *princeps editio* dedicada a Matías de Caravantes, cotejada y anotada *vis à vis* con la dedicada al Rey.

36 Para comodidad nuestra, manejaremos la versión castellana de la gramática del viajero alemán, todavía inédita, preparada por nuestra colega sanmarquina Gertrud Schumacher (1987), quien tuvo la gentileza de proporcionarnos una copia de su material, cuya publicación, sobra decirlo, se hace urgente. Las citas que hacemos de Middendorf remiten, sin embargo, al original.

1956), limitándose aquél, en tales casos, a contentarse con interpretar los datos proporcionados por de la Carrera. En la misma dirección, aunque esta vez más ceñida aún a los materiales del cura de Reque, la obra de Federico Villarreal (1921) constituye un esfuerzo más modesto por reordenar el corpus carreriano, a partir de una interpretación no siempre acertada del mismo, pero tornándolo algo más accesible³⁷. El sabio peruano tiene además la virtud de ofrecernos el vocabulario de la lengua (cf. Villarreal 1921: 9-44), espulgado pacientemente del *Arte*, procurando, hasta donde le era posible, desentrañar el significado de los lexemas y paralexemas desglosados. Es más, el mismo estudioso nos proporcionará dos listas de vocabularios recogidos, a iniciativa suya, en el pueblo de Eten (*Op. Cit.*: 122-126).

3.3. **Vocabularios.** En relación con las listas léxicas y fraseológicas, la primera en antigüedad es la ofrecida por el obispo de Trujillo, Jaime Baltazar Martínez Compañón [1790] 1985: II, iv), dada a conocer separadamente por Zevallos Quiñones (1948b), del ejemplar existente en la Biblioteca Nacional de Bogotá, y por Rivet (1949), del perteneciente a la Biblioteca del Palacio de Madrid. De la lista de 43 voces anunciadas por el “Plan”, correspondientes a la “Lengua Yunga de las Provincias de Trujillo y Saña”, cinco son descartables, por provenir del castellano. Este material de 38 palabras, con ser escueto, constituye una suerte de bisagra que tiene la virtud de unir los datos del s. XVII con los del XIX, ilustrándonos el momento preciso en el que se estaban dando los cambios más radicales que afectarían al mochica en su aspecto fonológico, los mismos que aparecerán cristalizados (o tal vez truncados) en las documentaciones subsiguientes³⁸.

37 En tal sentido, no se trata de una edición más del *Arte*, como mucha gente supone, pues, en todo caso, el material en que Villarreal basa su versión es la edición incompleta de aquél, aparecida en 1879 en la *Revista Peruana*, bajo la gestión del conocido erudito González de la Rosa. Para éstos y otros detalles relativos a las ediciones de de la Carrera, ver Altieri (1939):

38 Incidentalmente, Martínez de Compañón (cf. *Op. Cit.*, fol 180) recoge también una “Tonada del Chimú”, con texto y partitura, que constituye un valioso documento de la lengua y cultura mochicas.

Las recopilaciones léxicas posteriores (incluyendo las últimas) son, en orden de antigüedad, las siguientes: Bastian (1878: I, 169-173), Brüning (1917-1918), Villarreal (1921: 122-126), Lehmann (1929), Larco Hoyle (1939: II, 77-82), Huber 1953 y Kosok (1965: 248-249). Todas ellas, naturalmente, proceden casi exclusivamente de Eten, que para entonces constituía, según Middendorf, el único lugar donde se había refugiado la lengua³⁹. Las de Bastian, Villarreal y Larco, aparte de la fuente originaria donde aparecieron, fueron reproducidas por el estudioso argentino en su edición de de la Carrera (cf. Altieri 1939: XIII-XV, XI-XII y XV-XVII, respectivamente). El vocabulario de Enrique Brüning permanece inédito, formando parte de la colección de materiales dejados por el autor, en el museo antropológico de Hamburgo, aunque fue dado a conocer parcialmente, sobre la base de un borrador que había llegado a manos del conocido librero Mejía Baca, por Zevallos Quiñones (1987)⁴⁰. El de Lehmann, recogido en 1929, hasta hace poco accesible únicamente en el archivo Lehmann-Uhle del Instituto Iberoamericano de Berlín, acaba de ser editado por

39 Cuenta Middendorf ([1894] 1973: II, 291) que su búsqueda de mochicahablantes en Monsefú (en 1885) había sido infructuosa, pues hasta el párroco del lugar le había asegurado que “en los largos años que dirigía la parroquia, no había conocido ni entre los más antiguos feligreses a alguien que hubiera entendido la antigua lengua del vecino pueblo de Eten, y menos aún que la hubiese hablado”. Sin embargo, parte del material ofrecido por Larco Hoyle fue recogido en la década del treinta por el propio autor en Monsefú. Es más, medio siglo después de la visita de Middendorf a Monsefú, Zevallos Quiñones (1941) pudo recoger aún, de labios de dos personas de dicha localidad, lo que podríamos considerar una de las últimas listas léxicas y fraseológicas del idioma. Todo esto prueba, una vez más, que en situaciones como las que describe el sabio alemán, nunca puede uno fiarse del testimonio de los lugareños, y menos aún de los “principales”, a menudo muy prejuiciosos en contra de la lengua, según el propio viajero (ver Cap. IX, sección 9.8).

40 Desde hace más de una década se aguarda con interés la publicación de dicho material, a cargo de Richard Schaedel, quien lo ha venido anunciando en diferentes oportunidades (cf., por ejemplo, Schaedel 1988, 1990). Sigue en pie, en tal sentido, el anhelo de Haberland (1990) de que se materialice la promesa. Por nuestra parte, gracias a la generosa atención de la Dra. Corina Raddatz, directora del museo mencionado, pudimos consultar hasta en dos oportunidades (enero de 1991 y junio de 1992) el mencionado archivo, en el que pudimos encontrar, asimismo, la copia de un primer ordenamiento del vocabulario (189 pp.) preparado

PLAN que contiene 43. voces Castellanas traducidas á las ocho lenguas que hablan los Indios de la Costa, Sierras, y Montañas del Obpdo. de Trujillo del Perú.

Lenqua Castellana	Lenqua Quichua.	Lenqua Yunga de las Proviñc. de Trujillo, y Saña	Lenqua de Sechura en la Provincia de Piura	Lenqua de Colan en la Provincia de Piura	Lenqua de Catacaos en la Provincia de Piura	Lenqua Culli de la Provincia de Guamachuco	Lenqua de los Hivitos de las Conversions de Huacillas	Lenqua de los Cholmes de las mismas Conversions.
Dios	Dios	Yas	Dioas	Tioš	Thios	Yaiá	Dioschu	Dias
Hombre	Ccari	Nojen	Šuccla	Yatádlam	Aszat	Usú	Nium	Num
Muger	Huaami	sonen	Cuctum	Pim	Pichim	A hhi	Etlec	Yla
Alma	Alma	Chepec	Almacchi	Alma	Alma	Alma	Animachu	Wall
Cuerpo	Vcu	Cuerpo	Cuerpocchi	Cuerpo	Cuerpo	Cuerpu	Asacpzi	Acho=ques
Corazon	Sonco	Chéres	Chusiupurma	Nessinim	Niesinichim	Chuciuall	Thuo= suic	Aluñach
Carne	Aicha	Quéncho	Colt	Carne	Ccol	Aycha	Amañ	Chep
Hueso	Tullu	Loti	Ruño	Dladlapirám	Moséar	Moséar	Chepce	Chél
Padre	Yaya	Efquic	Jachi	Mam	Pateri	Quinu	Cote	Appa
Madre	Mama	Enguic	Nina	Nun	Nichim	Mama	Queec	Appan
Hijo	Churi	Ezquic	Nošni	Hicum	Ycuchim	Usu opöll	Pool	Apul
Hija	Vuauua	Ezquic	Nošni	Hicum	Ycuchim capuc	Ahhi opöll	Nool	Anu
Hermano	Vauque	Quezman	Sicanñi	Puam	Puachim	Quimí	Moscaá	Azot
Hermana	Pana	Quezman	Bapueñi	Purum	Puruchim	Can	Moscaá	Aquñu
Comer	Micui	Enod	Uriuc	Aguá	Aguachim	Mii	Lopquem	Amoc
Beber	Vpai	Maned	Tutuc	Cum	Conecuc	Cumu	Vvic	Nig
Reir	Aci	Calléd	Busuc	Chañar	Chañac	Canguu	Chasam	Chasam
Llorar	Huaccai	Tamicec	Nic	Nar	Naracnaquitutin	Acasú	Atzacquem	Yo= yam
Morir	Huáñui	Limid	Lactuc	Dlacati	Lacatu	Collapu	Calquesquim	Ngoli= c
Gozo	Cuscui	Ollimquedquid	Otmuc	Chagasin	Gozo	Cuhi	Misugvem	Allgilubactam
Dolor	Nanáui	Banómceé	Punuc	Masic	Masic	Pillach	Calac	Ysiam
Muerte	Huáñui	Lemícec	Lactuero	Dlacati	Ynataclacatu	Cpu	Huanc	Micol
Cielo	Hanac-pacha	Cúcia	Cúchue yor	Cútic- nap	Cielo	Cielo	Puxcam	Centa
Sol	Ym	Hán	Yoro	Turinap	Nap	Sú	Nim	Musac
Luna	Quilla	Si	Nangru	Nap	Nam	Miñ	Cuiná	Peel
Estrellas	Coillur	Chónyic	Chupchup	Chupchup	Estrellas	Chup	Cuichas	Que= nac
Fuego	Nina	Og, u, ol	Morot	Huyur	Guanararac	Mú	Vtche	Vet
Viento	Huaira	Couche	Fic	Cuiat nap	Vic	Lilucá	Coctom	Mam
Pajaro	Pizccu	Naiñ	Yaitab	Yaiau	Yeya	Pichuñ	Cumcochi	Zuccill
Tierra	Allpa	Huis	Loct	Dlurum	Durum	Pús	Caloch	Luspey
Animal	Llama	Col, o Cog	Animblá	Animal	Animal	Animal	Animal	Animat
Arbol	Hacha	On	Nusuchu	Arbol	Chiguasam	Uri	Mixs	Mees= rrup
Tronco	Hachap- Chaquin	Pup	Fucú	Túcurám	Tucicás	Much- cusgá	Sangoch	Sangoch
Rama	Cacla	Méchen	Rama	Yabiziram	Yabique	Uri sagars	Mixnil	Puchup
Flor	Siza	Flor	Florac	Flor	Alhuaca	Chuchú	Chucchum	Nunap
Fruto	Mallquip- rurun	Fruto	Fruto	Fruto	Cosecham	Huacohú	Lagna	Quenya
Yerva	Yuyi	Pey	Unñidécól	Aguacol	Taguacol	Paihai	Pullo	Pullo
Aqua	Yacu	Lá, o Gá	Tuti	Yup	Yup	Con	Cachi	Quot
Már	Mama-cocha	Ñi	Roro	Amum	Amaun	Quidá	Lapomcachi	Socotlol
Rio	Mayu	Nech	Tujut	Yup	Turuyup	Oram	Ceclutachi	Quot= ysoquot
Olas	Poéchin	Olas	Caph	Llamas	Olas	Conpucasú	Omium	Yoisimam
Lluvia	Para	Oñ	Purir	Nuñ	Guaququinunt	Can	Lamachus	Lisiac
Pez, o Pescado	Challhua	Hiac	Jum	Llas	Llas	Challua	Cazop	Asua

Gertrud Schumacher (1991). El vocabulario de Huber, quien anduvo en la costa lambayecana entre 1946-1947, consta de dos partes: una “lista personal” de 68 palabras recogidas en Ferreñafe, Mórrope, Lambayeque y Eten, de las cuales por lo menos una docena son de origen quechua; y otra, la reproducción de “un vocabulario manuscrito”, perteneciente a don Rafael Quesquén, de Eten. Las listas de Kosok son, aparentemente, las últimas en haber sido recopiladas (1948-1951). Sin embargo, la primera (cf. Kosok 1965: 248-249), copiada por el investigador trujillano Rodríguez Suysuy de un cuaderno de propiedad de don Simón Quesquén Guillermo en 1951, es más bien la reproducción de unos apuntes tomados por el padre de éste de labios de su madre (la abuela de don Simón) entre los años 10 y 20⁴¹. Ahora bien, cotejadas la lista de Huber con esta de Kosok salta a la vista que se trata del mismo material, ambos tomados de los manuscritos de la familia Quesquén, con marcadas diferencias no sólo en la transcripción, el orden y las glosas sino también en el número de los registros. De las dos versiones, la de Huber parece la más fidedigna en la medida

por el estudioso norteamericano. De todo el considerable material de Brüning, lo más interesante a nuestro propósito son sin duda sus dos cuadernillos –“Mochica Wörterbuch” I y II–, que son el paciente resultado de la “pasada en limpio” (entre 1917 y 1918; cf. Schaedel 1988: 208) de sus datos recogidos en Eten (entre 1904 y 1905). El mismo Brüning dejó inédito un texto sobre “La lengua de Eten”, con importantes observaciones metodológicas y sociolingüísticas (cf. Schaedel 1988).

- 41 Con ocasión de realizarse el Forum “La lengua mochica en los valles de la costa norte” (Lambayeque, agosto de 1988), en el que participamos, pudimos conocer personalmente al señor Simón Quesquén, especialmente invitado a intervenir en el evento como el “último hablante mochica”. Nosotros, escépticos en un principio, habíamos ido allá premunidos de un pequeño cuestionario, pero pronto quedamos parcialmente frustrados al constatar que, en realidad, el personaje invitado, entonces de ochenta años, era apenas una “grabadora humana”: reproducía mecánicamente, aunque seguramente con fidelidad, las voces y expresiones anotadas por su padre en un cuaderno de cantos que él guardaba como un verdadero tesoro, y no era para menos. Más allá de dicho corpus, don Simón no sabía ni recordaba nada. Nuestro afán por obtener una grabación directa de su lectura, aparte de la que se hizo públicamente en la sala del foro, se vio igualmente frustrado debido a su natural desconfianza (al parecer la experiencia con Rodríguez Suysuy y Kosok no había sido alentadora, y se quejaba de que el material publicado estuviera tergiversado, como efectivamente lo está, según pudimos constatarlo después).

en que, según precisa el autor, ella fue “reproducida tal cual” la copió del original, en tanto que la de Kosok, si bien igualmente copiada del original por Rodríguez Suisuy, ha sido reordenada alfabéticamente en dos listas (una de voces y otra de frases), produciéndose un empastelado total del material, en el que una buena proporción de los lexemas y sus glosas no se corresponden⁴².

Pues bien, todo ese material constituye un valioso aporte complementario y enriquecedor, ya que desde la época de de la Carrera hasta la del último recopilador siempre ha sido posible incluir términos y expresiones nunca antes consignados. Se impone, entonces, una paciente labor de cotejo y edición de lo que podría ser el *thesaurus* léxico del mochica. Como ya lo adelantamos, dicho material, considerado —sobre todo los últimos— por algunos estudiosos como “corruptos” y “degenerados”, no deja de echar luces a su manera, no sólo sobre el estado de obsolescencia y muerte de la lengua sino que también —lo que es importante para nuestro cometido— proporciona claves que coadyuvan a resolver algunos de los problemas de interpretación de los sonidos mochicas.

A propósito de la necesidad de hacer esfuerzos condensatorios de todo el léxico registrado, debemos mencionar que, pese al tiempo transcurrido, el único realizado a la fecha es el de Zevallos Quiñones (1946), quien ofrece un léxico de 1,504 vocablos, basado en los materiales aportados por de la Carrera, Middendorf, Bastian, Villarreal y Larco Hoyle. En 1987 el mismo autor, como se dijo, ofrece por primera vez parte del léxico de Brüning, concordado con sus equivalentes registrados por los autores ya mencionados, con la adición de Martínez Compa-

42 No es nuestra intención hacer un cotejo riguroso entre ambas versiones, pues dicho cometido requeriría tener acceso a la lista original, cuyo paradero actual ignoramos. En el referido forum (ver nuestra nota anterior), el señor Quesquén hizo el ofrecimiento público de donar su cuaderno de notas al entonces director de la Biblioteca Nacional, el señor Juan Mejía Baca, quien estaba presente en el certamen (ver Herrera 1988 para mayores informes sobre el evento mencionado). Incidentalmente, Schumacher (1991) no parece advertir el empastelado general de que fue objeto la lista I de Kosok, hecho que salta a la vista sobre todo desde el ítem 1 al 18, cuyas glosas son completamente dispartadas.

ñón. De manera similar, aunque esta vez en forma mucho más sistemática, contando con la ventaja de la profesión, Schumacher (1991) no sólo nos proporciona por vez primera el léxico de Lehmann (1929) sino que lo hace en forma concordada y anotada *vis à vis* con los lexemas correspondientes encontrados en todos los materiales existentes, con excepción del de Brüning, que la autora no pudo consultar. Además, dicho vocabulario presenta no sólo una sección mochica-castellano, que tanto se deja extrañar en el “Diccionario” de Zevallos, sino también la correspondiente castellano-mochica.

Para terminar con este capítulo, resta señalar que de todos los materiales léxicos disponibles, son precisamente los menos conocidos –Brüning y Lehmann– los que resultan siendo los más amplios y más rigurosos en cuanto a su registro y notación formal, proporcionándonos detalles pasados por alto en las demás consignaciones, incluyendo la del propio Middendorf. Como se echará de ver, el análisis que ofreceremos se beneficiará en gran medida del celo recopilador de los mencionados estudiosos.

Capítulo IV

FONEMAS SEGMENTALES

4.0. En el presente capítulo intentaremos postular los sistemas vocálico y consonántico del mochica. Ello supone, en primer lugar, un análisis grafémico de la notación empleada por de la Carrera a fin de identificar las unidades pertinentes; luego, en una segunda instancia, la interpretación fónica de tales unidades a partir de las descripciones proporcionadas por el autor, si las hay, valiéndonos para tal efecto tanto de las observaciones formuladas al respecto por Middendorf como también del “contraste” de la notación carreriana con la empleada por aquél y los demás recopiladores de la lengua.

Como se sabe, en tales casos, el análisis debe sortear los problemas típicos que presentan los materiales de que disponemos. En la medida en que éstos son producto del esfuerzo interpretativo de personas sin mayor entrenamiento lingüístico que el obtenido sobre la base de la experiencia individual, es natural esperar que tales registros se resientan de la proyección, inconsciente las más de las veces, de las exposiciones idiomáticas previas a las que estuvo librado el gramático o el recopilador,

en este caso las de su lengua materna. Se ha dicho, por ello, que, frente a un idioma desconocido, la persona común y corriente cree percibir, en los sonidos ajenos, a los propios, cuando son semejantes; o a los más cercanos a los suyos, cuando se trata de elementos ajenos a su sistema. Las unidades sonoras de la otra lengua son, de esta manera, procesadas por el “filtro” de los patrones fónicos propios de la lengua materna del descriptor empírico. Es más, según advirtiera Weinreich (1967: 2.2., 20), “del mismo modo que el profano, el lingüista puede convertirse en víctima de su sistema fónico primario; la fonología de su lengua nativa puede constituir una importante fuente de errores, especialmente si su descripción pertenece al tipo subfonológico e impresionista, tal como lo practican todavía los dialectólogos”. Se producen de esta manera los típicos fenómenos de hipodiferenciación e hiperdiferenciación, conocidos comúnmente con el nombre de *interferencias*. Naturalmente que, a mayor experiencia lingüística con idiomas ajenos al propio, mejores posibilidades tendrá el descriptor de “reajustar” su filtro, y, por consiguiente, de ser menos víctima de los efectos de interferencia. En el presente caso, conforme veremos, algunos de nuestros autores echarán mano precisamente de tal experiencia: de la Carrera recurrirá por lo menos al portugués; Middendorf, además de su notable conocimiento del quechua, del aimara y del castellano, apelará al inglés y al italiano; Brüning, en fin, inclusive al sueco. Tales conocimientos, llegado el momento, posibilitarán la comparación como base empírica de la descripción.

Lo dicho en el párrafo precedente tiene que ver con el fenómeno de la captación auditiva de sonidos ajenos a la experiencia idiomática del observador (o, mejor, *escuchador*, o ambas cosas a la vez). La representación de los mismos plantea, a su turno, otro tipo de problemas. Aquí también, aunque en diverso plano, la tradición ortográfica en la que se apoya el descriptor juega un rol importante: a menudo aquélla le ofrece —en realidad constriñéndolo— un cuadro cerrado de posibilidades. Así, por ejemplo, dice el cura de Reque: “[...] faltan a nuestro abecedario letras con que pronunciar [la lengua] y con que escribirla [...]”. Cuando los sonidos ajenos se “avienen”, previo tamiz descriptivo, con los del idioma del descriptor, entonces aparentemente no habrá problemas: pueden representarse con los mismos recursos con los que

son graficados sus equivalentes en su lengua. Sin embargo, como aquella armonización rara veces se da, hay la necesidad, frente a los sonidos inusitados, de procurarles su propia notación, para lo cual se echa mano de una serie de recursos, que van desde la mera adaptación diacrítica de las ya existentes hasta la invención de nuevas grafías, como en el caso del propio de la Carrera, frente a una lengua como la mochica, de fonética “dificultosísima” a la experiencia del castellano hablante. Y es precisamente en estos casos que surgen problemas de interpretación a veces insalvables, cuando la lengua deja de ser hablada, pues la descripción de los sonidos a los cuales representan tales grafías es por lo general, debido a la época, vaga e insegura (piénsese, por ejemplo, en la interpretación de algunas grafías del chibcha; cf. Alvar 1978).

Pero no sólo se trata de problemas obvios, como los señalados, pues ocurre que la “igualación” inconsciente que el descriptor establece entre los sonidos propios y ajenos, en el plano oral, se transfiere al plano notacional: la letra entonces consolida muchas veces equivalencias fónicas que en el nivel oral son sólo aproximativas, y, peor aún, pueden *funcionar* diferentemente en una y otra lengua. Es en tal sentido que entendemos la advertencia de Cano (1991: Cap. II, 35), aunque referida a otras circunstancias y a otro contexto, cuando señala que “la escritura [...] no debe ser tomada siempre como testimonio directo ni fidedigno, y mucho menos en esta ‘época oscura’ en que una lengua empieza a ser reproducida con la técnica diseñada para otra, mientras se van ensayando modos propios; muchas veces, la grafía es ‘opaca’ y para desentrañarla hay que usar otros datos”. Semejantes problemas de desajuste, como se verá, no están ausentes en la interpretación fónica del mochica.

Es precisamente en tales casos que son de extraordinaria ayuda las observaciones y las notaciones de Middendorf, Brüning y Lehmann. Estos investigadores, como hombres de otra época, no se contentan ya con el recurso al empleo del alfabeto latino, que mostraba un déficit a los efectos de la representación de los sonidos de la lengua. Así, el primero de ellos se valdrá de una serie de diacríticos con el fin de ofrecer una notación más aproximada a la realidad fónica descrita; Brüning

y Lehmann, por su parte, familiarizados como estaban ya con sistemas notacionales elaborados (aunque ignoraban, al parecer, el *IPA*, en uso desde comienzos de siglo)⁴³, nos ofrecerán transcripciones, sobre todo el último, mucho más cuidadosas y coherentes. Sin embargo, como bien lo advierte Schumacher (1991: 4), a propósito de las notaciones de Middendorf y de Lehmann, y también de la de Brüning agregaríamos nosotros, las transcripciones de tales investigadores adolecen con toda seguridad de los efectos de un hiperanálisis que habrá que tomar en cuenta en la interpretación fonológica de las mismas.

Finalmente debemos precisar, una vez más, que el análisis ofrecido corresponde al estado de la lengua tal como ella se ve reflejada en la obra del cura de Reque: de allí que los testimonios de los autores mencionados, así como los de los recopiladores posteriores, serán empleados sólo en calidad de apoyo o reforzamiento interpretativo, pues no quisiéramos perder de vista que entre los datos de de la Carrera y el resto de los materiales median no solamente el tiempo transcurrido sino también diferencias dialectales, si bien menores, y hasta de tipo idiolectal, a medida que la lengua iba camino de su completa obsolescencia.

4.1. **Vocalismo.** Del análisis de la obra del cura de Reque se puede postular que el mochica manejaba un sistema vocálico integrado por cinco vocales cardinales y una secundaria. Hay, además, evidencias de que también empleaba, si bien con un bajo rendimiento funcional, la duración vocálica con valor clasificatorio. En tal sentido, el análisis propuesto coincide plenamente, en términos de inventario por lo menos, con el ofrecido por de la Carrera.

4.11. **Vocales breves.** En efecto, tras el cotejo implícito entre el sistema vocálico del mochica y el de su lengua materna, el gramático

43 De hecho, Lehmann manejaba un sistema notacional bastante sistemático, ya empleado por lo demás en sus estudios sobre lenguas centroamericanas (cf. Lehmann 1920: esp. 9-10). Middendorf (1892: Cap. I, 51) y Brüning (1917-1918: II), a su turno, se preocuparán por proporcionarnos su propia tabla de símbolos; es más, en el segundo se advierte cierta familiarización con el manejo de algunos símbolos encontrados en Lehmann y en el *IPA*.

trujillano reconoce la existencia de cinco vocales en común: las registradas por el alfabeto castellano. Los ejemplos que ofrecemos a continuación ilustran la ocurrencia de tales vocales⁴⁴:

/i/		/u/	
iñicuc	‘casadera’	utcam	‘amígdalas’
ñitir	‘nalgas’	çmutu	‘ombligo’
tonic	‘pierna’	tzhuted	‘úvula’
llapti	‘planta (del pie)’	çtepec	‘corvas’
popssi	‘tripa’	pucu	‘lechuza’

/e/		/o/	
ef	‘padre’	ocæn	‘brazo’
çmelû	‘gavilán’	ñofæn	‘hombre’
llemño	‘dedos’	notnic	‘pestañas’
çmelfe	‘hiel’	peño	‘bueno’
meclíc	‘muelas’	pocpoc	‘agorero’

/a/	
alæc	‘cacique’
yanâ	‘sirviente’
lactu	‘pellejo’
laftic	‘costillas’
mæçµa	‘manos’

Ahora bien, tal como lo señala de la Carrera, la lengua costeña registra “una vocal que los indios tienen de más” (nótense, en efecto, las primeras instancias de /o/ y la primera y la última de /a/), y para la cual “falta a nuestro abecedario” la letra respectiva. Recalca el autor que esta vocal extra tiene “nombre como las cinco nuestras”, aunque “no se puede escribir su sonido”: es decir, estamos aquí frente a un

44 Salvo indicación expresa, los ejemplos proporcionados aquí y en adelante aparecerán en su notación original. Cuando fuere necesario, y una vez identificados todos los segmentos, tanto vocálicos como consonánticos, podrá emplearse, en la cita de instancias, una notación fonológica. El vocabulario carreriano, empleado como material de ilustración, aparece en el Apéndice ofrecido al final del libro.

elemento distintivo y no meramente vicarial. Y “para que haya distinción y conocimiento” del mismo y “no se encuentre” (= confunda) con las demás vocales recurre al “diptongo latino” <æ> para representarlo (cf. *Op. Cit.*: “Al lector”, 10-11). Los ejemplos que siguen ilustran la ocurrencia del mencionado segmento vocálico:

	<æ>	
ærcuic		‘carne (humana)’
nossæn		‘rodilla’
ñofæn		‘hombre’
chæmpu		‘sombra’

Conviene preguntarse ahora sobre el timbre de dicha vocal. Al respecto, debe notarse que la “regla[...] para saber pronunciar[la]”, ofrecida por el autor, como ocurre en tales casos, no ayuda mucho y en cambio confunde⁴⁵. Sin embargo, nuestro gramático desliza, siempre valiéndose de la comparación con lo conocido, algo que puede tomarse como clave para una interpretación aproximada de la vocal enigmática: nos dice que “tiene principio de e y fin de u, de manera que son dos vocales en una”. Según esto, todo parece indicar que estamos frente a un segmento vocálico de timbre medio (“principio de e”) con abocinamiento de los labios (“fin de u”), es decir ante una vocal media, anterior, redondeada, que suele simbolizarse por medio de /ø/ (o de /ø/). Nótese que no se trata de un diptongo, pues el autor es preciso en señalar que la grafía empleada representa a “dos vocales en una”. Recordemos, asimismo, que estamos frente a “una vocal que los indios tienen de más” (énfasis nuestro).

Como podrá suponerse, la interpretación de la realidad fónica de dicho segmento es asunto controversial. En efecto, de los intentos de identificación previamente postulados, sólo Stark ofrece una solución semejante a la nuestra, basándose en la “descripción” del autor del *Arte*,

45 Dice el autor: “Para pronunciar, mæich [‘nuestro’], se juntan los labios al principio, y al acabar la dicción se abrirán, pegando la lengua al paladar”. Como se ve, se trata de la descripción de toda la palabra (que empieza por una consonante bilabial y acaba en una palatal) y no de la vocal que se quiere caracterizar.

y buscando armonizar dicha información con la proporcionada por Middendorf. Harrington, por su parte, sigue a este último (ver más abajo), y Torero se inclina por una interpretación a favor de una vocal “central de apoyo [...], cuya ocurrencia o caída estaba condicionada al parecer por el patrón silábico propio del idioma”. Este análisis, como es fácil de ver, resulta desconcertante, puesto que, según el fraseo del autor, no sabemos si estamos frente a un *fonema* o no: el hecho de que fuera interpretado como soporte vocálico, pero además susceptible de ser predicho, pareciera indicar que no es tal. Sin embargo, esto último no es cierto, pues los datos se encargan de invalidar la suposición del autor. Así, por ejemplo, el propio de la Carrera nos proporciona el siguiente “par mínimo”: *urruĩñcæpæcoĩñ* ‘yo suelo cometer falta’ en contraposición a *urruĩñcopæcoĩñ* ‘yo hago cometer falta a otro’, con la advertencia de que para pasar de una expresión a otra “solo [hay que] mudar la u en o” (*Op. Cit.*: Libro IV, 71), donde, como puede verse, el autor identifica como *u* aquello que sin embargo representa por <æ>, tal vez debido a su “imposición” psicológica como sonido bemolizado. Por todo ello no nos explicamos cómo Torero pudo dejar pasar por alto precisamente el carácter bemolizado de la vocal, tan explícitamente descrito por el cura de Reque y corroborado por las demás fuentes.

En efecto, el abocinamiento en la articulación de dicha vocal se puede confirmar con los datos ofrecidos por la primera documentación de la lengua (cf. Oré, *Op. Cit.*: 403-408), en la que, si bien algo erráticamente, las voces que portan <æ> en el *Arte* aparecen con <u - o> (y pocas veces con <e,a>). Así:

Oré	Carrera	
çoputo	çæpæt	‘tres’
noputof	nopætof	‘son cuatro’
onuco	onæco	‘uno’
ñofun	ñofæn	‘hombre’
mucha	mæcha	‘adorar’
polen	polæn	‘voluntad’
exllmaz ~ exllmuz	exllmætzh	‘cinco’

Incidentalmente, la notación anónima ilustra perfectamente la hipodiferenciación ortográfica a que hicimos mención: se impuso, como se ve, el inventario de las grafías vocálicas del castellano⁴⁶.

El carácter bemolizado tampoco se le escapó, por cierto, a Middendorf (1892: Cap. I, 49), quien, aun cuando tuviera dificultad para reproducir la vocal en cuestión o sus *reflejos* (llamados “diptongos” o “sonidos impuros”), al punto de provocar “risas entre los indígenas”, no vacila en señalar que “terminan con una u”, corroborando lo dicho por el autor del *Arte*. Los diptongos “impuros” de que nos habla el estudioso alemán (representados por ä y û) se corresponden regularmente, con predominio de ä, con la <æ> de de la Carrera: en realidad son contados los casos en que se da la correlación û = <æ> (dos veces en forma invariable y otras dos variablemente, en una de las cuales aparece ä)⁴⁷. Así:

Carrera	Middendorf	
fæp	fûp	‘sueño’
læm	jûm	‘murió’
tæc	tû ~ tāk	‘ir’
mællæc	mûillk ~ muillk	‘hablar’

46 Pero, también, en este caso, el recurso a las grafías exclusivas del castellano podría estar respondiendo a la práctica ortográfica inaugurada por los lingüistas del Tercer Concilio Limense (1582-1583), quienes, en su afán por *elaborar* un quechua general (legible en el vasto territorio comprendido entre Quito y Tucumán), dejan sin representación autónoma a aquellos fonemas cuya notación requería de diacríticos especiales (tal los casos del segmento postvelar /q/, del quechua en general, y las consonantes aspiradas y glotalizadas del cuzqueño en particular). Para estos puntos, ver Cerrón-Palomino (1987a, 1992).

47 Las correlaciones de que hablamos se refieren naturalmente a las que encontramos entre el material del léxico del *Arte* portador de dicho segmento y su posterior reassignación por Middendorf. Lo propio deberá tenerse en cuenta cuando nos refiramos a correlaciones posteriores. En relación con las vocales impuras ä y û de Middendorf, Stark postula una distribución complementaria entre ellas: la segunda ocurriría únicamente en sílaba inicial precediendo a una nasal bilabial, a una semiconsonante alveopalatal, o en el ambiente de una oclusiva velar. Los ejemplos proporcionados muestran que dicho contexto no es el único y, además, la autora deja escapar el hecho de que ambas variantes podían “fluctuar” entre sí.

Nótese, en el último ejemplo, la prevalencia del carácter redondeado de la vocal en cuestión. Hecho que también se advierte aún en Lehmann, no obstante que para entonces (1929), por lo general, se iba perdiendo el carácter bemolizado de la vocal, como ya lo advertía Zevallos Quiñones (1946). Son ejemplos (donde las formas ofrecidas por Lehmann aparecen simplificadas, especialmente en su representación de la brevedad de las vocales):

Carrera	Lehmann	
ɕʌæfæt	tšú:btot	'culebra'
tæc	tú:k	'ir'
mællæc	múilke	'hablar'

Ahora bien, como se dijo, la interpretación de la vocal como de timbre medio, anterior y redondeado es aproximativa, toda vez que resulta imposible caracterizarla ya en sus detalles acústico-articulatorios. Que no era una vocal idéntica a la /ö/ francesa (como en *peu* 'poco') o alemana (como en *schön* 'hermoso') nos lo dice, indirectamente, Middendorf, quien incluso recurre a ciertos dialectos germánicos, aparte del suyo, en procura de comparación, para terminar señalando que "de esta clase de sonidos 'impuros', mixtos, ninguna descripción puede dar una idea precisa, tan sólo un concepto general"⁴⁸.

Aparte de dicha vocal, como se dijo, hay cierto consenso en relación con la identificación de las demás. Harrington, siguiendo a Middendorf, nos habla de los "diptongos impuros" ä, ü, que acabamos

48 Quisiéramos, finalmente, aportar un dato más que, no por anecdótico, resulta sumamente ilustrativo por provenir de un testigo ocular. En el "Foro" realizado en Lambayeque (cf. nota 41), don Simón Quesquén hizo públicamente la demostración de que para hablar mochica había que abocinar los labios, hecho que naturalmente despertó comentarios jocosos entre el público profano, pero que nos confirmó la hipótesis acerca de la presencia del segmento vocálico discutido. De otro lado, Brüning (1917-1918: II), refiriéndose a lo que vendría a ser una de las realizaciones de dicha vocal, nos dice que "suena como ui, pero pronunciándola como eruttando": aquí también, el abocinamiento es patente. Por lo demás, ¿no será que tal comparación buscara aludir a cierto carácter *murmurado* de dicha vocal?

de postular como /ö/, pero agrega a sus vocales cardinales el segmento j, el mismo que, en vista de que no proporciona ejemplos y dada su notación caprichosa, debe negligirse. Quien se aparta del análisis hexavocálico es Torero, pues parece postular un sistema mínimo de vocales cardinales, como para el quechua y el aimara, en el que las vocales altas mostrarían una “variación alofónica” del tipo [i ~ e] y [u ~ o ~ æ]. Una vez más, no alcanzamos a entender lo que quiere decirnos el mencionado autor, pues tampoco se da el trabajo de proporcionar ejemplos que aclaren su interpretación. A menos que se trate de una errata de impresión⁴⁹, quisiéramos creer que lo que Torero quiere decirnos en el pasaje comentado es que, en efecto, la lengua muestra tales alternancias en forma recurrente, pero esas mutaciones son el resultado de la operación de procesos morfofonémicos de naturaleza metafónica o inflexiva que en nada afectan al reconocimiento de la existencia de vocales medias, incluida la “impura”, como segmentos con pleno estatuto fonológico, papel de que podían licenciarse como efecto de las reglas morfofonémicas de la lengua hasta llegar a neutralizarse e incluso elidirse (cf. Cap. VII).

4.12. **Vocales largas.** Ahora bien, decíamos al inicio de la sección que la lengua hacía uso de la cantidad vocálica con rango funcional. Así nos lo sugiere de la Carrera en los siguientes términos: “De la manera que esta virgulilla (^) en latín nos enseña adonde hemos de parar, cuando la dicción se pronuncia larga, así irá puesta en las que lo fueren en esta lengua”. A renglón seguido agrega: “Y así también ésta para las breves (´)” (cf. *Op. Cit.*: “Introducción”, 11). El hecho es, sin embargo, que no sólo se olvida del empleo del segundo diacrítico sino incluso del primero allí donde precisamente debía usarlo en lo que parece ser uno de los pocos, si no el único, par mínimo que se trasluce

49 Lo cual no es improbable, toda vez que el trabajo en mención (cf. Torero 1986) aparece ciertamente lleno de erratas y errores: entre otros, nada menos que el mentado obispo de Trujillo Jaime Baltazar Martínez Compañón aparece rebautizado como Gregorio Martínez, es decir como homónimo del escritor peruano contemporáneo; asimismo el editor argentino del *Arte* aparece repetidamente como Ramadés en lugar de Radamés; para remate, las notas de pie de página han sido íntegramente omitidas.

en el corpus manejado. En efecto, en la lista de adverbios que ofrece (cf. *Op. Cit.*: Libro IV, 62), proporciona “**çi**uquich: de allí (u larga)” seguida de “**çi**uquich: por allá (u breve)”. El recurso al circunflejo (= “virgulilla”) para indicar el alargamiento es, por lo demás, muy socorrido (baste mencionar su empleo en las tres formas del genitivo {-ærô ~ -ngô ~ -aiô}⁵⁰, aunque ello no signifique necesariamente la existencia de pares mínimos, lo que podría estar indicándonos un “vacío accidental” en el corpus, o que simplemente el hecho fue pasado por alto, no obstante la advertencia inicial del autor; o que, en fin, la inconsistencia notacional y la cacografía frecuentes en el texto no dejan entreverlos.

Como quiera que haya sido, el hecho es que los datos proporcionados por Middendorf parecen corroborar lo señalado por el cura de Reque. En efecto, el ilustre viajero distingue correlatos breves y largos para las vocales /i,u,o,a/, como lo estarían probando los siguientes ejemplos (donde la barra superpuesta a las vocales en la notación del autor es reemplazada por los dos puntos):

	/i/		/i:/
chin	‘separar’	chi:n	‘deleitarse’
	/u/		/u:/
nuk	‘empujar’	nu:k	‘mezclar’
fellu	‘pato’	chelu:	‘halcón’

50 La distribución de tales alomorfos, {-ærô ~ -eiô ~ -ngô} en la notación del cura de Reque, estaba regulada al parecer de acuerdo con el contexto fonológico de la base. Los dos primeros se empleaban cuando aquella terminaba en consonante y el último cuando acababa en vocal. De los primeros, a su vez, -ærô ocurría tras una consonante interrupta (con excepción de /t,v/) y /m/; -eiô, por su parte, aparecía en los demás casos. Son ejemplos: **u**quic-ærô ‘del resuello’, **llicæ**m-ærô ‘del lunar’, **tot**-eiô ‘de la cara’, **leç**u-eiô ‘de la cabeza’, **llamu**-ngô ‘del vello’, **ç**mutu-ngô ‘del ombligo’, etc. Sobra decir que, en un análisis más ajustado, el elemento común -ô vendría a ser la marca originaria del morfema (y así parece sugerirlo ya Middendorf), pero entonces tropezamos con la identificación del resto del material morfológico, cuyo estatuto formal y semántico quedaría por dilucidar.

	/o/		/o:/
ñop	‘recibir’	ño:p	‘esperar’
pok	‘entrar’	po:k	‘llamarse’
	/a/		/a:/
aj	‘vomitar’	a:j	‘terminar’
nam	‘caer’	na:m	‘nacer’
rak	‘tigre’	ra:k	‘excremento’

Los ejemplos ofrecidos muestran en su mayor parte “pares mínimos”, los mismos que van en aumento en la medida en que se desciende en la escala de apertura vocálica. Nótese, sin embargo, que el registro de la cantidad no tiene necesariamente función diacrítica en todos los casos en los que se da. De otro lado, acorde con lo que parece ser un carácter defectivo en el empleo de la misma, no se registran correlatos largos para las vocales anteriores /e,ö/.

No obstante los datos ofrecidos, Stark (1972: 20 ss.), a la par que pasa por alto la distinción entre /i/ e /i:/, interpreta las ocurrencias de /u:,o:,a:/ como realizaciones alofónicas de sus correlatos breves. Se basa para ello, entre otras razones, en el hecho de que no parece haber coincidencia entre de la Carrera y Middendorf en la asignación de la cantidad a un mismo vocablo. Así, por ejemplo, los siguientes lexemas que portan marca de vocal larga en el *Arte* son consignados sin diacrítico alguno por el viajero alemán:

Carrera	Middendorf	
allô	allo	(conj.)
chelû	chelu	‘halcón’
cucûli	kukuli	‘paloma’
mullú	mellu	‘huevo’
ticâ	tika	‘calva’
yanâ	iana	‘criado’

¿Cómo explicar tales discrepancias e inconsistencias? Una de dos: o el cura de Reque, pese a ser hablante de la lengua no siempre

alcanzaba a distinguir dicho rasgo o el viajero germano, entrenado como estaba para discriminar vocales largas y breves en su idioma materno, hiperdiferenciaba allí donde sólo se registraban meras variantes alofónicas. Ante tal disyuntiva, la autora opta por la segunda alternativa, señalando que Middendorf habría tratado de “dividir un lexema en dos, para explicar los dos significados contradictorios asignables al mismo” (así, por ejemplo, entre *oj* y *o:j*, que la autora glosa en forma errada como ‘agua’ y ‘lluvia’, respectivamente, en lugar de ‘lluvia’ y ‘fuego’). Por nuestra parte, creemos que el dilema planteado por Stark carece de base. En primer lugar, el hecho de que de la Carrera no fuera sistemático en su notación no implica necesariamente que no “escuchara” la distinción breve-larga: lo prueban los gramáticos coloniales del quechua, quienes no advirtieron la cantidad vocálica empleada por los dialectos centrales, o a lo sumo la confundieron con el rasgo de intensidad, “presionados” como estaban, además, por el inventario de las letras del abecedario castellano; y, en segundo lugar, los ejemplos ofrecidos (y otros que pueden encontrarse fácilmente) muestran que no es exacto que Middendorf sólo buscaba, como sugiere la estudiosa mencionada, diferenciar lexemas aparentemente polisémicos, pues allí están los numerosos ejemplos que no implican necesariamente la existencia de “pares mínimos” (cf. *ña:ss* ‘hermoso’, *i:ss* ‘verde’, *nu:si* ‘índice’, etc.).

En suma, en relación con este punto, debemos concluir señalando que la lengua hacía uso del alargamiento vocálico en forma restringida: ocurría algo similar a lo que acontece en los dialectos del quechua central y en el aimara (sobre todo tupino), donde la distinción mencionada es ciertamente defectiva (casi no existe /i:/ y está ausente del todo en el jacaru), lo que estaría probando un origen de carácter compensatorio (cf. Cerrón-Palomino 1994a)⁵¹.

51 En relación con este punto, sostiene Torero que el “análisis del sistema vocálico [...] se ve complicado por la escasa información suministrada acerca de la longitud, intensidad, altura, acento, ritmo, etc.”. Debemos confesar, en primer término, que no alcanzamos a comprender bien lo que el autor entiende por acento. Que sepamos, éste incluye las propiedades de cantidad, intensidad y tono, de modo que, si Torero recurre al empleo tradicional de dicha palabra como sinónimo de intensidad, entonces ésta sobra. Por lo demás, resulta mucho pedir que gramáticos

4.13. **Inventario vocálico.** El cuadro que sigue muestra el sistema vocálico del mochica, tal como fuera postulado a lo largo de nuestra exposición:

CUADRO I: VOCALES

i i:		u u:
e ö		o o:
	a a:	

4.2. **Consonantismo.** La interpretación de los segmentos consonánticos del mochica presenta una serie de problemas de difícil solución. En efecto, de basarnos únicamente en el material proporcionado por de la Carrera muy poco podría avanzarse en la identificación de algunos de tales segmentos, muchos de los cuales fueron objeto, sin embargo, de una notación especial; para algunos de ellos, incluso contamos con “descripciones” que, conforme veremos en su momento, las más de las veces resultan siendo muy poco ilustrativas. De todos modos, la preocupación por darles una personalidad propia, reflejada en la escritura, constituye una ventaja en relación con las indistinciones halladas en el texto de Oré, que pasa por alto tales unidades, excepto en un caso, como se verá. Con la ayuda de Middendorf, y eventualmente con la de los recopiladores ulteriores, pueden sortearse, en parte por lo menos, las dificultades analíticas que presentan los materiales mencionados.

En las instancias que siguen abordaremos tales problemas, siguiendo el mismo procedimiento empleado en las secciones precedentes. A fin de discurrir progresivamente, ordenaremos esta discusión en apartados correspondientes a cada una de las series consonánticas conocidas.

de la colonia y recopiladores posteriores nos proporcionen datos acerca del tono y del ritmo de la lengua, cuando tales aspectos, sobre todo el último, apenas son mencionados en las descripciones contemporáneas, y tratándose de lenguas vivas (!).

4.21. **Oclusivas.** De los materiales ofrecidos en el *Arte* se desprende que el mochica empleaba una serie de tres oclusivas sordas: bilabial /p/, dentoalveolar /t/ y velar /k/. Su identificación como fonemas no presenta ningún problema, y ello explica por qué el cura de Reque ni siquiera se detiene en ellos cuando formula sus “reglas de pronunciación”. Los ejemplos que siguen ilustran la ocurrencia de los segmentos mencionados:

/p/		/t/	
pucu	‘lechuza’	tess	‘talón’
çlepuc	‘corvas’	ñitu	‘seso’
popssi	‘tripa’	utcam	‘amígdalas’
ucpe	‘mollera’	ñitpic	‘espinazo’
pup	‘palo’	tot	‘cara’

/k/	
comæn	‘barba’
ocæn	‘brazo’
çmictuc	‘deshonesto’
quichcu	‘dedo meñique’
laftic	‘costillas’

Según Stark (1968: nota 1; 1972a: nota 7), Harrington habría “reconstruido [...] una serie de oclusivas aspiradas”, y no simples. Esto, a decir verdad, no es del todo cierto (a menos que la autora esté subsumiendo dentro de la serie oclusiva a las africadas). Tampoco parece cierto que ello se haya debido, como dice la misma investigadora, al hecho de que el mencionado autor se haya dejado guiar, para llegar a dicha propuesta, por una falsa interpretación del grafema <zh>. En realidad, Harrington se limita a destacar sólo la /t/ como aspirada, y este dato —estamos seguros— proviene de Middendorf, para quien dicha consonante es “a veces aspirada”, es decir podía mostrar una distensión ligeramente glotalizada, en contextos que no han sido precisados, sin que dicho detalle tuviera que ser pertinente.

Ahora bien, en el orden dentoalveolar, de la Carrera y los demás estudiosos registran el segmento <d>, en contados lexemas y en con-

textos restringidos. Los siguientes ejemplos casi agotan el corpus léxico del *Arte*:

	<d>	
ed		'lengua'
med		'orejas'
led		'afuera'
ssod		'pecho'
polod		'vaso'
tzhuted		'velo del paladar'
cocæd		'tía o hermana mayor'

Como podrá notarse, aparte del registro de la desinencia <-cæd> en el último ejemplo (cf. **changcæd** 'pariente'), no es difícil divisar en el resto la recurrencia parcial de otro sufijo, esta vez gramaticalizado, pero igualmente acabado en <d>. De otro lado, el mochica también registraba otro morfema, de uso muy socorrido: el participial **-edo** (cf. **met-edo** 'traído'), esta vez con registro del segmento en posición intervocálica. En todo este material, según se ve, la consonante involucrada parece circunscribirse, en términos de ocurrencia, a un número reducido de sufijos (no más de dos o tres). La única excepción a esto sería el registro del lexema **midi** 'uña', que sin embargo alterna no sólo con **miçi** (donde la cedilla parece representar a una sibilante dorsal; ver sección 4.22) sino incluso con **miyi** (cf. *Op. Cit.*: "Confesionario", 80)⁵². Con todo, aunque circunscrito a formas específicas, pero no por ello menos frecuente (piénsese en el empleo de la forma participial), el segmento en cuestión tenía cierta "presencia" en

52 Que no se trata de una simple errata no los prueban los registros posteriores de la palabra: tanto Middendorf, como Bastian y Lehmann (cf. Schumacher 1991: 14), y Brüning (1917-1918: I) consignan diferentes versiones de la misma voz con <d> o doble <dd>, como en el caso del primero. De otro lado, sin embargo, tanto Villarreal como Larco Hoyle recogen **mechse** y **metchse**, respectivamente (cf. Schumacher, *Op. Cit.*), que parecen continuar la segunda variante registrada en de la Carrera. De paso, no resulta muy antojadizo sostener que en este caso también la consonante en cuestión parece formar parte del mismo sufijo, esta vez fosilizado, que se entrevió en el corpus ofrecido (aunque aquí con una vocal paragógica o de apoyo).

el sistema fonológico de la lengua, toda vez que el cura de Reque no lo omite en la “cartilla” que ofrece al final de sus “Reglas para saber pronunciar la lengua”. En efecto, en dicha cartilla (cf. p. 12), no sólo se listan “palabras”, al parecer sin sentido, pero no por ello menos naturales, como *xllaxllad*, *xlllexllled*, *xlllexlllid*, *xllloxllud*, *xllæxllæd*, donde aparece la <d> en posición final absoluta, sino también las sílabas *dæ*, *dæn*, con el segmento en ambiente inicial de “palabra”, lo que, paradójicamente, estaría descartando su estatuto marginal aparente y distribucionalmente restringido.

Ahora bien, ¿cuál era la naturaleza fónica de dicho segmento? De hecho, no parece haber duda de su carácter sonoro, por lo que extraña que Torero nos diga que “se trataba de un sonido sordo”⁵³. De otro lado, que la /d/ castellana en su variante fricativa era sentida diferente de la correspondiente mochica parece probarlo un ejemplo aislado, pero elocuente, como el del adjetivo prestado *casaro* en la expresión *casaro ñofæn* ‘hombre casado’ (cf. de la Carrera, *Op. Cit.*: Libro IV, 69), en una solución muy parecida a la del quechumara (v.gr. *aruwi* ‘adobe’).

Por las observaciones formuladas no parece infundado concluir que el segmento en cuestión era una oclusiva dentoalveolar sonora, correlato aislado por consiguiente de la /t/, tal como la presenta Middendorf. Descartamos, en tal sentido, la sugerencia deslizada por Torero, para quien dicho segmento “tal vez [era] interdental”, pues, aun cuando el cura de Reque seseaba con toda seguridad, no le habría sido del todo extraña la interdental peninsular (ya consolidada plenamente dentro del sistema fonológico del español para el primer tercio del s. XVII) con la cual lo hubiera comparado. Y, en cuanto a su estatuto fonémico, manifestamos nuestro desacuerdo con el análisis de Stark, para quien la <d> vendría a ser un simple alófono (de carácter oclusivo sonoro)

53 La naturaleza sonora del segmento se puede advertir cuando se lo interpreta como una vibrante simple (*tap*), como ocurre en las formas *siár* ‘dormir’ (que alterna con *siá:da*), pero *siá:dan* ‘sueño’, y *tšánkær* ‘hermana’ (cf. *changcæd* ‘prójimo’, en de la Carrera), recogidas por Lehmann (sin la marca de cortedad vocálica empleada por el recopilador; cf. Schumacher 1991: 22, 37).

de la africada /ts/ (ver 4.22.2), que ocurriría sólo en posición final de una raíz monosilábica o de un sufijo (cfr. Stark 1968: 10). Ya se vio cómo el contexto de ocurrencia del segmento es más complejo que el mencionado, pues, fuera del extraño condicionamiento que la autora cree percibir en la supuesta distribución alofónica, aquél no se circunscribe únicamente al señalado ni léxica ni morfológicamente. Aparte de la vaguedad en la observación de los hechos, tal parece que, en el presente caso, la autora se dejó llevar más por criterios formales de simetría antes que por la observación empírica de los hechos.

4.22. **Africadas.** Según se desprende de los materiales a disposición, el mochica registraba tres africadas en las posiciones dentoalveolar, prepalatal y palatal, respectivamente. Veamos cada una de ellas por separado, partiendo de lo más obvio a lo más problemático.

4.22.1. **Africada palatal.** Los ejemplos que siguen ilustran la ocurrencia de este segmento, representado por la <ch> castellana. Como tal, su identificación no presenta ningún problema. Son ejemplos de su ocurrencia:

	/tʃ/	
chang		'hermano (de mujer)'
pochæc		'hígado'
chichu		'senos'
quichcu		'dedo meñique'
mæch		'manos'

4.22.2. **Africada dentoalveolar.** Los ejemplos listados a continuación ilustran la presencia del segmento referido, graficado por medio de <tzh>:

	/ts/	
tzhipa		'cadera'
motzhæn		'codos'
cuntzhiu		'remolino (del cabello)'
exllmætzh		'cinco'

Ajeno ya a la experiencia del hablante de castellano⁵⁴, dicho segmento era uno de los más “dificultosos de pronunciar”, según lo reconoce el cura de Reque. De manera que el autor pone particular esmero en darnos la “regla de pronunciación” respectiva. Conviene, pues, que lo citemos: “Algunos vocablos hay tan dificultosos de pronunciar –dice–, que no se pueden escribir, sino es con mucha dificultad, como son *tzhang* [‘tú’], *tzhæich* [‘de ustedes’], *tzhecan* [‘lleva tú’], etc. Estos, pues, *se pronuncian empezando por la t, e hiriendo en la z y en la vocal que está después de la h, de manera que no diga ch, sino tzha* (énfasis agregado)”. Como se ve, el gramático asocia la “dificultad” en la réplica del sonido a la pronunciación de toda la palabra (cf. 4.11, nota 45)⁵⁵. Al margen de esto, sin embargo, y lamentando que la recomendación final sea anodina por tautológica, interesa seguirlo en la instrucción que nos ofrece para reproducir el segmento inicial de los ejemplos que proporciona. Una vez aclarado el valor de sibilante dorsal que tenía la <z> en el castellano americano de entonces (es decir /s/)⁵⁶, no es difícil reinterpretar el segmento en cuestión como una /ts/, cuya “herida” estaría representada por la <h>, por entonces ya muda: se trata del momento de la distensión de la africada que se resuelve en una fricción⁵⁷. Cabe preguntarse, sin embargo,

54 Según Lapesa (1988: Cap. X, 283-284, Cap. XIII, 373-374), el “aflojamiento” de dicha consonante (es decir su deafricación) se había venido produciendo desde principios del s. XV, llegando a consumarse, sobre todo en las provincias del sur de la península, en la segunda mitad del siguiente siglo.

55 De allí también que su recomendación en el siguiente pasaje no sirva de mucho: “Para pronunciar *tzhæich*, se ha de comenzar con la lengua en el paladar junto a los dientes, y acabar con los labios abiertos”. Puede rescatarse de ella, sin embargo, la insinuación de la articulación alveolar del segmento inicial.

56 La mejor prueba de ello nos la ofrecen los tempranos gramáticos del quechua, quienes emplean la <z>, variante posicional de la <ç>, para representar a la sibilante dorsal (cf. Landerman 1982, Mannheim 1988, 1991: Cap. 7, Cerrón-Palomino 1990).

57 El recurso a la grafía <tz> no era nada nuevo sobre todo dentro de la tradición ortográfica empleada por los gramáticos coloniales mesoamericanos. Así, la africada alveolar del náhuatl será representada mediante dicho grafema. Fray Alonso de Molina, uno de tales gramáticos, dirá respecto de la mencionada consónante: “allende desto, esta lengua tiene una letra Hebrayca, que es *tsade*, la cual se ha de escribir con t y z y no con t y s” (cf. González Casanova 1989: 1, 11).

qué necesidad tenía de la Carrera de agregarle <h> a dicha grafía. Al respecto, no es gratuito sostener que el momento en que se recurre a la <z> en la combinación <tz> no es el mismo en los gramáticos del náhuatl que en de la Carrera: median entre ellos por lo menos cien años. Observa Lapesa (*Op. Cit.*: Cap. XIII, 374) que el proceso de deafricación de /ts/, “al menos en Toledo y otras zonas, [...] fue posterior al de [su correspondiente sonora /dz/], por lo que durante algún tiempo se mantuvo un resto de oposición entre la /s̄/ africada (escrita c o ç) y la fricativa, sorda ya también, procedente de /z̄/ y transcrita por z; pero esta diferencia no sobrevivió al primer tercio del siglo XVII, y la igualación en /θ/ fue completa”. Lo que significa que un siglo antes la <z> no representaba necesariamente a la interdental. Pero una centuria después, en tiempos del cura de Reque, ya estaba consolidado dicho segmento típicamente peninsular y, por consiguiente, había que discriminarlo en la escritura, representada por <z> entre otras grafías, para que se aproximase a la pronunciación hispanoamericana, que persistió como dorsal: de allí el recurso a la <h>⁵⁸.

Interesa ahora averiguar, dada la antigüedad del texto, la manera en que dicho segmento es representado en la primera documentación de la lengua. A guisa de ilustración ofrecemos las siguientes concordancias entre las formas del anónimo de Oré y las del cura de Reque:

Oré	Carrera	
çung	tzhang	‘tú’
çan len	tzhan len	‘contigo’
exllmuz ~ exllmaç	exllmætzh	‘cinco’

58 Alternativamente, podría sostenerse que el recurso a <tz> fue ideado a partir del dígrafo <ch>, donde, quitada la <h> (que representaría el carácter africado del segmento), sólo había que buscar el elemento diferencial de <c>, que en este caso fue <tz>. El hecho de que el autor también recurra a <h>, aunque invertida, para representar al fonema africado prepalatal (ver sección siguiente), estaría indicando cómo, para el cura de Reque, la <h> se asociaba con la naturaleza africada del segmento. Agradecemos a José Luis Rivarola por llamar nuestra atención sobre esta alternativa de explicación, que estimamos más atractiva que la propuesta previamente.

donde se puede apreciar claramente el recurso a la <ç,z> para representar a la africada, por parte del anónimo, demostrando así un empleo anacrónico de dicha grafía (descartada ya entre los gramáticos de la lengua mexicana, conforme se vio). Pero, además, las mismas grafías serán empleadas en el texto de Oré para representar a la sibilante dorsal, tal como lo hará de la Carrera (cf. sección 4.23). De esta manera, pues, el texto mochica de 1607, lejos de aclararnos el panorama, parece oscurecerlo: sin embargo, ello no es así, ya que, como era la práctica escrituraria de la época, el hecho de que el anónimo le diera un valor sincrónico a <ç,z>, como sibilante dorsal, no era obstáculo para que se valiera de las mismas letras para representar a la africada alveolar, “devolviéndole” su valor histórico.

Como quiera que fuese, los testimonios posteriores al *Arte* felizmente nos sacan de dudas, confirmando la hipótesis interpretativa propuesta. Así, Middendorf, aun cuando en sus caracterizaciones fónicas parte de las letras para llegar a los sonidos (inversión en boga aún en la gente de su tiempo), es terminante en señalar que la <t> “unida a la s [es decir <tz>, que es la grafía que emplea], suena como la z alemana” (cf. Middendorf 1892: Cap. I, 51)⁵⁹. No hay duda, pues, que se está frente a una africada dentoalveolar, y así la interpretan también Stark y Torero⁶⁰. Para mayor convencimiento, compárense las siguientes formas:

59 De hecho, Bastian empleará la <z> alemana para representarla, como en *zan 'tú'* (cf. Altieri 1939: XIV). Lehmann, por el contrario, seguirá el ejemplo de Middendorf (cf. Schumacher, *Op. Cit.*).

60 Harrington, sin embargo, cree ver en el empleo de la cedilla en el *Arte* un recurso para representar a dicha africada (¿quedando, tal vez, <tzh> para su contraparte aspirada?). Se trata, como es fácil advertir, de una generalización equivocada sobre la base de un solo ejemplo. Dice el mencionado autor: “Que la ç de Carrera vale por ts se prueba por [la correlación] Carrera çap ‘cabello’: Middendorf tsap (énfasis agregado)”. Sin embargo, es muy probable que la forma recogida por el segundo de los autores respondía o a una pronunciación local, diferente a la registrada por el primero, o, en todo caso, se trata simplemente de una falsa representación. El hecho es que tanto Bastian como Lehmann, por no mencionar a Villarreal, registran la misma palabra con <s> inicial (cf. Schumacher, *Op. Cit.*). Es más, el propio Middendorf trae la voz *sakpi* para ‘barba’, término evidentemente relacionado con el primero. Como se ve, no obstante la correlación

Carrera	Middendorf	
utzho	u:ts	'grande'
tzhang	tsang	'tú'
tzhæich	tsäich	'ustedes'
motzhæn	motsän	'codo'

4.22.3. **Africada prepalatal.** El tercer segmento africado del mochica constituye un verdadero acertijo interpretatorio, cuyos detalles acústico-articulatorios quizás no lleguen a conocerse jamás. Refiriéndose a este punto precisamente Altieri decía, en su edición del *Arte*, que "sólo un lingüista especializado podría darnos una orientación verdadera en este terreno". Estamos, pues, frente a un desafío. Y con el objeto de buscar resolver el problema conviene que empecemos por el propio de la Carrera. Los ejemplos que siguen ilustran la ocurrencia del fenómeno:

çɥang	'dientes'
mæçɥa	'manos'
cangçɥu	'quijada'
çɥecçɥ	'carrillo'
çɥæçɥmæd	'hermana (de hermana)'

Ahora bien, como se puede apreciar, en vista de semejante sonido completamente inusitado al castellano, nuestro gramático se vio obligado a inventar una graffa especial para representarlo: la <çɥ> con la <h> invertida, es decir <çɥ>. Y aun cuando se refiere al dígrafo en su conjunto y a su valor fónico, la "regla" que nos proporciona parte de la consideración de la letra creada. Dice, en efecto, que ésta "es una **h** al revés, de diferente sonido que las nuestras, muy necesaria y forzosa para diferenciar esta pronunciación **chido** ['sido'], **chang** ['hermano'], **checan** ['ama tú'], etc. de la **h** al revés, como çɥapa ['techo'], çɥilpi ['manta'], mæçɥquic ['mano'], çɥolu ['muchacho'], etc". Como se ve,

abrumadora entre la <tzh> del *Arte* y la <ts> del sabio alemán, Harrington parece haberse dejado guiar por la <h>, interpretándola como una aspirada (aunque no lo dice expresamente), cuyo correlato simple parecía haber encontrado en la falsa interpretación de <ç>.

con ser uno de los sonidos más extraños, y quizás por ello mismo, no se atreve ni siquiera a darnos una caracterización del segmento, a diferencia de lo que pasaba con <tzh>. Sin embargo —así lo creemos—, dicho silencio conlleva implícitamente una sugerencia: que estamos aquí ante un sonido muy cercano al de <ch>: de allí su preocupación por “oponerlo” a éste en los ejemplos suministrados. No solamente eso; en la cartilla anexa al final de su proemio pone especial cuidado en agrupar, como si formaran una “clase natural”, sílabas que contienen no sólo a ambos segmentos sino incluso a la dentoalveolar⁶¹. No parece haber duda, pues, de que se trataba de una consonante africada, cuyo punto de articulación debemos localizar en la banda de la cavidad superior comprendida entre la zona alveolar y palatal.

Que sin ser <ch> (y de allí la preocupación del cura de Reque por distinguirla) corría el riesgo de ser interpretada como tal por parte de los hablantes de castellano, nos lo demuestra el anónimo de 1607, quien no se da el trabajo de recurrir a un invento para representarla. En efecto, allí encontramos igualadas a ambas africadas debajo de una misma notación, siguiendo, al parecer, la práctica hipodiferenciadora propugnada por los lingüistas del Tercer Concilio Limense (cf. sección 4.11, nota 46). Son ejemplos:

Oré	Carrera	
lech	lecμ	‘cabeza; primero’
muchuc	mæμcæc	‘mano, diestra’
fac.cha	faccμa	‘pobre’

donde el último lexema parece mostrar un tímido intento por insertar un diacrítico⁶².

61 En realidad, de la Carrera procura que el lector reproduzca tales consonantes tanto en posición inicial como en final de sílaba, pero como la <ch> viene a ser la menos “marcada” de las tres, no proporciona la lista respectiva sino en su contexto “marcado”, imposible en castellano, es decir en final de sílaba: fach, fech, fich, foch, fuch, fæch.

62 En el último tercio del s. XVIII, el recopilador del “Plan” de Martínez Compañón, cuyo léxico castellano incluía voces como ‘corazón’ y ‘carne’, consigna sus equivalentes mochicas <chêtes> y <quêncho>, respectivamente, correlacionables

La identificación del segmento por parte de quienes nos precedieron en el mismo intento ha sido diferente en cada caso. Con todo, hay coincidencia parcial entre Harrington y Stark al interpretarlo como una consonante de articulación prepalatal. Quien se aparta radicalmente de esta solución, sin embargo, es Torero, para el cual la mencionada consonante habría sido una velar palatalizada, es decir [kʲ]. De todas formas, como puede advertirse, no deja de haber un consenso respecto de la palatalidad del segmento.

Ahora bien, la solución de Harrington es a favor de una africada aspirada, es decir [çʰ] (tch en su notación). Dice al respecto que “Middendorf capta este sonido sólo esporádicamente, pero ello es suficiente para demostrar que lo que busca representar es la tc aspirada”. En realidad, no es cierto que el viajero alemán sólo haya captado esporádicamente dicho segmento: de hecho, el léxico que aporta contiene muchas voces que conllevan dicha consonante, algunas de las cuales ni siquiera aparecen registradas en el *Arte*. Lo más sorprendente es, sin embargo, que en base a una información errada pueda llegarse a una conclusión aún más desconcertante. Si en efecto se hubiera tratado de una africada aspirada, ¿qué le costaba a Middendorf, conocedor del quechua y del aimara, decirnos que el segmento en cuestión era similar al registrado por tales lenguas? Creemos que esta sola razón basta para descartar la hipótesis de Harrington como totalmente inmotivada.

De otro lado, por lo que toca a Stark (1968: 11-12), debemos señalar que la autora postula para el mismo segmento una “oclusiva alveopalatal sorda palatalizada”, que representa como /çʰ/, sin aportar ningún argumento, aunque basándose en los datos proporcionados por Middendorf. Aparte de la caracterización prácticamente redundante de

a su vez con los que nos proporciona el *Arte*: <ç̣ætæss> y <cænc̣mo>. La lista del obispo de Trujillo muestra para el segundo un diacrítico en forma de pequeñas aspas unidas sobre la <c>; en cambio en el primer lexema la preocupación estuvo centrada en destacar el carácter especial de la primera vocal y es allí donde se coloca un diacrítico semejante, pasándose por alto la peculiaridad de la consonante inicial: como se ve, no hay coherencia en el empleo de los diacríticos. Para las marcas especiales usadas en el “Plan”, ver la reproducción del cuadro respectivo.

“alveopalatal palatalizada”, creemos que la interpretación del segmento como una oclusiva resulta inadecuada puesto que deja pasar por alto su afinidad con la <ch>, de naturaleza africada, tal como parece sugerirlo de la Carrera, y lo señala explícitamente Middendorf (ver más abajo).

En relación con la propuesta de Torero, creemos ver allí (como lo adelantáramos en Cerrón-Palomino 1989: nota 4), los resultados de un ejercicio de “ordenamiento” inmotivado de una parte del inventario de los segmentos atribuidos a la lengua. Así, pues, para el autor, el sistema fonológico del mochica registraba “una indudable oposición de palatalidad/no-palatalidad que ordena en dos series correlativas a la mayor parte de sus fonemas consonánticos”. Ocurre, sin embargo, como lo veremos en detalle más adelante (cf. secciones 4.23 y 4.25), que la “indudable oposición” no se da, definitivamente, en la mayoría de las “correlaciones” que el investigador propone, por cuanto los elementos correlacionados o no son fonemas sino variantes combinatorias o son producto de la más pura conjetura, sin apoyo empírico. Con el ordenamiento preconcebido, Torero quiso cubrir una aparente orfandad atribuida a /k/ con un correlato gratuito, que en este caso sería [kʲ]: como se ve, típica muestra de fonología hecha “sur le papier”, como gustaba decir Martinet.

Por nuestra parte, creemos que Middendorf, a quien consultaron los autores mencionados, proporciona lo que podría considerarse la clave más cercana para la identificación del segmento que nos ocupa. En efecto, nótese, en primer lugar, la correlación grafémica <çµ> = <čh> en los materiales del *Arte* y de los del viajero alemán:

Carrera	Middendorf	
leçµ	jäch	‘cabeza’
çµeçµ	čečh	‘mejilla’
çµantic	čhantik	‘párpado’
çµepuc	čhепuc	‘corvas’
çµilpi	čhillpi	‘manta’

Ahora bien, en relación con su notación, el sabio alemán es explícito en señalar que opta por ella “para diferenciarla de la primera [es decir $t\check{s}$ = ch] *que es parecida*”, para agregar a continuación que “ella suena como en alemán tj ” (Middendorf 1892: Cap. I, 51; énfasis nuestro). Previamente, sin embargo, el autor distingue tres tipos de *jota* en la lengua: una primera, propiamente velar (como en *noch* ‘aún’ y *nach* ‘hacia’); una segunda, más atrasada, “que parece a la del aimara” (es decir, una postvelar $/x/$); y una última, “más suave, parecida a la ch en las palabras alemanas *mich* ‘me’, *gleich* ‘idéntico’, pero que suena todavía más suave, casi como la j alemana” (es decir $/y/$). Más adelante, en el capítulo VI (cf. *Op. Cit.*: 95), al tratar sobre el durativo $\check{c}h\ddot{a}m$ ($\check{c}\mu\ddot{a}m$, en la Carrera; cf. *Op. Cit.*: III, 46), dice el mismo autor que dicha partícula “se diferencia de la marca del segundo futuro $\check{c}h\ddot{a}m$ por la pronunciación de la $\check{c}h$, que no suena como en alemán *tsch*, sino como tj ”. Pues bien, sobre el estatuto de las tres variantes de *jota* volveremos en la sección final, pero cabe destacar acá que la última de ellas es representada por el autor con el diacrítico “,” sobre la j , es decir $\langle j^{\prime} \rangle$, y es precisamente la misma marca de la que se vale para representar al segmento que nos ocupa, como puede echarse de ver en los ejemplos proporcionados.

De las consideraciones aportadas hasta aquí no parece haber duda que estamos frente a una africada alveopalatal, muy semejante a la $/t^{\check{v}}/$ registrada por el aimara tupino (como en $t^{\check{v}}aki$ ‘aplastar’, $yat^{\check{v}}i$ ‘saber’, $t^{\check{v}}umpa$ ‘comadreja’, etc.). Una vez identificada como tal, ya no sorprende el que haya sido subsumida ortográficamente con la $\langle ch \rangle$ por el anónimo de 1607. Justamente, tanto de la Carrera como Middendorf quieren prevenirnos de tal confusión, conforme se vio. Es más, a medida que los hablantes de mochica se tornaban cada vez más monolingües de castellano, un segmento tan “marcado” como $/t^{\check{v}}/$ tendía a confundirse con la $/t^{\check{c}}/$, como era de esperarse. Ello puede verse claramente en el material ofrecido por Middendorf gracias a un contraste con sus equivalentes hallados en el *Arte*: en muchos casos, el sabio alemán transcribe con $\langle ch \rangle$ aquello que de la Carrera representa con $\langle \check{c}\mu \rangle$. Lo propio puede decirse del vocabulario de Lehmann, quien sin embargo todavía recoge, aunque variablemente, formas portadoras de $\langle tj - ty \rangle$,

con notación similar a la de Middendorf (cf. Schumacher, *Op. Cit.*). Que sepamos, nadie ni siquiera en los topónimos que antes portaban el segmento aludido, como el muy importante de Chimor (que de la Carrera cita como <çhimor>, insinúa una resolución semejante pero en favor de una consonante velar, tal como la propuesta por Torero⁶³. Sobre éste y otros puntos semejantes volveremos en el capítulo VIII (cf. sección 8.23).

4.23. **Fricativas.** El examen de los materiales nos permite postular una serie compacta de cinco segmentos fricativos, tres de los cuales son sibilantes. De todos ellos, el menos problemático es la bilabial /f/. Otro segmento, igualmente libre de problemas de identificación es /s/, sibilante palatal, conforme se verá en seguida. La identificación de las otras fricativas, por el contrario, constituye un verdadero desafío al especialista y, por consiguiente, los análisis propuestos al respecto difícilmente podrían coincidir.

4.23.1. **Bilabial.** Se trata de un segmento prototípico del mochica, ajeno completamente a las demás lenguas de los andes centrales⁶⁴, y cuya realización fonética era, sin duda, la de una bilabial, y no precisamente la de una labiodental, a despecho de la grafía con que se lo representó. Los ejemplos ofrecidos a continuación muestran la ocurrencia de la consonante mencionada:

63 A propósito del mencionado topónimo, von Buchwald (1915) lo consigna como <Tjimur>, es decir a la manera de su colega alemán, aunque alternando con <Chimur>; pero cf. Brüning (1917-1918), quien da <dsömor>.

64 Tanto que Torero (1986) lo toma como elemento diagnóstico para ayudar a establecer la frontera lingüística entre el territorio cubierto por el mochica (al norte del valle de Chicama) y por el quingnam (de Chicama al sur): a medida que uno transpone la linde hacia el sur se acaban los topónimos con /f/. Del mismo modo, dicha peculiaridad le bastará a Rostworowski (1992) para identificar entre las etnias de Cajamarca empadronadas en la visita de Toledo no como mitmas sino como prácticamente nativas, a un grupo forastero de procedencia mochica, pero asentado allí desde tiempos previos a la conquista incaica: los patronímicos conllevan abrumadoramente la consonante /f/ y también la /r/ múltiple, otra particularidad, como veremos más adelante (cf. sección 4.26).

	/f/	
fanu		'perro'
fichillco		'tripas'
cæfær		'trueque'
xllafco		'pantorrilla'
cafçoc		'riñones'
pufpuf		'bofes'

4.23.2. **Sibilante palatal.** Los ejemplos ofrecidos a continuación ilustran la ocurrencia del segmento respectivo:

	/ʃ/	
xamic		'señal'
quixmic		'anciano'
moix		'alma'
xemetoc		'sobaco'
æfxiass		'cuántas veces'

La identificación de /ʃ/, si bien anacrónicamente representada por <x>, se ve allanada por el recurso al contraste que emplea de la Carrera para advertirnos acerca de su propiedad fónica: la lengua contrastada en este caso es la portuguesa. Dice, en efecto, nuestro autor en relación con la "letra" <x>, que "no se pronuncia jamás como en la lengua castellana, hiriendo en ella, sino mansamente, como la pronuncian los portugueses, como xi ['luna'], xamic ['señal']". Como se ve, estamos aquí frente a un precioso dato que vale tanto para el mochica cuanto para la evolución fónica del propio castellano. La grafía <x>, que hasta la segunda mitad del siglo XVI todavía se empleaba para representar a la sibilante /ʃ/ de algunos dialectos quechuas⁶⁵, puesto que su valor fónico, en castellano, si bien en proceso de velarización, aún corres-

65 El ejemplo clásico es fray Domingo de Santo Tomás, en su descripción del quechua general de base costeña. De hecho, el dominico recoge en su *Lexicon* el mochiquismo xamic 'señal' (de xam 'conocer, percibir'), empleando, como se ve, la grafía <x>, cuyo valor es el de /ʃ/ sin lugar a dudas. Para una discusión sobre este y otros puntos afines, ver Cerrón-Palomino (1990), y especialmente Cerrón-Palomino (1991), con el debate respectivo y la bibliografía pertinente.

pondría al de una palatal (de lo contrario no entenderíamos ciertos castellanismos tempranos del quechua, del tipo *shirga* <*xerga), ya representaba a una velar plena, “hiriente” y no “mansa”: de allí la advertencia del cura de Reque⁶⁶. El portugués, por el contrario, mantenía la pronunciación palatal, como hasta ahora, y nuestro autor, conocedor de este hecho, no halló mejor dato para servirse de él como elemento de referencia⁶⁷. Por lo demás, nótese cómo el anónimo de Oré, cuyo texto es de fines del s. XVI y comienzos del XVII, no necesita, como el primer gramático quechua, justificar el empleo de <x> para el mismo segmento: encontramos allí, en efecto, formas como *mux* ‘alma’, *xamic* ‘señal’, *caxcópuc* ‘sostenedor’ (cf. de la Carrera <caixcopæc>).

Como sibilante palatal⁶⁸ también la interpretan Middendorf, que la llama “impura” (identificándola con su <sch> alemana y representándola por <š>); Harrington, que en su exótica notación la transcribe como <c>; y Torero. Por el contrario, Stark pasa por alto campantemente la interpretación del mencionado segmento, aunque su inventario fonológico incluya el fonema /ʃ/ como producto de su antojadizo análisis de las grafías <ç(e,i) ~ ç ~ z> (ver sección siguiente).

4.23.3. Sibilantes dorsal y retrofleja. La identificación de las dos sibilantes que restan plantea una serie de dificultades que van desde su representación ortográfica originaria hasta su interpretación fónica.

66 La evidencia aportada a este efecto por de la Carrera, hacia la cual llamara la atención Landerman (1982), corrobora la cronología establecida para el cambio de la palatal /ʃ/ en velar /x/ (cf. Lapesa 1988: Cap. XIII, 379). Sobre este mismo punto de la identificación de la <x> con [ʃ], estando en curso ya la velarización de la misma, y tomando como ejemplo la notación de Bertonio para el aimara, ver Rivarola (1989).

67 Incidentalmente, el hecho de que no se invocara, para lo mismo, al quechua (en su variante centro-norteña), nos estaría indicando que de la Carrera simplemente lo desconocía. Por lo demás, por la misma época, y no obstante el anacronismo manifiesto, el franciscano Diego de Molina ([1644] 1928) se valdrá aún de dicha grafía para representar a la /ʃ/ del quechua denominado chinchaisuyo.

68 Así, precisamente, tuvimos la oportunidad de percibirla de labios de don Simón Quesquén (cf. nota 41), sin ninguna dificultad articuladora, cuando normalmente un hispanohablante habitual no muestra la misma pericia.

A diferencia de los casos anteriores, en esta oportunidad la documentación posterior, excepción hecha de la de Martínez Compañón, no contribuye mayormente a esclarecer el panorama. El procedimiento a seguir en tales casos aconseja, a falta de otros recursos, el análisis grafémico en base a un examen interno de los materiales. Invalorable ayuda prestan a este efecto los avances logrados en los últimos años en relación con la aplicación de criterios filológicos al estudio de las sibilantes quechuas de la época colonial (cf. Landerman 1982, Mannheim 1988, Cerrón-Palomino 1990). En lo que sigue nos valdremos precisamente de estos aportes con el objeto de proceder a la identificación de los segmentos en cuestión.

Comenzaremos nuestra discusión con el examen previo de la primera documentación de la lengua. Para ello, conviene tener en cuenta que, por lo menos en los textos quechuas del volumen en el que se encuentra aquella (cf. Oré 1607), hay un empleo sistemático de las grafías <s ~ ss> y <ç,c(e,i),z> para representar, respectivamente, a la apical /ʃ/ y a la dorsal /s/. Los alógrafos respectivos estaban en distribución complementaria: <ss> se empleaba en posición intervocálica y <s> en los demás contextos; <ç> se usaba delante de a,o,u, <c> ante e,i y <z> en final de sílaba⁶⁹. Veamos qué empleo se hace de las mismas grafías en el texto mochica.

69 Todo ello, con ligeras variaciones prácticamente negligibles, no sólo en la obra mencionada sino en toda la producción quechuística del s. XVI y bien entrado el XVII. Una vez más, remitimos para este y otros puntos conexos a los trabajos mencionados de Landerman (1982), Mannheim (1988, 1991: Cap. 7) y Cerrón-Palomino (1990). En un artículo reciente, Torero (1994) insiste en su tesis expuesta en Torero (1991), según la cual fray Domingo de Santo Tomás habría empleado <s,ss> como una alternativa gráfica de <x> para representar al fonema /ʃ/, puesto que la segunda grafía (es decir <x>) evocaría, aunque no a la velar plena /x/, a “una fricativa sorda de articulación más retardada, verosíblemente mediopalatal” (parecida a la <ch> alemana de ich). Así, pues, la grafía <x> empleada por DST podría ser a lo sumo ambigua (pudiendo interpretársela como /ʃ/ o como /ç/). Según el mismo autor, cuando el Inca Garcilaso o González Holguín dicen que en el dialecto que describen no hay <x>, estarían refiriéndose a la velar. Lo que silencia Torero es que, a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, el anónimo de Oré emplea tranquilamente la grafía <x> para la /ʃ/, descartando las deducciones antojadizas del mencionado estudioso. La práctica ortográfica de la época nos da

En relación con el primer grafema, se constata que el anónimo emplea básicamente <s>, tal como puede verse en *amus* ‘de ningún modo’, *langs* ‘ocho’, *nasop* ‘diez’, etc., correspondientes a sus respectivas formas ofrecidas por de la Carrera: *amoss*, *langæss* y *nassop*. Cuanto al segundo sí observamos la misma distribución complementaria, si bien las instancias encontradas no permiten ilustrar cada contexto: <ç> aparece ante o, y opcional (o variablemente) ante i,e; y <z> en posición final de sílaba⁷⁰. Los ejemplos ofrecidos aparecen, por vía de comparación, con sus correspondientes encontrados en el *Arte*:

Oré	Carrera	
çoputo	çopæt	‘tres’
ayecen	aieçæn	‘del mismo modo’
lumuçer	læmiçær	‘muerte’
cuçia	cuçia	‘cielo’
-az	-az	‘2a. persona’

Así, pues, parece imponerse una primera constatación: que <ç,c(e,i),z> constituyen variantes gráficas de un mismo grafema. ¿Qué decir entonces de la graña <s>? Tras una simple conmutación entre las ocurrencias de ambos conjuntos gráficos, y a despecho de los pocos ejemplos detectados, se insinúa la ocurrencia de ambos conjuntos en un mismo contexto, hecho que apuntaría en favor de su “oposición”: <s> puede aparecer ante <o> del mismo modo que <ç> y aquella puede igualmente concurrir en final de sílaba de manera semejante a como lo hace <z>⁷¹. En consecuencia, no sería del todo infundado postular

pruebas en el sentido de que no había necesidad de recurrir a <s,ss> para representar a la palatal /s/, por mucho que el proceso de velarización estuviera bien avanzado.

70 Recordemos, sin embargo, que la misma graña es empleada para representar a la africada dentoalveolar (cf. 4.22), ya identificada con la <tzh> del *Arte*. Que en los ejemplos citados no estamos ante el mismo segmento lo podemos ver fácilmente contrastándolos con sus correspondientes versiones proporcionadas por de la Carrera, que ostentan no sólo la misma graña sino también idéntica alternancia.

71 Debemos advertir, sin embargo, en lo que respecta a las dos sibilantes, que hay por lo menos un caso en que las notaciones del anónimo y de la del *Arte* no coinciden. Se trata de la voz para ‘hijo’: <eis> en el primero y <eiz> en el segundo.

dos fonemas diferentes para tales conjuntos gráficos; y admitiendo el carácter provisional de tales aproximaciones, restaría por indagar sobre la realidad fónica de los mismos. Pues bien, valiéndonos del ejemplo ortográfico del quechua, no sería descabellado suponer, por un lado, que <ç,c(e,i),z> estuviera representando a un segmento sibilante dorsal, afín al del quechua o al del castellano de los criollos y mestizos de la época (ya seseosos), es decir /s/; y, por el otro, que la pronunciación de <s> podría haber estado muy cercana, al menos por su estridencia, a la de la apical peninsular. Es en este punto, precisamente, que debemos volver la mirada al texto del *Arte*.

Aplicados los mismos procedimientos de conmutación al texto del gramático trujillano encontramos plena corroboración a lo adelantado, dada la abundancia de ejemplos. Así, pues, se ve nítidamente la distribución contextual entre <ç> y <-z> (cf. incluso <izçæc> ‘todo’, aunque no faltan casos esporádicos como el de <toniç> ‘pierna’), donde la primera es empleada también con regularidad ante las vocales anteriores <i,e,æ>. Así, por ejemplo:

çac	‘pelo’
caççoc	‘riñones’
çæc	‘abajo’
çiec	‘señor’
viz	‘chacra’
eiz	‘hijo’
opaizti	‘tonto’

De otro lado, tampoco hay coincidencia en la notación de la palabra ‘luna’, pues mientras que el anónimo la consigna como <ci>, de la Carrera la registra como <xi>. Lamentablemente, con ejemplos tan aislados es difícil decir si estamos frente a una variación dialectal idiosincrática o ante simples cacografías del escriba. La notación <ci> es completamente extraña, ya que, de admitirse la interpretación fónica que hemos sugerido, incluso la variante <si>, que trae de la Calancha (*Op. Cit.*: Libro III, Cap. II, 1239), y que asimismo consigna el compilador de Martínez Compañón, estaría más cerca de <xi>, que Middendorf recoge como [ʃi].

Por lo que respecta a la otra sibilante, advertimos una variante muy importante: el empleo de <ss> en forma prácticamente generalizada, con uno que otro uso de <s> simple, como en **potos** ‘testículos’, **çluscu** ‘manta de dormir’, **ñosæn** ‘medida’ y **sonsom** ‘cola, rabo’, que más parece errata que otra cosa. Pues bien, por lo que toca a su pronunciación, el cura de Reque, en contraste con el silencio respecto de <ç,-z> (cuyo valor le parece obvio), se esmera en proporcionarnos la “regla” respectiva, una vez más centrando su atención no tanto en el segmento en sí mismo sino en las palabras que lo contienen. Dice, en efecto: “Todas las dicciones que empezaren o acabaren con dos ss, se han de pronunciar entrambas, hiriendo en la última, como **ssonto** [‘buitre’], **amoss** [‘de ninguna manera’]”. Notemos, sin embargo, que el autor no es muy coherente con su declaración, puesto que son frecuentes los ejemplos con <ss> intervocálica, como en **nocssi** ‘goloso’, **popssi** ‘buche’, **noßæn** ‘rodilla’. Otro tanto se puede decir de formas como **çætæsseið** ‘corazón’, **tesseið** ‘talón’, etc.; pero aquí estamos obviamente ante los lexemas **çætæss** y **tess**, respectivamente, seguidos de la marca del genitivo. De modo que en los ejemplos anteriores podríamos estar muy bien frente a un caso semejante, y, por consiguiente, no habría ninguna contradicción con lo afirmado por el autor; pero ello no quita, fonéticamente hablando, la inexactitud del ambiente estipulado. Como quiera que fuese, es muy posible que <s> y <ss> tuvieran la misma pronunciación, sólo que, en la medida en que el segmento no era muy frecuente en otras posiciones que no fueran ni inicial ni final de palabra, el autor puso su atención en estos contextos únicamente.

Ahora bien, ¿qué decir de su manifestación fónica? Según la descripción de nuestro autor, se trata de una articulación “hiriente”, es decir estridente, y ajena a la experiencia del castellanohablante. No sería correcto, por ello, equipararla con la de la sibilante apical del castellano peninsular: nada le habría costado hacerlo al cura de Reque, de haber existido una similitud entre ambas. Descartada toda comparación, creemos que no es antojadizo suponer que dicha consonante pudiera haber sido semejante a la /s/ cuasi retrofleja del quechua huanca o del chipaya, cuya producción genera una “turbulencia” mayor que la de la apical castellana: de allí, tal vez, el carácter “hiriente” que le

asigna de la Carrera. En todo caso, aquí llegamos al límite de nuestras alternativas de interpretación, pues, como se verá, los testimonios posteriores tampoco podrán ayudarnos, y, por el contrario, parecen haber confundido a quienes se valieron de ellos en sus “reconstrucciones”. En lo que sigue nos referiremos a dicha sibilante como retrofleja y la simbolizaremos con /ʃ/.

De lo que no parece haber duda es, una vez más, de la oposición entre las dos sibilantes, es decir entre /s/ y /ʃ/. No sólo concurren en contextos parecidos sino incluso distinguían por lo menos un morfema de otro modo formalmente idéntico: nos referimos al nominalizador -çæc (que alternaba con -çær) y al gerundio -ssæc, como en læmiçæc ‘muerte’ o ‘el que muere’ y chissæc ‘siendo’ o ‘habiendo sido’⁷². Sin embargo, hay un contexto en el que no aparecen las dos sibilantes: delante de la vocal u. ¿Qué decir al respecto? Del examen de los materiales parece desprenderse que aquí estamos ante un típico vacío sistemático de la lengua.

Por lo demás, la inspección de los datos aportados por Martínez Compañón corrobora los proporcionados por el *Arte*. En efecto, aunque reducida, la lista del obispo de Trujillo ilustra de manera admirable la “oposición” entre ambas sibilantes, como puede verse en:

Martínez	Carrera	
sonen	ssonæng	‘esposa’
chêtes	çmætæss	‘corazón’
ezquic	eizquic	‘hijo’
cúcia	çuçia	‘cielo’
quezmen	—	‘hermano’

pero, además, las formas abstractas tamicec ‘llorar’ (errata por famicec?; cf. fam ‘llorar’) y ronòmcec ‘dolor’ conllevan, como puede verse, el sufijo derivativo -çæc mencionado en el párrafo precedente.

72 En relación con esta distinción observa de la Carrera (cf. *Op. Cit.*, I, 24) que para cambiar la marca del gerundio a la del participio, por ejemplo de metessæc ‘trayendo’ a metiçæc ‘el que trae’, “las dos últimas ss se vuelven en c [errata obvia por ç]”.

Para terminar con este punto, resta ver el tratamiento que le dieron al problema estudiado los investigadores contemporáneos. Al respecto debemos mencionar, en primer lugar, que el análisis de Harrington sólo reconoce la sibilante dorsal /s/, opuesta a /ʃ/. No obstante ello, en sus ejemplos emplea la dos eses middendorffianas, es decir <ss> y <s>, sin hacerse mayores problemas por la contradicción que ello involucra.

Stark (1968: 13-14), por su parte, interpreta <s,ss> como una alveolar que se manifestaría a través de una [z] (representada por <s>) sonora tras <o> y mediante [s] sorda en los demás contextos. Como se ve, la autora no sólo no parece prestarle ninguna atención a los esfuerzos descriptivos del cura de Reque sino que “encuentra” una distribución alofónica basada en datos muy pobres y aislados: por ejemplo, la forma **potos**, **potoseiô**, que registra de la Carrera (*Op. Cit.*, 81), no parece ser sino vacilación en el empleo de la <s> en lugar de <ss> en vista de otros lexemas como **chucæss**, **chucæsseiô** ‘choquezuela’, **tess**, **tesseiô** ‘talón’, etc., donde, además, la sibilante final es parte del sufijo nominativo (y la segunda forma es la genitiva). Donde, sin embargo, el análisis resulta completamente errado es en la interpretación de <ç ~ z> como una fricativa alveopalatal, es decir /ʃ/. Aquí también la autora postula una distribución alofónica sorda-sonora paralela a la anterior: la <z> representaría a la variante sonora y la <ç> a su correspondiente sorda. La razón que se da para llegar a tal interpretación sería que dichas grafías “están precedidas o seguidas generalmente por una vocal seguida de una semiconsonante alta anterior”. Los ejemplos ofrecidos previamente invalidan, sin embargo, dicho argumento. Como quiera que para la interpretación de las sibilantes invoca la autora el apoyo de un trabajo de Lapesa (1957) sobre la historia del ceceo y seseo andaluces, a la luz de todo lo discutido previamente resulta patente que la lectura del citado trabajo por parte de la mencionada investigadora fue no sólo defectuosa sino también superficial: no de otro modo nos explicamos la asignación anacrónica de un valor sonoro a las grafías <s> y <z> en final de palabra, pero además lo que ya resulta completamente contraproducente es atribuirles un valor palatal a la <ç> y <z>, dejando pasar por alto sin embargo el análisis de <x>, genuino representante de la /ʃ/. Como se ve, la falta de familiaridad con los patrones ortográficos del castellano de los ss.

XVI-XVII, transferidos a la notación de las lenguas no sólo andinas sino también mesoamericanas (cf. Landerman 1982), fue la responsable del análisis errático ofrecido por Stark.

Por lo que toca a Torero, su análisis no deja de ser igualmente desconcertante. Conforme ya lo adelantáramos en 4.22, la noción preconcebida de una supuesta correlación determinada por el rasgo de palatalidad le hizo perder de vista algo que a simple inspección no es sino una distribución complementaria de lo más típica. En efecto, el investigador mencionado, una vez identificada correctamente la sibilante /s/ (asignable a la <ss> del *Arte*), distingue otras dos: /s/ y /sʲ/, que corresponderían a lo que de la Carrera representa por <ç> y <çi>, respectivamente, y que se opondrían por el rasgo mencionado de palatalidad. En relación con el segundo “fonema” nos dice que la “palatalidad [es] inherente a la consonante”, de manera que en çiec ‘señor’, por ejemplo, “el segmento inicial ci es un solo fonema”. La “palatalidad inherente” no sería propia únicamente de la sibilante aludida sino también de la <ñ> en voces como ñaiñ ‘ave’, “donde el segmento final iñ es simplemente el fonema /ñ/”, es decir la modificación se daría igualmente en forma anticipada (!). Al margen del extraño razonamiento del autor, ignoramos la base empírica en la que se apoya para dicho efecto, aunque no es difícil advertir que, en verdad, no parece haberse dado el trabajo de partir de un análisis grafémico de las fuentes originarias ni tampoco se cuidó de hacer los cotejos respectivos con la documentación posterior. Por ejemplo, nada dice respecto de la alternancia alográfica entre <ç> y <z>, hecho que no se le debe escapar a nadie que se haya familiarizado con los patrones ortográficos del castellano medieval y del Siglo de Oro. En el caso que nos ocupa, ¿debemos también inferir que en <eiz> ‘hijo’ estamos frente a /esʲ/? ¿Y qué decir de una forma como <tzhçi> ‘niño’? ¿Estaremos ante /tssʲ/ o, menos dramáticamente, frente a /tsisʲ/? Pero, si lo último, ¿cómo debemos formar su genitivo, sabiendo que de la Carrera nos proporciona *tzhçingô*? Como se ve, el análisis de Torero no tiene el menor asidero y peca de inadecuación observacional elemental.

En suma, al concluir con esta sección, debemos señalar que el examen aplicado a los datos nos induce a postular para el mochica del

s. XVII, en forma tentativa, tres sibilantes: una dorsal /s/, representada por <c(e,i), ç,z>, otra retrofleja /ʃ/, simbolizada por <s,ss>; y, finalmente, una alveopalatal /ʃ/, transcrita con <x>.

4.23.4. **Palatal lateralizada.** La consonante que resta por identificar en esta sección es aquella representada en el *Arte* por <xll>, tal como se puede apreciar en los ejemplos proporcionados:

xllang	‘sol’
uxllur	‘sobrino’
xllaxll	‘dinero’
caxll	‘orina’

Como se ve, se trata de un segmento de difícil interpretación, en este caso muy semejante a la de <çµ>. Aquí también, la documentación posterior a de la Carrera nos permitirá postular la realidad fónica aproximada del mismo. Notemos de antemano que, a diferencia de la africada “mojada” /tʃ/, cuya representación gráfica había sido un invento del cura de Reque, en esta oportunidad el autor se sirve, para graficar el extraño sonido, de una tradición ortográfica existente, pues el anónimo de 1607 ya empleaba <xll>⁷³. ¿Cuál habría sido la realidad fónica de dicha grafía?

Tratándose de un segmento completamente extraño a la experiencia idiomática del castellanohablante, es natural que de la Carrera se esmerara en proporcionarnos la “regla” que permitiera su pronunciación. Como ya es costumbre, sin embargo, muy poco podemos beneficiarnos de ella, y menos aún en el presente caso. Pues bien, la descripción de <xll>, cuya graficación es concebida obviamente como una secuencia de dos “letras”, corre en los siguientes términos: “La x, antes de consonante se ha de pronunciar hiriendo en entrambas mansamente, pegada la lengua al paladar; de manera que por un lado y el otro de la boca salga el sonido de la primera letra vocal, como **xllon**

73 Según Zevallos Quiñones (1946), quien ha hurgado diferentes archivos de la región norteña, “el convencional ‘xl’ [fue] inventado por los curas para sentar partidas desde fines del siglo XVI [...]”.

['comer'], **xllaxll** ['dinero'], **xllipcon** ['llama tú'], **xllečna** ['de por sí']". Tal es la descripción de la consonante en posición inicial de sílaba, pues a renglón seguido nos da la instrucción para su articulación en contexto implosivo: "En anteponiéndose vocal a la **x**, se comenzará a pronunciar con los labios abiertos, y se acabará la dicción con la lengua pegada al paladar, echando el sonido de la vocal y de las dos **ll** por un lado y otro de la boca como: **axll**, **exll**, **ixll** ['pecado'], **oxll**, **uxllup**, **æxllang**"⁷⁴. Se trata, pues, de un segmento realmente exótico ("exquisito", habrían dicho los gramáticos previos a de la Carrera); de allí no debe extrañarse que la cartilla ofrecida por el autor ("para mejor pronunciar") registre hasta seis listas de silabeo (en contextos de sílaba inicial, final y posición intervocálica), sólo comparables a las proporcionadas para <çl>.

Ahora bien, a fin de formular una hipótesis interpretativa, es necesario detenerse en el fraseo inicial del primer pasaje citado. Se nos habla allí de entrada de una "x ante consonante", y ésta es obviamente <ll> y ninguna otra más; que éstas tienen que pronunciarse "hiriendo en entrambas mansamente", es decir estamos ante un segmento y no ante una secuencia de consonantes. Conviene ahora que reparemos en aquello de la "herida mansa" (es decir suave). Recordemos, a este efecto, que la regla para <x> autónoma enfatizaba en que no debía pronunciársela "a la manera castellana" sino "mansamente, como la pronuncian los portugueses". En el caso de la <xll>, sin embargo, se nos dice que la <x> debe "herir" sobre la <ll>, produciendo entre ambos un sonido "manso". En tal sentido, contrariamente a la interpretación de Middendorf, que postula /ʒ/ para el segmento inicial (dándole el mismo valor que el de la <x> autónoma), preferimos rescatar de la caracterización comentada el valor "hiriente" del segmento (acorde con el que ya tenía el castellano de la época). Pues bien, continuando con la

74 No nos ha sido posible identificar el significado de todas estas palabras ni con la ayuda de Villarreal (1921). Si no fuera por **ixll**, y excepción hecha de las dos últimas palabras, estaríamos tentados a ver en ellas simplemente sílabas sin sentido. Con la ayuda de Middendorf podríamos postular los significados de 'terminar' para **axll** (M: a:j), 'lluvia' para **oxll** (opuesta a **ol** 'fuego' (M: o:j) y 'agacharse' para **æxllang** (M: ä:j). Lamentablemente, el viajero alemán no precisa, en cada caso, el carácter de la velar.

como se ve, de una interpretación gratuita, desprovista de sustento, y que no explica precisamente el “desconcierto”, atribuido por el autor, a los recopiladores de Martínez Compañón en adelante, que sin embargo son constantes en graficar el carácter de fricción que conlleva el segmento inicial del dígrafo usado (<hi> o <ji>)⁷⁵.

4.23.5. ¿Fricativa velar?. Para terminar con esta sección de las fricativas, quisiéramos destacar el hecho de que, en nuestra “reconstrucción”, no consideramos ninguna consonante velar, contrariamente a lo postulado por los autores precedentes. A nuestro modo de ver, éstos se guiaron para ello de Middendorf, quien, conforme se vio, distingue hasta tres tipos de *jota* (cf. sección 4.22.3).

Ahora bien, una vez descartada la “más suave” de ellas (la correlacionable con <xll>), quedan dos: la “normal” y la posteriorizada, que el autor dice semejarse a la del aimara altioplánico. Por lo que respecta a la primera, se ve fácilmente que ella es un producto evolutivo a partir de /l/ (cf. Cap. VIII, sección 8.12); la segunda, en cambio, aparte de registrarse en unos pocos verbos (no más de cuatro en la lista ofrecida por Middendorf), no es correlacionable con ningún segmento en especial en la medida en que no nos ha sido posible encontrar en de la Carrera los lexemas que lo contienen. Uno de éstos (*jaks* ‘pisar’, ‘dar un paso’), sin embargo, aparece registrado en el propio autor como *kaks*. Ello nos induce a la sospecha de que, en realidad, la velar posteriorizada o era una variante de la normal o, simplemente, como en el ejemplo mencionado, un producto esporádico de /k/. De manera que, para el momento en que el sabio germano describe la lengua, ésta no tenía, a nuestro modo de ver, más de una velar: la *jota* normal.

Pues bien, como ya se adelantó, es dicha velar la que Stark postula en su sistema fonológico, contraviniendo a su declaración inicial de tomar como “norma” la gramática de de la Carrera, y peor aún propugnándola como base para sus propósitos comparativistas (cf. Cap.

75 Se nos ocurre que, como en el caso de la vocal <æ>, aquí también Torero se dejó llevar de las sugerencias de Tovar y Larucea de Tovar (1984: 169), quienes conjeturan que la <xll> quizá “represente una lateral sorda”.

I, sección 1.2, nota 3), cuando evidentemente se está frente a un segmento derivado y no original (cf. sección 4.25). En cuanto a Torero, que se inclina por postular como fonema la *jota* aimaroide de Middendorf, creemos que carece de toda motivación y demuestra que el mencionado autor no parece haber revisado cuidadosamente el material que aporta el sabio alemán. Finalmente, resta mencionar que la /h/, aspirada glotal, que propone Middendorf, diciendo que se trata de un sonido “todavía más fuerte [que sus fricativas velares]” y que se pronuncia “como en alemán”, se descarta por sí misma ya que el ilustre viajero ni siquiera proporciona ejemplos que la registren. De hecho, de la Carrera no la consigna para nada.

4.24. **Nasales.** De la observación de los materiales se desprende que el mochica hacía distinción de cuatro fonemas nasales, a saber /m,n,ñ,ŋ/. Los tres primeros, naturalmente, están fuera de toda discusión; por el contrario, el estatuto de la última nasal, con punto de articulación en la zona velar, requiere de una justificación, sobre todo cuando hay discrepancias entre los estudiosos acerca de su pertinencia. Los ejemplos ofrecidos a continuación ilustran la ocurrencia de los tres primeros fonemas:

/m/		/n/	
macɥæc	‘ídolo’	napæss	‘sien’
comæn	‘barba’	feneng	‘espalda’
chæmpu	‘sombra’	lanca	‘pares’
ɥuocɥmæd	‘hermano’	notnic	‘pestañas’
iactum	‘truhán’	ocæn	‘brazo’

/ñ/	
ñang	‘marido’
peño	‘bueno’
ñaiñ	‘ave’
llemño	‘dedos’
alaiñçæc	‘eructo’

Ahora bien, por lo que toca a la cuarta nasal debemos empezar señalando que quienquiera que se asome al texto del cura de Reque

pronto advertirá la frecuencia con que ocurre la secuencia gráfica <ng>. Ejemplos como los ofrecidos abundan:

feneng	‘espaldas’
nenong	‘posaderas’
medeng	‘orejas’
paræng	‘vasallo’
çengque	‘pescuezo’

La hipótesis de que podríamos estar aquí frente a un alófono de /n/, predeciblemente velarizado en posición final de palabra y ante una consonante velar (cf. [seŋke]) podría dar cuenta del material ofrecido, pero no del resto. Porque, por un lado, <ng> aparece también ante /tʰ/, como en **cangçtu** ‘quijada’, y en posición intervocálica, así en **colungô** ‘del caballo’⁷⁶; de otro lado, son frecuentes los registros de la alveolar /n/ en final de palabra, como en **ñofæn** ‘hombre’, **ocæn** ‘brazo’, **notæn** ‘cejas’, **ssecæn** ‘debajo’, etc., y no falta por lo menos una forma como **lanca** ‘placenta’ (cf. Middendorf **janca**). Por lo demás, la frecuencia de <ng> en el léxico y sobre todo en la morfología mochica está dada por su aparición en la segunda marca de genitivo (cf. **fanu** ‘perro’, **fanu-ngô** ‘del perro’) y en otros sufijos (de hecho, cuatro de los ejemplos listados previamente acusan una misma terminación), y en una de las formas neutras del verbo ser: **ang**. Nótese, finalmente, que hay hasta un par léxico mínimo como **pon** ‘cuñada’ (cf. gen. **pon-éio**) y **pong** ‘piedra’ (gen. **pong-iio**), aparte de las formas imperativas **an** ‘ven a...’ y **ang** ‘mira si...’ (como en **an funo** ‘ven a comer’ y **ang funo** ‘mira si come’; cf. de la Carrera, *Op. Cit.*: Libro IV, 66).

Con los datos ofrecidos, no parece haber duda de que estamos frente a un segmento con valor distintivo. De la misma manera, es seguro que así lo había entrevisto de la Carrera, y por ello recurre al

76 Este contexto, sin embargo, como se verá (cf. Cap. VI, nota 86), bien podría ser igualmente el de final de sílaba, pues, según Middendorf (1892: Cap. II, 52), la vocal final del morfema de genitivo **-ngô** “se pronuncia aislada, como si [fuera] una palabra especial”, es decir estaríamos, en el ejemplo citado, frente a **colu-ng ô**.

empleo del dígrafo <ng>, ya tradicional entre los estudiosos de lenguas andinas⁷⁷, como lo había hecho también el anónimo de 1607: **çung** ‘tuyo’ (cf. de la Carrera: **tzhæng**), pero **ayecen** ‘del mismo modo’ (cf. de la Carrera: **aieçæn**). Lo dicho respecto del cura de Reque se confirma con el material de la cartilla, que aunque poco ayuda en la “exhumación” de los sonidos, constituye una valiosa herramienta heurística para el estudio de la fonotaxis del mochica, muy poco o nunca tomada en cuenta por nuestros predecesores. En efecto, si /n/ y /ŋ/ no se opusieran sistemáticamente, no tendría ningún sentido la preocupación del autor por proporcionarnos las siguientes listas de sílabas:

çman, çmen, çmîn, çmon, çmun, çmæn
 çmang, çmeng, çmîng, çmong, çmung, çmæng

y no sólo eso, pues también nos regala el siguiente “contraste”:

tæ, tæn, tæng, tæm
 iæ, iæn, iæng, iæm

donde podemos apreciar la “oposición” que guardan entre sí las tres nasales /m,n,ŋ/. Finalmente, para mayor prueba, la siguiente “regla”: “**çæzmeng** [‘primo’] para pasiva hace **çæzmen**” (cf. *Op. Cit.*, I, 18) corrobora, una vez más, que estamos ante una entidad con pleno estatuto fonémico y psicológico.

La descripción de Middendorf ofrece las mismas evidencias implícitas en favor de la naturaleza clasificatoria de /ŋ/: encontramos allí, por ejemplo, el par mínimo **tzang** ‘tú’ y **tzan** ‘frío’. Decimos que las evidencias son “implícitas”, puesto que el mencionado autor en ningún momento enumera en su lista de “letras-fonemas” la <ng>, pues seguramente para él se trataba de la <n> seguida de la <g>: el problema,

77 En efecto, fray Domingo de Santo Tomás (cf. Cerrón-Palomino 1994b) emplea la secuencia <nc> para reproducir la variante velar de la /n/ del quechua, sobre todo en posición final de sílaba: así, por ejemplo, <rimanc> ‘él/ ella habla’, es decir [rimaŋ].

sin embargo, es que la grafía <g> no ocurre sola en los materiales, lo que equivale a decir que no existía un fonema */g/.

Por lo que respecta a los análisis previos, tanto Harrington como Stark coinciden en la postulación de /ŋ/, aunque sin aportar ningún argumento en favor de ello, mientras que Torero se inclina por considerarla como “una variante” probable de /n/. Los argumentos aportados descartan, como vimos, las dudas del autor mencionado: una vez más, había que volver a las fuentes en procura de evidencias.

4.25. **Laterales.** El mochica distinguía dos consonantes laterales –/l/ y /l̃/, cuya naturaleza fónica, siguiendo el principio implícito de la equivalencia aplicado por de la Carrera, habrían tenido una articulación semejante a la de sus correspondientes castellanas de la época. Los ejemplos que siguen ilustran la ocurrencia de tales segmentos:

/l/		/l̃/	
lactu	‘pellejo’	llamu	‘vello’
çialu	‘redaño’	mullú	‘huevo’
altærr	‘garganta’	pillalla	‘muslo’
çuelfe	‘hiel’	fichillco	‘tripas’
pol	‘bazo’	Changill	(nombre propio)

Nada en especial nos dice de ellos el cura de Reque, y en la cartilla están ausentes las sílabas con tales consonantes, excepto la <l>, pero a propósito de la africada “mojada”: laçµ, leçµ [‘cabeza’], liçµ, loçµ, luçµ, læçµ, y naturalmente el anónimo de Oré no había tenido dificultad en echar mano de las letras castellanas respectivas para representarlas. Como se verá (cf. Cap. VIII, sección 8.12), los documentos posteriores registrarán un cambio radical operado en /l/. Con todo, Middendorf la registra junto con la /l̃/, aunque sólo se detiene en la consideración de ésta, señalando que “se pronuncia [...] como en español, es decir como en alemán lj [...]” (cf. *Op. Cit.*: Cap. I, 50).

Ahora bien, los análisis contemporáneos, con excepción del de Torero, coinciden en la postulación de tales segmentos, aunque en el caso de Stark dicha coincidencia es sólo aparente. En efecto, en un

corpus como el ofrecido para //, la mencionada autora cree ver la realización de dos fonemas diferentes: una “fricativa velar sorda” (cf. Stark 1968: 16-17) y otra propiamente lateral (*Op. Cit.*, 18). El criterio para distinguir ambas realizaciones parte del cotejo del corpus carreriano portador de <l> con su correspondiente registrado por Middendorf. Dicha comparación, ya realizada por el propio viajero alemán (cf. Middendorf ([1892] 1959: 156), arrojaba la correlación <l> = <j> (la jota simple de que nos hablaba el autor), es decir [x], con algunas excepciones. Así, por ejemplo, *lactu* ‘piel’ y *pol* ‘bazo’ aparecían como *jactu* y *poj* (que Stark, por error, consigna sin cambio!); pero *çialu* ‘redaño’ y *çhelfe* ‘hiel’ eran registrados como *sialu* y *chelfe*, es decir sin cambio de <l>. Pues bien, según Stark, de la Carrera habría hipodiferenciado los dos segmentos atribuyéndolos a un mismo fonema //: es decir, una forma como [kux] ‘sangre’ habría sido transcrita como <kul> y no como <kuj>, tal como lo hace Middendorf. Como se ve, los efectos de un hecho evolutivo, registrados por el viajero alemán son atribuidos al mismo estado de lengua que fuera descrito por el cura de Reque doscientos cincuenta años antes. La razón que da la autora para preferir este análisis y rechazar el de tipo histórico es que no existirían “factores condicionantes” que expliquen el cambio, y, por el contrario, se pueden encontrar en Middendorf “pares mínimos” que demuestran el contraste que ella postula, es decir entre // y /x/. Conforme lo señalamos en el capítulo I (cf. sección 1.2), creemos que este análisis resulta metodológicamente grotesco, pues confunde etapas distintas de una lengua y le atribuye al cura de Reque una práctica escrituraria reñida con la más elemental observación.

Por su parte, Torero cree ver, como lo adelantamos en la sección anterior, una distinción sonora/sorda entre las laterales. Recordemos que, según dicha “correlación”, <xll> vendría a ser el elemento sordo, opuesto por tanto a //l/. Esta “oposición”, que al investigador le parece “clara”, resulta infundada desde el momento en que la <xll> es mejor interpretada como una fricativa palatal, según pudimos ver. Si ello es así, con mayor razón resulta cuestionable la distinción sugerida entre una //l/ sonora y otra sorda: el mismo autor ya no parece creer en ella (“no es clara”, dice). Por lo demás, no es difícil advertir que la hipótesis de Torero en pro de la distinción mencionada estuvo motivada por el

cambio que afectó a //, deviniendo en segmento velar: el ensordecimiento de la consonante explicaría tal innovación. Sobre este punto y el anterior volveremos en el capítulo VIII (cf. sección 8.12).

4.26. **Vibrantes.** El análisis de esta serie no está libre de problemas, pues los documentos consignan no sólo una <r> simple sino también una doblada <rr>, tal como se puede ver en el siguiente corpus, extraído del *Arte*:

rac	‘tigre’
rreng	‘tráquea’
larro	‘tobillo’
irræm	‘tener miedo’
çærqui	‘espinilla’
uxllur	‘sobrino’
altærr	‘garganta’

Ahora bien, la “regla” de pronunciación que trae de la Carrera para la ere doblada va como sigue: las “dicciones que tuvieren dos rr, así al principio como al fin, se pronuncian entrambas, como *altærr* [‘garganta’], *rremic* [‘loco’]”. El material revisado muestra, sin embargo, que <rr> no sólo puede aparecer en los contextos estipulados sino también en posición intervocálica, como en *mecherræc* ‘mujer’, *larro* ‘tobillo’, *porra* ‘adormecimiento del pie’, etc.

De otro lado, el hecho de que la <r> sencilla (es decir la vibrante simple) aparezca, aunque con muchísima menor frecuencia, tanto en posición inicial como en final, según se ve en *rac* ‘tigre’, *far* ‘fiesta’, *ñitir* ‘nalga’, etc. parece apuntar hacia una oposición vibrante simple versus compleja. Sin embargo, los datos no dejan de ser contradictorios: notemos, por ejemplo, que la voz *sser* ‘ventosidad’ forma su genitivo en *serr-iô* (cf. *Arte*: “Confesionario”, 81). De hecho, Middendorf, que concuerda con el cura de Reque en el registro de ambas vibrantes, trae para la misma voz la forma nominativa *sserr*. Por otro lado, los contextos vecinos a una consonante son privativos de <r>, como en *çærqui* ‘espinilla’, *ærquic* ‘carne humana’, aunque también registramos *irrna*, cuyo significado ignoramos. Este hecho y las vacilaciones apuntadas

previamente parecerían indicar, contra lo sugerido previamente, la existencia de una sola vibrante con distintas manifestaciones según el contexto.

Por lo que toca a Middendorff, su análisis tampoco resulta muy claro, pues tras describir el punto y modo de articulación de <r> (que “se pronuncia por vibración de la punta de la lengua en el paladar anterior”), observa que “cuando esta vibración es muy fuerte, *lo que es frecuente tanto en final como en principio de palabras*, se transcribe con doble rr: **omorr** ‘ladrón’, **rra:n** ‘masticar, morder’ (énfasis agregado)”. Como de la Carrera, nuestro autor pasa por alto también la ocurrencia de <rr> intervocálica sobre todo en las formas genitivizadas. Con todo, Middendorff lista en su tabla de “letras” tanto <r> como <rr>, asumiendo implícitamente la existencia de dos fonemas (cf. *Op. Cit.*: Cap. I, 50, 51).

Nótese, de otro lado, que el anónimo de 1607 registra únicamente <r> no sólo en posición inicial de palabra, como en **ronómçec** ‘dolor’ (cf. de la Carrera: **rronæmçæc**), sino también en posición intervocálica, así en **llurum** ‘envidiar’ (cf. de la Carrera: **llærræm**). De la misma manera el encuestador anónimo de Martínez Compañón recoge el solitario **ronòmcec** (cf. **rrom** en Middendorff).

Pues bien, todo ello parece abonar en favor del reconocimiento de un solo fonema de naturaleza vibrante, y tal fuera el caso de no ser por la ocurrencia –prácticamente única, pero altamente recurrente– de <r> en posición intervocálica: nos referimos a la primera marca de genitivo, es decir -æró [-öro:]. No hemos encontrado, en efecto, aparte de <paræng> ‘vasallo’, ningún otro ejemplo monomorfémico portador de <r> simple intervocálica en todo el material del *Arte*⁷⁸; y Middendorff,

78 Las formas genitivas <pitæreio> ‘esófago’, <ñitæreio> ‘posaderas’, <ssæpæreio> ‘nervios’, <xllontæreio> ‘buche’, <fariio> ‘fiesta’, etc. ilustran la ocurrencia de <r> simple en contexto bimorfémico. Por el contrario, es posible que formas como <altærreio> ‘garganta’, <serrio> ‘ventosidad’ no estén sino “copiando” su <r> nominativa (cf. <altærr>, pero <ser>), de naturaleza múltiple, incluso en posición intervocálica. Compárese Middendorff <jøntæreio> ‘intestinos’ frente a de la Carrera <xllontær, xllontæreio>.

a su turno, sólo recoge la misma palabra. La consideración de estos hechos parece abonar, pese al carácter magro de los datos en favor de su coincidencia en el contexto mencionado, del estatuto fonémico de /r/ en oposición a /r̄/. Creemos que, como en castellano, la oposición de las vibrantes sólo se daba en posición intervocálica, pudiendo neutralizarse libremente en los demás contextos: de allí las vacilaciones y cacografías en su registro.

¿Cómo explicar entonces el énfasis que pone de la Carrera sobre la articulación múltiple de <rr>, sobre todo teniendo el castellano una vibrante igualmente múltiple?⁷⁹ ¿Acaso no bastaba la <r> simple, por lo menos en posición inicial de palabra y final de sílaba, como lo demuestran no sólo el recopilador de Martínez Compañón sino, mucho antes que de la Carrera, el anónimo de 1607? La única explicación que se nos ocurre es pensar en una pronunciación con un mayor número de vibraciones que el empleado en la producción de la erre castellana, en los ambientes estipulados, incluyendo por cierto el de final de palabra. Así, pues, el gramático sentía que para transcribir aquello no le bastaba echar mano de la convención ortográfica castellana. No de otro modo entendemos igualmente la notación del préstamo real por parte de Middendorf: *na rrel* 'un real' (*Op. Cit.*, Cap. II, 62). Fonéticamente, la personalidad del mochica destacaría por la pronunciación enérgica de la vibrante múltiple, que sería la más recurrente⁸⁰, no sólo como realización de /r̄/ múltiple sino también como actualización de su contraparte /r/ simple, sobre todo en posición inicial y final de palabra.

79 Recuérdese, a este respecto, la preocupación (justificada) de los quechuistas de la colonia, quienes, ante la naturaleza simple de la vibrante correspondiente a la lengua nativa, aconsejaban, por ejemplo, que en una palabra como *runa* la /r/ debía pronunciarse, como en el nombre *caridad*, [runa] y no como sería en castellano [r̄una].

80 En efecto, al lado de la /f/ (cf. nota 64), la vibrante múltiple es un claro indicador de la procedencia mochica de los nombres propios, sean éstos antropónimos o topónimos. Por ejemplo, el apellido *Farro*, que Taylor (1989) encuentra en la lista de antropónimos de la zona de Chachapoyas, denuncia a todas luces una procedencia foránea de origen mochica.

Para terminar con esta sección, sólo resta señalar que tanto Harrington como Torero no identifican sino una vibrante, lo cual, en vista de la discusión ofrecida, resulta poco menos que inadecuado. Stark (1968: 18), por el contrario, distingue dos fonemas, aunque sin discutir los puntos conflictivos que hemos mencionado.

4.27. **Semiconsonante.** En relación con las semivocales comunes a las lenguas andinas, cabe destacar que el mochica se caracteriza por registrar únicamente la *yod*, y, en tal sentido, su reconocimiento como fonema no ha sido puesto en duda por los investigadores. Tampoco hay duda, por otra parte, en reconocer la ausencia en la lengua de la labiovelar /w/.

En efecto, no sólo no hay rastros de la presencia de dicha semiconsonante en los materiales más tempranos sino que tampoco faltan indicios, como la adaptación de los préstamos del quechua, que corroboran lo sostenido: en este caso se la ha sustituido por la bilabial fricativa⁸¹. Como tal se la puede emplear, igualmente, como elemento diagnóstico mochicoide⁸².

Por lo que toca a /y/, no obstante el consenso en su postulación, debe admitirse que los datos que abonan en favor de ella no son del todo obvios. Para comenzar, los indicios documentarios no son precisamente los más contundentes, como en otros casos, según se pudo apreciar. Lo cierto es que de la Carrera emplea muy poco la grafía <y> en la sección gramatical de su obra, donde campea <i> en su lugar. De hecho, si alguna vez lo hace es para registrar no un término nativo sino foráneo, o una simple variante léxica: nos referimos a la voz **yanâ**

81 En Cerrón-Palomino (1989) llamábamos la atención de dos préstamos quechuas al mochica: *facc̣ta* 'pobre' y *llaftus* 'toquilla', provenientes de *wakcha* y *llawtu* 'diadema'. Incidentalmente, creemos que Middendorf, que registra <llastus>, hizo una mala lectura del original; lo propio podemos decir de <lastik> 'costilla', que era *laftic* (en ambos casos la f original fue interpretada como una s alta).

82 Así lo entiende Torero (1986), en su intento por establecer la frontera lingüística entre el mochica y el quingnam (cf. Cap. II, sección 2.1). Ver también Cerrón-Palomino (1989: nota 6), para su invocación en el descarte de posibles mochiquismos léxicos.

‘criado’, de indudable origen quechua, y a *miyi* ‘uña’, que alterna con *midi* e incluso con *miçi* (cf. sección 4.21). Donde encontramos un empleo algo más frecuente de la mencionada grafía es en los textos de la segunda parte de la obra, incluso alternando con <j>, es decir *yota* (y no *jota*). Como puede apreciarse, lejos de ser transparente, la interpretación de la *yod* como fonema no deja de presentar serios problemas.

Así, pues, para empezar, interesa averiguar, al margen de la intención del autor, consistente en procurar la práctica de las nasales (cf. sección 4.24), sobre el estatuto de la <i> inicial en la lista silábica de *iæ*, *iæn*, *iæng* y *iæm*, que nos ofrece en la cartilla. O, para no hablar de sílabas sin sentido, lo que quisiéramos saber es si en una voz como *iactum* ‘chocarrero, truhán’, por ejemplo, estamos frente a una secuencia de vocales, es decir [i.ak.tum] o ante [yak.tum], donde la <i> es una semiconsonante⁸³. De igual manera, ¿cómo interpretar la forma pronominal *aio* ‘aquél’, de alta frecuencia en la lengua, y, más aún, el segundo genitivo *-eið*? ¿Qué decir, por otro lado, de una voz como *pei* ‘hierba’? Como se ve, el problema está íntimamente ligado al de la naturaleza silábica de la lengua, tema que será tratado en el capítulo siguiente.

En vista de la ambigüedad de la notación carreriana, conviene que acudamos a las otras fuentes en procura de auxilio. Un buen comienzo es ciertamente el anónimo de Oré. Comparemos, por ejemplo, las siguientes expresiones para las cuales se han registrado sus correspondientes formas carrerianas:

83 Incidentalmente, nótese que esta palabra es de rancio origen quechua, tal como lo atestiguan los lexicógrafos coloniales. Así, fray Domingo de Santo Tomás ([1560] 1951: II, fol. 140v) la consigna como *yacto* ‘donoso, truhán’; del mismo modo, González Holguín ([1608] 1989: I, 362) registra la raíz *yaktu-* y derivados, como en *yaktuk runa* ‘chocarrero triscador o que hace gestos’. Por la manera en que el jesuita cacereño la consigna no hay duda de que el étimo fue **yaqtu-*. Se trata, como se ve, de otro quechuismo en el mochica.

Oré	Carrera	
ñiteyo	ñiteio	‘siete (genitivo)’
çiornayō	çiornaio	‘solo (genitivo)’
ayecēn	aięçæn	‘del mismo modo’
ayo yneng	aio ineng	‘aquel día’
ayápuc	aiapæc	‘poderoso’
eyip mǎg	aiæp mang	‘crear’
yneng	ineng	‘de día’

Como puede apreciarse, la grafía <y> tiene doble valor en el texto de Oré: puede ser /y/ semiconsonante y también /i/ vocal (cf., con este valor, *yçec* ‘todos’, *yxllis* ‘pecado’, frente a *izçæc* e *ixllæs* en de la Carrera). En el primer caso, que es el que nos interesa aquí, <y> aparece ante vocal. Hay una instancia, sin embargo, donde ella se muestra ante consonante en ambos textos: <yay pu sec> ‘terminado’ en el primero y <iay pæz çæf> en el segundo. Pronto echamos de ver que de la Carrera recurre a <y> (alternando con <j>) en dicho contexto con relativa frecuencia: *puytop* ~ *pujtop* ‘subió’, *piycan* ~ *pijçæm* ‘da (imperativo)’ (cf. *puytop* y *piycan* ~ *piycum* en Oré, respectivamente). Nótese, incluso, la vacilación entre *aiapæc* y *aypopco*, donde la segunda forma registra elisión vocálica (cf. Cap. VII, sección 7.2). Vemos, entonces, que cuando de la Carrera escribe *pei* ‘hierba’, estamos en verdad frente a [pey], de modo que su empleo de <i> en dicho contexto, como en el anterior (ante otra vocal), es puramente gráfico y no responde a la naturaleza del segmento representado (como en el caso de Oré, a su turno, con el empleo de <y> vocálica). De hecho, la lista de Martínez Compañón recoge la misma voz como *pey*, así como también registra *chónyic* ‘estrellas’, que sin embargo se consigna en la forma de *chonkik* en Middendorf.

Dicho autor, por otro lado, a la par que registra algunos lexemas con <y> en posición intervocálica, desconcierta no sólo porque parece guiarse de la notación carreriana (escribiendo, por ejemplo, *aio*: ‘aquél’) sino porque hasta registra <iana> para ‘sirviente’, es decir aquello que de la Carrera representa como *yanâ*. No parece ser ésta la primera vez, después de todo, que Middendorf se guía de la notación del cura de Reque. Incidentalmente, las voces que recoge con *yod* son dos de origen

nativo: *tsayo* ‘maíz cocido’⁸⁴ y *saya* ‘concha’, y una de obvio origen castellano: *poye* ‘asiento de barro’.

En los registros posteriores aumentan las formas con <y>, aunque muchas de ellas como resultado del yeísmo castellano, al parecer ya en proceso de generalización en la costa norte. Sin embargo, Lehmann, por ejemplo, al lado de *paya* ‘olla’ (cf. Middendorf: *palla*), registra *áyu* ‘él’, *áyunæn* ‘ellos’ (cf. Carrera y Middendorf: *aio*, *aoingæn*), es decir en forma que recuerda al anónimo de 1607.

Como puede apreciarse, la documentación es muy escueta en cuanto al registro de <y> con valor semiconsonántico. Sin embargo, gracias al cotejo textual practicado entre el anónimo y de la Carrera es posible determinar que la <i>, además de su valor propiamente silábico, representaba también a la semiconsonante /y/, especialmente cuando iba antes de vocal o en posición preconsonántica y prepausal. A la misma conclusión parece haber llegado Harrington, para quien, sin embargo, como dijimos, la <xll> también habría sido /y/ (escribe, por ejemplo, *yaïy* por <xllaxll>). Stark (1968: 18-19), por su parte, identifica la *yod* comparando las notaciones, más bien inconsistentes, del cura de Reque y de Middendorf, pero sobre todo en atención a la estructura silábica que postula para la lengua. Finalmente, Torero propone igualmente una “y de función consonántica y en inicial de sílaba, pero de escasa frecuencia”, tesis ésta con la que no compartimos plenamente, pues, como vimos, la “escasa frecuencia” es sólo aparente en la medida en que su ocurrencia aparece encubierta tras una notación ambigua. Por lo demás, conforme se verá (cf. Cap. V), tanto Stark como Torero coincidirán en la tesis de que el mochica no admitía grupos vocálicos.

84 Incluso en este caso no es aventurado postular un origen quechua para el vocablo. En la variedad cuzqueña actual *ch'allu* significa ‘vegetal en sazón’, y en el huanca *chaallu* es una variedad de maíz de color. Tanto la /ts/ inicial de la forma mochica como la vocal larga de la correspondiente huanca de ésta podrían explicarse por el carácter glotalizado de la consonante inicial de la forma cuzqueña.

4.28. **Inventario consonántico.** El análisis grafofonémico practicado a los materiales del mochica nos ha permitido postular, tentativamente, veintiún fonemas consonánticos asignables a la lengua tal como se la empleaba en la primera mitad del s. XVII. El cuadro ofrecido a continuación, parcialmente asimétrico por la oposición aislada entre /t/ y /d/, recoge los segmentos identificados; en sección aparte se ofrece un listado de los mismos, seguidos esta vez de su notación gráfemica carreriana.

CUADRO II: CONSONANTES

		Bilab.	Dentoalv.	Prepal.	Palatal	Velar
OCLUSIVAS	Sordas	p	t			k
	Sonora		d			
AFRICADAS			ts	tʃ	ç	
FRICATIVAS		f	s	š	ʃ	ç̃
NASALES		m	n		ɲ	ŋ
LATERALES			l		l̃	
VIBRANTES			r r̃			
SEMICONSONANTE					• y	

TABLA DE EQUIVALENCIAS

Fonemas	Graffias
/p/	<p>
/t/	<t>
/k/	<c(a,o,æ,u)>
/d/	<d>
/ts/	<tzh>
/tʃ/	<çµ>
/ç/	<ch>
/f/	<f>
/s/	<ç,z>
/ʃ/	<s,ss>
/ʒ/	<x>
/ç̃/	<xll>
/m/	<m>
/n/	<n>
/ñ/	<ñ>
/ŋ/	<ng>
/l/	<l>
/ll/	<ll>
/r/	<r>
/r̃/	<rr>
/y/	<i,y,j>

Capítulo V

ESTRUCTURA SILÁBICA

Definimos la sílaba, funcionalmente, como una unidad fónica compuesta de un núcleo con o sin márgenes. El elemento nuclear es siempre una vocal y los márgenes los forman las consonantes. La única semiconsonante registrada también actúa como pendiente silábica. Los siguientes son los tipos silábicos consignados (en notación fonológica):

V	:	u	‘aliento, resuello’
CV	:	la:	‘agua’
VC	:	ef	‘padre’
CVC	:	puñ	‘sombra’
		sön	‘también’

Tal como puede apreciarse, la lengua admitía sólo una consonante por margen, registrando por consiguiente tipos silábicos bastante simples. Sin embargo, en contrarréplica, no había ninguna restricción en cuanto a la ocurrencia de las consonantes tanto en posición pre como postnuclear. La misma libertad de ocurrencia se observaba al comienzo

y final de una raíz, con la excepción de /d,ŋ/, que nunca aparecen en posición inicial, mostrando en tal sentido un carácter fonotáctico defectivo. Con todo, el hecho de que de la Carrera inserte en su cartilla las sílabas *dæ*, *dæn*, como parte de los ejercicios para pronunciar la vocal involucrada, ilustra indirectamente que la restricción de la dentoalveolar sonora, a diferencia de la nasal velar, constituía un vacío accidental. Incidentalmente, las listas monosilábicas de la cartilla (la única bisilábica es la final) son una buena prueba de la plausibilidad prácticamente irrestricta de los tipos de márgenes silábicos que admitía la lengua. Los ejemplos que ofrecemos a continuación ilustran la ocurrencia de tales márgenes en posición final de raíz:

/-p/	ssap	‘boca’	/-ʃ/	moix	‘alma’
/-t/	tot	‘cara’	/-ç̣/	xllaxll	‘dinero’
/-d/	ssod	‘pecho’	/-m/	lam	‘hígado’
/-ts/	exllmæts	‘cinco’	/-n/	ocæn	‘brazo’
/-v̥/	leçµ	‘cabeza’	/-ñ/	ñaiñ	‘ave’
/-ʒ/	mæch	‘manos’	/-ŋ/	pong	‘piedra’
/-k/	çac	‘cabello’	/-j/	pol	‘vientre’
/-f/	ef	‘padre’	/-l/	Changill	(nombre propio)
/-s/	eiz	‘hijo’	/-r/	far	‘fiesta’
/-ʂ/	tess	‘talón’			

En consonancia con lo observado, es normal esperar que la coocurrencia de consonantes (no más de dos) en posición intervocálica sea igualmente irrestricta, con la única excepción de /ç̣/ y /y/, que son poco permeables a la secuenciación. De hecho, en posición post-consonántica se advierten algunas lagunas: no aparecen ciertas consonantes de orden palatal como /ç̣/, /j/ ni la vibrante simple /r/ (la múltiple sólo ocurre en ambiente intervocálico); pero en estos casos tal vez estemos, dada la naturaleza del material disponible, frente a vacíos accidentales antes que sistemáticos.

Por otra parte, los datos ofrecidos por Middendorf parecen contradecir el canon silábico postulado, puesto que se encuentran formas, especialmente verbales, que pueden contener hasta tres o más consonantes en posición intervocálica. Sin embargo, es posible que tales

casos sean el resultado de la elisión vocálica (ver Cap. VII, sección 7.2) que opera en el nivel de palabra. Así, pues, un verbo como *orrnch-* ‘tirar con violencia’, probablemente tenga como base **orrænech-*, del mismo modo que *norrm-* ‘pesar’ tiene la forma enteriza *norrem-*, como en *norrem-eiñ* ‘yo peso’, etc. Con todo, fuera de ello, también encontramos en la obra del autor mencionado *terskam* ‘telar’, *kochk* ‘seco’, pero Brüning registra para la primera *tésgam* (cf. Brüning [1922] 1989b: 72; ver Cap. I, sección 1.11, nota 3) y Lehmann, por su parte, recoge *kátskik* como equivalente de la segunda. No sería extraño que formas como *tefk* ‘ancho’ o *churrm* ‘avaro’ sean versiones apocopadas de otras más enterizas que pudieron haberseles escapado a los recopiladores.

Asunto mucho más complejo de dilucidación es, sin duda alguna, si hubo o no diptongos o secuencias de vocales en la lengua. Conforme se pudo apreciar, los materiales del *Arte* son ambiguos en este aspecto, pues abundan allí formas que conllevan secuencias de hasta tres vocales, como en el caso de <ai> ~ <aiu> ‘aquél’, <çiæiz> ‘palabra’, o de la tan socorrida segunda forma de genitivo: -eið (cf. *ef-eið* ‘del padre’). La pregunta es cómo se pronunciarían tales cadenas vocálicas: si como sucesión de núcleos vocálicos (adiptongos), si formando continuos vocálicos de timbre cambiante (diptongos) o combinando ambas modalidades.

Pues bien, descartando los contextos en los cuales la interpretación de <i> como *yod* no admite duda (cf. Cap. IV, sección 4.27), nos quedamos con los siguientes tipos de secuencias “vocálicas”, con su ejemplificación respectiva:

ai	ñaiñ	‘ave’	ia	çiadic	‘asiento’
ei	eiz	‘hijo’	ie	ñier	‘tío’
oi	moix	‘alma’	io	çiornaio	‘solo’
ui	uiz	‘tierra’	iu	çiuc	‘acullá’

Como se puede apreciar, las columnas muestran secuencias que son el reflejo inverso de cada una de ellas. La pregunta concreta que debe

ser absuelta es el rol que desempeña <i> en tales secuencias: ¿se trata de un segmento de naturaleza silábica o de carácter más bien caudal?

Al respecto, Middendorf interpreta las secuencias de la primera columna como diptongos, señalando que en éstos “se distingue más netamente las dos vocales que los constituyen”, comparados a los del alemán. Los ejemplos que proporciona son: *ñaiñ* ‘pájaro’, *eiscu* [sic] ‘huérfano’, *foij* ‘paja’ y *uij* ‘tierra’. Tales son los únicos “diptongos” que él reconoce⁸⁵. Nada dice de secuencias como las de la segunda columna, que reproduce del mismo modo en sus ejemplos. Harrington, que casi sigue en todo al viajero alemán, igualmente guarda silencio respecto de las secuencias del segundo tipo.

Sobre el mismo punto, Stark (1968: 25) observa de manera terminante que en la lengua “no hay diptongos ni haces vocálicos”. Llega a dicha conclusión luego de un análisis incompleto y bastante arbitrario de secuencias como las presentadas previamente. En efecto, para la investigadora norteamericana, las secuencias <ai,ia>, <ei,ie>, <oi> y <æi> no serían sino manifestaciones de los alófonos vocálicos tanto post como prepalatalizados de /a/ y /e/, así como los postpalatalizados de /o/ y /æ/, respectivamente, que ocurrirían ya precedidos o seguidos de una consonante alveopalatal tanto oral como nasal (cf. Stark 1968: 20-24). Luego, al comentar el cuadro de alófonos vocálicos (cf. p. 26), se queja de que tenga “vacíos” que, de contarse con mayores datos para la lengua, podrían haberse llenado. Ocurre, sin embargo, que algunos de tales vacíos simplemente no son tales: nos referimos a <iu,ui>, <io> y <iæ>, fácilmente ilustrables con los datos aportados tanto por de la Carrera como por Middendorf. Aparte de la inadecuación observacional del corpus y de la hipótesis de la “palatalización” de las vocales en contacto con un segmento igualmente palatal, que la autora parece proponer como regla general (cf. *Op. Cit.*, 20, nota 4), y que no resiste al contraste con los datos (cf. *fachka*

85 Excepción hecha de los que él llama “impuros”, es decir ä y ü, y que corresponden, en realidad, a la vocal bemolizada que de la Carrera representa con <æ>, y que el autor hiperanaliza no sólo en dos vocales sino en dos secuencias de vocales.

‘tronco, leña’, oš ‘mucho, en Middendorf), fuera de que algunas de sus consonantes palatales no son tales según pudimos ver (cf. Cap. IV), lo que resulta chocante en dicho análisis es la total subestimación de las aptitudes perceptivas y transcripcionales tanto del cura de Reque como de Middendorf: en ningún caso se insinúa la posibilidad de la existencia de tales vocales “palatalizadas”, y, en cambio, el “ingrediente” palatal es interpretado como una vocal ortográfica plena. Por lo demás, lo inadecuado de semejante interpretación podrá apreciarse a propósito de nuestra discusión en relación con la hipótesis de Torero al respecto.

Por lo que toca al mencionado investigador, el suyo es un análisis parecido al de Stark, ya que, al igual que esta autora, descarta la existencia de diptongos o secuencias vocálicas en la lengua. Dice, en efecto, que los “casos que parecen contrariar” dicho aserto, como los ilustrados por los ejemplos suministrados, “se explican o por la palatalidad inherente a la consonante (como en *ciēc* “señor”, donde el segmento inicial *ci-* es un solo fonema) o por el anticipo de la palatalidad cuando la sílaba es cerrada por un fonema palatalizado (como en *ñaiñ* “ave”, donde el segmento final *-iñ* es simplemente el fonema /-ñ/)”.

Pues bien, el análisis, como se ve, resulta incluso más drástico desde el momento en que la <i> de las secuencias listadas no vendría a ser ni elemento vocálico ni consonántico sino un mero recurso gráfico para captar tanto la anticipación como el retardamiento de la palatalidad inherente a la consonante adjunta. Los casos que él cita involucran sólo a las secuencias <çi> e <iñ>, pero es obvio que lo propio podría decirse de <iz> (una vez admitida la alternancia entre <ç> y <z>, cosa que el autor no menciona), <ñi> e incluso <ix>. Dicha interpretación parece tener sentido a simple vista, sobre todo en el caso de <ç> (y en el de <-z>, agregaríamos nosotros), pues, conforme vimos, sintomáticamente dichas grafías aparecen frecuentemente acompañadas de <i>. ¿No estaría esta letra marcando efectivamente palatalidad? Aun admitiendo la posibilidad de ello, cosa que fue descartada en la sección respectiva (cf. Cap. IV, sección 4.23), el empleo del mismo recurso en <ñi ~ iñ> o en <ix> ya parece forzado por decir lo menos: es como si inusualmente de la Carrera luciera cual fonetista experimentado, minucioso hasta en los detalles articulatorios. Dicha palatalidad, además, se manifestaría

curiosamente sólo antes o después de una vocal, pues en los demás contextos no ocurriría lo mismo. ¿Y de una forma como **jäik** ‘piedra de moler’, recogida por Middendorf, diremos que estamos ante una /k/ palatalizada? ¿Qué decir de una palabra como **cuntzhio**? ¿Será que estamos frente a una /ts/ palatalizada, es decir /ç/? Nada de eso ciertamente.

En efecto, quisiéramos demostrar que, contrariamente a lo señalado por Stark y Torero, la <i> de tales secuencias es una vocal, y no un simple recurso gráfico que indique palatalidad vocálica (en el caso de la investigadora norteamericana) o consonántica, anticipada o retardada (en el caso del estudioso peruano). Tomemos para ello algunos ejemplos entresacados del propio de la Carrera: el pronombre **eiñ** ‘quién’ y el lexema **uiz** ‘tierra’. En cuanto al primer ejemplo, nótese que la forma genitivizada de **eiñ** es **iñ-ô**, en este caso con efecto de la inflexión vocálica (cf. Cap. VII, sección 7.3), donde, como se ve, “manda” la vocal /i/, cosa que no ocurriría si ésta fuera un simple elemento anticipatorio. El segundo ejemplo es aún más contundente. Según Torero, aquí estaríamos ante algo como /usʔ/. Sin embargo, de la Carrera es muy cuidadoso cuando emplea esta palabra, sobre todo al ilustrar el empleo de las postposiciones: en efecto, escribe **ù, iz quic na** ‘por la chacra’, **ù,iz quic totna** ‘hacia la chacra’ (cf. *Op. Cit.*, Libro V, 64), donde, aparte de la marca del alargamiento de la primera vocal, se vale de la coma para indicar que estamos frente a una secuencia de vocales y no ante un fonema */sʔ/. Por lo demás, es justamente dicho carácter vocálico el que aparece destacado en los ejemplos registrados en la lista del obispo Martínez Compañón: **cúcia** ‘cielo’, **ñáiñ** ‘pájaro’ y **huis** ‘tierra’, ya sea por medio de una tilde, o, en el último caso, valiéndose de la <h> para indicar el carácter bisilábico de la palabra. Más tarde, Lehmann, con su sistema notacional más detallista, proporcionará mayores indicios del carácter vocálico de la <i>: **ñáiñ** ‘gallina’, **siádan** ‘sueño’, **uís** ‘cangrejo’, etc.

Por las razones expuestas, concluimos que el mochica admitía secuencias vocálicas como las ilustradas en la lista ofrecida. La interpretación de <i> en tales casos, no ya como marca de “palatalidad” sino como semiconsonante, tropieza con el canon silábico postulado para

la lengua, pues ello implicaría la violación de la restricción según la cual no pueden obtenerse consonantes tautosilábicas, del tipo *sy-, *yñ, etc. Un buen ejemplo de dicha restricción nos estaría dando la forma *Yos* (< *Dios*) registrada en la lista de Martínez Compañón, aunque aquí podría aducirse también la supresión de /d/ por ser inusitada en la lengua. El análisis de <i> como núcleo vocálico en los mismos casos, por el contrario, no suscita tales contradicciones, manteniéndose el carácter simple de la sílaba mochica, de tipo (C)V(C)⁸⁶, que es el postulado también por Stark y Torero, pero a partir de una interpretación completamente diferente e inmotivada. Por lo demás, en una palabra de dos o más sílabas podían darse secuencias vocálicas nucleadas, incluso de tipo homorgánico, como en *aiin* ‘allí’ registrado en de la Carrera, o en *uús* ‘agua para bañarse’, recogido por Lehmann. Es más, de no ser porque estamos ante un solo ejemplo, podría sostenerse que la lengua toleraba hasta un encuentro de tres vocales: el caso de *çiaëiz* ‘palabra’ es, en efecto, único⁸⁷.

86 La forma *trenng* “caño de la respiración” (es decir ‘tráquea’), que aparece en el *Arte* (cf. “Confesionario”, 80) y también en el vocabulario de Villarreal, es una errata por *rrenng*. De hecho, Middendorf la recoge como *renng*.

87 Tanto Middendorf como Lehmann la recogen como *siäss* y *siäs*, respectivamente, por lo que la forma carreriana parece ser un claro ejemplo, si bien poco frecuente en el gramático trujillano, de notación hipodiferenciada.

Capítulo VI

RÉGIMEN ACENTUAL

De los rasgos suprasegmentales de la lengua, aparte del de la cantidad vocálica que, conforme vimos, tenía rango fonológico, y para el cual disponemos de alguna información, no sabemos nada respecto del acento de intensidad ni mucho menos de sus aspectos tonales. En efecto, para referirnos al primero de ellos, ni de la Carrera ni el mismo Middendorf hacen la menor alusión a este aspecto de la fonología mochica, lo cual parece inducir a pensar que, después de todo, la intensidad no jugaba un rol tan importante en la lengua, es decir no tenía valor distintivo. Pero, de otro lado, sería absurdo pensar que los gramáticos tradicionales sólo prestaban atención a los rasgos pertinentes: el análisis ofrecido en los capítulos precedentes demuestra que esto no es así. Por ello no deja de extrañar, sobre todo en Middendorf, el silencio total respecto de la conducta del elemento culminativo de la lengua. Porque, aun siendo éste redundante, importaba saber sobre el punto de su localización en el contexto de la palabra. ¿Cuál era su posición?

Antes de responder a la pregunta conviene que aclaremos, previamente, el uso que hacen tanto de la Carrera como Middendorf de los signos de acentuación *ortográficos* tradicionales. Pues bien, por lo que toca al primero, aparte del recurso esporádico al acento agudo [´], emplea el grave [˘] y el circunflejo [ˆ]; el segundo autor, por su parte, sólo hace uso del diacrítico agudo. Sin embargo, en muchos casos el recurso a tales marcas es inconsistente, y, de otro lado, su empleo tiene poco o nada que ver con el rasgo de intensidad propiamente dicho. De hecho, así nos lo da a entender el gramático trujillano, como se recordará (cf. Cap. IV, sección 4.13), al decirnos que “esta virgulilla (^) [...] irá puesta en las [dicciones que se pronuncian largas] en esta lengua”, y “así también ésta para las breves (˘)”⁸⁸. Lo que tales marcas buscan señalar es, pues, la cantidad relativa de las vocales y no su intensidad. No obstante ello, no se descarta del todo el hecho de que, contra lo anunciado, el mencionado autor recurra también a las mismas marcas con otros fines. Así, por ejemplo, aun cuando al iniciar su discusión acerca de la “declinación de los nombres substantivos” (cf. *Op. Cit.*, Libro I, 13) deja bien claro que la tercera marca del genitivo es -eiô, y así la registran los ejemplos citados (con alguna que otra omisión del diacrítico), más adelante (cf. Libro II, 68-69) encontramos formas como las siguientes (aparte de las que registran omisión de tilde):

ssap, ssapèio	‘boca, de la boca’
chiçær, chiçærèio	‘ser, del ser’
cæfær, cæfærèio	‘trueque, del trueque’
ñiang, ñiangéio	‘marido, del marido’
pon, ponéio	‘cuñada, de la cuñada’

88 Nótese, sin embargo, que la marca más empleada es la grave y no la aguda conforme se anuncia. En realidad, en tanto no tengamos acceso a la *princeps editio*, y menos aún al manuscrito original de la obra, no podemos saber si estamos aquí frente a simples erratas tipográficas o a un uso asistemático de tales marcas, incluyendo su omisión bastante frecuente (cf., por ejemplo, <lá - là - la> ‘agua’, <efeiô - efèio> ‘del padre’, <engeio- engèio> ‘de la madre’, <ponéio - poneio> ‘de la cuñada’, etc.). Lo cierto es que, pese al anuncio hecho, la tilde grave es la que se emplea con más frecuencia en lugar de la aguda, y esporádicamente en vez de la circunfleja.

donde, obviamente, la tilde no puede estar marcando alargamiento (que se supone que va sobre la vocal final del sufijo). ¿Podría tratarse de un recurso diferente? De hecho, Stark (1968: 19) ve en él un indicio que ayudaría a la interpretación de la vocal <i> como *yod*: el acento ortográfico estaría indicando la intensidad. Podría ser, sólo que, páginas más adelante (cf. 80-81), el autor proporciona listas como la ofrecida sin ninguna marca acentual. El viajero alemán, por su parte, sólo emplea el diacrítico agudo, y lo hace, al parecer, como marca alternativa de cantidad. En efecto, al igual que de la Carrera, el autor comienza por mostrar los tres alomorfos del genitivo: {-ä-ro: ~ -ei-o: ~ -n-go:} (donde los dos puntos indican, como se dijo, alargamiento), con los paradigmas que ilustran su distribución (cf. *Op. Cit.*, Cap. II, 52-55). Más adelante, sin embargo, al ofrecernos sus listas de sustantivos (cf. pp. 58-64), sustituye el empleo de la barra sobre la vocal (marca de alargamiento) por el de la tilde aguda: las formas genitivas proporcionadas aparecen, respectivamente, como {-är-ó ~ -ei-ó ~ -ng-ó}⁸⁹. Así, por ejemplo:

efkik, äró	‘padre’
chang, eió	‘hermano’
llemño, ngó	‘dedos’

89 La inconsistencia del estudioso germano en el empleo de un diacrítico único para destacar la prosodia de la vocal final del morfema involucrado parece haber estado motivada por el hecho de que aquélla, al portar cantidad, atraía hacia sí al acento de intensidad. Nos lo dice el mismo autor, al comentar sobre el primer alomorfo: “La sílaba final o: es larga y no sólo lleva el acento, sino que se pronuncia aislada, como si la o: fuese una palabra especial”, añadiendo lo propio sobre el segundo: “También aquí la o: al final de la sílaba es larga y lleva el acento” (cf. Middendorf 1892: Cap. II, 52). Se supone que lo mismo ocurría con el tercer genitivo. ¿Significa esto que la lengua admitía acentuación aguda con la condición de que la vocal portadora fuese larga, como acontece con los dialectos centrales del quechua (cf. *úma* ‘cabeza’, pero *umá-:* ‘mi cabeza’)? No lo creemos así, puesto que, tal como lo remarca el propio Middendorf, la vocal final del genitivo parece que gozaba aún de autonomía (“se la pronuncia[ba] aislada”). Aquí también encontramos una evidencia en favor de la segmentabilidad de -o: del resto del material morfológico (ver Cap. IV, sección 4.12, nota 50).

En vista del material examinado, habrá que concluir que, tal como lo habíamos adelantado, ninguno de los autores nos proporciona datos concretos e inambiguos del acento de intensidad mochica. Con todo, el anónimo de Oré, sin ser un tratado gramatical, parece ofrecernos un indicio de él. Compárense, por ejemplo, las formas ofrecidas a continuación:

Oré	Carrera	
ayàpuc	aiapæc	‘poderoso’
ayècen	aieçæm	‘del mismo modo’
polènic	polenic	‘en el corazón’
caxcópuc	caixcopæc	‘creador’
vzicàpuc	æizicapæc	‘en la tierra’
ronòmcec	rrommçæc	‘dolor’

Lo que el anónimo parece estar marcando no es la cantidad vocálica sino la intensidad, y ésta recae, como se puede apreciar, en la penúltima sílaba, hecho que tanto el cura de Reque como el sabio alemán⁹⁰ habrían considerado irrelevante. Con todo, el dato ofrecido es apenas un indicio, pues, por otra parte, tampoco es consistente el empleo del diacrítico, como corresponde a toda obra de esa época. ¿Qué podemos decir de los demás materiales?

La lista de Martínez Compañón contiene voces que portan tilde tanto grave como aguda, siendo ambas marcas al parecer meras variantes gráficas. Asumiendo que ellas buscan señalar la intensidad (dejando aparte el caso único de lá ‘agua’, que se sabe que portaba vocal larga), a excepción de las palabras callèd ‘reír’ (pero cf. maned ‘beber’) y ñaíñ ‘pájaro’ (cf. Híac ‘pez’), los demás casos parecen mostrar acentuación llana o grave: quènô ‘carne’, cúcia ‘cielo’, ronòmcec ‘dolor’, lemícec ‘muerte’ (cf. tamicec [sic] ‘llorar’) y chónyic ‘estrellas’. Sobra decir que no siempre se acentúan las voces, y, por consiguiente, los datos permanecen inciertos.

90 De vez en cuando, Middendorf también ofrece formas como purchópok ‘diablo’, mechérräk ‘mujer’, chérun ‘derecho, recto’, etc.; pero, una vez más, se trata de un marcamiento más bien excepcional y asistemático.

Por lo que toca a la documentación posterior a Middendorf, los materiales de Brüning (1917-1918: I, II), y, sobre todo, los de Lehmann (1929), son los que, al ofrecernos una transcripción más minuciosa, nos proporcionan la clave decisiva para comprender, por lo menos en parte, el régimen acentual de la lengua. En efecto, a diferencia de los autores mencionados (e incluso de los demás recopiladores), tanto Brüning como Lehmann se esmeran en ofrecernos las palabras debidamente acentuadas. ¿Cuál es, según esto, la acentuación básica de la palabra mochica? Pues la que habíamos entrevisto gracias a los materiales de Oré y Martínez Compañón: llana o grave. Sin embargo, los recopiladores alemanes mencionados transcriben también formas léxicas que portan una acentuación esdrújula. Así, por ejemplo, Lehmann consigna las siguientes entradas (sin los diacríticos profusos del autor; cf. Schumacher 1991), cuyas formas correspondientes según de la Carrera aparecen al lado:

Lehmann	Carrera	
ónæke	onæc	'uno'
súpite	çopæt	'tres'
núpita	nopæt	'cuatro'
róname	rronæm	'dolor'
fáketše	faccqa	'pobre'
fátšeke	fachca	'leña'
úpena	æp	'sal'
siórnamæ	çiorna	'soltero'

Como puede verse, del cotejo se deduce que en realidad las formas recogidas por Lehmann acusan una pronunciación ya distorsionada, propia del estado de obsolescencia de la lengua. No es difícil advertir en la lista los efectos de la adición de una vocal paragógica (los cuatro primeros ítems) o epentética (quinto y sexto ejemplos), así como de la lexicalización de formas anteriormente más complejas (los dos últimos ítems). En el primer caso el resultado es una vocal extra (y, por consiguiente, una sílaba de más) y en el segundo la fusión o soldadura de formas plurisilábicas. Del mismo modo encontramos en Brüning, por ejemplo, *ñetérreke* 'cagón', *Rék(e)p(e)* 'Reque', formas provenientes de *ñetérrek* y *Rekep*, respectivamente. Pero, al mismo tiempo,

este investigador nos regala un ejemplo que, aunque huérfano, ilustra perfectamente la colocación automática del acento en la penúltima sílaba: se trata del hispanismo <kóstaj>, proveniente de *costal*, con acento oxítono en la lengua donante, es decir [kostál]. Como en el caso del quechua, donde la misma palabra ha ingresado como [kústal], vemos aquí un proceso mecánico de reajuste acentual, común a ambas lenguas, motivado por la presión del régimen de intensidad nativo, de incidencia llana o grave.

Para terminar, resta que nos refiramos a la posición que adopta Stark en relación con el asunto tratado. Para esta investigadora (cf. Stark 1968: 27) el rasgo de intensidad sería “no predecible, y por consiguiente fonémico”, aunque admite que “más frecuentemente [ocurría] en la penúltima sílaba (como en castellano)”. La misma autora dice que en una clase pequeña de nombres el rasgo culminativo pudo haber caído en la última sílaba, y da como ejemplos los topónimos *Etén*, *Monsefú*, *Mossopé*; sin embargo, no hay duda de que aquí también estamos frente a una pronunciación castellanizada, pues tales formas aparecen registradas en otros documentos como *Ætim*, *Omonsefæc* y *Mossop*, respectivamente, con acentuación llana. Finalmente, de acuerdo a la misma investigadora, Middendorf estaría “presentando una evidencia de la existencia de que habría otro grado de intensidad, propio de frases fonológicas”, al registrar, por un lado, una forma como *kumó* ‘caña de azúcar’, con acentuación léxica, pero la misma palabra estaría mostrando acentuación grave en la frase *mo kúmo ang chi u:ts* ‘la caña de azúcar es ciertamente corta’. Quisiéramos señalar, al respecto, que la forma *kumó* parece corroborar más bien lo que apuntábamos al principio: que el viajero alemán empleaba la tilde aguda como marca de cantidad: la palabra en cuestión aparece registrada como *cumô* por de la Carrera.

No siendo, pues, contraejemplos éstos ni los casos previamente ofrecidos, debemos concluir señalando que el acento de intensidad mochica tenía una posición fija dentro de la palabra, y ésta era la antepenúltima. De naturaleza predecible, su ocurrencia carecía de valor clasificatorio.

Capítulo VII

MORFOFONÉMICA

7.0. Tomando como unidad de análisis la palabra, el mochica puede clasificarse como una lengua de tipo fusional. Creemos que ello es así en la medida en que el deslinde de los elementos constitutivos de la palabra tropieza con muchas dificultades debido a los distintos procesos fonológicos que operan sobre aquéllos (sin contar los que habrán actuado en etapas prehistóricas), modificando sus realizaciones formales y comprometiendo la significación de los mismos. Estamos aquí frente a una lengua cuya morfología presenta diversas complejidades formales, donde lo irregular parecería ser regla general.

Lo dicho explica hasta cierto punto las dificultades que tuvo el cura de Reque para describirla, ofreciéndonos finalmente una obra llena de imprecisiones y vacíos, confiado en que el “uso” y la consulta con el hablante nativo cubrirían las faltas y los silencios (en muchos casos, incluso la traducción de los ejemplos citados) que abundan en ella. Abrumado por las irregularidades de la lengua, nos llegará a decir que ella es ciertamente “bárbara e irreductible a términos, en la cual el que

más sabe ignora mucho”, pues “son tantos los modos irregulares de hablar de los indios, que no hay medio como reducirlos” (*Op. Cit.*, Libro III, 53). Así, pues, “no hay cosa asentada, ni se puede dar regla a tanta máquina sin dejarlo al uso, que con él se perfeccionará lo defectuoso” (*Op. Cit.*, Libro I, 18). A conclusiones parecidas, si bien menos dramáticas, llegará dos siglos y medio después Middendorf, al desplegar sus esfuerzos, por lo general frustrantes, por encontrar los principios ordenadores que dieran cuenta de tantas variaciones, para finalmente concluir que en tales casos “no hay regla fija” y es el uso el que decide el empleo de unas u otras formas, en casos de alternancia (cf., por ejemplo, *Op. Cit.*, Cap. VI, 79; II Parte, 115, 136). En descargo del sabio alemán podemos decir, sin embargo, que por la época en que estudia la lengua la habilidad lingüística de sus informadores —los pocos competentes que pudo encontrar— ya se resentía de los efectos de obsolescencia que la afectaban de manera irreversible. De todas maneras, nadie como Middendorf para “medir” el grado de irregularidad de la morfología mochica, luego de haberse compenetrado profundamente con el quechua y el aimara, lenguas que, por el contrario, muestran un asombroso grado de regularidad a lo largo de toda su gramática.

Admitida la complejidad morfológica de la lengua, no cabe sino lamentar la imposibilidad de resolver, siquiera aproximadamente, los innumerables problemas que presenta la identificación y contextualización de los alomorfos respectivos. Obviamente, la complejidad intrínseca de la lengua se vio agravada por la frustrantemente escueta, y por momentos torpe, descripción gramatical del cura de Reque, así como también por la calidad de la edición del texto, donde no siempre es fácil distinguir la errata de la variación sistemática (cf. Villarreal 1921: “Introducción”). Si esta queja ya la formula el propio Middendorf, con mayor razón en nuestro caso, extinguida ya la lengua, e imposibilitados de evaluar cualquier hipótesis de análisis que se pueda formular en relación con los datos disponibles, a falta de otros que permitan validarlas o desecharlas.

Con el objeto de ilustrar algunos aspectos de la complejidad morfológica de la lengua, en lo que sigue nos ocuparemos de ciertos

procesos morfofonémicos que afectan en mayor medida a las vocales. Sobre este punto cabe mencionar que, aun cuando las consonantes no estén libres de sufrir alteraciones, modificando los significantes morfemáticos, ellas son, en líneas generales, mucho más estables que las vocales. No es, pues, un desacierto señalar que en general la fonología mochica se caracteriza por presentar una gran estabilidad consonántica a la par que muestra una extremada inestabilidad vocálica. En efecto, de los muchos fenómenos que afectan a las vocales hemos podido entrever por lo menos cinco, los mismos que serán presentados más abajo. Tales procesos, incluyendo los pocos que afectan a las consonantes, operan en el nivel de la palabra, es decir cuando se ponen en juego los mecanismos de flexión y derivación tanto nominal como verbal. En lo que sigue nos referiremos a dichos procesos, ya sea que afecten a las vocales o a las consonantes.

7.1. **Procesos vocálicos.** Entre los diversos fenómenos que afectan a las vocales, podemos mencionar los de síncopa, contracción, inflexión, armonía y apócope. Como se verá en su lugar, casi todos ellos guardan una conexión muy estrecha, siendo su nota característica la supresión o la asimilación de las vocales involucradas.

7.11. **Síncopa.** Este proceso se da fundamentalmente en la flexión genitiva (del primer y segundo tipo) y en la derivación verbal. De los ejemplos consignados por el cura de Reque parecería que la síncopa afectaba exclusivamente a la /ö/, es decir <æ>. Recuérdesse que éste era uno de los argumentos manejados por Torero para sostener la naturaleza alofónica de dicha vocal (cf. Cap. IV, sección 4.12). Sin embargo, como se verá, el fenómeno es más complejo, probando de este modo la fragilidad de los argumentos del citado autor. Ilustrémoslo en cada uno de los procesos morfológicos mencionados.

(a) **Flexión.** Los ejemplos ofrecidos a continuación, tomados del *Arte*, registran el fenómeno en la flexión genitiva:

onæc-ærô	→ onc-ærô	‘de uno’
ñofæn-ærô	→ ñofn-ærô	‘del hombre’
mecherræc-ærô	→ mecherrc-ærô	‘de la mujer’

ocæn-eiô	→	ocn-eiô	‘del brazo’
motzhæn-eiô	→	motzhn-eiô	‘del codo’

Según se puede apreciar, en todos los casos se elide la /ö/, siempre y cuando no vaya precedida de más de una consonante, y constituya la penúltima vocal de la raíz o tema. Las restricciones mencionadas pueden verse en las siguientes instancias:

focaltæc-ærô	→	focaltæc-ærô	‘del hombro’
altærr-eiô	→	altærr-eiô	‘de la garganta’
fæpiçæc-ærô	→	fæpizc-ærô	‘del sueño’
læmiçær-ærô	→	læmizç-ærô	‘de la muerte’

La regla, sin embargo, no era categórica, porque al lado de los ejemplos ofrecidos fácilmente encontramos estos otros:

facatæc-ærô	→	facatæc-ærô	‘de las ingles’
(cf. fæpiçæc-ærô	→	fæpizc-ærô	‘del sueño’)
ñotæn-eiô	→	ñotæn-eiô	‘de las cejas’
(cf. catæn-eiô	→	catn-eiô	‘de la vagina’)
chucæss-eiô	→	chucæss-eiô	‘de la choquezuela’
(cf. nossæn-eiô	→	nossn-eiô	‘de la rodilla’)

Con todo, es un hecho que la /ö/ tendía a ser suprimida en los contextos estipulados, y por coincidencia en posición inacentuada. Antes que la naturaleza misma de la vocal, creemos que este último factor era el condicionante decisivo del fenómeno involucrado. De hecho, Middendorf registra ejemplos que ilustran la elisión de otras vocales⁹¹, como puede verse en:

aput-äro:	→	apt-äro:	‘de dos’
pajek-eio:	→	pajk-eio:	‘del frejol’

91 Tal ocurre, incluso, en un préstamo como *patkon* ‘moneda de plata’, consignado por Middendorf (1892: Cap. II, 62), forma obviamente derivada de *patacón* “moneda de plata de peso de una onza” (RAE [1737] 1984: III).

Ahora bien, ¿en qué medida puede decirse que la caída de una vocal diferente de /ö/ significa una propagación del proceso, luego de dos siglos y medio de operación? La respuesta podría ser afirmativa; pero, por otro lado, no debe descartarse la posibilidad de que el corpus carreriano adolezca de “vacíos accidentales” que impiden ver el fenómeno en toda su dimensión. Por lo demás, Middendorf coincide en presentar la misma situación de variación observada previamente: apenas se notan algunas diferencias, como en *kotän-eiö* ‘de la vagina’, *motsän-eiö* ‘del codo’, *nossän-eiö* ‘de la rodilla’, formas que en de la Carrera aparecen registrando la síncopa respectiva.

(b) **Derivación.** A modo de ilustración, ofrecemos los ejemplos que siguen, en los que la formación temática involucra al sufijo *-apæco* (cuya forma “subyacente” es tentativa), que indica habitualidad:

<i>met-apæco</i>	→	<i>mit-apco</i>	‘soler traer’ (< <i>met</i> ‘traer’)
<i>fel-apæco</i>	→	<i>fil-apco</i>	‘soler sentarse’ (< <i>fel</i> ‘sentarse’)
<i>fon-apæco</i>	→	<i>fun-opco</i>	‘soler comer’ (< <i>fon</i> ‘comer’)

Como podrá apreciarse, aparte de la síncopa, hay varios fenómenos involucrados en la derivación ofrecida, algunos de los cuales veremos en su momento. Por lo demás, tampoco la elisión vocálica era categórica en la derivación verbal, toda vez que de la Carrera ofrece los mismos ejemplos citados (cf. *Op. Cit.*, Libro III, 50) sin síncopa alguna (cf. *Ibid.*, 67). Las instancias ofrecidas por Middendorf, por el contrario, muestran el fenómeno como algo obligatorio, aunque, a la luz de los ejemplos del primer tipo, es posible que aquí también se estuviera ante un proceso variable.

7.12. **Contracción.** Este fenómeno se presenta fundamentalmente en la flexión verbal de persona, y ocurre cuando la raíz o el tema acaban en vocal, dando lugar a un encuentro vocálico, pues las referencias personales empiezan por un segmento igualmente vocálico. Sean los siguientes paradigmas (cf. *Arte*: Libro III, 29):

(a)	<i>fam-eiñ</i>	→	<i>fameiñ</i>	‘lloro’
	<i>fam-az</i>	→	<i>famaz</i>	‘lloras’
	<i>fam-ang</i>	→	<i>famang</i>	‘llora’

(b)	chi-eiñ	→	chiñ	‘soy’
	chi-az	→	chaz	‘eres’
	chi-ang	→	chang	‘es’
(c)	funo-eiñ	→	funoiñ	‘como’
	funo-az	→	funoz	‘comes’
	funo-ang	→	funong	‘come’

Conforme puede apreciarse, gracias a ejemplos como los de (a) podemos saber cuál es la forma básica de las desinencias personales. En segundo lugar, a la luz de los paradigmas de (b) y (c) resulta claro que la contracción vocálica se hace en favor de la vocal temática, es decir ésta es la que “manda”. Finalmente, nótese que la contracción afecta no sólo a una sino incluso a las dos vocales del sufijo: **chi-eiñ** → **chiñ**. De otro lado, en vista de alternancias como las de **met-az** ~ **met-æz** ~ **met-ez** ‘traes’, la terminación **-az** postulada en los paradigmas debe ser tomada como arquetípica, siendo las dos últimas sus variantes, las mismas que, de otra parte, tienen una distribución incierta.

7.13. **Inflexión.** Este proceso metafónico se da tanto en la flexión y postposición nominales como en la derivación verbal, y consiste en la modificación del timbre de la vocal temática por acción de la vocal del sufijo o del elemento pospuesto. Los casos más frecuentes se daban en los procesos de genitivación de los pronombres en general, como lo demuestran los siguientes ejemplos, donde la marca genitiva aparece en su forma reducida cuando la base acaba en consonante (cf. *Arte*: Libro I, 15, 19-22):

moiñ-ô	→	mæiñ	‘mfo’	(moiñ	‘yo’)
tzang-ô	→	tzæng	‘tuyo’	(tzhang	‘tú’)
çio-ngô	→	çiungo	‘suyo’	(çio	‘él’)
aio-ngô	→	aiungo	‘de aquél’	(aio	‘aquél’)
moich-ô	→	mæich	‘nuestro’	(moich	‘nosotros’)
tzhachi-ô	→	tzhæich	‘de Uds.’	(tzhachi	‘Uds.’)
mo-ngô	→	mungo	‘de éste’	(mo	‘éste’)
eiñ-ô	→	iño	‘de quién’	(eiñ	‘quién’)
ech-ô	→	icho	‘de qué’	(ech	‘qué’)

Un proceso semejante se daba en la formación de expresiones locativas mediante la posposición de la partícula equivalente a la preposición castellana ‘en’, tal como se puede apreciar en los ejemplos que siguen (cf. *Arte*: Libro IV, 74):

ssol-æc	→	ssulæc	‘en la frente’	(ssol	‘frente’)
locμ-æc	→	luçμæc	‘en los ojos’	(locμ	‘ojos’)
fon-æc	→	funæc	‘en las narices’	(fon	‘nariz’)
loc-æc	→	lucæc	‘en los pies’	(loc	‘pies’)

Aquí también, la forma básica del elemento posposicional es difícil de establecer, toda vez que muestra los alomorfos {-æc ~ -ec ~ ic} sin condicionamiento preciso (ver sección siguiente). Nótese, finalmente, que en el apartado 7.1., al tratar la síncopa en los procesos de derivación, tuvimos la ocasión de ver la operación del mismo fenómeno: **mitapcoiñ** ‘suelo tener’ en vez de ***metapcoiñ** (de **met** ‘traer’), **filapcoz** ‘sueles sentarte’, y no ***felapcoz** (de **fel** ‘sentarse’), etc.

7.14. **Armonía**. La naturaleza y operación de este fenómeno no están muy claras y sólo tentativamente las consignamos aquí. Donde parece operar es en la flexión y derivación verbales, específicamente en la obtención del participio de pasado y en la del participio de presente o habitual, formaciones ambas muy usadas en la lengua. Como se verá, el problema radica en la forma que asumen los significantes respectivos, prestándose a distintas interpretaciones, sin que los datos permitan un discernimiento claro entre ellas. En lo que sigue echaremos mano de los ejemplos aportados por Middendorf, quien discute el fenómeno con algún detenimiento.

Ahora bien, en relación con la forma participial, según el análisis del viajero alemán, la marca respectiva sería **-do**, pero que, para ser afijada al tema requeriría de una vocal de transición, de timbre variable, aunque “se igual[e] casi siempre a la vocal de la raíz” (*Op. Cit.*, II Parte, 141-142). En efecto, los siguientes ejemplos parecen ilustrar lo señalado:

ai-a-do	‘hecho’
ak-a-do	‘visto’
ton-o-do	‘golpeado’
ñop-o-do	‘concebido’
lum-ä-do	‘muerto’
num-ä-do	‘escuchado’
pui-u-do	‘subido’

Incidentalmente, nótese cómo las vocales “impuras” de Middendorff “armonizan” entre sí (recuérdese que para de la Carrera ambas corresponden a <æ>). Según se puede ver, efectivamente, la vocal transicional parece ser un eco o copia de la vocal radical (no se olvide que la <i> del primer y último ejemplo es una semiconsonante). Sin embargo, los ejemplos que siguen bastan para invalidar lo señalado, como el propio Middendorff nos lo sugiere:

ap-ä-do	‘aprendido’
ek-ä-do	‘creído’
lik-ä-do	‘hecho’
poi-a-do	‘alcanzado’

Es precisamente en situaciones como ésta que se nos dice que “sólo el uso es el que decide”, en este caso la naturaleza de la vocal epentética. El problema se agrava aún más cuando vemos que “en algunos verbos se forma el perfecto tanto en *da* como en *do*, pero sobre esto no hay reglas fijas” (*Op. Cit.*, II Parte, 136). No dudamos que una conclusión semejante podría hacer sonreír a un lingüista contemporáneo, empeñado en encontrar los principios ordenadores que rigen el caos aparente. De hecho, es probable que haya existido la ansiada regularidad por encima de la variabilidad: lo que ocurre es que con los datos disponibles no es posible visualizar una solución al problema. Creemos, sin embargo, que el análisis bipartito del morfema involucrado (solución común a de la Carrera y a Middendorff) no es el más exacto, y en cambio responde a un prurito hiperanalítico. Admitiendo el carácter incierto de la vocal final del morfema, opinamos que éste tenía una forma *-Vdo*, donde la vocal inicial formaba parte del mismo y solía cambiar de timbre de acuerdo con la vocal temática. De los distintos

timbres que adquiriría aquélla es probable que uno de ellos –tal vez el de la [ö]– iba constituyéndose en el menos marcado, y, por consiguiente, en su norma. Dicha tendencia a la solución de un caso de alternancia múltiple podría haber provocado precisamente la aparente situación caótica que desconcertó por igual a ambos gramáticos.

Situación no menos desconcertante es la que nos ofrece la formación del participio activo o habitual. Aquí también Middendorf opta por un análisis bipartito del morfema involucrado: la desinencia misma sería -päk, forma que ocurriría tras un tema acabado en vocal así como también tras algunas raíces que terminan en consonante; pero que requeriría obligatoriamente de una vocal epentética para anexarse a la mayoría de los temas acabados en consonante. Como en el caso anterior, esta vocal sería generalmente /a/, pero “frecuentemente también se usa una vocal parecida o igual a la vocal de la raíz, si ésta es o, u o e” (*Op. Cit.*, Parte II, 141): es decir, habría cierta armonía vocálica. Los ejemplos (a) y (b) ilustran la primera ocurrencia:

- | | | |
|-----|----------|------------------|
| (a) | chi-päk | ‘el que es’ |
| | funo-päk | ‘el que come’ |
| | tä-päk | ‘el que viene’ |
| (b) | fol-päk | ‘la que empolla’ |
| | chim-päk | ‘el que baila’ |
| | ḡat-päk | ‘el que corta’ |

Los ejemplos de (c) y (d), a su turno, ilustrarían la segunda contextualización:

- | | | |
|-----|------------|-----------------------|
| (c) | eng-a-päk | ‘el que dice’ |
| | fil-a-päk | ‘el que está sentado’ |
| | keš-a-päk | ‘el que regresa’ |
| | pik-a-päk | ‘el que da’ |
| | llop-a-päk | ‘el que hurta’ |
| (d) | ap-a-päk | ‘el que enseña’ |
| | ak-a-päk | ‘el que ve’ |

fam-a-päk	‘el que llora’
ñop-o-päk	‘el que recibe’
poi-o-päk	‘el que alcanza’
pui-o-päk	‘el que sube’
fup-ä-päk	‘el que sueña’

Efectivamente, como se ve, los ítemes de (d) parecen ilustrar el fenómeno de la armonía vocálica, aunque los de (c) fácilmente lo invalidan. Podría decirse que la armonía no funcionaba cuando la vocal radical era de timbre anterior no redondeado; pero, ¿qué decir, por ejemplo, de **llop-a-päk** ‘el que hurta’?

De otro lado, admitiendo que el análisis de (a), en relación con el morfema involucrado, sea correcto, ¿cómo conciliar (b) con el resto de los ejemplos? Creemos, por nuestra parte, que aquí también estamos frente a un morfema que comienza por vocal (¿cuyo timbre no marcado quizás habría sido el de [ö]?), la misma que se habría contraído en favor de la vocal radical en (a) y se habría sincopado en los ejemplos de (b). Con todo, queda la pregunta de por qué no operaba el mismo fenómeno en los casos de (c) y (d).

Finalmente, hay que mencionar que a partir de formas como **aiapkoiñ** ‘yo suelo hacer’, **felapkoiñ** ‘suelo sentarme’, **kallapkoiñ** ‘suelo reírme’ es lícito postular -Vpäko como el significante básico de la marca habitual: así explicamos cómo de **aiapäko-eiñ** se deriva **aiapkoiñ**, previa operación de los procesos de contracción y síncope, una vez admitida la forma **-eiñ** como la marca de la primera persona (cf. **met-äk-eiñ** → **met-k-eiñ** ‘yo se lo traigo’). Como se puede apreciar, una vez más, el análisis resulta incierto.

7.15. **Apócope.** Tanto de la Carrera como Middendorf dan ejemplos de la operación de un proceso de apócope o truncamiento que afectaba a la vocal de una de las formas del verbo ser **-fe** ‘es’—; asimismo, el segundo discute otro caso: el de la caída de la vocal final del genitivo. El primer fenómeno es ilustrado con ejemplos entresacados del *Arte*:

mo fe mæiñ	→	mof mæiñ	‘esto es mío’
Pedro-ngô fe	→	Pedrongof	‘es de Pedro’
ænta fe esta	→	æntaf esta	‘no es’
mecherræc-ærô fe mo lutu	→	mecherrærof mo lutu	‘este capús es de la mujer’

Puede notarse no sólo la caída de la vocal sino también la clitización de la forma verbal, que tiende a apoyarse en la vocal del elemento precedente.

El otro caso tiene que ver con la apócope de la vocal final de las formas genitivas en ciertas construcciones frasales. Los ejemplos han sido tomados de Middendorf (*Op. Cit.*, Cap. II, 55):

choj-eio: fanuss	→	choj-e fanuss	‘perro del niño’
tot-äro: jaktuss	→	tot-ar jaktuss	‘piel de la cara’
fanun-ngo: len	→	fanung len	‘con el perro’
uij-äro: kapäk	→	uijar-kapök	‘sobre la tierra’
sşonte-ngo: lletnädo	→	ssonteng lletnädo	‘devorado por (un buitре)’

En uno y otro caso, como se ve, estamos frente a un fenómeno semejante al de la síncope, sólo que esta vez el proceso se da en un contexto transléxico o frasal. Por lo demás, no es difícil entrever que en éstos y en los otros fenómenos vistos tanto el patrón acentual como el ritmo tuvieron seguramente un rol propiciador efectivo. Es más, con toda probabilidad tales formas correspondían a un tipo de registro —el coloquial—; pero, en un estilo de habla más cuidadoso, se daban las variantes más “completas”.

7.2. Alternancia consonántica. Si bien en muchísimo menor grado que las vocales, la lengua registraba también variación consonántica de condicionamiento estrictamente morfológico. Ello ocurre en la formación del segundo nominativo de formas nominales derivadas, en el gerundio, y sobre todo en la marca de pasivo, tal como puede apreciarse en los ejemplos ofrecidos:

(a) Variación de /k/ en /r/

ñeñuc	~	ñeñur	'juguete'	(ñeñ	'jugar')
filuc	~	filur	'asiento'	(fel	'sentarse')
manic	~	manir	'taza'	(man	'tomar')

(b) Variación de /s/ en /l/

chissoc	~	chiloc	'siendo'
temessæc	~	temelæc	'temiendo'

(c) Variación de /r/ en /m/ - /p/

tzhac-ær-eiñ	~	tzhac-æm-eiñ	'soy llevado'
met-ær-eiñ	~	met-æm-eiñ	'soy traído'
tæp-ær-næm	~	tæp-æp-næm	'para ser azotado'

En los tres casos se nos dice que la variación es impredecible (cf. *Arte*. I, 14; II, 49-50). Sobre el último, Middendorf concluye diciendo que, aunque la forma normal del pasivo parece ser -ær, “[para] el empleo de estas formas en los diferentes verbos no hay regla fuera del uso lingüístico” (*Op. Cit.*, II Parte, 147). Como se puede ver, nada más frustrante que semejante conclusión.

Capítulo VIII

EVOLUCIÓN Y OBSOLESCENCIA

8.0. El sistema fonológico del mochica, ofrecido en calidad de hipótesis en las secciones precedentes, corresponde al estado aproximado de la lengua tal como se la hablaba en la primera mitad del s. XVII. Para llegar a él, según se vio, fue necesario partir del examen filológico de los materiales más tempranos de que disponemos, principalmente del *Arte* del cura de Reque. A diferencia de las postulaciones previas, la nuestra reposa en el análisis grafémico practicado no sólo a dicha obra sino también, y por primera vez, al material recogido por Oré. Contrastado éste con el del *Arte* se advierte una correlación bastante asombrosa, al margen de algunas diferencias notacionales que derivan de diferentes prácticas ortográficas, y, en menor medida, de interpretaciones fónicas (= percepciones) igualmente disímiles. Lo último estaba dictado, a no dudarlo, por la diferente extracción lingüística de los autores: castellano hablante con dominio del mochica como segunda lengua en el primer caso, y bilingüe prácticamente simultáneo de ambas lenguas en el segundo (aseguradas en su temprana estancia lambayecana). Estos hechos podrían explicar la proclividad del anónimo de

1607 a la hipodiferenciación tanto fonético-fonológica (v.gr. el pase por alto de la existencia de la vocal /ö/) como ortográfica.

Fuera de tales materiales de análisis, y aparte de las recopilaciones postreras, han sido igualmente de suma importancia a los efectos de la postulación ofrecida no solamente la gramática de Middendorf sino también la lista de Martínez Compañón, así como los vocabularios de Brüning y Lehmann. En este caso, sin embargo, como se habrá podido apreciar, la consulta de tales materiales ha tenido un carácter más bien aleatorio antes que decisivo en la interpretación fonológica propuesta. Por consiguiente, como lo hemos venido señalando, el análisis ofrecido difiere radicalmente del postulado por Louisa Stark, para quien, según pudimos comprobarlo, la distancia que media entre de la Carrera y Middendorf, separados por dos centurias y media, no parece haber constituido ningún obstáculo para “reconstruir” un mismo sistema fonológico a partir de la compulsiva simultánea de los datos ofrecidos por los dos autores (recuérdese, por ejemplo, el trato “alofónico” de <l> en el *Arte* y de <j> en Middendorf; cf. Cap. IV, sección 4.25).

Ahora bien, tal como lo señalaba el propio viajero alemán (cf. Middendorf [1892] 1959: 155-156), en los doscientos cincuenta años transcurridos desde la publicación de la gramática del cura de Reque, la lengua venía sufriendo algunos cambios en su sistema fonológico. Tales mutaciones podían observarse ya, en efecto, un siglo antes, como nos lo prueban los datos proporcionados por la lista del obispo de Trujillo, corto pero valiosísimo material que, a manera de eslabón, nos permite seguir el curso evolutivo de la lengua entre el siglo XVII y el XIX. Luego, los datos aportados por Brüning y Lehmann permitirán corroborar tales cambios, pero al mismo tiempo consignarán otros, obviamente posteriores a la documentación middendorffiana. Estos últimos, sin embargo, así como los que pueden expurgarse de las recopilaciones ulteriores, no son de la misma naturaleza que la de los anteriores.

En efecto, en el primer caso estaríamos ante fenómenos evolutivos de causación interna, es decir motivados por el uso espontáneo de la lengua por parte de sus propios hablantes; en el segundo, por el

contrario, las alteraciones consignadas obedecerían a razones “externas”, causadas por la situación de obsolescencia por la que atravesaba la lengua, desplazada gradualmente por la castellana en labios de los bilingües. En lo que sigue nos ocuparemos de estos dos tipos de cambios operados en la lengua, desde su documentación temprana hasta su total extinción.

8.1. **Evolución.** Según el material examinado, los cambios internos que afectaron al mochica fueron tanto de naturaleza fonológica como simplemente fonética, y comprometieron básicamente a su sistema consonántico. Tales mutaciones, fundamentalmente tres, tuvieron lugar aproximadamente entre mediados del s. XVIII y fines del XIX. Seguidamente nos ocuparemos de ellos atendiendo al orden cronológico de su manifestación.

8.1.1. **Delateralización.** Este fenómeno, puramente fonético, afectó a la consonante fricativa prepalatal lateralizada, es decir /ç^l/, que devino simplemente en [ç]. Nótese que por el tiempo en que Middendorf consulta a sus informadores de Eten el segmento en cuestión ya no tenía la misma contextura que cuando lo describe el cura de Reque. Ello es posible de sostener por el hecho de que, como se adelantó, el sabio alemán no acierta a interpretar correctamente la grafía <xll> y la identifica como <ʃll>. Lo que él ofrece, como su correlato, es un sonido ya desprovisto de lateralidad, que representa por <j> variablemente precedida o seguida de vocal <i>. Son ejemplos:

Middendorf	Carrera	
ʃ [?] jamu	xllamu	‘canas’
f [?] ijka	fixllca	‘noble’
ʃ [?] jung	xllung	‘pie de árbol’
ʃ [?] aij	xllaxll	‘dinero’
nej [?] jok	nexll [?] oc	‘paso’
ʃ [?] ajfko	xllafco	‘pantorrillas’
ʃ [?] jonkik	xllonkik	‘comida’

Tal como pudimos apreciarlo a propósito de su grafía <tj> (cf. Cap. IV, sección 4.2.2.3), la <j> representa a la “variante más suave” de las

tres *jotas* que él identifica, algo parecido a la <ch> alemana en *mich*, “pero que suena todavía más suave, casi como la *j* alemana”. Se trata, como se dijo, de la fricativa /ç/ (llamada *ich-laut* dentro de la tradición fonológica germánica). Comparada esta situación con la ofrecida por de la Carrera puede apreciarse que el segmento aún mantiene el ataque fricativo palatal, a veces reforzado por <i>, pero desprovisto ya de la lateralidad previa: se había producido, pues, una suerte de “yeísmo” concomitante.

Que dicha modificación venía dándose desde por lo menos un siglo atrás nos lo prueba, una vez más, la lista del obispo de Trujillo, que registra dos voces pertinentes al presente caso: *Hân* ‘sol’ y *Híac* ‘pescado’, que se corresponden con *xllang* y *xllac* en de la Carrera y *jang* y *jak* en Middendorf, respectivamente. El desconcierto notacional queda patente en el recopilador del Obispo, que pugna por una representación más ajustada del sonido inicial en un mismo contexto (pues asombrosamente estamos frente a un “par mínimo”): en ambos casos está presente la fricción graficada por la <h>, pero en el primero la concomitancia palatal parece interpretarse como parte del timbre de la vocal siguiente (de allí el enigmático diacrítico), y en el segundo, más acertadamente, ella aparece graficada explícitamente mediante <i>, como en Middendorf.

Del mismo modo, los recopiladores posteriores, desde Bastian, pasando por Brüning y Lehmann, interpretarán el mencionado segmento como una fricativa palatal, representando este último matiz por medio de la misma vocal antes o después de *jota* (representada ya sea por <h>, <ch>, <x>, <sh> o <j>, según el transcriptor). A manera de ilustración, pueden revisarse los registros correspondientes a ‘plata’, ‘pescado’ y ‘sol’ en Schumacher (1991). Brüning recoge para ellos *ÿay*, *syac* ~ *šag* y *gÿang* ~ *šang*, respectivamente, valiéndose de distintos recursos para reproducir el segmento [ç]⁹².

92 Según las convenciones empleadas por Brüning (1917-1918), <ÿ> suena “como *j* en francés” y <š> “como *sch* en alemán i *sh* en inglés”, es decir, según esto estaríamos frente a [ʒ] y [ʃ], fricativas palatales sonora y sorda, respectivamente. Aun asumiendo que fuesen variantes de un solo segmento (digamos [ʃ]), de todas

8.12. **Velarización.** En relación con este fenómeno, la lista de Martínez Compañón nos ofrece la siguiente situación en el último tercio del s. XVIII:

- | | | |
|-----|-----------|-----------|
| (a) | oğ | ‘lluvia’ |
| (b) | lá ~ gâ | ‘agua’ |
| | ol ~ oğ | ‘fuego’ |
| | col ~ cog | ‘caballo’ |
| (c) | loti | ‘hueso’ |
| | lemícec | ‘muerte’ |

Como se puede apreciar, el cambio de velarización, por el que la consonante lateral aveolar se deslateraliza pasando a articularse en la zona velar, estaba en pleno curso. El pequeño corpus registrado es singularmente ilustrativo en este punto ya que muestra el fenómeno en su propagación: en un caso el fenómeno parece haberse consumado (cf. el ítem para ‘lluvia’, proveniente de *ol); en una segunda instancia, se lo encuentra en pleno proceso de fluctuación (cf. los ítems de (b), donde ‘fuego’ proviene de *o:l); y, finalmente, los casos de (c) muestran que la velarización aún no se ha registrado. Se trata, como se ve, de un típico caso de propagación léxica del cambio.

Ahora bien, en relación con los recursos gráficos empleados, nótese el diacrítico inventado por el recopilador para representar el nuevo segmento de naturaleza velar, consistente en la superposición de dos

maneras el dato de este autor está reñido con el que nos proporcionan Middendorf y Lehmann, para quienes el segmento involucrado es, como lo hemos venido sosteniendo, una fricativa palatal no sibilante, representada con la grafía <j> por el primero y con <x> por el segundo. De hecho este último define la grafía empleada como fricativa “gutural mediopalatal dorsal” (cf. Lehmann 1920: I, 9). Si, en efecto, el segmento hubiera sido como el sugerido por Brüning, entonces nada le habría costado representarlo por <š>, definida en su tabla de símbolos como fricativa “palatal aveolodorsal”. Lo que interesa rescatar aquí es el carácter “gutural” de la antigua <xll>, sin ser velar ni postvelar, tal como lo señalara Middendorf. En tal sentido, creemos que Brüning no anduvo muy acertado en la identificación del segmento, hecho que estaría probando, por lo demás, la vacilación en su transcripción.

circunflejos, uno de los cuales es invertido (ver el cuadro respectivo). ¿Qué es lo que buscaba representar mediante dicho artificio? Si para entonces ya contaba el castellano con la <j> para graficar a la velar /x/, ¿qué necesidad había de coronarla con diacríticos? Sobra decir que la naturaleza del segmento resultante del cambio no era del todo equiparable a la *jota* castellana. De otro lado, adviértase, asimismo, que en el ítem variante de ‘agua’ la <g> figura al parecer sin diacrítico, el mismo que sin embargo se coloca sobre la vocal, donde podría estar representando el alargamiento respectivo. Con todo, no debe pasarse por alto tampoco el hecho de que se trata del único caso con cambio en posición inicial de sílaba y entonces el diacrítico en mención bien podría estar indicando el efecto de la velar sobre la vocal (recuérdese lo dicho respecto de ‘sol’ en la misma lista; cf. sección 8.11).

Como quiera que hubiese sido, el hecho es que, al no contarse con datos más amplios sobre el mismo fenómeno, tales dudas no podrán resolverse, aunque fuera parcialmente, en forma satisfactoria. Con todo, la documentación posterior se encargará de confirmar, cualquiera que haya sido la naturaleza transicional del segmento en cuestión, su desemboque final en un segmento velar, prácticamente idéntico al del castellano (o, finalmente, igualado con el de esta lengua, sobre todo en boca de los bilingües).

En efecto, cien años después, Middendorf ([1892] 1959: 155) encontraba como una alteración de la lengua, comparada con la registrada por el cura de Reque, el que “en lugar del sonido lingual ‘l’, aparec[iera] ahora *con frecuencia* la gutural ‘j’ (énfasis agregado)”. Ofrecía en seguida algunos ejemplos probatorios del fenómeno (p. 156), de la misma naturaleza que los que proporcionamos a continuación:

lactu	>	jaktu	‘piel’
leçtçu	>	jechku	‘dedo pulgar’
loti	>	joti	‘hueso’
lutu	>	jutu	‘capucha’
çmolu	>	choj	‘muchacho’
altærr	>	ajtörr	‘cuello’
ssel	>	ssej	‘moco’

Ahora bien, la “gatural j”, tal como la caracteriza el autor (*Op. Cit.*, I, 50) tenía una articulación parecida a su correspondiente alemana en palabras como *nach* ‘hacia’, *noch* ‘aún’, es decir semejante a la velar castellana, sin llegar a ser uvular como la aimara. Nótese, de otro lado, cómo el cambio, si bien más generalizado que en la época de Martínez Compañón, no es un proceso consumado: de allí que el sabio alemán nos diga que la sustitución se daba “con frecuencia”. Ello explica por qué, por un lado, Middendorf registra formas con <l> que no muestran el cambio: *lun* ‘día’, *lastik* ‘costilla’ (cf. de la Carrera: *laftic*), *chelu* ‘halcón’ (cf. de la Carrera: *çuelû*), *fel* ‘sentarse’, *lok* ‘querer’, etc.; pero también aclara el hecho de que mientras el mismo autor recoge *jaktu* ‘piel’ y *japa* ‘recipiente de calabazo’, Lehmann, cincuenta años más tarde, registra en el mismo Eten, sus correspondientes *lák*t y *lapa*, respectivamente, es decir tal como aparecen en el *Arte* (cf. Schumacher 1991)⁹³. Que el cambio, sin embargo, se generalizaba, nos lo ilustra el ejemplo, aislado pero valiosísimo, aportado por Brüning, y que ya fuera citado cuando tratamos sobre la acentuación: la palabra *kóstaj*, proveniente de la voz castellana *costal* (cf. *Mochica Wörterbuch*, I). El ejemplo prueba, además, cómo la /l/ española era identificada con su correspondiente mochica, y, por consiguiente, una vez ingresado el préstamo, sufrió el mismo cambio de velarización.

Por lo demás, es probable que el cambio nunca llegara a consumarse del todo en la medida en que, como sabemos, ya por la época de Middendorf la lengua estaba en franco proceso de obsolescencia. No

93 En el caso de *lapa* podría argüirse que se trataba de un préstamo antiguo en el castellano local (así se la registra, en efecto, en la sierra de La Libertad, donde parece haber sido un mochiquismo dentro del culli; cf. Escamilo 1993), pero no creemos que pueda decirse lo propio de la voz para ‘piel’ o ‘pellejo’. Mochiquismo vuelto a ingresar a la lengua nativa vendría a ser, por ejemplo, *cholu* ‘indio’, que recoge Middendorf, y que está relacionada obviamente con *choj* <*çhol ‘muchacho’. Como puede verse, su temprano ingreso al castellano lo previno del cambio respectivo. La mutación semántica, por lo demás, no deja de ser paralela a la sufrida por voces quechuas como *runa* o *sipas* ‘ser humano’ y ‘doncella’, respectivamente, que pasan a significar ‘indio’ y ‘concupina’ en el contexto diglósico andino. Nótese, incidentalmente, que Lehmann registra *tsispi* para ‘manta’ (cf. de la Carrera *çtilpi*): si no es errata por *tsilpi* (pues el autor representa la velar con <x>) estaríamos aquí frente a un cambio sui géneris.

debe extrañar entonces el que se registraran discrepancias entre uno y otro recopilador (por ejemplo, entre Middendorf y Lehmann), así como tampoco el hecho de que se consignen muchas formas que podríamos calificar de residuales (sin el cambio respectivo). Y ya se dijo cómo el análisis ofrecido por Stark (cf. Cap. IV, sección 4.24) toma precisamente estos casos residuales como ilustración de la existencia de un fonema /l/ que se opondría a otro /x/, cuya realización tendría dos alófonos: [l] y [x], es decir tomando en cuenta el cambio estudiado como si fuera una simple variación sincrónica de distribución complementaria. En vista de lo señalado anteriormente, sobra decir que el análisis de la mencionada autora peca no sólo de anacronismo declarado sino también de una carencia de adecuación observacional mínima.

Ahora bien, al lado de las formas residuales se registran otras que, por el contrario, conllevan una velar, y para las cuales sin embargo no hemos podido encontrar equivalencias en los materiales del cura de Reque. Nos referimos a formas que portan una *jota* simple, según la notación de Middendorf (sin tomar en cuenta aquellas que llevan <˘j>, correspondiente de <xll>), como las que ofrecemos a continuación:

jopi	‘abuela’	foji	‘caracol’
ssiojo	‘suegra’	jok	‘sapo’
jepäk	‘poseedor’	jokik	‘(var. de) pato’
chijllu	‘discípulo’	ko:je	‘sardina’
chojek	‘gaviota’	moj	‘piojo’

Una vez aceptado el cambio mencionado, nada impide ver en los casos listados (a excepción de **chijllu**, que resulta anómalo por la combinación que muestra) los efectos del mismo, pudiendo “reconstruirse” en ellos una antigua lateral *l, es decir, aproximadamente:

*lopi	*lok
*šiol(o)	*lok(ik)
*lep (ök)	*ko:l(e) (cf. kol ‘caballo’)
*čolek	*mol
*fol(i)	

donde, al lado de la aparente homofonía entre 'sapo' (cf. Brüning: *ǵak*) y 'variedad de ánade', se registra loc 'pie', consignado como *jok* por Middendorf: es evidente que en uno de los términos (no sabemos cuál) la vocal portaba duración.

Para terminar con este punto resta referirnos a la mutación en sí, ciertamente extraña. Que sepamos, no se registra en la bibliografía conocida un cambio semejante. De todas maneras, es obvio que en la naturaleza misma de la consonante afectada debieron darse las condiciones para su velarización. ¿Qué particularidad tendría la /l/ mochica? Se nos ocurre que dos, y de manera concomitante: velarización y ensordecimiento en algún momento de su evolución, y no necesariamente al momento en que fue registrada por de la Carrera: recordemos que este autor no muestra ninguna inquietud al momento de su consignación, por lo que debemos suponer que la encontraba igual o semejante a la española.

8.13. **Fusión de sibilantes.** Según se vio en su lugar (cf. Cap. IV, sección 4.23.3), el mochica hacía la distinción entre una sibilante retrofleja y otra de carácter dorsal, representadas inconfundiblemente por de la Carrera con las grafías <s,ss> y <ç,z>, respectivamente. Se vio, asimismo, cómo dicha oposición se mantenía aún hacia fines del s. XVIII, a estar por los datos, escasos es cierto pero siempre iluminadores, aportados por el anónimo colaborador de Martínez Compañón.

Ahora bien, tal parece que por la época en que Middendorf realizaba su encuesta en Eten (1887) se había producido un gran cambio que afectaba precisamente a dichas consonantes. En efecto, un somero cotejo entre los datos del viajero alemán y los del cura de Reque parece apuntar en esa dirección: ocurre que el primero representa con <ss> no sólo las formas que conllevan la misma grafía en el segundo (allí donde se dan las coincidencias de registro) sino que se vale también de ella para las formas que aparecen con <ç>, o de <s> para las que aparecen con <z>. Son ejemplos:

Middendorf	Carrera	
ssiek	çiec	‘señor’
kafsok	cafçoc	‘riñones’
senke	çengque	‘cuello’
sialu	çialu	‘redaño’
ssiorna	çiorna	‘solo’
ssio	çiu	‘aquél’
ssuk	çæc	‘abajo’
uis	viz	‘chacra’
neisna	neizna	‘de mañana’

Como se ve, Middendorf no distingue sino una sibilante, representada por <ss - s>, allí donde las documentaciones anteriores muestran dos. Pues bien, ¿qué dice el autor respecto de su realidad fónica? En este punto creemos que el ilustre viajero no atina a darnos una descripción correcta. Dice al respecto: “Entre las sibilantes, la s no tiene siempre la misma pronunciación. En principio, al final, y en medio de la palabra, puede ser también tanto sonora como sorda. Por eso transcribo la s sorda en todos los casos mediante ss” (cf. *Op. Cit.*, Cap. I, 50-51). Según se ve, una lectura al pie de la letra del texto precedente podría interpretarse como que la lengua tenía dos fonemas sibilantes de carácter dorsal opuestas por el rasgo de sonoridad: una sorda, que el autor dice representar por <ss> y otra sonora, hay que inferirlo, simbolizada por <s>. ¿Qué podemos decir al respecto?

En primer lugar, debemos señalar que no estamos aquí frente a una descripción contemporánea y por consiguiente el pasaje mencionado no debe tomarse literalmente. En segundo término, conviene ver hasta qué punto es cierto lo que el autor dice respecto de la distribución de las dos sibilantes. ¿Qué quiere decirnos, además, con aquello de “en medio de la palabra”? Como se ve, el contexto aludido resulta demasiado vago. Ante esta situación no cabe más que un análisis cuidadoso de los materiales que conllevan las sibilantes en cuestión. De acuerdo con ello, salta a la vista que la distribución paralela que anunciaba Middendorf no es exacta: en realidad son excepcionales los casos de <ss> intermedia (tomando este ambiente en sentido lato), y, en cambio, la presencia de la <s> simple es abrumadora en dicho contexto. Ahora bien,

considerados esos pocos casos de <ss> interior, resulta que los ejemplos pertinentes son formas nominalizadas (deverbativas) en base al sufijo -ssäk (<-çæc> en de la Carrera), y como tales susceptibles de multiplicarse: *chi-ssäk* ‘voluntad’, *api-ssäk* ‘conocimiento’, *llik-ssäk* ‘adoración’, *efko-ssäk* ‘perdón’, etc. (cf. Middendorf, *Op. Cit.*, Cap. II, 63-64). Creemos que esta “frecuencia” de ocurrencia determinó que nuestro autor equiparara el entorno de <s> realmente numeroso con el de <ss>, repetitivo y único. Incluso casos aislados como *nossän* ‘rodilla’ (cf. *notän* ‘cejas’), *kässmäd* ‘prima’ (cf. *chächmäd* ‘hermana’), nos pone frente a formas desglosables en *noss-än* y *käss-mäd*, respectivamente, donde las terminaciones del radical no vienen a ser sino antiguas marcas nominativas, muy típicas del mochica, ya gramaticalizadas. Con ello queremos sugerir que nuestro autor quedó entrampado en medio del proceso final de fusión de /š/ en /s/, cuya distinción original buscó rescatar un tanto erráticamente sobre la base de los materiales del *Arte*: buena parte de sus formas con <ss> inicial y final concuerdan con las del cura de Reque, como puede verse en:

Middendorf	Carrera	
ssap	ssap	‘boca’
ssoj	ssol	‘frente’
ssod	ssod	‘pecho’
fäss	fæss	‘lucma’
langäss	langæss	‘ocho’
nossän	nossæn	‘rodilla’

pero, al mismo tiempo, conforme vimos en la correlación léxica previa, representa con <ss> o <s> aquello que de la Carrera registra con <ç> o <z>. La sibilante que predomina es, como se ve, la <ss> “sorda” de Middendorf, es decir parece haberse producido la fusión de /š/ en /s/, confusamente representada por el autor con la ese doblada y la simple⁹⁴. Sintomáticamente ya no hay ninguna alusión al carácter estridente de la sibilante resultante.

94 Curiosamente, como en el caso de los dialectos quechuas sureños, aquí también dos sibilantes se habrían fusionado en una sola de carácter dorsal. Sólo que el fenómeno quechua se produjo hacia fines del s. XVII y principios del XVIII (cf. Mannheim 1988, 1991: Cap. 7).

Dicha fusión se hace más evidente en las documentaciones posteriores, especialmente la de Lehmann, que sólo registra <s>, con el único caso de *ssonto* ‘gallinazo’, que más parece escritura etimológica (i.e. tomada de las fuentes antiguas). Los ejemplos ofrecidos ilustran lo que venimos observando:

Carrera	Middendorf	Lehmann	
ssop	ssop	sop	‘cuerda’
amoss	amoss	ames	‘no’
somsom	semsem	semsem	‘cola, rabo’
çiad	ssiad	siada	‘dormir’
çiorna	ssiorna	siórna	‘solo’
çopæt	sopæt	sápæt	‘tres’

Contrariamente a los cambios anteriores, caracterizados por una modificación articulatoria sufrida por el segmento involucrado, y sin mayores consecuencias en el sistema de oposiciones de la lengua, el presente sí acarrea efectos drásticos en la medida en que se destruía una oposición sistemática en favor de la sibilante dorsal, única compañera ahora de /s/.

8.14. **Espirantización.** Se trata de una mutación menor que afectó a la fricativa labiodental, tal como lo señalaba ya Middendorf ([1892] 1959: 156). Dice, en efecto, el viajero alemán que dicha consonante “es pronunciada con más suavidad, casi como la ‘w’ alemana”, y así “de ef, padre, se ha llegado a äw, ñofän, el hombre, a ñowän”. El resultado del cambio, de naturaleza puramente fonética —una bilabial espirante—, se le presenta como algo escurridizo al filólogo alemán, quien vacila entre representarlo con una <w> (como en las instancias citadas) o con una <v>. Los siguientes ejemplos han sido entresacados de su gramática:

chuvet ~ tsuvät	‘culebra’ (cf. Carrera: çtæfæt)
chuve	‘fiebre’
javan	‘cerdo’
af ~ av	‘pelear’
of ~ ov	‘vaciar’
tef ~ tev	‘pene’

La misma incertidumbre notacional la encontramos en Brüning, y, en menor medida, en Lehmann, quienes también recurren a la (¿como la fricativa castellana?) para representar a dicha espirante. Los ejemplos que siguen provienen de Brüning:

tsúbet	'culebra'	(cf. Lehmann: t̥su:btot)
nyóben	'hombre'	(cf. Lehmann: ñá:bæn)
javan	'cerdo'	(cf. Lehmann: xá:van')
aban	'pelea'	(<af an!)
pove ~ pobe	'espuma de la chicha'	
t̥siφ-t̥siφ	'huevos de pez'	

Por lo demás, nótese que el cambio parece afectar al segmento únicamente en posición final absoluta o en ambiente intervocálico⁹⁵, pues no hemos encontrado ejemplos que contravengan al contexto estipulado. Adviértase igualmente cómo Brüning logra finalmente usar la <φ> griega para representar el sonido bilabial espirante en cuestión.

8.2. **Obsolescencia.** Fuera de los cambios registrados, el mochica parece haberse mantenido más o menos estable en el resto de su sistema fonológico. Ello es patente a través de las recopilaciones de Middendorf, Brüning y Lehmann, fundamentalmente. Algunos segmentos tanto vocálicos como consonánticos, sin embargo, no dejan de sufrir alteraciones e incluso supresiones sobre todo en los materiales recogidos por los últimos recopiladores, sintomáticamente de origen nacional (Villarreal, Larco y Zevallos). Pero, a diferencia de los fenómenos vistos en la sección anterior, esta vez las modificaciones, si no obedecen directamente a motivaciones "externas", parecen estar condicionadas cuando menos por tales factores: entre otros, la situación de desplazamiento idiomático por la que atravesaba el mochica ya en tiempos del viajero alemán. En trances como éste, la lengua amenazada de

95 De todos los ejemplos citados, el de javan 'cerdo' es ciertamente desconcertante por su etimología. ¿Proviene tal vez de javalí? Por lo que toca a 'hombre', en los materiales de Quesquén, publicados por Huber (1953: 131; cf. también Kosok 1965: Lista I, número 63), encontramos ñoven 'joven', forma claramente interferida por joven.

extinción suele, por acción de sus hablantes cada vez menos competentes en ella, simplificar su sistema (en el presente caso el fonológico), ya sea eliminando oposiciones cuyos términos resultan muy marcados (es decir, de extremada elaboración articulatoria) o suprimiendo distinciones de bajo rendimiento funcional (cf. Campbell y Muntzel 1992), todo ello en “armonía” con el sistema fonológico de la nueva lengua dominante, en este caso la castellana⁹⁶. Seguidamente veremos los fenómenos de simplificación más notorios (“degeneración” o “descomposición”, la llamarían nuestros últimos recopiladores nacionales), tal como se presentan en los materiales considerados.

8.21. **Acortamiento vocálico.** Conforme se vio en el Cap. IV (cf. sección 4.13), el mochica hacía distinción, si bien de manera restringida, entre vocales breves y largas. No siempre, como se dijo, éstas distinguían “pares mínimos”, y es muy probable que en algunos contextos el alargamiento fuera apenas un ingrediente redundante (hecho notorio en la transcripción de Lehmann; cf., por ejemplo, su forma *u:u:ts* ‘grande’ con la de Middendorf *u:ts*). Lo cierto es que dicho incremento, cualquiera que fuera su rango en el material consignado, aparece por lo regular marcado en las recopilaciones de los estudiosos germanos, mas no así en las de los peruanos. Naturalmente este hecho no debe sorprendernos en la medida en que tanto los unos como los otros estaban “percibiendo” el mochica a través de los “filtros” propios de su lengua que, en un caso, hace distinción cuantitativa (el alemán) y en el otro no. Ya se dijo cómo, en la primera instancia, podía incluso fomentar en el analista una hiperdiferenciación, como en parte seguramente ocurrió en el caso de los estudiosos de origen tedesco. Los recopiladores peruanos, a su turno, simplemente dejaban pasar por alto

96 A su turno, es seguro que la lengua nativa, en “desquite”, haya remodelado también el castellano de la zona, no sólo en aspectos tan “superficiales” como el léxico, sino incluso en los estratos más profundos de su sistema fonológico y gramatical. Sobre estos puntos no contamos aún con estudios serios ni sabemos de la existencia de materiales que puedan servir de base para ellos. Middendorf ([1894] 1973: II, 295), describiendo la situación del mochica, apenas observa que “en la mayor parte de los pueblos no ha quedado nada del antiguo idioma, salvo palabras aisladas y un acento peculiar en la pronunciación del español”.

tal detalle —el del aumento—, hipodiferenciando un aspecto puramente fonético o, en el peor de los casos, una distinción que, por otro lado, tenía una carga funcional realmente baja. Por lo demás, es muy posible que los últimos hablantes de la lengua hayan ido eliminando esta distinción influidos ya por los patrones de pronunciación de su nueva lengua predominante⁹⁷. Lamentablemente los datos, por ser escasos y no siempre coincidentes, no nos permiten verificar esto último. De todas maneras, a modo de ilustración de la diferente percepción entre los investigadores ofrecemos los siguientes ejemplos:

Lehmann	Larco	Carrera	
á:put	aput	atput	'dos'
pú:p	pup	pup	'palo'
sá:k(pi)	sak(pi)	çac	'cabello'
fá:ršeke	fachique	fachca	'leña'

Nótese, incidentalmente, el carácter compensatorio del alargamiento en la primera palabra, tras la caída de la dental intermedia, hecho inadvertido no sólo por Larco sino también por los demás investigadores, incluyendo el propio Middendorf (que registra *aput*).

8.22. **Desbemolización de /ö/.** Como se vio, uno de los aspectos más saltantes del mochica, en comparación con otras lenguas andinas centrales, es su vocalismo hexafónico, y dentro de éste el registro de la vocal anterior central redondeada, es decir /ö/. Al discutir este punto (cf. Cap. IV, sección 4.12), tuvimos ocasión de ver cómo el anónimo de Oré, bajo el influjo de su lengua materna (pero quizás también siguiendo los dictados normalizadores del Tercer Concilio aplicados al

97 La situación no habría sido muy diferente a la que se da hoy día en las comunidades bilingües de la sierra central: para los hablantes de la variedad quechua local, que maneja la cantidad vocálica con rango distintivo (aunque fonológicamente de marcada restricción), el alargamiento o no es percibido o se lo interpreta como "acento" de intensidad (así, por ejemplo, el topónimo Alayo (Santa Rosa, Concepción) es pronunciado "en castellano" como [álayo] y en quechua como [a:layu] 'lugar con magueyes' (del protoquechua *qayara-yuq). De hecho, no ha faltado un lingüista que interpretara el rasgo en cuestión como elemento de intensidad (cf. Solá 1968).

quechua; cf. Cerrón-Palomino 1987a, 1992), “interpreta” dicha vocal como <o ~ u> y esporádicamente como <e>. En ambos casos, como se ve, el segmento es identificado por aproximación, con la vocales medias del castellano; en el primero, incluso se logra captar el carácter redondeado de la misma. Pues bien, como veremos, en las documentaciones posteriores de la lengua se agudizará la tendencia hacia la desbemolización de la vocal mencionada.

Que el segmento mantenía su articulación hasta el colapso final de la lengua nos lo indican no sólo las recopilaciones de Brüning y de Lehmann sino incluso el testimonio personal de don Simón Quesquén, tal como lo señalamos en su momento (cf. Cap. IV, nota 48). Con todo, frente al registro sistemático que hace Middendorf del mencionado segmento, representado básicamente por <ä> y en menor medida por <ü> (ambas, vocales “impuras” para el autor)⁹⁸, los recopiladores mencionados muestran ya una proclividad que recuerda a la del anónimo de 1607. Así, encontramos en Brüning:

Brüning		Carrera	
tsúbet		çtæfæt	‘culebra’
mödsa		mæçla	‘manos’
nyóben ~ nyóbän		ñofæn	‘hombre’
janges ~ jangæs		langæss	‘ocho’

y, de consiguiente, en Lehmann:

Lehmann		Carrera	
tšu:btot		çtæfæt	‘culebra’
múllke		mællæc	‘hablar’
tú:k		tæc	‘ir, andar’
txé		çtæm	(morfema durativo)
sá:pen		çopæt	‘tres’

98 Como se recordará, estamos aquí frente a un caso típico de hiperanálisis, lo que no excluye que ambas graffas puedan alternar alguna vez como en tük ~ tæk ‘ir’. De otro lado, nótese que por lo menos en un caso la <ä> de Middendorf corresponde a una <e> normal en el *Arte*, tal como se ve en jöts ~ jäch, equivalente de leçt ‘cabeza’.

En ambos casos, como se ve, asoma la <e>, es decir el segmento en forma deslabializada. Esta tendencia hacia la interpretación de la vocal redondeada como [e] será más recurrente entre los recopiladores peruanos, al menos tal como puede apreciarse en las pocas instancias registradas, y cuyos correlatos pueden encontrarse en el *Arte*. Véanse, por ejemplo, los casos siguientes (donde VI, VII, KI, KII y L aluden a las dos listas publicadas por Villarreal y Kosok, y L a Larco; cf. Schumacher 1991):

VI	VII	KI	KII	L	Carrera	
erm̄ps	her	her	ers	her	ærr	'yuca'
epe	upe	—	upe	pu	æp	'sal'
ñoven	—	ñoven	—	ñoven	ñoʃæn	'hombre'
oneque	—	—	onek	onuc	onæc	'uno'

Con todo, asoma aún, conforme se puede apreciar, el correlato <u>. No sería un desacierto sostener, por tanto, que la vocal en referencia, a medida que la lengua se perdía en la memoria de las personas más ancianas, tendía a "evocarse" como <e> y, quizás también, en algunos lexemas, como <u>. En cualquier caso, dicha vocal, con ser típica de la lengua, al ser intrínsecamente marcada, y al no tener un equivalente en castellano que la reforzara, estaba condenada a la supresión.

8. 23. **Pérdida de /ʃ/**. Tal como lo señalamos en su momento (cf. Cap. IV, sección 4.22.3), la consonante africada prepalatal constituye uno de los segmentos *sui generis* del mochica. De articulación compleja, y, de otro lado, completamente inusitado a la experiencia lingüística del castellanohablante, ya se vio cómo el anónimo de Oré lo identifica con la /ʃ/, por lo menos ortográficamente, aunque guiado quizás por la práctica hipodiferenciadora del concilio toribiano. A fines del siglo pasado y comienzos del presente, Middendorf y Lehmann aún lo consignan, si bien en contados lexemas. Así, por ejemplo, en el primero encontramos (para citar sólo las formas cuyas correspondientes se pueden localizar en el *Arte*): *jäch* ~ *ja:ch* 'cabeza', *chuvet* (aquí, alternando con *tsuvät*) 'culebra', así como la partícula durativa *chäm*,

que se corresponden con sus respectivas formas carrerianas <leçµ>, <çµæfæt> y <çµæm>, respectivamente. Del mismo modo, el verbo **mäch** ‘tocar, agarrar’, que seguramente está relacionado con <mæçµa> ‘mano’ (pero cf. en el mismo autor **mäch**a). Lehmann, por su parte, recoge, además de la partícula durativa **tje** ~ **txé**, los lexemas **xá:tj** ‘ojos’ y **yiæ:tj** ~ **yiæty** ‘diez’, correspondientes a <loçµ> y <çµæçµ>. Incidentalmente, el mismo cura de Reque escribe <lech> y <çµæch>, al lado de las formas ya citadas (con la “ch invertida”), pudiendo tratarse de un simple lapsus. Brüning, en cambio, ofrece datos como los siguientes:

Brüning	Carrera	
dso:j	çµolu	‘muchacho’
mödsa	mæçµa	‘manos’
tsúbet	çµæfæt	‘culebra’
dsömor	çµimor	‘Trujillo’
tšúmi ~ tšómi	(<*tšumi>)	‘lobo marino’

donde podemos apreciar que el segmento en cuestión aparece replicado básicamente con <ds>, aunque también asoman variablemente <ts> y <tš>. A decir verdad, Lehmann muestra también casos semejantes: así, por ejemplo, **ú^hts** ‘dientes’ (cf. Bastian **utzam**) y **xán^htsu**: ‘quijada’, correspondientes a <çµang> y <cangçµu>, respectivamente.

De tales correlaciones, las replicadas con /ç/ son las más comunes, tanto en Middendorf como en Lehmann. Compárense, por ejemplo:

Middendorf	Lehmann	Carrera	
fakcha	fá:ketš'i	faccµa	‘pobre’
koncho ~ kuncho	kóntš'o ~ kóntš'u	congçµo	‘carne’
chap ~ chap	tš'a:p ~ tsa:p	çµap	‘techo’
choj(e)	tš'á:xe	çµolu	‘muchacho’
chilpi	tš'íspi	çµilpi	‘manta’
chumapäk	tš'emá:yen	çµumapæç	‘borracho’

Finalmente, entre los recopiladores nacionales, aunque predomina la réplica de /ç/ (así en Villarreal I: **concho** ‘carne’, **chuma** ‘borracho’,

mechs ‘manos’, chijarpe ‘Chiclayo’ <ɕiɕiaɪæp>, tampoco es infrecuente encontrar una <ts> (por ejemplo, metse ‘mano’, en Huber).

Como habrá podido apreciarse, la consonante /tʃ/ tendía a igualarse con las otras dos africadas, es decir /t͡ʃ,ts/, de las cuales la primera resultaba la más socorrida. Tampoco era de extrañar esto último en la medida en que la /ts/ no dejaba de ser un segmento exótico dentro del contexto castellano (aunque no dentro del ámbito del quechua central).

Por lo que toca a dicha consonante, ella tendía a mantenerse en forma más o menos estable, como lo atestiguan tanto Middendorf como Lehmann, según se puede ver en las correspondencias ofrecidas:

Middendorf	Lehmann	Carrera	
u:ts	u:u:ts	utzho	‘grande’
tsang	tsán	tzhang	‘tú’
tsäich ~ tsachi	tsó:i:tʃi	tzhæich	‘Uds.’
motsän	mets	motzhæn	‘codo’
ejmäts	æxmæts	exllmætzh	‘cinco’
tsaitsa	tsáitsa	tzhaxlltza	‘seis’

Compárense también la forma **kuz** (con la <z> germánica), que recoge Middendorf, y que aparece como **kuts** en Brüning y variablemente **kutsx** ~ **kuitsx** en Lehmann. Y en un caso por lo menos la /ts/ es interpretada como /tʃ/ en Middendorf y como /t͡ʃ/ en Lehmann: se trata de la palabra **tzhuto** ‘pequeño’, que aparece registrada como **chuch** (aunque variando con **tsuts**) y **tʃu:tʃe**, respectivamente.

La supresión de /tʃ/, sea en favor de /t͡ʃ/, y en menor medida de /ts/, estuvo también determinada, posiblemente, por la diferente competencia lingüística de los informantes que asistieron a los últimos recopiladores: ello puede explicar, en parte al menos, las variaciones en las réplicas de la africada prepalatal.

8.24. **Reajustes adicionales.** Otros segmentos sujetos a modificación en virtud de su incompatibilidad con el sistema fonológico del

castellano parecen haber sido también, aunque en menor medida, la sibilante palatal /ʃ/, la palatal lateral /lʃ/ y la velar nasal /ŋ/. Aun cuando los últimos materiales son muy escasos en datos, los pocos ejemplos consignados previamente demuestran que, en general, dichas consonantes se mantenían como tales. Fuera de ello, también se ha consignado material no registrado con anterioridad y que, sin embargo, ilustra la persistencia de tales fonemas. Así, para los dos primeros, por ejemplo, **u:ú:ʃan** ‘camarón’ (Lehmann), **llómek** ‘cachorro de lobo de mar’ (Brüning). En cuanto a la nasal velar, es difícil encontrar instancias que la consignen en posición intervocálica, siendo como era de distribución defectiva: su ocurrencia en final de palabra, en cambio, aparece ampliamente documentada, coincidiendo en este contexto con el alófono velar de la nasal del castellano peruano.

No obstante lo señalado, también se advierte, tanto la depalatalización de /ʃ/ como el fenómeno del yeísmo. Así, para la voz ‘anciano’, Lehmann recoge **késmi:k** y Huber registra **quishmique** (cf. Carrera: **quixmic**)⁹⁹, pero Villarreal, Zevallos Quiñones y Larco consignan variantes con /s/ (cf. Schumacher 1991: 13). De otro lado, la palabra ‘manta’, que Middendorf recoge como **llella**, es consignada bajo la forma de **yéya** por Lehmann (pero cf. Brüning: **lyélya**); asimismo, **palla** ‘olla’ (cf. Bastian: **palja** y Larco: **palla**) es consignada como **pá:ya** por el mismo autor. Y, finalmente, en relación con la nasal velar, Lehmann recoge, por ejemplo, la expresión **an'eíñ** ‘digo’ (cf. Carrera: **eng.eíñ**), con el segmento velar en posición de juntura “externa”, pero **áyunæm** ‘ellos/ellas’ (cf. Carrera: **aiongæn**), donde la nasal velar parece tornarse alveolar ante vocal en posición de juntura “interna”¹⁰⁰.

99 De las muchas alteraciones que sufre la lista de Quesquén en la versión de Kosok, una de ellas es precisamente la de la <sh>: formas que en Huber aparecen como **quishmique** ‘anciano’, **shaipi** ‘vello público’, **shé méteque** [sic] ‘atado y ñesho ‘licor’, se dan en Kosok como **quismique**, **chaypi**, **cheméteque** y **ñess**, respectivamente. Como se ve, las modificaciones son perfectamente esperables: en este caso, se debieron posiblemente al copiado “por dictado” del señor Rodríguez Suysuy.

100 De otro lado, el hecho de que el mismo autor registre **po:n**, ‘cuñada’ y **pon**, ‘piedra’ (cf. Schumacher 1991: 20), con una velar nasal idéntica en final de sílaba, cuando, de acuerdo con la documentación previa la primera de las voces portaba una

En estos casos, así como en los anteriores, las discrepancias en el registro de unas mismas formas son seguramente el producto del trato con informantes de diferentes grados de competencia idiomática, desde quienes podían considerarse competentes absolutos (tanto Brüning como Lehmann encuentran todavía ancianos monolingües; ver Cap. IX, sección 9.8) hasta quienes no eran sino hablantes “terminales” e incluso puramente “evocadores”, como el caso del señor Quesquén. Es lícito suponer que entre los primeros el sistema de la lengua se mantuviera intacto a la par que entre los últimos la erosión sería inminente debido a la presión que ejercía sobre ellos la nueva lengua predominante: la castellana.

alveolar y la otra una velar (<pon> y <pong>, respectivamente), nos estaría indicando la neutralización de tales nasales ante pausa, como en castellano. Incidentalmente, adviértase que en la notación de Lehmann el elemento responsable de la distinción entre los dos lexemas sería el alargamiento vocálico (!).

Capítulo IX

ESPLENDOR Y OCASO

“He compuesto [el arte] de la lengua más general y más elegante de los Indios de los valles de este “Obispado”.

Fernando de la Carrera

“En pocos años desaparecerá este idioma en Eten, igual como se ha extinguido, desde hace largo tiempo, en los demás valles del norte, y [...] figurará en un futuro no lejano entre las lenguas muertas”.

Middendorf ([1894] 1973)

9.0. En el presente capítulo, a manera de epílogo, trazaremos la historia del mochica, en tanto institución idiomática, desde la etapa de su florecimiento, pasando por los avatares de su contacto y conflicto

con el quechua y el castellano, hasta su extinción final ocurrida en la villa de Eten.

9.1. **La supremacía serrana.** Conforme se dijo en el capítulo inicial de este libro (cf. sección 1.3), cuando se produce la conquista del floreciente reino de Chimor por parte de Túpac Inca Yupanqui (ca. 1460), dos lenguas competían en el vasto escenario de la costa norte peruana: la mochica y la quingnam. Esta última, lejos de haberse impuesto sobre la primera, de mayor arraigo en la zona, apenas había logrado una débil superposición sobre aquélla en la franja comprendida entre Pacasmayo y Chicama, aunque, de otro lado, había conseguido instalarse en dirección sur, hasta las cercanías de Lima. A estos idiomas seguramente se refiere de la Calancha (*Op. Cit.*: IV, Cap. II, 1235), cuando dice que “con estas dos lenguas más generales se tenía la correspondencia de los valles, i se manejaba mucho el comercio i contrataciones de estos territorios”. Sin embargo, como se sugirió, es posible que los propios gobernantes del Chimor se hayan valido del mochica para afianzar sus dominios sobre los señoríos de los valles norteños, entonces de “gran gentío”. En todo caso, la eventual difusión del quingnam en los valles septentrionales se habría truncado bruscamente tras la caída de Minchan Çaman ante las huestes del soberano cuzqueño: la corta duración del reino (a lo sumo unos cien años) habría impedido su mayor propagación.

Una vez consumada la conquista incaica, tras alguna resistencia, el otrora pujante reino fue incorporado al seno del Tahuantinsuyo en calidad de “provincia” —una de las más ricas y poderosas—, sufriendo, como consecuencia de ello, el impacto social, económico y político del poder serrano (Netherly 1988). En el plano cultural, la dominación imperial se tradujo en la imposición del culto religioso y de la lengua oficial: el quechua de base chinchaisuya. Dicha exigencia, como se sabe, contemplaba a la vez el respeto y la tolerancia hacia las prácticas religiosas y los usos lingüísticos ancestrales. De manera que, en lo que concierne a la obligatoriedad del aprendizaje del quechua por parte de las naciones sojuzgadas, las medidas de política idiomática adoptadas por los incas (cf. Cerrón-Palomino 1987b) contemplaban el carácter mandatorio de aquélla para con los miembros de las elites y de la

administración local. Eran ellos quienes estaban obligados a usar, aparte de su lengua materna, la de los conquistadores, es decir el quechua. El carácter oficial de éste y su omnipresencia no sólo en las esferas de gobierno sino también entre el grueso de la población, gracias a la infaltable existencia de mitmas de habla quechua (muchos de ellos incas “de privilegio”), seguramente contribuían a su difusión gradual más allá de los círculos estrechos del poder local¹⁰¹.

De esa manera se iría gestando un bilingüismo, en forma lenta pero sostenida, entre la población de la costa norteña, tal como nos lo sugiere la temprana documentación. Según ésta, no hay duda de que existía una minoría privilegiada que manejaba el quechua, y no sólo entre los administradores locales sino aun en sus descendientes: no de otro modo se explica el que Pizarro se llevara consigo a tres jóvenes indios de las costas de Tumbes y Piura en su segundo viaje de exploración (1526), para que, aprendiendo el castellano, sirvieran de intérpretes. Dice Cieza de León ([1551] 1987: Cap. XXIV, 68), en relación con los indios recogidos en Piura, que Pizarro “rogó a los principales que allí estaban que le diese cada uno dellos un muchacho para que aprendiesen la lengua [castellana, RC-P] y supiesen hablar para quando bolviesen. Diéronle un muchacho a quien llamaron Felipillo y a otro que pusieron don Martín”. Tales jóvenes, como hijos de principales, además de su lengua materna (de origen tallán), sabían el quechua.

9.2. Suplantación de la “lengua general”. Como en el caso de la lengua de los chimúes, la difusión del quechua se vería también súbitamente interrumpida tras la llegada de los españoles. En efecto, para continuar con el símil, menos de cien años de dominación tampoco habían sido suficientes para que el quechua consiguiera su hegem-

101 A decir verdad, no sería ésta la primera vez que el poblador mochicaparlante entra en contacto con gente de habla quechua: ya lo había hecho previamente, alrededor del siglo VII, con la llegada al valle de Moche de la gente de Pachacámac (recordemos que la Huaca del Sol se llamaba Pachacámac) y, más tarde, con los navegantes chinchas (s. XIV) en su frecuente ruta hacia el Ecuador. En cualquier caso, sin embargo, tales contactos no habrían implicado imposiciones lingüísticas sino más bien relaciones tenues y esporádicas.

nización a costa de las lenguas del litoral, en especial la mochica. Y así, a pocos años de la conquista, el mismo Cieza advertirá que “algunos [de los señores yungas] tenían guerra unos con otros, y en partes nunca pudieron los más dellos aprender la lengua del Cuzco” (cf. Cieza de León [1553] 1984: Cap. lxi, 192: énfasis agregado). La situación descrita se hace mucho más comprensible tras la quiebra del aparato estructural del estado inca, ya que, como resultado de dicho acontecimiento, quedaban automáticamente sin efecto las medidas de política idiomática vigentes hasta entonces: en adelante el quechua sería reemplazado por el castellano en su rol de lengua oficial. Ya no se darían las condiciones para que siguiera prosperando el tipo de bilingüismo encontrado por los españoles, pues la elite nativa tendería desde entonces al castellano como segunda lengua, y, en general, fuera de las generaciones plenamente quechuidas, de las que se valieron tan eficazmente los españoles durante los primeros años de la conquista, el resto de la población ya no habría tenido la oportunidad de quechuizarse. Así, pues, sobrevino una franca retracción del quechua, y ésta es precisamente la situación que seguramente lamenta el P. Blas Valera, citado por el Inca Garcilaso ([1609] 1985: Libro VII, Cap. III, 277), cuando nos dice que “muchas provincias, que cuando los primeros españoles entraron en Cassamarca sabían esta lengua común como los demás indios, ahora la tienen olvidada del todo, [...]. Por lo cual, todo el término de la ciudad de Trujillo y otras muchas provincias de la ciudad de Quito ignoran del todo la lengua general que hablaban” (énfasis nuestro)¹⁰².

Tal retracción, como lo dijimos, fue consecuencia inmediata de la ruptura del aparato estatal inca y el consiguiente reordenamiento de la sociedad colonial bajo el poder extracontinental. No pudo deberse, como pensaba Middendorf ([1894] 1973: II, 294; cf. también Middendorf [1892] 1956: 151-152), a cierta actitud de “hostilidad silenciosa” que los chimús habrían tenido para con los soberanos

102 Para la “provincia” de Quito precisamente tenemos un testimonio similar, en una “relación geográfica” de 1582 dada a conocer por Caillavet (1988): se nos dice allí que “después que el ynga los conquistó [a los de Oyumbicho y Amaguaña] an hablado la lengua general del dicho ynga y agora hablan las lenguas que quieren y saben y ban totalmente olvidando la general del dicho ynga”.

cuzqueños, y con ellos a su lengua, agregando que dicho sentimiento, por el contrario, habría sido menos obstinado en relación con el castellano. El rechazo hacia los *cuntis* o serranos se vería corroborado, además, según el mismo estudioso alemán, al constatarse que, precisamente en los lugares de la sierra donde se sabe que existían mitmas yungas (Cajamarca, en especial), no ha prevalecido el quechua. Ciertamente, como lo pudo apreciar el propio Middendorf en sus viajes por la sierra norteña, existía (y aún existe) una ruptura en la continuidad del quechua entre el norte de Ancash y los alrededores de la misma Cajamarca; pero ello se explica no tanto por la presencia de mitmas yungas que habrían rechazado el quechua sino porque dicho “vacío” fue justamente el área de ocupación de los antiguos hablantes de *culli*, lengua cuya existencia desconocía el sabio germano (cf. Adelaar 1990, Torero 1989). Al igual que los mochicahablantes, los usuarios del *culli* habrían interrumpido su quechuización para propender, en adelante, hacia la conquista del castellano¹⁰³. De hecho, como lo advierte el propio de la Carrera (*Op. Cit.*: “Al lector”), los indios yungas transportados a la sierra cajamarquina ya eran bilingües de mochica y quechua. “Y aunque saben la serrana —nos dice—, hablan la suya más

103 Que por lo menos los huamachucanos, de lengua materna *culli*, se encontraban profundamente quechuizados, lo podemos advertir a través de la descripción que de tales pobladores nos proporciona la crónica agustiniana de Juan de San Pedro ([1560] 1992), en la que, cuando nos habla de “la lengua”, igual se citan términos quechuas como si fueran también parte del *culli* (por ejemplo, *añas* ‘zorrino’, *punchao* ‘sol’, *quilla* ‘luna’, etc.). Como lo hemos observado en otra parte (cf. Cerrón-Palomino 1989), la situación del mochica era diferente: así, muy pocos quechuisimos se encuentran en el *Arte* (a la lista de seis ofrecida en el artículo mencionado podemos agregar *yactum* ‘chocarrero’ <*yaqtu-*; cf. Cap. IV, sección 4.27, nota 83), aunque estamos seguros de que, si de la Carrera nos hubiera servido con el vocabulario proyectado, habríamos contado con muchos ejemplos más. De hecho, no sólo Middendorf sino también Brüning registran varios quechuisimos. El segundo, por ejemplo, trae *ñiuto* ‘afrecho fino’ < *ñiutu* ‘molido’, *moko* ‘corcovado’ < *muqu* ‘joroba’, *nyätkuk* < *ñutqu* ‘sesos’, *pišako* ‘cierto pájaro de la playa’ < *pišqu* ‘pájaro’, *tirana* ‘pinceta’ < *tira-na* ‘instrumento para arrancar’, etc.; pero en este caso no siempre es fácil separar los quechuisimos de la época de la dominación inca de aquellos que ingresaron a la lengua tras la conquista, incluso via el castellano, como los de *kellka*, *quincha*, *waska*, *waraka*, *kallana*, *pucho*, etc. (cf. Brüning 1917-1918).

de ordinario que la otra". Por lo demás, semejante lealtad idiomática era probablemente común todavía a muchos de los mitmas del antiguo imperio, y no una particularidad de los mochicas¹⁰⁴.

Si el quechua se contrajo por igual en todas las provincias de anexión reciente al imperio, ¿cómo explicamos el hecho de que, a la par que los pobladores de los valles costeros abandonaron la lengua serrana, los del callejón interandino ecuatoriano, sometidos después que los primeros, acabaron olvidando sus lenguas particulares y se quechuizaron plenamente? Al margen de la posible presencia preincaica de la lengua en el Ecuador (cf. Hartmann 1979, Torero 1984, Cerrón-Palomino 1987: Cap. X, sección 10.4), creemos que la diferencia apuntada obedece al rango que ostentaban las lenguas indígenas involucradas a la llegada de los españoles y al uso o no que de ellas se hizo en el proceso de catequización ulterior.

9.3. **Lengua regional.** Tal como nos lo informan los cronistas, desde los más tempranos, la realidad lingüística del imperio incaico era la de un mosaico de idiomas por encima del cual destacaban, como vehículos de naciones y pueblos diferentes, el quechua primeramente, y el aimara en segundo lugar. La condición de lenguas *vehiculares* de que disfrutaban estos idiomas sería reconocida por los propios españoles, quienes se servirán de ellas, sobre todo de la primera, para consolidar la conquista. El cronista Cobo ([1653] 1956: II, Libro XIV, 235) resumirá esta situación multilingüe, pero jerarquizándola, de la siguiente manera: "Las lenguas que se hablaban en este imperio de los Incas eran muchas; porque cada provincia y nación tenía la suya, y unas se extendían más que otras. *La de los indios de Trujillo corría muchas leguas por la costa de la mar, y así algunas otras eran comunes a diversas provincias*, pero solas dos eran tenidas por generales, que son la quichua

104 En las últimas décadas del siglo XVI, Juan de Paz Maldonado ([158?] 1965), en su "relación" del pueblo San Andrés de Xunxi (en la provincia de Chimborazo, Ecuador), refiere que la lengua que hablan los indios "es la *purua*, que es la suya propia, y todos los más la general del *Inga*, que tienen por más polida; y los *mitimas*, que son de *Condesuyo*, que está junto al *Cuzco*, hablan unos con otros su lengua de aquella su tierra y todos la del *Inga*".

y la aimará; desta segunda usaban las naciones del Collao y corría más de ciento y cincuenta leguas de tierra; y de la quichua, todos los vasallos del Inca, y los mismos aimaraes; por lo cual la llamamos absolutamente general [...]” (énfasis agregado).

Así, pues, como puede constatar, aparte del quechua, cuya primacía de “lengua general” por excelencia está fuera de toda duda, el aimara (pero también el *puquina*, que Cobo no menciona) le seguía en rango, como idioma de considerable difusión (aunque no de intercomunicación: “los mismos aimaraes” usaban del quechua), siguiéndole la lengua “de los indios de Trujillo [,] que corría muchas leguas por la costa de la mar”, puesto que ella era común a diversas provincias. Se trataba, entonces, de una lengua de carácter regional, lo que no quitaba que, desde una óptica más localista, pero no por ello menos real, el cura de Reque la considerara como la “más general y más elegante de los Indios de los valles de este Obispado”. El último escalón, dentro de dicho ordenamiento idiomático, lo ocupaban las lenguas locales (llamadas “maternas” por los españoles) propias de naciones o grupos étnicos particulares, como las de Piura o del callejón interandino ecuatoriano.

9.4. Vehículo de evangelización. Como lo hemos señalado en otra parte (cf. Cerrón-Palomino 1987a, 1992 y las referencias hechas allí), la tarea de la conquista espiritual de los indios emprendida por las autoridades civiles y eclesiásticas encaró, desde el inicio, un problema de *selección* idiomática. En efecto, ¿qué lengua debía emplearse en la catequización del indígena? La respuesta a esta pregunta se tradujo en la práctica en distintas opciones determinadas, entre otros factores, por la duración y la naturaleza del contacto con la población nativa. Dejando de lado la opción inmediatista y tradicional en favor del latín (hecho que escandalizaba, entre otros, al P. José de Acosta), la alternativa fluctuaba, de acuerdo con las circunstancias, entre las lenguas indígenas y el castellano. En líneas generales puede decirse que durante el siglo XVI predominó una corriente indigenista en la que se favoreció la evangelización en lengua nativa; y a partir de entonces, una vez consolidados los dominios coloniales, fue imponiéndose la opción en favor del castellano. Cualquiera que hubiese sido la opción lingüística, sin embargo, se daba por descontada la necesidad de esta lengua, sobre

todo entre los miembros de la elite nativa y entre los niños del común (cf. Solano 1991: secciones 3 y 4)¹⁰⁵.

Por lo que toca al virreinato peruano y, más específicamente al territorio del antiguo Tahuantinsuyo, fueron decisivas las medidas adoptadas por las autoridades eclesiásticas en materia de política idiomática a través de la convocatoria de tres concilios celebrados en Lima (1551, 1567 y 1582). De ellos, el II y el III, realizados al amparo de las disposiciones del Concilio de Trento, resultaron siendo los verdaderos orientadores, por la concepción de sus alcances el primero y por las medidas de implementación adoptadas por el segundo (cf. Vargas Ugarte 1954: III, Cap. VI; García y García 1986). La medida más trascendental dispuesta por el Tercer Concilio fue la de *uniformar* los procedimientos de catequización, para lo cual dispuso la redacción de un Catecismo, un Confesionario y un Sermonario (cf. Tercer Concilio [1582-1583] 1984) redactados en castellano y traducidos en las dos lenguas generales: el quechua y el aimara. Se disponía, asimismo, que la preparación de todo material catequético en lenguas indígenas diferentes de las dos “mayores” mencionadas debía hacerse bajo la forma de los del Concilio Tercero.

En relación con el empleo de las lenguas de la costa norte como medios de evangelización, fue posiblemente en atención a los dictados del Tercer Concilio que Alonso Núñez de San Pedro, y con toda seguridad Roque de Cejuela, redactaron sus catecismos en idioma mochica (pues habían residido en Jayanca y Motupe, el primero, y en Lambayeque el segundo; cf. Zevallos Quiñones 1948a), así como también el anónimo cuya obra reprodujo Jerónimo de Oré (cf. Cap. III, sección 3.1). Que sepamos, sin embargo, nada de esto se habría hecho con el quingnam, y en cambio sí, quizás, con las lenguas tallanas. Dice, al respecto, Vargas Ugarte (1953: Cap. IV, 50): “Todavía en el año 1583, en el Sínodo Provincial convocado por el Obispo de Quito, D. Fray

105 Para el caso específico de la política idiomática española en relación con la sociedad andina pueden consultarse, además, Heath y Laprade (1982), Mannheim (1984), Cerrón-Palomino (1987b) y Rivarola (1990: Cap. VI).

Luis López de Solís, se contempló la necesidad de traducir el Catecismo y Confesionario del III Concilio Limense en las lenguas más comunes en el Obispado, y se señalaron las personas que habían de emprender este trabajo. A Alonso Núñez de San Pedro y a Alonso Ruíz se les encomendó la versión a la lengua de los llanos y *Atallana*; a Gabriel de Minaya la correspondiente a la lengua Cañar y *Puruhuay*; a los mercedarios Fr. Francisco de Jerez y Fr. Alonso de Jerez la relativa a la lengua de los *Pastos* y, finalmente, a Andrés Moreno de Zúñiga y Diego Bermúdez la *Quillacinga*". Y aun cuando no sabemos si tales encargos llegaron a materializarse o no, lo sorprendente es que el quingnam (o su variante pescadora) no haya sido tomado en cuenta para nada. ¿Significará esto que, contra todo lo que se dijo en el Cap. I, mochica y quingnam eran una sola lengua? No lo creemos así, y en cambio pensamos que, siendo la mochica una lengua de dimensión regional, usada incluso por los señores chimúes en sus conquistas del territorio lambayecano, no era necesario duplicar esfuerzos de adecuación idiomática, siendo suficiente que se empleara aquélla, puesto que era común a diversos valles¹⁰⁶. El estatuto de lengua regional de que disfrutaba el mochica explica también por qué no fue reemplazado finalmente como vehículo de catequización por el quechua como lo fueron las lenguas indígenas del callejón interandino ecuatoriano, de carácter puramente local e intraétnico: la única solución lingüística frente a la "multitud de lenguas", y a falta de otra de rango más general, siguió siendo la quechua, lengua que logró imponerse sobre las locales hacia fines del siglo XVII y comienzos del siguiente.

9.5. **Castellanización.** Asegurada la conquista y asentadas las tres ciudades más importantes de la costa norte —Piura, Saña y Trujillo—, y reinstalados los indios de los valles en las conocidas reducciones, la castellanización de la población indígena, con maestros o sin la "industria" de éstos, se iniciaba como un proceso ininterrumpido

106 Creemos que Alonso de Huerta ([1616] 1993) confunde al mochica con la pescadora cuando a ésta le atribuye el estatuto de lengua general para los "Valles de Truxillo" (cf. *Introduction*), lo que se contradice con las referencias nada alentadoras respecto del estatuto social de la lengua de los chimúes (cf. Cap. I, sección 1.13, nota 8).

que no acabaría sino con la absorción total de las lenguas nativas. No sólo las ciudades, con la fuerte presencia de españoles, y los valles en general (controlados por encomenderos, estancieros y por las órdenes religiosas), se constituyeron en focos de irradiación castellana, sino también las reducciones con sus doctrinas ubicadas en lugares más fácilmente controlables (en razón de su evangelización y de la tasa tributaria), una vez homogeneizadas, se tornaron más permeables a la asimilación lingüística. Contribuía a ello, sobre todo en los lugares aledaños a las ciudades, la fuerte depleción de los naturales causada por las enfermedades, las guerras civiles y la sobrexplotación en el trabajo. A pocos años de ganado el imperio, como lo atestiguan las fuentes, las poblaciones costeñas (de “gran gentío” y “multitud de tributarios”) habían sufrido una baja espantosa (cf. Cieza de León [1553] 1984: Caps. lxx, 209; lxxi, 211; lxxiii, 219, 221), tornándose más vulnerables a la influencia europea.

Ahora bien, como en todo proceso colonizador, las elites nativas eran las primeras en occidentalizarse, en términos lingüísticos y culturales, y ciertamente la corona propiciaba todo ello (¿acaso los curacas, para ser tales, no necesitaban saber hablar y escribir en castellano?). De uno de sus miembros, el curaca de Jayanca, don Francisco Puiconsoli Efquem (Esquem?), nos dirá el cronista Lizárraga ([1605] 1968: Cap. XI, 10), a fines del siglo XVI, que es “indio muy aespañolado; vístese como nosotros, sírvese de españoles, con su vajilla de plata; es rico y de buenas costumbres”. Comentando sobre la descendencia de don Francisco nos dice Zevallos Quiñones (1989: 10), quien por error atribuye la cita precedente a Cabello Valboa, que “la línea mayor de su descendencia enlazó matrimonialmente tantas veces con españoles que, de acuerdo a la ley de Felipe II, acabó perdiendo el goce del cacicazgo de sus antepasados”. Todo ello sugiere que a menos de un siglo de producida la conquista, las ciudades norteñas, en especial Trujillo, tuvieron una población indígena semejante a la del cercado de Lima. Dice de éste el historiador Cobo (*Op. Cit.*: II, XXX, 353) que los indios “están tan aespañolados que todos generalmente, hombres y mujeres, entienden y hablan nuestra lengua y en el tratamiento de sus personas y aderezo de sus casas parecen españoles”.

No debe llamar a extrañeza entonces, tal como se desprende de las quejas del propio de la Carrera en su alocución al lector, que a un siglo de la conquista la prédica a los indios se haya venido haciendo, no ya en lengua índica como lo estipulaban las disposiciones del Tercer Concilio y las Ordenanzas de Toledo (cf. Eguiguren 1951: II, Cap. XIII, 558), sino en castellano. Y, es muy probable que, ante las marchas y contramarchas de las disposiciones tanto eclesiásticas como civiles en materia de política idiomática, la práctica catequística haya tendido, en la zona que nos interesa, al empleo del castellano como vehículo de adoctrinamiento, sobre todo en virtud de la creciente castellanización de la masa indígena.

Según lo constatará el propio cura de Reque, sin embargo, el uso del castellano como instrumento de prédica no estaba dando buenos frutos: como era de esperarse, la capacidad de comprensión del indígena, no sólo por el grado del manejo de la lengua sino por la naturaleza misma del contenido de los mensajes, resultaba cuestionable. Por consiguiente, en opinión de nuestro gramático, si bien podía seguir empleándose el castellano para la prédica en general, el recurso a la lengua nativa era indispensable para la explicación de los misterios de la fe. Dice, en efecto, el gramático trujillano: “aunque es bien (como hago yo) doctrinarles en castellano, para que se vayan haciendo capaces, pero háseles de dar a entender en su lengua lo que la doctrina contiene, para que la reciban, y aprehendan en fervor y amor, y no la sepan como oración de ciego”.

Se trata, como se ve, de una solución transicional al problema de la selección idiomática, acorde con los tiempos, favorables más bien a la castellanización a ultranza que comenzará a acentuarse en la segunda mitad del siglo XVII, al amparo legal de la *Recopilación de las Leyes de Indias* (1681). Con su denuncia sobre la ineficacia de la prédica en lengua castellana, de la Carrera se adelanta en unos años, si bien de manera matizada, a la polémica que se desatará en la década de 1654-1664 en torno a los métodos y resultados de la evangelización de la población autóctona, teniendo entre sus críticos al alcalde del crimen de Lima, Juan de Padilla, y al provincial de los dominicos, fray Francisco de la Cruz; y entre sus defensores, al arzobispo Pedro de Villa-

gómez y al “protector general de los indios”, Diego de León Pinelo (cf. Marzal 1983: Cap. III). Contrariamente a los partidarios del uso exclusivo del castellano en la evangelización, el cura de Reque insiste en que, para lograr una buena catequización, hay que valerse de la lengua natural de los indios, a cuyo propósito es necesario que el predicador la maneje, y no puede sino lamentar el hecho de que haya pocos religiosos y clérigos que la sepan: “apenas cuatro”, dice¹⁰⁷. No es difícil imaginar que la postura adoptada por don Fernando era la de una minoría que había tomado en serio la tarea evangelizadora: no sólo eran pocos los curas y religiosos que conocían la lengua sino que se avecinaba una nueva etapa en la historia de la evangelización indígena: la castellanizante. En adelante se dejaría sentir el peso de una “política indiana” menos contemplativa. Solórzano y Pereira, encargado por la Audiencia de Lima para recopilar el corpus legislativo que regiría los destinos de la población indígena, será el ideólogo y el portavoz de este nuevo temperamento. El célebre legislador expresará su parecer respecto del problema en los términos que siguen: “Yo siempre me he inclinado más á la opinion contraria [la prédica en lengua índica], y tengo para mi, que en los principios de las poblaciones de estas Provincias de Indias huviera sido facil y conveniente haver obligado á todos los Indios que iban entrando en la Corona de España á que aprendieran la lengua de ella, y que hoy aun será mucho más fácil y conveniente; porque cuando en los viejos se diera alguna dificultad, no dexáran de aprender lo que bastára para entendernos; y en los muchachos, y en los que después fuesen naciendo, no podía haver alguna, pues toman y aprenden con tanta facilidad quantas les quisiesen enseñar, como lo dice Erasmo” (cf. Solórzano y Pereira [1648] 1972:

107 Y no exageraba del todo, pues por la misma época (1638), la “Memoria de las doctrinas” (cf. Cap. I, sección 1.1) indica que “saben ablan y predicán en la lengua mochica el P. Herrera, el Br. Pedro de Prato [sic], el P. Pancho y Julián de Nibela”, aparte del propio Fernando de la Carrera. El mismo documento ofrece la nómina de siete personas más que “saben y entienden algo” la lengua, pero que, obviamente, no predicán en ella, seguramente por ser poco fluidos en la misma. De paso, en comparación con tales listas de personas, para la “pescadora” (es decir, la quingnam) el documento apenas dice que “la sabe” el clérigo Julio Pacheco.

I, Cap. XXV, 397). Con la nueva política no sólo se relegaba el uso de las lenguas indígenas en la prédica religiosa, sobre todo tratándose de los idiomas ajenos al quechua y al aimara, sino que se iban sentando las bases de su virtual y pronta extinción.

9.6. **La gran retracción.** A mediados del siglo XVII, en medio de la polémica a la que se hizo alusión en la sección precedente, el arzobispo Villagómez, en su respuesta a las denuncias formuladas por Juan de Salinas ante Felipe IV (cf. Marzal, *Op. Cit.*: Cap. III), buscando demostrar que en verdad el problema de la prédica en lengua india no se reducía únicamente al empleo de las llamadas “lenguas mayores” y que, por ende, tenía ribetes más complejos, señalaba que “además de las dichas lenguas [quichua, aimara y puquina], principalmente en el Obispado de Trujillo y en este Arzobispado, hay otras muchas y diferentísimas de las mismas que llamamos maternas; y de los indios donde hay éstos no suelen hablar, ni mucho menos entender la quichua, y más si son viejos, y las mujeres, y otros de estas costas se suelen cerrar de que les hablen en ella, si no en la castellana, y algunos no entienden sino la materna” (*Op. Cit.*: Cap. III, 125). Sobra decir que, en lo tocante al arzobispado de Trujillo, efectivamente la situación descrita correspondía a la realidad de entonces, tal como se desprende de otros documentos.

Uno de ellos es nada menos que la carta del obispo de Trujillo (el mercedario fray Juan de la Calle Heredia?), fechada el 12 de abril de 1651, dada a conocer por María Rostworowski, según lo indicamos en el Cap. I, sección 1.11. El pasaje pertinente dice: “Si en este obispado de Truxillo fuera necesario cathedrático, avía de auer sinco por la diversidad de lenguas, uno para la general del Inga para la sierra, y otro para el pueblo de Olmos que tiene lengua particular, y otro para Sechura, que tiene otra lengua; y otro para Catacaos y Paita que hablan diferente lengua; y otro para los demás pueblos que llaman de los valles, donde se habla una lengua que llaman la Mochica, y para los examenes se llamen examinadores que sepan la lengua necesaria [...]” (cf. Rostworowski 1977: Cap. 6, 226). Extrañará sin duda en esta lista la ausencia del quingnam (o pescadora). No podría decirse, por cierto, que para entonces ésta se había extinguido, pues la documentación

contemporánea (de la Calancha, la "Memoria", Cobo) la menciona. De manera que, aunque seriamente afectadas por el avance del castellano en virtud de su coexistencia desigual con éste en plena ciudad de Trujillo y alrededores, la quingnam y la pescadora, en franco retroceso (y esta última socialmente estigmatizada), subsistirían por aquella época, si bien, carentes ya de toda importancia por la situación por la que atravesaban, eran pasadas por alto, como en el documento citado.

Por lo que respecta a las otras lenguas, principalmente la mochica, ellas mantenían aún su vigor: de allí la exigencia de que sus hablantes fueran evangelizados en su propio idioma. De hecho, el reclamo de que la catequización se hiciera en "lengua materna" parece canalizarse en el reproche que el curaca principal, don Mateo Millón, le endilga al cura de Reque, cuando éste le hace ver que los indios no habían entendido bien algunos aspectos elementales del dogma cristiano. Le dice el cacique: "¿Qué quiere v.m., si nos hablan en lengua castellana? que aunque la entendemos, no es más que lo necesario para la comunicación de los españoles?" (*Op. Cit.*: "Al lector"). Obviamente, el castellano aprendido, puramente instrumental, no era suficiente para la comprensión cabal del mensaje cristiano.

Como se dijo en la sección anterior, sin embargo, la etapa indigenista de la evangelización llegaba a su fin. No es difícil imaginar que las sugerencias del obispo de Trujillo, así como las del cura de Reque, hubiesen caído en saco roto, y, en consecuencia, se haya generalizado la prédica en castellano. Al fin y al cabo, se podía advertir ya el uso instrumental de este idioma por parte de la masa indígena. Sobreviene entonces una etapa para la cual carecemos de información, pero cuya situación de repliegue idiomático no es difícil imaginar. De hecho, un siglo después de los acontecimientos descritos, el corregidor de Trujillo, don Miguel Feijoo de Sosa, en su "relación descriptiva de la ciudad y provincia" del mismo nombre, señalaba que "el idioma particular de estos Indios [del ameno valle, nombrado Chimú] se ha perdido, y solo se usa al presente el castellano, aunque los demás Valles hasta Tumbes mantienen diversas lenguas" (Feijoo de Sosa [1763] 1984: I, fols. 4-5). Ello se confirma cuando, una quincena de años después, don Jaime Baltazar Martínez Compañón, obispo de Trujillo (1779-1789), dis-

186

pone el levantamiento del “Plan que contiene 43 voces castellanas traducidas a las ocho lenguas que hablan los Yndios de la costa, sierras y montañas del Obispado de Trujillo del Perú” (cf. Martínez Compañón [1790] 1985: II, iv). Conforme se vio en el Cap. I (cf. sección 1.11), los idiomas costeños registrados son la “Lengua Yunga de las Provincias de Trujillo y Saña”, la “de Sechura en la Provincia de Piura”, además de las de Colán y de Catacaos, igualmente de la misma provincia. No figura allí, por cierto, la quingnam, pero tampoco la de Olmos, que por entonces, si aún no era lengua muerta, se encontraría en vías de extinción, y, por consiguiente, ya no merecía ser recogida. Por lo demás, no creemos que haya contradicción con los datos de Feijoo y Martínez Compañón: cuando éste nos habla de la lengua “yunga de las provincias de Trujillo y Saña”, la primera de éstas posiblemente aluda a sus jurisdicciones “norteñas” (es decir, del valle de Chicama al norte).

Un siglo después el proceso glotofágico estaba por consumarse. Las informaciones sobre las lenguas costeñas escasean del todo, y apenas se sabe que el viajero Richard Spruce recoge en 1863, de labios de una anciana, una lista de 38 palabras, que los estudiosos posteriores determinaron que se trataba de la vieja lengua de Sechura (cf. Rivet 1949), compatible con la lista correspondiente recopilada por Martínez Compañón. El mochica, otrora “lengua general” de la costa norte, había sido completamente erradicado de los valles, su natural querencia, para refugiarse esta vez entre los pueblos pescadores: uno de ellos será precisamente el de Eten¹⁰⁸.

9.7. El refugio de Eten. Por la época en que Middendorf (a mediados de la década del 80 del siglo pasado) realiza sus impresionantes viajes

108 Extraña por ello, conforme se vio (cf. Cap. I, sección 1.2, nota 16), que Squier (*Op. Cit.*: Cap. X, 91), que estuvo en Trujillo en 1863, nos diga que los indios de la aldea de Moche “todavía hablan, en conversaciones confidenciales, la antigua lengua de los chimúes”, sobre todo cuando, exactamente cien años antes, Feijoo de Sosa descartaba toda lengua nativa del área trujillana inmediata. Como dijimos en la nota mencionada, es probable que en este caso el romántico viajero se haya dejado guiar por un simple rumor, no confirmado.

por la sierra y costa peruanas, corría la fama de que el único lugar donde aún se hablaba la lengua (variamente llamada) yunga o mochica era el puerto lambayecano de Eten. Premunido ya de un sólido conocimiento de las lenguas quechua y aimara, y habiendo estudiado el mochica en las no poco frecuentadas páginas del *Arte* durante la ocupación chilena de Lima, el sabio alemán se dirige a la costa norte en pos del hallazgo de los restos de aquella lengua. Nos lo dice él mismo: “El motivo de mi visita a esta región [de Chiclayo] era menos el deseo de conocer sus pueblos, que no ofrecen mucho de interés, que la intención de hacer una tentativa de recoger los restos del idioma que en tiempos pasados se habló en todo el Imperio Chimú, y que ahora se ha conservado en un solo lugar, es decir en Eten” (cf. Middendorf [1894] 1973: II, 287). Más específicamente, así como lo había hecho con el aimara (cotejando su ejemplar de Bertonio con el dialecto de La Paz), “deseaba convencer[se] en el mismo sitio, hasta qué punto el dialecto allí usado concordaba con el antiguo idioma Chimú; y quería al mismo tiempo recoger los restos del lenguaje común todavía en uso, ya en trance de extinción” (*Op. Cit.*: II, 295). Tras una estancia en el lugar por espacio de un mes, y luego de un penoso trabajo lleno de obstáculos causados, entre otras cosas, por la dificultad de encontrar buenos informadores, pudo al fin “comprobar en esta oportunidad que las formas y vocablos indicados en [la gramática del cura de Reque] concuerdan esencialmente con los que todavía se hablan en Eten, sólo que en cierto número de palabras, determinadas consonantes han sido reemplazadas por otras” (*Op. Cit.*: II, 295). Verificaba de esta manera lo que el propio de la Carrera informaba respecto de la unidad básica del idioma: “en todos los beneficios adonde se habla esta lengua —nos dice—, aunque es verdad que se diferencian algunos de otros en pronunciar los verbos y vocablos, en realidad de verdad la lengua toda es una” (*Op. Cit.*: “Al lector”)¹⁰⁹. Y, de otro lado, confirmaba también la consolidación de ciertos cambios que ya se vislumbraban en tiempos de Martínez Compañón (cf. Cap. VIII, sección 8.1).

109 Por consiguiente, los reparos formulados por Zevallos Quiñones (cf. Herrera 1988) en relación con la autenticidad del dialecto mochica de Eten, en contraposición con los oriundos de los valles, carecen de todo sustento.

De otro lado, los estudios del sabio alemán servirían también para disipar el halo de misterio con que la imaginación solía hacer rodear a la lengua de Eten, que así se la llamaba por entonces. Recluida en un pueblo de pescadores, la antigua lengua de los valles era percibida por la mirada exotista de los foráneos como un idioma totalmente extraño y sólo comparable con el chino. ¿Cómo así había surgido semejante asociación? Middendorf cree encontrarla en el carácter básicamente monosilábico de sus raíces tanto nominales como verbales. “Como consecuencia de esta originalidad —escribe— llegó a extenderse en Lima el rumor, que hasta hoy [ca. 1890] mucha gente cree cierto, de que la lengua Chimú estuviera emparentada con el Chino y que los pobladores de Eten podían entenderse con los chinos que trabajaban en los cañaverales de Eten. Un juicio de esta naturaleza, claro está, sólo puede nacer de un profundo desconocimiento de ambos idiomas. Cualquier viajero, aun sin mayores conocimientos sobre esos idiomas, podría por sí mismo convencerse en Eten de que los muchos chinos que allí viven, ni entienden el idioma nativo ni son entendidos por los aborígenes” (Middendorf [1892] 1956: 152)¹¹⁰. Por la misma época, sin embargo, Prado y Ugarteche (1888) se esforzaba en “demostrar”, postulando supuestas correlaciones, el parentesco entre el mochica y el chino. Poco tiempo después, Kimmich (1918), en un artículo presuntuoso que hoy haría ruborizar hasta al más ingenuo, pretendía aportar las “pruebas definitivas” de orden lingüístico, antropológico, arqueológico e histórico de la relación de parentesco entre el mochica y las lenguas indochinas. Las asociaciones fantasiosas de este personaje

110 A decir verdad, ya Squier (*Op. Cit.: Ibidem*) desvirtuaba dicha creencia en términos coincidentes con los del viajero alemán al sostener que la “afirmación de que los culfés chinos pueden conversar libremente con estos aldeanos [de Eten] es tan solo una versión de lo que se ha dicho de cada tribu o familia india, desde el estrecho de Behring hasta el cabo de Hornos. Lo más que se puede decir de la lengua de Eteng es que no tiene ninguna relación con el quechua o con el idioma de los incas, y si fuera la que hablaron el pueblo y los príncipes de Chimú, ello demostraría con creces que estos últimos constituían una familia diferente”. Incidentalmente, nótese que la forma Eteng que emplea el precursor de la arqueología andina (alternando con Eten) reproduce más bien la pronunciación castellana del topónimo (con ene velar), pues etimológicamente el nombre portaba una bilabial final: Ætim.

prevalcieron, no obstante haber recogido él mismo materiales del mochica en Eten y Monsefú (presumía haber recogido cien voces no registradas por Middendorf; cf. Zevallos Quiñones 1948a), por lo que su actitud puede explicarse, en parte al menos, como enmarcada dentro de la ola comparatística, de naturaleza exotista e ingenua, que deslumbraba por entonces a los aficionados¹¹¹.

Ahora bien, en 1887 Middendorf parecía constatar, como se dijo, que el único sitio donde perduraba la lengua era Eten y que, por ello “se denominaba generalmente este idioma, lengua de Eten”. Podía afirmar así tras su frustración inicial al no encontrar ninguna huella de la misma en la vecina localidad de Monsefú, donde el anciano párroco del lugar (don Fulgencio Zeijas) le explicó, según sus propias palabras, “que era erróneo lo que me habían contado sobre la supervivencia del antiguo idioma de la región, pues él, en los largos años que dirigía la parroquia, no había conocido ni entre los más antiguos feligreses a alguien que hubiera entendido la antigua lengua del vecino pueblo de Eten, y menos aún que la hubiese hablado” (cf. Middendorf ([1894] 1973: II, 291). Lo dicho por el párroco podría explicar también por qué, casi por los mismos años que Middendorf, tanto Bastian como von Buchwald recogieran sus materiales en el propio Eten, y no en otro lugar¹¹². Este último (cf. von Buchwald 1915) dice, en efecto, que “en los otros pueblos [aparte de Eten] se habían olvidado completamente que ellos también habían hablado la misma lengua”. Siendo así, ¿cómo explicar que no sólo Larco Hoyle, en la década del treinta, sino aun

111 El de Kimmich no era, por cierto, un caso aislado de exotismo aparentemente refrendado de erudición. En 1900 Pablo Patrón, en su discurso de recepción como miembro honorario de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, se ocupaba nada menos que de la comparación del quechua y del aimara con el ario y el sumerio! Después de todo, treinta años antes, el argentino Vicente Fidel López (1871), en un trabajo erudito como estéril (juizado a posteriori, se entiende), creía probar la relación genética entre el quechua y las lenguas “arias” (latín, griego y sánscrito).

112 Sobre los materiales de von Buchwald, él mismo nos cuenta que “una lista de palabras, colectadas [...] en el pueblo de Eten, se perdió en el incendio de Guayaquil en el año de 1896, lo que no deja de ser sensible, porque aquella lengua en el día [1915] debe contarse entre las muertas”.

Zevallos Quiñones, en la del cuarenta, hayan podido recoger las últimas muestras del habla mochica de Monsefú, si bien “con bastante trabajo”, como diría el primero? Lejos de pensar en que gente como don Manuel Llonto Esqueche y don José Ayasta –los informantes de Zevallos Quiñones (1941)– fueran etenanos de origen, lo cierto parece ser que el ilustre viajero alemán había sido víctima de una desinformación típica a la que todo investigador de campo está expuesto en situaciones de mudanza idiomática irreversible. No sólo no era suficiente la visita de un día, como la que hizo Middendorf a Monsefú, sino que, de manera crucial, había que romper las barreras actitudinales, así de los hispanohablantes como de los conocedores de la lengua nativa, que restringían, por un lado, e inhibían, por el otro, el uso de aquélla, aunque éste fuese puramente pasivo. En situaciones de opresión idiomática, como la que seguramente imperaba en la costa norte, el contexto diglósico creado tiene sus propios mecanismos que disponen el confinamiento tácito de la lengua dominada. Sobra decir que para poder franquear la barrera diglósica y “descubrir” el ejercicio lingüístico –“clandestino” ciertamente– del vernáculo, hay la necesidad de convivir con la comunidad afectada. Por lo demás, la situación descrita por Brüning para el mismo pueblo de Eten, veinte años después de la visita de Middendorf, valía seguramente para el Monsefú de fines de siglo.

Ahora bien, ¿qué ocurría en el último refugio de la lengua a comienzos de siglo? Acontecía lo que el propio Middendorf ya percibía entre la juventud etenana. “Los jóvenes comienzan a avergonzarse [del antiguo idioma] –observa–, y en presencia de forasteros se sirven del español; hablan su lengua nativa sólo entre ellos y cada vez más mezclada con palabras españolas”. Y luego sentencia: “este es el comienzo del fin” (cf. Middendorf [1894] 1973: II, 294). Como se ve, la vergüenza idiomática empezaba a cundir, poderoso agente que no sólo inhibe el ejercicio de la lengua sino que fomenta su olvido deliberado. Dicho y hecho, en vísperas del presente siglo, Brüning observará que “el idioma en referencia, actualmente ya no es hablado en Eten; todos los habitantes de esta villa se sirven del castellano en sus conversaciones. Las personas que entienden todavía el idioma antiguo, no lo aprendie-

ron en su juventud como idioma exclusivo, [pues] el castellano era ya dominante. Las personas a quienes me refiero, aprendieron el idioma antiguo de sus padres o abuelos, y una vez muertos éstos, los hijos no siguieron hablándolo. Según he podido entender —concluye—, hace como veinte o treinta años, que el idioma antiguo ha dejado de ser medio de comunicación” (cf. Schaedel 1988: 131).

La actitud de deslealtad idiomática y de autonegación por parte de la población de extracción indígena era exacerbada, naturalmente, por los grupos de poder local, de habla castellana, y, por sobrecompensación, incluso por aquellos que, siendo de extracción nativa, se habían “pasado” al otro bando, en medio de un círculo vicioso de ambigüedades y desdoblamientos conductuales. Nadie mejor que Brüning para describirnos esta situación. Dice, en efecto, el multifacético investigador germano: “por la clase de sociedad que a sí misma se considera culta, el idioma de sus antecesores es ridiculizado y despreciado como costumbre añeja, no en armonía ya con el estado actual de cultura del pueblo. Resulta de esto que las personas que entienden todavía el idioma, principalmente las que se creen cultas, se avergüenzan de él y muchos lo niegan, creyendo que las investigaciones lingüísticas no tienen otro objeto que el de ponerlos en ridículo en otras partes” (cf. Schaedel 1988: 131). En un contexto tal, resultaba comprensible que el párroco de Eten, en cuya casa se había alojado Middendorf —don Alejandro Vallejos—, sacudiera “la cabeza y se extraña[se] que alguien pudiera interesarse por las desagradables voces de un idioma tan ordinario” (*Op. Cit.*: II, 295). Por ello mismo, cansado de los desplantes de la clase “culta”, declarará Brüning que “más fácil es entenderse con la gente sin instrucción alguna, que con los semiinstruidos”, y, por otro lado, será el desprecio de éstos hacia la lengua nativa lo que precisamente, según confesión propia, lo impulsará a estudiarla (cf. Schaedel 1988: 132).

9.8. **Los últimos estertores.** Como seguramente acontecía en Monsefú en la época en que Middendorf lo visitó, llegaba la hora fatal para la lengua de Eten. Reducida ésta al uso clandestino y sólo entre las personas ancianas, que apenas la habían escuchado (mas no hablado), desvirtuada completamente por los hablantes de castellano, toda

ella había devenido en simple “dejo” o, peor aún, en “mal nombre”: tales atributos, provenientes de los de arriba, habían sido interiorizados por los de abajo para calificar a los restos, cada vez más huidizos, de su propia lengua, en señal de total devaluación, según testimonian Brüning y, algunos años más tarde (1929), Lehmann (cf. Schumacher 1991: 1).

Se avecinaba de esta manera la muerte definitiva de la lengua. Como se desprende de los documentos de la época, la extinción del mochica no supuso, como podría pensarse, la castellanización total de sus hablantes: Brüning, Lehmann y Kimmich (cf. Zevallos Quiñones 1948a para este último), encontrarán ancianos monolingües, sobre todo mujeres, como era de esperarse; éstas, al igual que recordaban mejor la lengua ancestral, retenían también la vestimenta típica, tan maravillosamente captada por las fotografías del primero de los investigadores mencionados. Los pocos bilingües, a su vez, como observó Brüning, habían aprendido la lengua no para usarla creativamente sino más bien para comunicarse única y exclusivamente con sus padres y abuelos, y una vez muertos éstos, aquéllos ya no estaban en condiciones de poder transmitirla a sus descendientes. La historia de don Simón Quesquén podría ilustrar muy bien esta situación: su abuela Lela Nuntón le solía recitar todos los sábados palabras y expresiones mochicas que muy poco alcanzaba a entender, pero que el padre, que aún comprendía la lengua, las supo rescatar, anotándolas en un cuaderno de pentagramas que guardaría secretamente en un cofre para entregárselo, al momento de morir, como el único don preciado que podía legarle, según confesaba públicamente, con palabras emocionadas, el propio don Simón (cf. Herrera 1988). Como en otros contextos similares, después de todo, no faltarían gestos como los de la abuela y el padre de don Simón, o incluso los del anónimo cura de Eten, gracias a quien, según se enterará Lehmann, su informante principal —la señora Isidora Isique— había recibido de niña clases en mochica (cf. Schumacher 1991: 1). Tales raptos actitudinales, meliorativos respecto de la lengua, no son atípicos y suelen darse, infortunadamente, cuando se ciernen las sombras del ocaso definitivo.

Se consumaba así el proceso de extinción de la lengua, iniciado a fines del siglo XVII y acelerado en los dos subsiguientes. Una vez más, la “modernización”, al acabar con el aislamiento de los pueblos y recusar las estructuras tecnológicas tradicionales, asentaba aquí también la partida de defunción de la otrora lengua “elegante y general”. Lo captaba el propio Middendorf, al decirnos que “fue precisamente el impacto de las innovaciones lo que más perjudicó al antiguo idioma del país”. Uno de tales cambios había sido el tendido del ferrocarril que, partiendo del puerto de Eten, unía a los pueblos de la región, poniendo a los etenanos, hasta entonces reclusos, en contacto con la “civilización”, como dirían los agentes optimistas de la “modernización”. Lo podía constatar, algunas décadas después, el inquieto Brüning.

En vísperas del siglo XXI, y esfumados ya los cantos de sirena hasta hace poco todavía persistentes de la posible existencia de algún hablante mochica, sólo quedará el recuerdo, teñido de nostalgia, de su remota “magestad” y “elegancia”, así como pervive en las páginas del eximio soldado cronista la memoria de aquellos hermosos huertos, sepultados hoy bajo la arena, que eran los valles norteños a la llegada de los peninsulares. La vida, pasión y muerte de esta hermosa lengua constituye, por lo demás, el toque de rebato no sólo para quienes trabajamos con las lenguas indígenas sino para toda la sociedad nacional, en cuya conciencia pesarán mañana más tarde la desidia, la indiferencia, cuando no el menosprecio, de sus integrantes para con su genuino legado cultural. Ayer se extinguieron el puquina, el culli y el mochica, hoy agonizan algunos dialectos del quechua y del aimara centrales, y mañana podríamos lamentar la pérdida definitiva de todas las variedades de estas nuestras “lenguas mayores”.

APENDICE

LÉXICO MOCHICA

El siguiente léxico recoge únicamente el material entresacado del *Arte* de don Fernando de la Carrera, cura de Reque, el mismo que ha sido utilizado como parte del corpus analizado en el presente estudio. La lista ha sido ordenada alfabéticamente en dos columnas: en la primera aparecen los lexemas transcritos fonológicamente, en consonancia con el análisis postulado; en la segunda se ofrecen sus formas correspondientes tal como aparecen en la obra del gramático trujillano. La glosa ofrecida corresponde igualmente a la proporcionada en el texto mencionado.

	/a/	
alök	alæc	'cacique'
alaiñsök	alaiñçæc	'eructo'
altör	altærr	'garganta'
amoš	amoss	'de ninguna manera'
aç [†]	axll	'terminar'
ayapök	aiapæc	'poderoso'
ayesön	aieçæn	'del mismo modo'
ayo	aio	'aquél'

/ts/

tsan	tzhan	'frío'
tsaŋ	tzang	'tú'
tsek	tzhec	'llevar'
tsöič	tzæich	'de ustedes'
tsipa	tzhipa	'cadera'
tsisi	tzhiçi	'niño'
tsuted	tzhuted	'úvula'

/tʃ/

tʃantik	ɕɒntic	'párpados'
tʃaŋ	ɕɒng	'dientes'
tʃap	ɕɒp	'techo'
tʃetʃ	ɕɒɕɕ	'carrillo'
tʃelfe	ɕɒɛɛfe	'hiel'
tʃelu:	ɕɒɛɛlú	'gavilán'
tʃepuk	ɕɒɛɛpuc	'corvas'
tʃöföt	ɕɒɛɛfæt	'culebra'
tʃötöš	ɕɒɛɛtæss	'corazón'
tʃötʃmöd	ɕɒɛɛɕɒmæd	'hermana (de hermana)'
tʃiktuk	ɕɒɛɛictuc	'deshonesto'
tʃilpi	ɕɒɛɛilpi	'manta'
Tʃimor	ɕɒɛɛimor	'Trujillo'
tʃolu	ɕɒɛɛolu	'muchacho'
tʃušku	ɕɒɛɛušcu	'manta de dormir'
tʃutu	ɕɒɛɛutu	'ombligo'

/ʃ/

ʃaŋ	chang	'hermano (de mujer)'
ʃaŋil	changill	(nombre propio)
ʃaŋköd	chang-cæd	'pariente'
ček	chec	'amar'
čömpu	chæmpu	'sombra'

či	chi	'ser'
čiču	chichu	'seno'
čin	chin	'separar'
čiin	chiin	'deleitarse'
čukös	chucæss	'choquezuela'

/e/

ed	ed	'lengua'
eis	eiz	'hijo'
ef	ef	'padre'
eiñ	eiñ	'quién'
eç ^l möts	exllmæts	'cinco'
eyöp	eiæp	'crear'

/ö/

öfsiaš	æfxiass	'cuántas veces'
öç ^l aŋ	æxllang	'agacharse'
öp	æp	'sal'
ör	ær	'yuca'
örkik	ærquic	'carne'

/f/

fakt ^ʷ a	facc ^u a	'pobre'
fačka	fachca	'leña'
fakatök	facatac	'ingle'
fanu:	fanû	'perro'
far	far	'fiesta'
fělu	fellu	'pato'
feneŋ	feneng	'espalda'
föp	fæp	'soñar'
föpišök	fæpiçæc	'sueño'
fös	fæss	'lucma'

fičĩlko	fichillco	'tripas'
fičĩka	fixllca	'noble'
fokaltök	focaltæc	'hombro'

/i/

ičĩ	ixll	'pecado'
ineŋ	ineng	'día'
iĩnikuk	iĩnicuc	'casadera'
iröm	irräem	'tener miedo'
isek	yçec	'todos'

/çĩ/

çĩafko	xllafco	'pantorrillas'
çĩak	xllac	'pescado'
çĩaçĩ	xllaxll	'dinero'
çĩamu	xllamu	'canas'
çĩaŋ	xllang	'sol'
çĩekna	xllecna	'de por sí'
çĩipko	xllipco	'llamar'
çĩon	xllon	'comer'
çĩoŋkik	xllongquic	'comida'
çĩontör	xllontör	'buche'
çĩuŋ	xllung	'pie de árbol'

/k/

kafsok	cafçoc	'riñones'
kaiškopök	caixcopæc	'sostenedor'
kaçĩ	caxll	'orina'
kaŋtʷu	cangçɽu	'quijada'
katön	catæn	'vagina'
köför	cæfær	'trueque, reemplazo'
kæntʷo	cæncɽo	'carne'

kösmeŋ	cæzmeng	'primo'
kičku	quichcu	'dedo meñique'
kišmik	quixmic	'anciano'
koköd	cocæd	'tía (o hermana mayor)'
kol	col	'caballo'
komön	comæn	'barba'
kul	cul	'sangre'
kuntsin	cuntzhin	'remolino'
kusya	cuçia	'cielo'

//

la:	là	'agua'
laftik	laftic	'costillas'
laktu	lactu	'pellejo'
lanka	lanca	'pares'
laŋôs	langæss	'ocho'
laño	larro	'tobillo'
letʷ	lecµ	'cabeza'
led	led	'afuera'
len	len	'con'
löm	læm	'morir'
lömisör	læmiçær	'muerte'

~/

˜laftus	llaftus	'toquilla'
˜lamu	llamu	'vello'
˜lapti	llapti	'planta del pie'
˜lemño	llemño	'dedos'
˜löröm	llærræm	'envidiar'
˜liköm	llicæm	'lunar'

/m/

maṭʷök	maçṡæc	‘ídolo’
meçerök	mecherræc	‘mujer’
meklik	medlic	‘muelas’
met	met	‘traer’
mötʷa	mæçṡa	‘manos’
möça	mæcha	‘adorar’
möič	mæich	‘nuestro’
möľök	mællæc	‘hablar’
midi ~ misi	midi ~ miçi	‘uña’
motsön	motzhæn	‘codo’
moiš	moix	‘alma’
mulu:	mullú	‘huevo’

/n/

neisna	neizna	‘de mañana’
neçök	nexloc	‘paso’
nenonη	nenong	‘posaderas’
nokši	nocssi	‘goloso’
napöš	napæss	‘cien’
notön	notæn	‘cejas’
notnik	notnic	‘pestañas’
nošön	nossæn	‘rodillas’

/ñ/

ñaiñ	ñaiñ	‘ave’
ñaη	ñang	‘marido’
ñiteyo	ñiteio	‘siete’
ñitir	ñitir	‘nalgas’
ñiptik	ñiptic	‘espinazo’
ñitu	ñitu	‘sesos’
ñofön	ñofæn	‘hombre’
ñošön	ñossæn	‘medida’
ñotön	ñotæn	‘cejas’

	/o/	
oç ^í	oxll	'lluvia'
okön	ocæn	'brazo'
omor	omorr	'ladrón'
opaisti	opaizti	'tonto'

	/p/	
paröη	paræng	'vasallo'
peño	peño	'bueno'
pey	pei	'hierba'
pitör	pitær	'esófago'
pilala	pillalla	'muslo'
piyk	piyc ~ pijc	'dar'
poçök	pochæc	'hígado'
pokpok	pocpoc	'agorero'
pol	pol	'bazo'
pon	pon	'cuñada'
poη	pong	'piedra'
popši	popssi	'tripa, buche'
pořa	porra	'adormecimiento'
potoš	potos	'testículos'
pufpuf	pufpuf	'bofes'
puku	pucu	'lechuza'
pup	pup	'palo'
puy	puy ~ puj	'subir'

	/r/	
rak	rac	'tigre'
remik	rremic	'loco'
reη	rreng	'tráquea'
ronömsök	rronæmçæc	'dolor'

	/s/	
sak	çac	'cabello'
seŋke	çengque	'cuello'
sök	çæc	'abajo'
sörki	çærqui	'espinilla'
sialu	çialu	'redaño'
siek	çiek	'señor'
siöis	çiæiz	'palabra'
siorna	çiorna	'solo'
siu	çiu	'aquél'
siukič	çiuquich	'por allá'
siu:kič	çiuquich	'de allí'

	/š/	
šap	ssap	'boca'
šol	ssol	'frente'
šekön	ssecæn	'debajo'
šer	sserr	'ventosidad'
šod	ssod	'pecho'
šönön	ssonæn	'esposa'
šonšom	sonsom	'cola, rabo'
šonto	ssonto	'buitre'
šöpör	ssæpær	'nervio'

	/ʃ/	
šamik	xamic	'señal'
šemetok	xemetoc	'sobaco'
ši	xi	'luna'

	/t/	
teš	tess	'talón'
tök	tæc	'ir'

tika:	ticâ	‘calva’
tonik	tonic	‘pierna’
tot	tot	‘cara’
	/u/	
utso	utzho	‘grande’
uĉtur	uxllur	‘sobrino’
uis	uiz ~ viz	‘tierra, chacra’
ukik	uquic	‘resuello’
ukpe	ucpe	‘mollera’
uruiñ	urruñ	‘cometer falta’
utkam	utcam	‘amígdalas’
	/y/	
yaktum	iactum	‘truhán’
yana:	yanà	‘sirviente’
yaip	iayp	‘terminar’

BIBLIOGRAFIA

- ADELAAR, Willem F.H.
1990 "En pos de la lengua culle". En CERRON-PALOMINO, Rodolfo y Gustavo Solís (Eds.): *Temas en lingüística amerindia*. Lima: Ed-Graf S.R.L., pp. 83-101.
- ALTIERI, Radamés
1939 "Introducción" al *Arte* de Fernando de la Carrera, pp. VII-XXIV.
- ALVAR, Manuel
1978 "Resurrección de una lengua". Introducción a la edición facsimilar de la *Gramática* chibcha de fray Bernardo de Lugo (1619). Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, pp. 9-47.
- ARRIAGA, Pablo José de
[1612] 1967 *Extirpación de la idolatría en el Perú*. En ESTEVE BARBA, Francisco (Ed.): *Crónicas peruanas de interés indígena*. Madrid: BAE, pp. 193-277.
- BASTIAN, Adolf
1878-1899 *Die Kulturländer des Alten America*. Berlín: Weidmannsche Buchhandlung, Vol I, pp. 169-173.
- BONAVIA, Duccio
1991 *Perú: Hombre e Historia* (De los orígenes al siglo XV). Lima: EDUBANCO.
- BRÜNING, Enrique
1917-1918 *Mochica Wörterbuch*. Ms. 2 Vols.
- [1922] 1989a "Estudios monográficos: Lambayeque". En VREELAND, James M. (Comp.): *Estudios monográficos del departamento de Lambayeque*. Lambayeque: SICAN, pp. 7-39.

[1922] 1989b "Estudios monográficos: Olmos". En VREELAND, James M. (Comp.), pp. 43-82.

[1922] 1989c "Estudios monográficos: Jayanca". En VREELAND, James M. (Comp.), pp. 97-154.

BUCHWALD, Otto von

1915 "El imperio de los chimus". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, XXXII: iv, pp. 341-347.

CABELLO VALBOA, Miguel

[1586] 1951 *Miscelánea antártica*. Lima: Instituto de Etnología, UNMSM.

CAILLAVET, Chantal

1988 "Una 'Relación geográfica' inédita de 1582 sobre el Ecuador: Oyumbicho y Amaguaña del valle de los Chillos". *Revista Andina*, 12, pp. 525-536.

CALANCHA, Antonio de la

[1638] 1977 *Crónica moralizada*. Edición de Ignacio Prado Pastor. Lima: UNMSM. 6 Vols.

CAMPBELL, Lyle y Martha C. Muntzel

1992 "The Structural Consequences of Language Death". En DORIAN, Nancy (Ed.): *Investigating Obsolescence* (Studies in Language Contraction and Death). Cambridge: Cambridge University Press, pp. 181-196.

CANO AGUILAR, Rafael

1991 *Análisis filológico de textos*. Madrid: Taurus Universitaria.

CERRON-PALOMINO, Rodolfo

1987a "Unidad y diferenciación lingüística en el mundo andino". *Lexis*, 11: 1, pp. 71-104. También aparecido

- en LOPEZ, Luis Enrique (Comp.): *Pesquisas en lingüística andina*. Lima: Gráfica Bellido, pp. 121-152.
- 1987b “Multilingüismo y política idiomática en el Perú”. En GODENZZI, Juan Carlos (Comp.): *Lengua, nación y mundo andino*. Nos. 29-30 de *Allpanchik*. Cuzco: Instituto de Pastoral Andina, pp. 17-44.
- 1987c *Lingüística Quechua*. Cuzco: C.E.R.A. “Bartolomé de las Casas”.
- 1989 “Quechua y mochica: lenguas en contacto”. *Lexis*, 12: 1, pp. 47-68.
- 1990 “Reconsideración del llamado quechua costeño”. En BALLON AGUIRRE, Enrique y Rodolfo Cerrón-Palomino (Comps.): *Diglosia linguo-Literaria y educación en el Perú* (Homenaje a Alberto Escobar). Lima: EdGraf S.R.L., pp. 179-240. También aparecido, con comentarios y respuesta, en *Revista Andina*, 16: 2, pp. 335-409.
- 1992 “Diversidad y unificación léxica en el mundo andino”. En GODENZZI, Juan Carlos (Comp.): *El quechua en debate* (Ideología, normalización y enseñanza). Cuzco: C.E.R.A. “Bartolomé de las Casas”, pp. 205-235.
- 1994a “Vocales largas en jacaru: reconsideración”. *Lexis*, 18: 1, pp. 69-81.
- 1994b “El Nebrija indiano”. Introducción a la *Grammatica* de fray Domingo de Santo Tomás. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

CIEZA DE LEON, Pedro

[1553] 1984 *Crónica del Perú, Primera Parte*. Lima: P.U.C. del Perú.

[1551] 1985 *Crónica del Perú, Segunda Parte*. Lima: P.U.C. del Perú.

COBO, Bernabé

[1653] 1956 *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid: BAE, Vol. II.

DE LA CARRERA Y DAZA, Fernando

[1644] 1939 *Arte de la lengua yunga*. Edición de Radamés Altieri.
Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

DE LA GRASSERIE, Raoul

1896 “Langue yunga (dialecte mochica). Textes inédites [sic] trouvés a la Bibliotheque Nationale de Paris”.
Actas del XI Congreso Internacional de Americanistas, Vol. I, pp. 499-503. México.

DONNAN, Christopher B.

1990 “An Assesment of the Validity of the Naymlap Dynasty”. En MOSELEY, Michael E. y Alana Cordy-Collins (Eds.): *The Northern Dynasties Kingship and Statecraft in Chimor*. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 243-274.

DOMINGUEZ FAURA, Nicanor

1993 “Algunas precisiones sobre el *muchic*, los *mochicas* y los *chimúes* (o cómo debemos entender la vulgarización de los conocimientos históricos)”. Inédito.

EGUIGUREN, Luis Antonio (Comp.)

1951 *La Universidad en el siglo XVI*. Lima: Imprenta Santa María. 2 Vols.

ESCAMILO CARDENAS, Simón

1993 “Vigencia del dialecto culle en Huamachuco”. Inédito.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar

1970 “Los mitmas yungas de Collique en Cajamarca (siglos XV, XVI y XVII)”. *Revista del Museo Nacional*, 37, pp. 9-57.

- 1975 "El valle de Jayanca y el reino de los mochica, siglos XV y XVI". *Bulletin de l'Institut d'Etudes Andins*, 4: 3-4, pp. 243-274.
- FABRE, Alain
1994 "Lexical Similarities between Uru-Chipaya and Pano-Takanan Languages: Genetic Relationship or Areal Diffusion?". Ponencia presentada al 48 Congreso Internacional de Americanistas (Estocolmo, julio 7-11).
- GARCIA Y GARCIA, Antonio
1986 "La reforma del Concilio Tercero de Lima". En PEREÑA, Luciano (Ed.): *Introducción a la Doctrina Cristiana y Catecismo para instrucción de los Indios*. Madrid: C.S.I.C., pp. 163-226.
- GAVIRIA, Martín de
[1582] 1965 "Sancto Domingo de Chunchi". En JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos (Comp.), II, pp. 285-287.
- GONÇALEZ HOLGUIN, Diego
[1608] 1989 *Vocabulario de la lengua general del Perv llamada qquichua o del Inca*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- GONZALEZ CASANOVA, Pablo
1989 *Estudios de lingüística y filología nahuas*. México: UNAM.
- GREENBERG, Joseph H.
1987 *Language in the Americas*. California: Stanford University Press.
- GUAMAN POMA, Felipe
[1616] 1936 *Nueva coronica y buen gobierno*. Paris: Institut d'Ethnologie.

- GUIRAULT, Louis
1989 *Kallawayá: el idioma secreto de los incas*. La Paz: Talleres Gráficos Mundy Color S.R.L.
- HABERLAND, Wolfgang
1990 "Enrique Brüning -un investigador alemán en el Perú". En RADDATZ, Corinna 1990 (Comp.): *Fotodokumente aus NordPerú/Documentos fotográficos del norte del Perú de Enrique Brüning (1848-1928)*. Hamburgo: Museum für Völkerkunde, pp. 29-35.
- HARTMANN, Roswith
1979 "¿'Quechuismo preincaico' en el Ecuador?" *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 5: 3, pp. 267-299.
- HARRINGTON, John P.
1945 "Yunga, Language of the Peruvian Coastal Culture". *IJAL*, 11, pp. 24-30.
- HEATH, Shirley y Richard Laprade
1982 "Castilian Colonization and Indigenous Languages: The Cases of Quechua and Ayamara". En COOPER, Robert L. (Comp.): *Language Spread: Studies in Diffusion and Social Change*. Bloomington: Indiana University Press, pp. 118-147.
- HERRERA, Américo
1988 "Fórum de la lengua mochica". *Alternativa*, 9, pp. 93-102.
- HUBER, Konrad
1953 "Contribution a la langue mučik". *Journal de la Société des Américanistes*, XLII, pp. 127-134.
- HUERTA, Alonso de
[1616] 1993 *Arte de la lengua quechva general de los Yndios de este Reyno del Piru*. Quito: Programa de Educación Bilingüe Intercultural.

- ISLA, Johny
1992 "Lambayeque en la historia". *Perú Arqueológico*, 2, pp. 11-16.
- JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto
1919 *Contribución al conocimiento de las lenguas indígenas que se hablaron en el Ecuador interandino y occidental [...]. Ensayo provisional*. Quito: Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, N° 6.
- 1943 *El Ecuador interandino y occidental*. Quito: Ed. Ecuatoriana, Tomo III.
- JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos (Comp.)
[1881-1897] 1965 *Relaciones geográficas de Indias*. Madrid: BAE, 3 Vols.
- JUAN, Jorge y Antonio de Ulloa
[1748] 1990 *Viaje a la América meridional*. Madrid: Historia 16, Tomo II.
- KAUFMAN, Terrence
1990 "Language History in South America: What We Know More". En PAYNE, Doris (Comp.): *Amazonian Linguistics in Lowland South American Languages*. Texas: The University of Texas Press, pp. 15-73.
- KAULIKE, Peter
1993 "La cultura mochica: arqueología, historia y ficción". *Histórica*, 17: 1, pp. 93-107.
- KOSOK, Paul
1965 "List of Mochica Words and Phrases (I, II)". En *Life, Land and Water in Ancient Peru*. New York: Long Island University, pp. 248-249.

- KRZANOWSKI, Andrej y Jan Szemiński
1978 "La toponimia indígena en la cuenca del río Chicama (Perú)". *Estudios Latinoamericanos*, 4, pp. 11-51.
- LANDERMAN, Peter N.
1982 "Las sibilantes castellanicas, quechuas y aimaras en el s. XVI: un enigma tridimensional". En CERRON-PALOMINO, Rodolfo (Ed.): *Aula Quechua*. Lima: Signo Universitario, pp. 203-234.
- LAPESA, Rafael
1957 "Sobre el ceceo y el seseo andaluces". En *Estructuralismo e Historia. Miscelánea Homenaje a André Martinet*. Universidad de La Laguna, Tomo I, pp. 67-94.
- 1988 *Historia de la lengua española*. Madrid: Ed. Gredos, 9a. ed.
- LARCO HOYLE, Rafael
1939 *Los mochicas*. Lima: Empresa Editorial "Rímac" S.A., Tomo II.
- LEHMANN, Walter
1920 *Zentral Amerika*. Berlin: Reimer. Tomo I.
- [1929] 1991 "Vocabulario mochica". En SCHUMACHER de PEÑA, Gertrud (Ed.): *El vocabulario mochica de Walter Lehmann (1929) comparado con otras fuentes léxicas*. Lima: CILA, UNMSM.
- LIZARRAGA, Reginaldo de
[1605] 1968 *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Madrid: BAE.
- LOPEZ, Vicente Fidel
1871 *Les races aryennes du Pérou*. Paris: Librairie A. Franck.

LOUKOTKA, Cěstmír

1968 *Classification of South American Indian Languages.*
California: University of California Press.

MANNHEIM, Bruce

1984 "Una nación acorralada: Southern Peruvian Quechua
Language Planning and Politics in Historical Pers-
pective". *Language and Society*, 13: 3, pp. 291-309.
También aparecido en *Lexis*, 13: 1, pp. 13-45 (1990).

1988 "New Evidence on the Sibilants of Colonial Southern
Peruvian Quechua". *IJAL*, 54, pp. 168-208.

1991 *The Language of the Inka since the European Invasion.*
Austin, Texas: The U. of Texas Press.

MARTINEZ COMPAÑON, Jaime Baltazar

[1790] 1985 *Trujillo del Perú en el siglo XVIII.* Madrid: Ediciones
de Cultura Hispánica, Vol. II.

MARZAL, Manuel

1983 *La transformación religiosa peruana.* Lima: Fondo
Editorial de la PUC.

MASON, John Alden

1950 "The Languages of South American Indians". En
STEWART, Julian H. (Ed.): *Handbook of South
American Indians.* Washington, D.C.: Bureau of
American Ethnology Bulletin 143, Vol. 6.

MEJIA BACA, Juan

1989 "Cómo recuerdo a don Enrique Brüning". En
VREELAND, James (Ed.): *Estudios monográficos del
departamento de Lambayeque.* Lambayeque: SICAN, pp.
V-VII.

- MELENDEZ, Juan
1682 *Tesoros verdaderos de las Indias*. Roma: Imprenta de Nicolás Angel Tinassio. Vo. I.
- MIDDENDORF, Ernst W.
[1892] 1956 "El muchik". En *Las lenguas aborígenes del Perú*. Lima: UNMSM, pp. 103-156.
- 1892 *Das Muchik oder die Muchik Sprache*. Leipzig: F.A. Brockhaus.
- [1894] 1973 *Perú*. Lima: UNMSM, Tomo II.
- MOGROVEJO, Toribio Alfonso de
[1593] 1920 "Diario de la Segunda Visita Pastoral de su archidiócesis". *Revista del Archivo Nacional del Perú*. Tomo I, pp. 31-81; 227-279; 401-419. Tomo II, pp. 38-78.
- NETHERLY, Patricia J.
1988 "El reino de Chimor y el Tahuantinsuyu". En DILLEHAY, Tom D. y P. Netherly (Eds.): *Proceedings of the 45 I.C. of Americanists*. Oxford: BAR International Series 442, pp. 105-129.
- OLSON, Ronald D.
1964 "Mayan Affinities with Chipaya of Bolivia, I: Correspondences", *IJAL*, 30, pp. 313-324.
- 1965 "Mayan Affinities with Chipaya of Bolivia, II: Cognates". *IJAL*, 32, pp. 29-38.
- ORE, Luis Gerónimo de
1607 *Ritvale sev Manvale Pervanvm [...]*. Neapoli: Jacobum Carlinum et Constatino Vitalem.
- PATRON, Pablo
1900 *Origen del kechua y del aymara*. Lima: Imprenta Gil.

- PAZ MALDONADO, Juan de
 [158?] 1965 “Relación del pueblo de Sant-Andrés Xunxi [...]”. En JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos (Comp.), *RGI*, II, pp. 261-264.
- PRADO Y UGARTECHE, Mariano I.
 1888 *Estudio sobre filología peruana en relación con la historia y la literatura*. Lima: Imprenta y Librería del Universo, de Carlos Prince. Disertación doctoral.
- PRINCE, Carlos
 1905 *Idiomas y dialectos indígenas del Continente Hispano Sud-Americano con la nomenclatura de las tribus indianas de cada territorio*. Lima: Impreso en la Casa del Autor.
- RABINOWITZ, Joel
 1983 “La lengua pescadora: The Lost Dialect of Chimú Fishermen”. En SANDWEISS, Daniel H. (Ed.): *Investigations of the Andean Past*. Ithaca, N.Y.: Cornell Latin American Studies Program, pp. 243-267.
- RAMOS CABREDO, Josefina
 1950 “Las lenguas en la región tallanca”. *Cuadernos de Estudios*. Lima: P.U.C.: Instituto de Investigaciones Históricas, Tomo III: 8, pp. 11-55.
- RAVINES, Rogger
 1993 *Las culturas preincas*. Colección Historia General del Perú. Lima: Editorial Brasa S.A., Tomo II.
- RAVINES, Rogger y otros
 1980 *Chanchán: metrópoli chimú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (RAE)
 [1726] 1984 *Diccionario de autoridades*. Madrid: Gredos. 3 Vols.

RENFREW, Colin

1990 *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes inedoeuropeos*. Barcelona: Editorial Crítica.

RIVAROLA RUBIO, José Luis

1989 "Una nota sobre la velarización de /ʃ/ en español". *Anuario de Lingüística Hispánica*, V, pp. 221-231.

1990 "Contactos y conflictos de lenguas en el mundo andino durante la Colonia". En *La formación lingüística de Hispanoamérica*. Lima: Fondo Editorial de la P.U.C., Cap. V.

RIVET, Paul

1949 "Les langues de l'ancien diocèse de Trujillo". *Journal de la Société des Américanistes*, pp. 1-51.

ROMERO, Carlos A.

1909 "Contribución al estudio del yunga". *Revista Histórica*, IV, pp. 169-193.

ROSTWOROWSKI, María

[1975] 1978 "Pescadores, artesanos y mercaderes costeños en el Perú prehispánico". En *Etnia y sociedad* (costa peruana prehispánica). Lima: I.E.P., Cap. 6.

1981 *Recursos naturales y renovables y pesca, siglos XVI y XVII*. Lima: I.E.P.

1987 "Voz mochica en el quechua cuzqueño". *Boletín de Lima*, 50, pp. 5-6.

1989 *Costa peruana prehispánica*. Lima: I.E.P.

1992a "Etnias forasteras en la visita toledana de Cajamarca". En ROSTWOROWSKI, María y Pilar Remy (Eds.): *Las visitas a Cajamarca*. Lima: I.E.P., Vol. I, pp. 11-36.

- 1992b *Pachacámac y el Señor de los Milagros*. Lima: I.E.P.
- ROWE, John H.
1948 "The Kingdom of Chimor". *Acta Americana*, VI: 1-2, pp. 26-59. Trad. como "El reino de Chimor", en RAVINES, Rogger 1970 (Comp.): *100 años de arqueología en el Perú*. Lima: I.E.P., pp. 137-148.
- RUBIÑOS Y ANDRADE, Justo Modesto
[1782] 1936 "Sucesion cronológica o serie historial de los Curas de Mórrope, y Pacora en la Provincia de Lambayeque del Obispado de Truxillo del Perú". En ROMERO, Carlos A (Ed.): "Un manuscrito interesante". *Revista Histórica*, 10: 3, pp. 289-363.
- SALINAS DE LOYOLA, Juan
[1571] 1965 "Relación de la ciudad de Sant Miguel de Piura". En JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos (Comp.): *Relaciones geográficas de Indias*, Vol. II, pp. 33-45.
- SALOMON, Frank y Sue Grosboll
1986 "Names and Peoples in Incaic Quito: Retrieving Undocumented Historic Processes through Anthroponymy and Statistics". *American Anthropologist*, 88, pp. 387-399.
- SAN PEDRO, Juan de
[1560] 1992 *Relación de los agustinos de Huamachuco*. Lima: Fondo Editorial de la PUC.
- SANTO TOMAS, Domingo de
[1560] 1951 *Lexicon o vocabulario de la lengua general del Peruv*. Ed. de Porras Barranechea. Lima: Imprenta Santa María.
- SCHAEDEL, Richard P.
1987 "200 años de la continuidad cultural de los muchik en la costa norte del Perú". *Ibero-Amerikanisches Archiv N.F.*, 13: 1, pp. 117-127.

- 1988 *La etnografía muchik en las fotografías de H.Brüning (1886-1925)*. Lima: Ediciones COFIDE.
- 1990 “El legado de Brüning -su redescubrimiento”. En RADDATZ, Corinna 1990 (Comp.), pp. 36-38.
- SCHUMACHER DE PEÑA, Gertrud
- 1991 *El vocabulario mochica de Walter Lehmann (1929) comparado con otras fuentes léxicas*. Lima: CILA, UNMSM.
- 1992 “Los estudios del mochica a través del tiempo”. *Alma Mater*, 2, pp. 113-122.
- SHIMADA, Izumi
- 1985 “La cultura sicán: caracterización arqueológica”. En MENDOZA SAMILLAN, Eric (Comp.): *Presencia histórica de Lambayeque*. Lima: Editorial e Imprenta DESA S.A., pp. 76-133.
- SOLA, Donald F.
- 1967 *Gramática del quechua de Huánuco*. Lima: P.F.L., UNMSM.
- SOLANO, Francisco de
- 1991 *Documentos sobre política lingüística en Hispanoamérica*. Madrid: C.S.I.C.
- SOLORZANO Y PEREIRA, Juan de
- [1648] 1972 *Política indiana*. Madrid: BAE, Ediciones Atlas. Tomo I.
- SQUIER, George E.
- [1877] 1974 *Un viaje por tierras incaicas (Crónica de una expedición arqueológica, 1863-1865)*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Leonardo Impresora.
- STARK, Louisa
- 1968 *Mayan Affinities with Yunga of Peru*. New York: N.Y. University. Disertación doctoral.

- 1972a "Maya-Yunga-Chipayan: A New Linguistic Alignment". *IJAL*, 37: 2, pp. 119-135.
- 1972b "Machaj-Juyay: Secret Language of the Callahuayas". *Papers in Andean Linguistics*, 1: 2, pp. 199-227.
- 1973 "Glottochronology and the Prehistory of Western South America". En DYEN, Isidore (Ed.): *Lexicostatistics in Genetic Linguistics*. The Hague-Paris: Mouton, pp. 100-107.

TAYLOR, G erald

- 1990 "La lengua de los antiguos chachapuyas". En CERRON-PALOMINO, Rodolfo y Gustavo Solís (Eds.): *Temas en ling estica amerindia*. Lima: Ed. Graf S.R.L., pp. 121-139.

TERCER CONCILIO LIMENSE

- [1584] 1985 *Doctrina christiana, y catecismo para instruccion de los indios [...] con vn Confessionario, y otras cosas [...]*. Madrid: C.S.I.C.

TORERO, Alfredo

- 1984 "El comercio lejano y la difusión del quechua. El caso del Ecuador". *Revista Andina*, 4, pp. 267-299.
- 1986 "Deslindes ling sticos en la costa norte peruana". *Revista Andina*, 8, pp. 523-548.
- 1989 "Areas toponímicas e idiomas en la sierra norte peruana". *Revista Andina*, 15, pp. 237-263.
- 1990 "Comentario" a Cerrón-Palomino 1990. *Revista Andina*, 16, pp. 391-400.
- 1994 "Las sibilantes del quechua yunga y del castellano en el siglo XVI". En CALVO PEREZ Julio (Ed.): *Estudios*

de lengua y culturas amerindias, I. Valencia: Universidad de Valencia, Departamento de Teoría de los Lenguajes, pp. 241-254.

TOVAR, Antonio

1961 *Catálogo de las lenguas de América del Sur.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

TOVAR, Antonio y Consuelo Larucea de Tovar

1984 *Catálogo de las lenguas de América del Sur.* Madrid: Editorial Gredos.

VARGAS UGARTE, Rubén S.J.

1936 "La fecha de fundación de Trujillo". *Revista Histórica*, 10: 2, pp. 229-239.

1953 *Historia de la Iglesia en el Perú (1511-1568).* Lima: Imprenta Santa María, Tomo I.

1954 *Concilios Limenses (1551-1772).* Lima: Tipografía Peruana, Tomo III.

VAZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio

[1620] 1992 *Compendio y descripción de las Indias Occidentales.* Madrid: Historia 16, Tomo II.

VILLARREAL, Federico

1921 *La lengua yunga o mochica.* Lima: Imprenta Peruana de E.Z. Casanova.

VIÑAZA, Conde de la

[1892] 1977 *Bibliografía española de lenguas indígenas de América.* Madrid: Ediciones Atlas.

WEINREICH, Uriel

1967 *Languages in Contact.* Mouton: The Hague. Trad. al cast. como *Lenguas en contacto.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1974.

ZARATE, Agustín de
[1555] 1968? *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. En *Crónicas de la conquista del Perú*. México: Editorial Nueva España, pp. 501-893.

ZEVALLOS QUÍÑONES, Jorge

1941 "Una nota sobre el primitivo idioma de la costa norte". *Revista Histórica*, XIV, pp. 376-379.

1946 "Un diccionario yunga". *Revista del Museo Nacional*, XV, pp. 163-188.

1948a "Los gramáticos de la lengua yunga". *Cuadernos de Estudios*. Lima: P.U.C., Instituto de Investigaciones Históricas, Tomo III, pp. 40-67.

1948b "Primitivas lenguas de la costa". *Revista del Museo Nacional*, XVII, pp. 114-119.

1975 "Algunas palabras indígenas de la región de Trujillo". En *Lingüística e indigenismo moderno de América Latina*. Trabajos presentados al XXXIX Congreso Internacional de Americanistas, Vol. 5, pp. 261-268.

1987 "Una libreta de Enrique Brüning y sus concordancias". *Investigación Arqueológica*, 5, pp. 5-23.

1989 *Los cacicazgos de Lambayeque*. Trujillo: Gráfica Cuatro S.A.

1992 *Los cacicazgos de Trujillo*. Trujillo: Gráfica Cuatro S.A.

1994 "La toponimia mochica de Lambayeque". *Revista de Arqueología*, pp. 217-274. Universidad de Trujillo.

La Lengua de Naimlap

se terminó de imprimir en el mes de marzo de 1995,
en los talleres de Servicio Copias Gráficas S.A. (RUC: 10069912)
Jr. Jorge Chávez 1059, Lima 5. Perú.

PUBLICACIONES RECIENTES

ROSENDO CHAVEZ DIAZ

Hidrología para ingenieros. 1994. 396 p.

PEDRO CIEZA DE LEON

Crónica del Perú. Cuarta Parte. Las Guerras Civiles. Vol. II. Guerra de Chupas. 1994. 432 p.

MANUEL DE LA PUENTE Y LAVALLE

El Contrato en General. Segunda Parte. 3 tomos. (Biblioteca para Leer el Código Civil, Vol. XV) 1994. 1648 p.

ULDARICO MALASPINA

Matemáticas para análisis económico. 1994. 352 p.

MANUEL MARZAL FUENTES

La utopía posible. Tomo II. 1994. 828 p.

CARMEN MC EVOY

Un proyecto nacional en el siglo XIX. 1994. 354 p.

AURELIO MIRO QUESADA

El Inca Garcilaso. 1994. 408 p.

JUAN OSSIO A.

Las paradojas del Perú Oficial. 1994. 300 p.

FELIPE OSTERLING - MARIO CASTILLO

Tratado de las Obligaciones. Primera Parte. Tomos del I al IV. (Biblioteca para leer el Código Civil, Vol. XVI) 1994. 504; 523; 563; 542p.

CARMEN MARIA PINILLA

Arguedas. Conocimiento y vida. 1994. 284 p.

ROGER RODRIGUEZ ITURRI

Código didáctico de los niños y adolescentes. 1994. 510 p.

ENRIQUE ROJAS ZOLEZZI

Los asháninkas. Un pueblo tras el bosque. 1994. 362 p.

ANGEL SAN BARTOLOME

Construcciones de Albañilería. 1994. 228 p.

IZUMI SHIMADA (Editor)

Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes. 1994. 518 p.

FERNANDO DE TRAZEGNIES GRANDA

En el País de las Colinas de Arena. Reflexiones sobre la inmigración china en el Perú del siglo XIX desde la perspectiva del Derecho. 1994. 2 tomos. 662 + 618 p.

DE PROXIMA APARICION

CARMEN JULIA CABELLO

Divorcio y jurisprudencia en el Perú.

FRANCESCA CANTU

Conciencia de América.

GUILLERMO LOHMANN

LUCA DE TENA

Derecho de Sucesiones (Biblioteca para Leer el Código Civil, Vol. XVII)

FRANKLIN PEASE G.Y. - TEODORO HAMPE M.

Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú de Agustín Zárate.

GONZALO PORTOCARRERO (Editor)

La aventura de Mariátegui: Nuevas perspectivas.

ROGER RODRIGUEZ ITURRI

Adolescencia, matrimonio y familia.

JUAN JOSE RUDA S.

Los sujetos de Derecho Internacional: El caso de la Iglesia Católica y el Estado de la Ciudad del Vaticano.

ANA VELAZCO LOZADA - RICARDO LEON

Índice analítico del Código Civil y Ley de Arbitraje.

FONDO EDITORIAL

Av. Universitaria cuadra 18,
San Miguel. Apartado 1761.
Lima 100 - Perú Tlfs.: 462-2540,
Anexo 220 y 462-6390

